

SUSO DE TORO



TRECE
CAMPANADAS

Lectulandia

Dicen que si la *Berenguela* tañera alguna vez la decimotercera campanada en la catedral de Santiago, el demonio despertaría de su sueño y camparía a sus anchas por el mundo. Aunque el apartamento de Celia era como un mirador con vistas a la catedral —las puntuales campanadas de la *Berenguela* resonando con la vieja intensidad de otros tiempos, como si el bullicio del mundo guardara respetuoso silencio ante el indescifrable conjuro del metal—, hasta que conoció a Xacobe, Celia jamás le prestó la menor atención, ni tampoco vio en aquellas piedras talladas por devotos maestros canteros nada más que un vestigio baldío de la necesidad humana de crecer.

Celia es una mujer de su tiempo, guionista de cine y televisión, que se permite hacer pequeñas concesiones a la tradición escribiendo novelas y traduciendo textos de otros: algo nuevo, algo viejo y algo prestado, como si su vida se preparara para una gran ocasión que nunca acabara de llegar. Quizás era sólo soledad. Y quizá por eso, cuando conoció a Xacobe, Celia decidió salvar a aquel hombre del que nada sabía del horror sin nombre que devoraba su destino. Un poder terrible tan viejo como las piedras de la catedral, un mal sin alma que le atenazaba como el abrazo de una pesadilla inenarrable. Ahora que ya ni siquiera la Iglesia habla del Infierno, sólo un viejo cofrade de la catedral es capaz de creer aún que un tañido inoportuno puede despertar la hora funesta y ver en las leyendas un eco de antiguas verdades que ya no entendemos.

Lectulandia

Suso de Toro

Trece campanadas

ePub r1.0

Banshee 03.11.13

Título original: *Trece badaladas*

Suso de Toro, 2002

Traducción: Dolores Vilavedra & Ana Belén Fortes

Editor digital: Banshee

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Aunque parezca padre, soy padrastro pues mi papel en este libro es el de editor, ya que la autora no ha querido figurar como tal. Los motivos los desconozco, las relaciones entre un autor y su obra son ambiguas y mágicas, fantasmagóricas. Un día recibí por correo un disquete que contenía el libro, *Trece campanadas*, con una nota manuscrita firmada con el nombre CELIA en la que la autora me pedía que lo publicase con mi nombre; ella renunciaba a la autoría y a sus derechos, sin embargo quería verlo editado.

Lo hice, acepté ese papel de médium, he aquí este libro extraño. Un libro hecho con el estilo de su narradora y con las mañas de una novelista contemporánea, lo que le permite incorporar materiales diversos para construir una historia. Siendo una obra corriente en su forma, esta historia extraordinaria que la autora localiza en mi ciudad ha calado en mi ánimo y desde que la leí he querido que fuese editada.

Naturalmente que he hecho averiguaciones acerca de la autora. Partiendo de lo que ella cuenta de sí misma hice algunas preguntas y creo saber de quién se trata. Pero prefiero respetar la voluntad de la autora y, por otra parte, este carácter anónimo casa bien con la magia del relato; de todo relato misterioso. Así pues, sólo queda el libro ante quien lo lea. Y acaso debiera hacer así siempre el autor, entregar su historia y desaparecer luego.

Yo no soy quién para afirmar si lo que se cuenta es una pura invención nacida de la imaginación de la autora o si ésta se inspiró en algo que hubiese ocurrido en la ciudad. Lo que sé es que mientras leía su novela me adentré en un mundo misterioso y tétrico, y su relato fue tan vívido que ahora desconfiaré para siempre de lo que guardan las sombras y las piedras de mi ciudad, tan dadas, por cierto, a atraer los temporales.

Y doy paso a esta novela fantasmal que confieso que primero leí llevado por el placer del suspense y que luego releí como si fuese una oración misteriosa. Pues, como toda narración gótica, consigue intrigar y también perturbarnos, ya que la literatura en la que se cuela lo sobrenatural tiene mucho de metafísica. Los libros de misterio tienen algo que ver con el masoquismo, con la búsqueda de conocimiento oscuro a través de una cierta dosis de dolor. Aunque la narradora abre su novela con citas abundantes, quisiera que la piedra liminar a ese ámbito de sombras que aguarda

ahí delante a quien lee fuesen unas palabras de María Zambrano en las que me ha parecido ver el espíritu con el que la escritora ha urdido su libro.

El verdadero éxito tiene que buscarse en el escribir sin sombra de temor —ni de esperanza— de que vaya a ser publicado. Y creo que se da en..., estaba a punto de decir —pero ¿y por qué no?— los abismos del tiempo. Del tiempo, que habría que escribir con mayúscula, total; de la inmensidad del tiempo que, paradójicamente, nos prende y limita, del tiempo que no nos deja. [...] Nos sostiene, nos envuelve. Y ya que sostiene, el tiempo alza y eleva al ser humano sobre la muerte, que siempre está, ella antes que la nada, ella y no la nada, ahí.

Trece campanadas

(Luz oscura)

¿Y qué campanadas habrá para esos que mueren como ganado?

W. OWEN-B. BRITTEN

Todas las cosas tienen su tiempo, y todo lo que existe bajo el cielo tiene su hora. Hay un tiempo para nacer y un tiempo para morir.

Eclesiastés

¿Cómo me resulta posible soportar tanta noche?

G. UNGARETTI

Eternidad era la sucesión.

C. LISPECTOR

¿Estarán vivos? ¿Serán de piedra estos semblantes tan verdaderos, aquellas túnicas maravillosas, aquellos ojos, de vida llenos? Tú, con la ayuda de Dios, lo hiciste, de inmortal nombre, Maestro Mateo; ya que ahí quedaste, humildemente arrodillado, hábame de eso. Mas, ¡ay!, con esos cabellos rizos, *santo dos croques*, callas... y yo rezo.

ROSALÍA DE CASTRO

La región de las tinieblas y de las sombras de la muerte, tierra de espantosa confusión y negrura, donde la propia luz es como la oscuridad.

Libro de Job, 10-22

El infierno está donde estemos nosotros.

MARLOWE

Quien haya comprendido el mundo ha dado con un cadáver. Y quien haya encontrado un cadáver, el mundo no es digno de él.

Desde un bosque será enviada una doncella que traerá curación.

MERLÍN

Introitus

Abro un documento nuevo en mi ordenador para relatar todo lo que ella vio y vivió en aquellos días aterradores en los que su vida fue partida en dos.

Ella vivía entonces abatida por el fracaso. Se imaginaba, sin embargo, que estaba viva, se imaginaba que era una activa escritora moderna, con una profesión que tenía parte del viejo arte y parte de oficios nuevos: escribía cuentos y novelas, pero también traducía y hacía guiones para cine y televisión. Se complacía en imaginarse compaginando la serenidad y la destilación de la gran literatura con el impulso eléctrico y el hervir del vino nuevo de la narración audiovisual. Ella no era una de esas escritoras antiguas que escribiera tediosamente largas novelas en su casa rodeada de cortinas y tapetes, una hidalga Virginia Woolf; ah, no, no, ella era también dinámica, rápida, aguda. Así se veía entonces, una mujer de hoy con una vida plena en todos los sentidos.

Ser de este tiempo era el único propósito, la única patria que tenía, y seguía la actualidad con ansia, las tendencias sociales de la cultura, de las artes. El pasado únicamente vivía en su vida como cultura, historia y obras artísticas. Y el presente le llegaba filtrado y reducido a través de la prensa, de la televisión y de las películas.

Se veía viva y plena, pero su vida no tenía mucha más sustancia que el argumento de un anuncio de compresas para chicas jóvenes. Y probablemente era tan real como cualquier vídeo-clip, imágenes tópicas que pasan, fluyen, sin peso y sin dejar huella en la memoria. Las torres de la catedral que divisaba desde su apartamento entre nubes y pedazos de cielo muy azul, con sus graves campanadas, monótonas y perpetuas, deberían haberle servido de aviso sobre la levedad de sus días.

Puede que, en el fondo, todo empezara cuando viendo *Ricas y famosas* de George Cukor se imaginara a sí misma como una de las protagonistas; en el origen de cada desilusión hay siempre una ilusión y cuántas ilusiones no nacen de un pequeño huevo puesto en nuestra imaginación por las películas, queridas películas. Dosis concentradas e instantáneas de sueño a las que una imperceptiblemente se va haciendo adicta.

Su apartamento proclamaba su fracaso, aunque para ella era imperceptible. El fino polvo de la desesperanza se había ido posando en sus libros, discos, vídeos y CDs, la gasa invisible de la derrota de su ánimo y de cualquier impulso vital que

tuviera en otro tiempo; una braga sucia caída detrás de un radiador, ropa seca en un montón junto a la ventana esperando a que la desgana la metiese de cualquier manera en los cajones del armario, el sobre con el cuento que había presentado a un certamen y que no le habían premiado, caído al pie de una papelera. Sobre la soledad mejor no hablar, al menos por ahora. Su apartamento era su reino de invisible tristeza, impregnado de un difuso desorden, la asistenta pasaba por allí tres veces por semana para lavar la ropa y frenar el avance de ese signo de muerte que se acumulaba diariamente en forma de desidia. Sólo la pequeña alma de su gato paseaba por las estancias para que la vivienda conservase un aliento de vida.

Ella no era nómada, era tan sedentaria que no levantaba la vista del suelo para buscar un nuevo horizonte, sin embargo no era capaz de hacer del apartamento alquilado un lugar al que pudiese llamar «mi casa» y la confortase sólo con pensar en él. ¿Cómo hacían algunas mujeres de su misma edad para transformar cualquier espacio vacío en un sitio apropiado para vivir? ¿Por qué no había aprendido a ser más curiosa, por qué no había adquirido ella esas artes delicadas y tremendamente eficaces para tomar posesión de un lugar y hacerlo cálido, acogedor y amoroso? Probablemente porque le faltaban tantas pequeñas destrezas, femeninas o no, que les dan sentido a los lugares y a los días.

Ella sabía que había faltas en su vida, lugares vacíos que ni ella misma conocía ni podía llenar. Solamente era consciente de esas carencias.

Se sentía rara tan a menudo, y ella sólo quería ser «normal». A veces desconfiaba de no ser enteramente como las demás mujeres, como las demás personas. Como si le faltase algo, o como si, por el contrario, le sobrase algo, algo no común, no propiamente común a lo humano. En ocasiones, en días bajos, desesperaba de dar con alguien o algo de su misma sustancia, algo que le diera sentido, que justificase su existencia, su permanencia entre la gente. Como si ella no fuese una persona igual a las otras, como si fuese alguna clase de alienígena o de ángel caído, confundido y torpe.

Desde niña, el mismo hecho de ser zurda, de tener más destreza con la mano izquierda, le había reforzado esa conciencia de sí. La mano siniestra, la mano conocida pero desconocida. Era algo bastante corriente, pero ya entonces le había hecho sentirse distinta. Recordaba que allá en la aldea los vecinos la consideraban diferente, la miraban con respeto. Ella ya no recordaba por qué, hacía tantos años de aquello. Después se había trasladado a la ciudad con la abuela y aquella infancia aldeana se le había ido borrando, recuerdos huidizos, impregnados en algo de vergüenza y confusión y arrinconados en el olvido.

Fuera lo que fuese, debería haber sabido que aquella desidia, aquella falta de disposición y capacidad para crear un hogar, un lugar propio en el que morar, un útero en el que refugiarse, delataba que flotaba a la deriva llevada por la corriente y

su yo estaba gravemente enfermo, aquejado de una enfermedad imperceptible. Simplemente vivía sin esperanza y seguía caminando sostenida únicamente por el hábito, un hábito que no estaba al servicio de ilusión alguna y que la precedía como una sombra triste.

Seguramente ella transmitía esa tristeza a las personas con las que trataba y por eso cada nueva amistad que hacía seguía siempre los mismos pasos, se deslumhraban primero por su conversación, que ella sabía tan brillantemente culta, irónica e inteligente. Digo se deslumhraban y sería más preciso decir que los aplastaba con su conversación pedante, ingeniosa y con un toque intelectual deslizado con naturalidad. El siguiente paso era cuando la otra persona se retraía de un modo imperceptible hasta para sí misma ante ese algo triste que irradiaba, ella estaba acostumbrada a reconocer ese leve movimiento de retracción.

Precisamente lo que le sucedió con Xacobe fue tan distinto que su relación con él no pareció natural, no parecía ella la persona adecuada para encarnar ese personaje, como si para el argumento de un guión trágico un mal director escogiera los personajes de una comedia. En todo caso, aquellos acontecimientos extraordinarios y terribles vinieron en cierta medida a rescatarla de aquella vida suya vacía y desorientada. Y, aunque no lo había podido saber en el momento, cuando se vio sumida en aquellos incidentes fue como si ella ya estuviese entonces a la espera y preparada para aquello.

Cuando se cruzaron Xacobe y ella, él dirigía una productora de cine y televisión, se comentaba en la profesión que estaba a punto de trasladarse a Madrid y ascender a un cargo superior dentro de la empresa de comunicación en la que trabajaba. Ella lo había conocido antes, cuando escribía guiones para una serie de televisión que había producido su empresa, por entonces él era un empleado más y le había parecido un poco estúpido, el clásico listillo que no tiene talento y que sin embargo te trata con displicencia porque está en su mano decidir si te contrata o no. Ésa era la idea global que tenía de él. Cuando un par de años más tarde, siendo Xacobe ya director general, intentara hablar con él, la confirmó; el tipo entonces ya iba de jefe por la vida y no quería rebajarse a hablar con ella directamente, estaba muy ocupado, le mandaba entrevistarse con un subordinado.

Ella no sabría decir a qué fue debido, tal vez pasaban los años y empezaba ya a estar cansada de todo, tal vez se hartó de tener que humillarse ante un tipo más joven y que incluso llevaba en la empresa menos tiempo que ella, con menos conocimiento de lo que era una película o una serie de televisión, o de qué era la ficción, un mamón como tantos que lo único que sabía era ser sumiso, beneficiarse de la complicidad masculina en la empresa, lamer culos y esperar la oportunidad de ascenso. La historia de siempre, ver cómo la sumisión y la astucia derrotaban al talento. Así que cuando su secretaria le volvió a decir con aquella voz tan fría e impersonal que estaba

ocupado y no se podía poner al teléfono, ella decidió personarse allí al día siguiente. Iría a ver a aquel soplapollas y al menos que se lo dijese a la cara.

Aquella noche tuvo una pesadilla de túneles y oscuridades que la despertó sudando de madrugada. Intuyó entonces que aquellas vivencias siniestras del sueño eran un prologo a algo, que algo aguardaba ante ella. Aun así, su voluntad madrugó y salió a la calle aquella mañana de lluvia, como había decidido de víspera, con idea de plantarse en la oficina hasta que alguien le diese una respuesta en persona. Que no insistiese, ya que no la iba a recibir, que tenía mucho trabajo, se mantuvo la secretaria, aquella muralla. Mas ella siguió allí, esperando ante la puerta de su despacho, donde el señor importante no paraba de hablar por teléfono o trabajar en su ordenador. La secretaria dudó si llamar o no al servicio de seguridad y finalmente optó por dejarla quedarse allí, a ver si se cansaba y se iba.

La secretaria continuó atenta al monitor de su ordenador, que estaba apoyado en un soporte giratorio y que, cuando ella se acercara antes a hablar, había movido de modo que no pudiese ver la pantalla. Contemplándola allí, ante sí, concentrada en su trabajo, pudo al fin dejar salir la irritación que le causaba. Aquella situación le resultaba especialmente tensa por la presencia de aquella persona, por algo que transmitía o que quizá no transmitía, que le faltaba, y consideraba qué podría ser.

Había algo en aquella mujer que se resistía a su ojo de escritora acostumbrada a reducir a la gente a personajes esquemáticos, a caracteres. Ella estaba orgullosa de ver en cada persona que la rodeaba una psicología y de ser capaz de inventarle una biografía verosímil. Su intuición de escritora y de guionista le permitía extraer de cualquier desconocido un personaje y un argumento. Lo hacía a veces por desafío para epatar a conocidos, señalaba a alguien por la calle y le inventaba una vida plausible sobre la marcha, como una Sherlock Holmes que sólo se valiese de las artes deductivas y de la imaginación. No obstante, aquella mujer, allí delante sentada, tiesa ante su pantalla de ordenador, le resultaba opaca y refractaria a su mirada.

Su vista resbalaba por ella, como si su superficie fuese de sustancia impenetrable y muerta, piedra blanda, y fuera toda de una pieza homogénea, sin otra cosa dentro. Los signos que veía en ella eran confusos, como si no fuese una persona particular sino una idea genérica, señora de mediana edad. Si buscaba en ella los atributos de mujer los encontraba, incluso de mujer hermosa y pálida, pero era como si en aquel cuerpo faltase algo previo, la emanación de la feminidad, de ese rasgo humano propio de las mujeres. Detrás de su mesa y delante de su ordenador le hacía pensar en una autómatas de carne, la Octavia del cuento de Hoffman. Una presencia humana incompleta. Tal vez era eso, su frialdad, quizá le faltaba el calor de la carne viva que hace que los poros desprendan el leve olor corporal. Ella no lo sabía decir en aquel momento, pero aquella mujer era como una figura bien esculpida en carne pálida, como una estatua, como un ángel de mármol que guarda un panteón.

La mujer percibió que la estaba observando y apartó la vista de la pantalla para mirarla provocando en ella un repentino escalofrío. Desvió enseguida la mirada de aquel rostro vacío y la paseó por la cotidianidad vulgar de la oficina para tranquilizarse, dirigiéndola hacia el despacho de Xacobe. Allí estaba él, sentado detrás de un cristal con persianas semicerradas que le permitían ver desde dentro hacia fuera, de manera que tenía que saber perfectamente que ella estaba allí esperando para hablar con él.

Esa mañana, allí sentada en aquella silla de plástico naranja y tubo de metal presencié cómo la leve brisa de lo extraordinario es capaz de descomponer completamente el cabello delicadamente peinado de la realidad diaria. Fue así, entró un chico de la empresa con un montón de sobres de distintos tamaños y colores y los dejó en la mesa de aquella mujer. Fue una escena común pero ahora puede resultar significativa. Vemos entrar al chico, lleva un jersey rojo con escote de pico y corbata azul oscura sobre una camisa blanca con listas granates, los sobres separados del cuerpo como si portase una bandeja. Lo vemos arrojando los sobres sobre la mesa muy ordenada de la secretaria con un gesto medido que es más familiar y cómplice que descuidado o desidioso. Vemos a la secretaria que contempla los sobres sin ningún desánimo ante el trabajo que llega y se renueva también ese día, la vemos consultar mecánicamente el reloj de pulsera, mientras el joven sale tarareando, confirmando ella que el correo llegaba a su hora, así pues los días tenían un orden y de ese modo todo estaba bien. Ella organizó la correspondencia con agilidad sin dejar de observar alternativamente la pantalla y de seguir escribiendo en ella a ratos. Se iniciaba así ante ella, con aquella correspondencia que llegaba, un acto insignificante que se repetía cada día, una cadena de hechos que se precipitarían como la corriente de un torrente turbio.

—veo que estás ahí. cómo puedes estar siempre ahí on line?

—esperándote siempre, Xacobe ;-)

—Esmeralda, no me mientas.

—...

—sigues ahí?

—... sigo aquí, si es que la Red es un aquí, aquí estoy, ya sabes, como siempre que me necesites.

—venga, venga, ya será menos, alguna vida tendrás, siempre dices eso, pero lo más probable es que ahora estuvieses haciendo otra cosa, no me mientas.

—quieres que no te mienta?

—... sí.

—no, no quieres, si no quisieras mentiras no te dedicarías a chatear. chateas para mentir.

—a lo mejor chateo para ser sincero.

—para ser sincero hay que vivir en la verdad, tú ahora estás en el mundo virtual, en el mundo de la ficción, donde no hay aquí, si no hay aquí, no hay sitio para la verdad, la verdad sólo es posible cuando hay un lugar y un tiempo...

—déjate de cuentos, tú y yo existimos y estamos hablando en este momento.

—en este momento tuyo, tú y yo nos esfumamos cuando cortas la comunicación y esto que escribimos no es verdad, nuestra comunicación no existe, este tiempo está fuera del tiempo de la vida común.

—... si tú quisieras nos podríamos ver un día... ;-)

—querrías que tuviésemos rostro, edad, carne? no te gusta esta otra forma de vida?

—has dicho que vivías en la ciudad, cerca de mí.

—... no he dicho que vivía, sino que andaba cerca de ti...

—te conozco?

—... me conoces, y desconoces...

—juegas siempre con las palabras, te dije una vez que debías de ser filósofa, lo eres?

—filosofía es búsqueda de conocimiento, yo sé que estoy aquí para ti, por ti. eso

es todo lo que debo saber, así que lo sé todo.

—entonces, serás profesora de filosofía, nunca he tenido trato con una profesora, sabes que me gusta que seas tan enigmática? eres tan distinta de mí... será por eso por lo que me gustas.

—no sabes si te gusto, sólo sabes que te gusta chatear conmigo.

—... Xacobe. qué te ocurre? noto que te pasa algo.

—pasa algo, pasa, llevo unos días en los que siento como si mi vida no fuese mía. y no sé cómo explicarlo ni con quién hablarlo...

—te atreves conmigo?... yo estoy para eso, para ser tu profesora esclava...

—no sé...

—qué te pasa?

—... me ocurren cosas, tengo como mareos, estoy irritado, un brazo, una mano parece que no me responde, y recuerdo cosas que nunca había recordado, siento que mi vida no es mía. no sé como decírtelo.

—... estás trabajando mucho? no será estrés?

—... puede ser. no, no es eso, es otra cosa, está ocurriendo algo en mí, no lo sé expresar con palabras...

—supongo que has ido al médico, qué te ha dicho?

—... no es cosa de médicos.

—... Xacobe, no será cosa de la imaginación? no necesitarás la ayuda de un profesional?

—esperaba que tú me comprendieses.

—habla entonces, al menos atenderé a lo que digas...

—... pues es como si mi vida no fuese mía. y como si algo planeara sobre mí al acecho para quitármelo todo... no me refiero al dinero, me refiero a todo, es como si me fuesen a quitar la vida, como si ya nunca más tuviese mi vida entera y me la fuesen a arrancar de un tirón, me siento como un muñeco con el que juegan.

—tengo miedo, tengo mucho miedo.

—tranquilízate, no será nada, tener problemas es propio de los humanos, sabes con qué puede estar relacionado?

—... parece una tontería pero creo que es un castigo...

—... así que eres un niño malo... un castigo por qué?

—no me hagas caso, sólo es una impresión, no puede ser cierto.

—por qué temes ser castigado?

—porque... porque sí. tenía que hacer algo y no lo he hecho.

—y te están castigando... si tienes miedo, entonces por qué no haces lo que te piden?

—no sé... es un asunto muy raro, muy extraño, me asusta un poco...

—te asusta hacer lo que debes?

—lo que me asusta es de quién viene... no me atrevo a hablar si-quiera.

—y crees de verdad que esa persona te está causando esos problemas?

—... creo y no creo... yo sé que es algo psicológico pero también veo que actúa en mi cuerpo.

—... entonces quizá debas plantearte hacer lo que debes ya...

—... quizá... pero tengo miedo de lo que me pueda suceder después... de que me sigan ocurriendo cosas cada vez peores, tengo miedo de pertenecerle después para siempre, de que me tenga de una vez por todas.

—... bien... entonces olvida tus males por un momento y háblame de otra cosa.

—tú eres la única persona con quien me atrevo a abrirme, esto sólo lo puedo hablar así contigo, si le cuento esto a cualquiera me toman por loco, por qué no nos vemos un día? ;-)

—nuestro trato es que no.

— ;-)

—además, a lo mejor luego perdías la confianza para hablarme así. cambia de tema, qué estás haciendo?

—pues estoy en mi despacho, ya sabes, acabo de ver unos informes y dentro de media hora tendré una reunión con el equipo ya que es lunes, este mes tenemos mucho trabajo, dos películas, una serie, ya sabes, y desde arriba me están pidiendo resultados... la economía, ya sabes.

—qué hace tu secretaria?

—mi secretaria está escribiendo en su ordenador alguna cosa, siempre está escribiendo algo, es una mujer rara...

—...

—sigues ahí?

—... sí. por qué dices que es rara?

—no lo sabría explicar, es como si me vigilase... no te rías, a veces pienso que está ahí para vigilarme...

—imaginas demasiado.

—puede, hay otra mujer también ahí fuera, no sé qué hace ahí. es una guionista, escribe libros, ha trabajado con nosotros en una serie de televisión.

—no hablas con mucho interés de ella... debe de ser una pesada.

—debe... no sé qué hace ahí, mi secretaria no me ha informado de nada respecto a ella, es raro, parece como si me esperase, me está mirando...

—a ver si te va a interesar... otro ligue tuyo...

—para nada, ya te he dicho otras veces que yo no mezclo los negocios con el placer, si la meto en mi cama, después sí que le tengo que dar trabajo y aceptarle proyectos, no sabes cómo es este mundo, hay que andar con el látigo, además, no está tan buena.

—... y no será que a ti te gusta el látigo?... qué quieres decir con que no está tan buena?

—lo normal, ya sabes.

—no sé.

—a ver. debe de tener unos treinta y bastantes años, para mí que anda cerca de los cuarenta, aunque viste muy juvenil y disimula, lleva el pelo muy corto, usa gafas de metal redondas, ya sabes, un look de chica moderna, de mujer independiente, bastante pasado de moda, de progre o algo así...

—... veo que no te gusta mucho.

—... hay cola... ja, ja. sólo tú te me resistes... déjalo correr, ya sé que nuestro trato es otro, lo cierto es que desde hace un tiempo que ya no soy lo que fui... espera, voy a cortar, viene ahí la secretaria con la correspondencia.

Nada. Nada me espera, me espera la Nada. He perdido. Lo he perdido todo. Soy derrotado y entrego el campo de la lid. Perdí la vida y entregué el alma, perdí al hijo y pretendí quedarme, reteniéndolo a él. Pero he perdido. He perdido en la lid. Aquí estoy, deshaciéndome. Ay, esto es el dolor. El dolor absoluto que escarnece es este dolor que ni duele. Es la desesperación. La desesperación que no importa. Es el vacío. Me extingo. Este ser se desvanece. Este monstruo que acechó tanto tiempo se deshace en polvo para alivio de los vivos, para alivio de la ciudad. Se extingue el monstruo sin que alcance a ver ninguna luz delante, al final de todo no había nada, ningún refugio. Al menos para mí. Mis ojos se cegaron y es ahora cuando percibo una claridad como de alabastro dentro, en la bóveda de los ojos, pero no puede ser nada, no puede ser que haya alguna cosa para mí. He dicho mí, aquel que fui hace tanto. Este ser que alcanzó a llegar aquí se extingue y sólo quedará la piedra. Cautivo, perdí todo mi servicio.

Cáliz amargo, Grial negro del que bebí con constancia y sin beneficio. No habrá más muerte, pesar y daño que yo traiga a la ciudad.

Abrazado a la columna del Pórtico de la Gloria, abrazado a mí mismo, aquí estoy, aquí me arrastro a perecer. Derrotado y entregado, de vuelta a casa. ¿Qué fue del brillo y del esplendor que tenía esta piedra pintada resplandeciente, afrontando la luz que llegaba desde el océano, en lucha constante su hermosura con la obra divina, quién ha osado condenar mi Pórtico a esta penumbra?

Otros canteros vinieron detrás de nosotros y mutilaron tanta hermosura que contemplaba orgullosa el ocaso, esta cantería buena y alta desafiaba cada tarde la muerte del sol en el océano y proclamaba la promesa de un día eterno. El día de tu salvación, Señor Dios, yo levanté para el mundo la imagen de tu día, esa jornada que tú prometías. Yo esculpí en la piedra ese engaño. Mas cuando le mandaste la hora, no hubo salvación para mi niño. Para él no hubo día de resurrección. Me arrebataste a mi rapaz, luz de mi vida, y me despojaste de mi obra, expulsado de ella. ¿Pensabas acaso que yo era santo Job?

Tu misericordia era treta. Como fue engaño lo que después me prometió la piedra, la luz oscura. Pues cuando me rebelé ante ti, busqué a otro a quien servir y descubrí maravillado tan gran fuerza. Mas soy consciente de que no hay vida eterna en la claridad, y en la oscuridad tampoco. Sólo hay la nada eterna e inmensa, una nada sin principio ni final. Ha sido un engaño, para mí lo ha sido, no ha habido vida eterna, sólo un día interminable sin sol ni sombra.

Ay, aquél era un mundo distinto, era un mundo verdadero, y la Fe se extendía por las tierras atravesando los bosques y las montañas. Mi padre, Mateus Petri, hacedor de puentes, hombre santo, aún conoció la Fe. Como constructor de puentes, él creía en la posibilidad de cruzar la muerte como quien cruza un río para entrar en un reino nuevo. Y hacía puentes para pasar los cuerpos, y Cristo y su hermano el Señor Santiago eran el puente para pasar las almas, así decía él. Mi padre tenía la inocencia de un niño, la sacra Fe germánica que levantaba las catedrales de los francos, sobre las que yo erguí la mía. Y tenía la imaginación de un niño, por eso no hacía nada más que puentes. No anhelaba ni imaginaba.

Mas su hijo se atrevió a imaginar, no hacía sino imaginar. E imaginó las glorias eternas y la inmortalidad. Y también fue capaz de imaginar la larga caída a los abismos, muchas jornadas cayendo hasta la más honda oscuridad. La imaginación, mi orgullo, me llevó hasta lo más alto, y luego me despeñó a este abismo que me engulle con su boca negra. Caigo al vientre de la nada.

Mi padre tenía aquella vieja Fe que movía el mundo, que llamaba a las gentes para atravesar montañas y llegar aquí, tan lejos de su patria. El poder de la Fe. Qué fue de todo aquello. Ese sacerdote que dice misa desganado en ese dorado altar mayor, qué sabe él lo que es la fuerza de aquella vieja religión. Religión negra como sangre de pecador y no esta aguachirle que ni es vino aguado. Qué sabe ese cura quién soy yo.

Este Pórtico es mi fin, el final del camino, como si yo también fuese un peregrino llegado de lejos. Aquí vuelve el Hijo Pródigo y no va a haber padre que le haga una fiesta.

Deshaciéndome y cayendo sobre las losas. Derregado en el suelo a la altura de los monstruos labrados, de esas bocas terribles que yo bien conozco, garras con uñas y fauces con caninos de piedra voraz. Yo les pertenezco, soy la carroña que devorar. Yo les correspondo. Allá arriba, Santiago mira ante sí y no ve al que yace debajo, caído en el suelo de piedra, esta sombra que se desvanece. Sobre esa figura se levanta la Gloria toda, no la de Cristo, sino la que un hombre con aliento alzó allí. Mi Gloria. Fue mía, era mía.

Este lugar es mío, me corresponde. Éste es un lugar santo, yazgo en el lugar donde cayó la sangre de mi hijito, la pequeña carne que más he amado. A tus pies, Santiago. Yo creí en lo que decía el Evangelio de Tomás, no importa dónde estéis, dirigíos a Santiago, para el que fueron creados el Cielo y la Tierra. Yo creí, como me enseñó mi padre, Mateus Petri, constructor de puentes, y vine a Compostela, pensé que en aquella cueva oscura, allí estaría la puerta del cielo, y pensé en labrarla yo. Y cuando lo precisé le pedí al Apóstol, aquel que había curado enfermos, que había resucitado muertos, que me devolviese a mi pequeño. Se lo pedí, se lo supliqué, ¿quién tenía derecho sino yo a pedir? Yo creí en sus milagros, creí que había resucitado a aquel niño muerto en San Florín de Puy de la Francia, por qué no había de resucitar al mío. Yo creía en la vieja Fe de mi padre Mateus Petri, mas enseguida la perdí cuando descubrí la mentira, cuando murió mi esperanza y sólo hubo silencio. Cuando hubo la nada.

Aprendí lo que era su misericordia, lo aprendí bien cuando Dios tuvo a bien arrojar un bloque de piedra del propio Pórtico, de su propia Gloria, que aplastaría a mi bien. Dios se me había llevado ya antes a la madre con la que había tenido el hijo, ¿por qué también tenía que morir mi pequeño? No, yo no era santo Job, pese a la mansedumbre de mi padre, yo era de un linaje orgulloso. Había en mí gotas de sangre de los ángeles rebeldes. Tan gran dolor fue perder al chiquillo, que no me importó que la misma piedra me dejase cojo de una de mis piernas. Y tullido quedé también de mi alma.

Ha habido tanto tiempo. Ahora estoy aquí y no puedo ver puerta alguna para ninguna parte, sólo estoy derrotado. No hay nada detrás de mí. Sólo la nada. Detrás sólo permanecerá la piedra. Quedará sólo la piedra que está muerta. El poder de la piedra no prolongó la vida, alimentó la muerte. Seas Wotan o mágico arcángel caído, Azaz'el, divinidad de la piedra, de cualquier modo que se te nombre, poder monstruoso que surgiste de los abismos para matar toda cosa viva y poseer el mundo, ¿dónde te encuentras ya, dónde estás, tan lejano que no te distingo? Te has ido desvaneciendo, extendiéndote, bien sé que ahora al fin reinas a tus anchas, pero yo ya casi no te veo. Ya no te sirvo, triunfas y el campo es tuyo.

Ésta es mi nada, para mí no hay ya cosa alguna. Mas las cosas muertas prevalecerán, en este mundo que queda ahí ahora que me extingo, las cosas muertas seguirán y reinarán. En las pantallas muertas de frío vidrio persistirán imágenes cuando no haya gente, esas pantallas están estremecidas por el mismo fuego frío y azul que me ha mantenido, y al que he reverenciado. Fuego oscuro, poder de la piedra.

Ese mundo de la gente ahí fuera empieza a contar un tiempo nuevo, creen que será suyo un nuevo milenio. Pero éste será el tiempo de la luz oscura, el tiempo en que reine la piedra. Y las piedras que yo he esculpido resisten, persistirán y sólo se desvanecerán cuando el aire las convierta en arena. La basílica orgullosa, la ciudad de piedra se prolongará en el tiempo porque la piedra perdura. Mas la vida mineral no es humana, ni es vida. Ay, sí. Confié en la piedra, creí en ella, ya no amo ni creo en cosa alguna. Sólo permanece lo que ya está muerto, ¿por qué no lo he querido ver?

Y súbitamente ella lo vio salir de su despacho. Aquel hombre traía cara de haber visto algo terrible, algo que lo había asombrado como sombra que oscurece. Era alguien tocado por el horror. No la desgracia que nos deja desolados, sino el horror ante alguna cosa abrumadora e inhumana que sobreviene y nos deja inermes y vencidos. Incluso ella comprendió que no era decente dirigirse a él, nadie se debería acercar a alguien en aquel estado. El sentido de la vergüenza le decía que no lo debía mirar a la cara para no atisbar en esas zonas de nosotros, cuando uno está vencido como un niño que llora, esos lugares que no queremos mostrar a los demás. No debía aprovecharse de uno de esos momentos que rompen la máscara de nuestra identidad, cuando los demás deben saber si les corresponde abrazarte o, por pudor, apartar la vista. Más tarde ella, recordando todos los hechos, pensaría que fue en aquel momento precisamente cuando traspasó la frágil barrera de la identidad de él, cuando quedó establecido un lazo íntimo entre ellos dos. Cuando ella se anudó a su destino.

Sin embargo, en aquel momento no fue capaz de contener la rabia acumulada durante meses, años; enfado que en aquel rato que llevaba aguardando sentada humillantemente como un perro en la puerta de su despacho se había ido tensando como un resorte. Ella se interpuso en su camino, lo detuvo y dijo:

—Vosotros, los de las productoras, vivís de nosotros, de nuestro talento y de nuestro trabajo. Ya podíais escuchar al menos nuestros proyectos, ya podíais respetar a quienes escribimos la materia prima de las series que producís. —Lo dijo con rabia, como no recordaba haberle hablado a nadie que hubiese tenido poder sobre ella.

Y los ojos de él, abiertos de par en par, la observaban sorprendidos mas no veían lo que tenía delante, y tampoco escuchaba ni entendía sus palabras, sólo la contemplaba con una mirada vacía, lleno todo él de su horror privado. Ella vio que él no entendía y quiso explicarse, bajó el tono de voz.

—Llevo semanas esperando que me recibas, es por el argumento de la película, es un buen argumento. Distingo perfectamente cuándo tengo un buen argumento. Llevo trabajando en esto años, y ésta es una buena historia. He trabajado bastante para vosotros, para esta empresa, tengo derecho a que me recibas y me escuches...

Él se amedrentó y aunque era más alto que ella hizo como un niño que se encogiese de miedo ante su maestra.

—Disculpa, disculpa... no sé de qué me hablas... Disculpa... —Y se dirigió a la secretaria que miraba sorprendida hacia él. Ella negaba confusa sin atreverse a decir nada tampoco.

—Un dossier que entregué hace casi dos meses... Se titula *El Insomne*..

—... Disculpa, no sé. Quizá. Perdona, dale el dossier a mi secretaria, ya me lo pasará ella después. ¿«*Lobishome*^[1]»?

—No. El *Insomne*, el que no duerme. Es una historia gótica, de miedo..., para un largometraje. De una especie de vampiro... Ya lo tenéis aquí, ya os lo he entregado, hace meses.

—Ahora mismo se lo busco... —masculló la secretaria abriendo un cajón de su mesa.

—Disculpa... —Volvió la vista temeroso a su despacho y después quiso huir.

Ella estaba sorprendida y avergonzada, y únicamente fue capaz de hacerse a un lado y dejar marchar con paso vacilante a aquel hombre que ella había imaginado odioso y veía ahora abatido. Él se fue por el pasillo y se oyeron sus pisadas bajando las escaleras, llevando con él aquella desgracia que ella aún no conocía y dejando aquel despacho desolado. Más tarde, reconstruyendo aquella escena que había sido el comienzo de todo, ella caviló en cómo la desgracia nos hace adultos, y también mejores. Cómo, en cierta manera, la desgracia podía ser un despertar a la vida.

Inmediatamente se dirigió a aquella mujer para pedirle explicaciones, pero a ella parecía preocuparle más lo que le sucediera a Xacobe que haber quedado en evidencia delante de los dos por no haberle entregado el dossier. Realmente apenas la miró, una mirada breve y resentida y un comentario.

—Mañana mismo tendrá su dossier encima de la mesa. Y a continuación salió por una puerta lateral a otro despacho contiguo.

Ella se quedó allí, desconcertada y confusa por dentro, no le restaba más que marcharse, pero aún no había conseguido asimilar todo lo que acababa de ocurrir tan rápidamente.

Del despacho de al lado llegaba la voz amortiguada de la secretaria, seguramente hablando por teléfono. Quizás informando a alguien.

Ella estaba como prendida aún a aquel momento, aquel suceso abrupto la había dejado enredada. De alguna manera siempre había sido lenta, un poco torpe y de reacciones tardías, de manera que no se sentía en disposición de marcharse todavía, como si aquel momento aún no hubiera acabado para ella, como un espectador que recorre el escenario del teatro después de que se han marchado los actores y el resto del público, como un acorde que resuena en la sala del concierto. Se asomó al despacho que había abandonado Xacobe dejando la puerta entreabierta.

La pantalla de su monitor seguía encendida. Papeles aquí y allá. Justo delante de su lugar en la mesa un sobre de color oscuro abierto. No se atrevió a sacar la hoja que

había dentro, la tocó únicamente con la punta de un dedo, que se encogió instantáneamente, como si algo lo quemara. El sobre tenía un grabado que no distinguió bien, una especie de serpiente que componía un círculo abierto. Al oír el sonido de un teléfono que colgaban en la pieza contigua, salió del despacho con miedo a ser descubierta. El hechizo del momento había concluido.

Estimados hermanos cofrades de la Cofradía del Santo Sepulcro:

Me gustaría que esto fuese una Confesión, como la de san Agustín, pero no estoy iluminado por el Espíritu Santo, como lo estuvo él sin duda, y en mi confesión ante todos vosotros no voy a poder desnudar mi alma. Aun así, quisiera que vieseis que he intentado con toda humildad exponer mi verdad sobre los hechos que originaron mi expulsión de esta Santa Cofradía. Y si no llego a tanta confesión como el santo de Cartago, que incluso relata cómo robaba peras en el huerto de un vecino y pan en la despensa familiar, pues es porque mi alma pecadora no está tan plena de Gracia como la de él. Tampoco he hurtado nada ni dañado a esta Cofradía, como comprenderéis en cuanto leáis o escuchéis lo que tengo que decir.

Estimados hermanos, como ya sabréis, actualmente vivo retirado, he dejado en alquiler el taller de plata y azabache además de la tienda a mi empleado Serafín, y moro en una aldea rodeado de viejos. Y aunque la aldea no esté muy lejos de Santiago de Compostela, vivo de espaldas a ella y encuentro un gran confort en estas horas rústicas. Quiero decir que estoy apartado de la ciudad y ni siquiera cuando tengo que ir a las semanales sesiones de diálisis entro en ella, pues voy en un taxi al hospital y vuelvo. Ésa es mi situación actual. Vivo en la aldea gracias a la gentileza de mi nueva amiga, Celia, que me ha cedido la casa familiar que posee en este lugar y que ella mantenía cerrada desde hacía años. Si Celia ha sido pecadora antes, hoy es una madre virtuosa y renacida, como una Magdalena penitente. No pierdo la esperanza de que atienda mis ruegos y bautice a la criatura que ha dado a luz.

Yo, por mi parte, en caso de ser readmitido con todos los derechos, muy concretamente el derecho a ser enterrado en la tierra sagrada del cementerio de nuestros cofrades, donde descansan mi padre y mi hermano, dejaré la propiedad de mi tienda a la Cofradía, con la única condición de que se mantenga el puesto de mi empleado Serafín hasta su jubilación.

La propiedad de mi casa y la cantidad que tenga en el banco cuando yo muera pasarán a manos de la antedicha Celia para que pueda criar con tranquilidad a su hijita, que nació en un día infausto, como si los estigmas estuviesen en su destino, pero que es inocente de los pecados que hayan cometido sus padres, que la concibieron imprudentemente; pues los niños no heredan más pecado que el original, que borra el bautismo. Y cada uno trae consigo el derecho a ser salvado y libre. Así lo dijo Cristo: «Dejad que los niños se acerquen a mí».

Así pues, si solicito que se revise mi expulsión, no es con ánimo alguno de volver a las reuniones, aunque mi devoción me lleva, cuando pienso en vosotros, en esta querida Cofradía, a imaginar que organizo nuevas actividades de esta apostólica hermandad. Mi atribulada cabeza no puede dejar de pensar en nuevas formas de promover la devoción a nuestro santuario, no obstante, os pido que no consideréis mis ideas y sugerencias, que brindo gratuitamente por si quieren ser atendidas, como una intención seria mía de llevarlas a cabo. Debéis imaginar que este hombre, ya definitivamente viejo, además de enfermo del cuerpo, y también con el alma lacerada

por las heridas del combate espiritual al que me he expuesto, este hombre, digo, sabe que no volverá a llevar la vida de antes. Realmente siento que ya he cumplido con lo que se me tenía reservado y que he concluido mi camino.

Este retiro mío, entre el ruido del viento que pasa rumbo a la ciudad y el cacareo de las gallinas de mis vecinos, es el umbral para lo que viene a continuación. A veces noto en falta poder rezar en las noches de insomnio al Cordero Místico del ábside de Santa María de Salomé que yo veía desde mi casa. A veces echo en falta las voces que subían desde la Calderería, por aquellas paredes de calleja estrecha, que son también un poco asfixiantes, hay que decirlo. Y oía: los niños a la escuela, las mujeres al mercado, turistas, coches de reparto. Y por las noches, desgraciadamente, también las voces de tantos jóvenes borrachos. Eso sí que no lo echo de menos. Y qué bien se duerme en la aldea, es como si por primera vez estuviese a solas conmigo mismo. Cuesta acostumbrarse, sin embargo es muy útil para hacer examen de conciencia. Vivir en un lugar apartado como éste, tan dejado de la mano del ayuntamiento, es como vivir en oración continua. Entiéndase que es un modo de expresar esta paz.

En la parte antigua de la ciudad yo era ya como un resto de otro tiempo, se han ido muriendo casi todos mis vecinos, o se han marchado a vivir a las casas de las afueras con hijos que los cuidan. Las viviendas están vacías y en otras mis nuevos vecinos eran estudiantes de pensión. Cada día me sentía un poco más apartado de allí y como expulsado de mi mundo. Mi Santiago ha muerto. En esta aldea, por el contrario, están tan faltos de novedades que a los viejos aún les alegra acoger a un forastero; aunque sea otro viejo, como muchos de ellos.

Viviendo entre ellos cavilo, viendo su paganismo envuelto en cristianismo, que, siendo ellos también católicos romanos, es como si fuésemos de religiones distintas, pues no los imagino en diálogo interior con Nuestro Señor. Sin querer ser malinterpretado, se puede decir que ellos creen en la magia y yo en la oración. Mas nuestra Iglesia debe dar cabida por igual a esos fieles y a fieles como nosotros, hermanos.

Como la aldea está en el Camino de Santiago, prácticamente cada día veo pasar a algún peregrino que se dirige a la ciudad procedente de muy lejos, aun en un mes tan duro como éste. Gentes que hablan otros idiomas y que cuando llegan aquí están muy baldados. He puesto una concha de vieira en la vieja puerta y procuro dejarla siempre abierta para darles a estas gentes un saludo, un vaso de agua o cualquier cosa que necesiten. Me dan envidia, pues yo he servido al Apóstol al pie de su tumba pero me ha sido privado el venir de lejos, ganando ese Camino y ganando la contemplación de su tumba. Quisiera no haber nacido santiagués y ser de un lugar lejano para poder haber llegado aquí como peregrino. Alabado sea nuestro Patrón, guía luminoso, antorcha que alumbra desde esta Jerusalén de Occidente.

Y como en lo que piensa mi mente es en esa hora final que sé que está cerca, nada me entristece tanto como saber que mis restos van a reposar fuera del lugar que les corresponde a los cofrades, lejos de los hermanos que se fueron antes que nosotros. Si solicito la readmisión es porque, como creo que demostraré con mi narración de los hechos que provocaron la expulsión, estimo que fue injusta. Y si me he atrevido a hacer esta confesión, que es pliego de descargo y solicitud de clemencia, ha sido porque confío en que la justicia y la caridad viven en el corazón de mis hermanos cofrades.

Antes de leer o escuchar este pliego de descargo les pido a mis hermanos que reflexionen sobre la dureza con la que ha sido tratado este hermano que les escribe, dureza que supongo tiene que estar alimentada por algún enemigo mío de corazón duro que bien podría ser visto como el zorro en el gallinero. Y que comparen el trato que me han dado a mí con la ligereza con la que fue tratado en su día el caso del tal Xacobe, que como pienso demostrar no poseía las condiciones espirituales mínimas exigidas. Espero hacerles ver a mis hermanos que su entrada suponía la ruina de la Cofradía y del santuario. Les pido que mediten después de atender a mis explicaciones y les suplico que tengan misericordia.

Después de la tempestad viene la calma y después de aquella temporada, que no sólo fue de fuertes temporales y lluvia que se abatieron sobre nuestra ciudad, sino también de perturbaciones para nuestra Fe, llega el momento de recordar lo ocurrido. Comprendo que mis actos durante esos meses pasados fueron malinterpretados y usados en mi contra. Demostraré que he obrado movido por la Fe y en defensa de ella en circunstancias tremendamente adversas. Quiero demostrar que, en la medida de mis escasas fuerzas, he actuado como un verdadero cruzado en defensa de nuestro santuario.

Sé que hay miembros de esta Santa Cofradía que siempre han desconfiado de mi salud mental, que nadie sonría al leer esto pues no es una conclusión precipitada, ya que en el curso de los treinta y tres años que llevo en ella bajo la presidencia de don Manuel Hermida Pena primero, de don Acisclo Rama García después y ahora de don Antonio Pereira Hermo siempre he sentido que era escuchado con condescendencia cada vez que exponía mis preocupaciones por la seguridad del santuario ante las amenazas que estaban profetizadas y los embates del Mal que residía en la ciudad apostólica.

No sólo he recibido la ofensa de ser mirado con displicencia, sino que precisamente mi celo por proteger el Sepulcro Apostólico de seguras asechanzas me ha valido ser desechado como candidato cada vez que, por ser llamados por Nuestro Señor, ha quedado vacante el lugar de presidente, o siquiera de secretario, de esta querida Cofradía a la que he destinado todos mis esfuerzos y puedo decir, sin caer en la exageración, que entregado mi vida entera.

Si no he llegado a ofrecer mi vida en sacrificio, como hace treinta y tres años la ofreció heroicamente mi hermano Rafael, que quiso detener la profanación de las campanas y lo pagó con su vida, ha sido porque el Señor, ayudado por nuestro santo patrón, no ha querido ese fin para mí. Ha querido que esta vez el Mal no consiguiese sus fines, que no pudiese doblegar a nuestra campana *Berenguela* obligándola a tañer la decimotercera campanada, la perversa. Y asimismo ha perdonado la vida de este devoto siervo que guarda la memoria de su hermano, al que cada año sigo ofreciendo por mi cuenta una misa en la iglesia de San Fiz de Solovio; este año no, pues está cerrada con motivo de su restauración. (Queridos hermanos, nuestra ciudad está cada día más restaurada y repintada, pero yo me pregunto si esa fachada blanqueada no ocultará que cada vez está más muerta. Dejo aquí esta modesta reflexión que no viene al caso del relato de los hechos acaecidos).

Volviendo al caso de mi difunto hermano, si esta exposición convenciese al fin a mis hermanos de la existencia de la amenaza del Mal, pido que se reconozca con carácter retroactivo que la horrible muerte de mi hermano Rafael fue debida también al mismo Enemigo al que yo he combatido. Y que las misas en su memoria sean costeadas por ésta (Cofradía, que tiene la economía saneada, y que se hagan en una capilla de nuestra santa Catedral, como a él le hubiera gustado. Pues la Catedral y sobre todo sus tejados y torres fueron su hogar desde chiquillo, cuando ambos fuimos escolarizados en la Escolanía. Su dedicación al cuidado del reloj de la torre y de las campanas fue su vocación aérea, si se me permite el adjetivo, ya que había en él mucho de ángel, o de arcángel. También su muerte fue aérea y murió como un ángel que cae de la torre a las duras losas de nuestra Quintana de Vivos. Quisiera dedicar este relato a la memoria de mi hermano gemelo Rafael, tan espantosamente muerto en el cumplimiento de su deber.

Mis hermanos cofrades saben que siempre he actuado con total desinterés y que incluso he ofrecido gratis mi trabajo, que es mi único sustento, cuando ha sido preciso, por el bien de la Cofradía. Como, a modo de ejemplo, cuando celebramos el sexto centenario de su fundación y labré en mi taller las treinta insignias en azabache con el escudo de la vieja orden de los Caballeros Cambiadores, orden que se transformó posteriormente en la nuestra, con el nombre actual. Se las ofrecí a la Cofradía a un precio más que módico, de forma que cada miembro tuviese que pagar únicamente el valor del material empleado, la plata y el azabache.

El mismo escepticismo y reticencia he percibido hacia mi labor como Archivero Mayor de la Cofradía, como si la conservación y estudio de la historia de la hermandad no fuese una fuente de experiencia y de lecciones para el futuro.

Espero que los hechos ocurridos sirvan al menos para corregir esa actitud equivocada, y que tanto el puesto de archivero como los medios destinados a su labor tengan ahora la consideración que siempre merecieron. Sé que es un atrevimiento por

mi parte hacer sugerencias hallándome en la circunstancia en la que se me ha colocado al haber sido expulsado, pero en este campo de archivar nuestros documentos sería preciso considerar la compra de un moderno y potente ordenador, además de buscar la colaboración de una persona versada en esas técnicas, ya que los servicios de la informática e incluso de la conexión a Internet serán imprescindibles en el futuro, no sólo como ayuda en la catalogación y consulta de los archivos, sino también como herramienta contra las nuevas formas de ataque del Mal. Durante años he tenido la impresión de que mis informes, detallados y extensos, eran dejados de lado e ignorados, ojalá éste sea el inicio de una nueva época.

Y ya que hago memoria y confesión, aprovecho también este memorándum para manifestar, si se me permite, que he tenido que vivir estos años en la decepción por lo que podríamos llamar Descreimiento, Escepticismo secular, en el que ha vivido esta Cofradía nuestra respecto a sí misma, pues ha olvidado su origen. Claro que, del mismo modo, todo nuestro mundo, e incluso a veces parece que también la propia Iglesia Católica, ha olvidado que el Diablo existe. Queridos cofrades y hermanos en la Fe de Cristo Nuestro Señor, cada vez que yo recordaba sobre esa mesa en la que os reunís, testigo de otras reuniones de tantos hermanos cofrades antes que nosotros, que éramos guerreros destinados a vigilar y proteger el Sepulcro Apostólico del Hijo del Trueno, como nos recordaba una y otra vez la historia de nuestra hermandad, yo veía asomar una sonrisa irónica en más de una cara.

Y digo aquí que la ironía es uno de los estigmas que delata la derrota de la Fe en un corazón, pues no cabe reserva ni duda ni cálculo en el camino de la Fe, que es ciega y sin embargo es el camino seguro de la luz. Pues ahora repito que la nuestra es una hermandad de guerreros de la Fe y debemos estar alerta y dispuestos al enfrentamiento con las mil caras del Mal, pues el Demonio más que nunca ha penetrado en el Reino de los Hombres y sus intenciones se propagan en todas direcciones.

Incluso entre nosotros, hermanos, ¿cuántos forman parte de la Cofradía y sin embargo no son verdaderos cofrades? Pues la nuestra es una hermandad que imprime carácter, no en vano yo abandoné mis estudios sacerdotales tras la muerte de mi hermano gemelo Rafael para trabajar en el taller paterno como azabachero, y para dedicarme, con un voto de entrega en cuerpo y alma, a la defensa del Sepulcro Apostólico desde esta nuestra santa organización. Y ahora, desde aquí lejos y fuera, miro con la imaginación alrededor de mí como si continuase estando entre vosotros y veo a hermanos que Están pero no Son; veo a hermanos que entraron por mera tradición familiar o para desfilan por las calles de la ciudad los días señalados con la capa bendita de nuestra hermandad. ¿Y acaso no hay también quien apenas asiste a las reuniones e incluso ha entrado porque le beneficiaba en su carrera la cercanía de los hermanos cofrades que disfrutaban de buena posición social? También en nuestra

sagrada hermandad penetran los aires pestíferos y malditos de Satán y de sus representantes, como aquel Hermógenes a quien derrotó nuestro Glorioso Apóstol en Jerusalén. También hoy en esta Jerusalén de Occidente hay Hermógenes a quienes destruir. Quién sabe si no tenemos ya dentro la garra del Mal.

Ya que renuncié a todo lo que no fuese vigilancia y entrega y a cambio recibí desprecios, aquí estoy para relatar el fruto de mis desvelos, los hechos demoníacos que he desvelado y, en la medida de mis escasas fuerzas, ya que no he contado apenas con apoyo, ayudado a frustrar.

Hasta aquel día en que pasó ante mí en el Hospital Clínico, llevando una muestra de su orina en la mano, yo nunca había visto antes a Xacobe. O por lo menos no recordaba haberlo visto, ya que Santiago es una ciudad pequeña y es perfectamente posible que nos hubiésemos cruzado muchas veces. No obstante, éramos de edades y de ambientes muy distintos, y he observado que la gente que por el motivo que sea no es de nuestro ambiente o no nos interesa, se hace invisible para nosotros. Sabía únicamente su nombre y apellidos, Xacobe Casavella Mateo, llevaba semanas dándole vueltas a aquel nombre, y cuando lo escuché pronunciar por megafonía en el pasillo del hospital convocándolo a la sección de análisis, me sorprendí e incluso me asusté.

Me santigüé de modo instintivo y una mujer que esperaba a mi lado su turno de diálisis me miró asustada, debió de ver el miedo en mi cara. Era una señora conocida, no diré su nombre, y que padece la misma enfermedad que yo; ya había coincidido con ella otras veces, pues hacemos la diálisis el mismo día de la semana. Ella trabajaba en un comercio de ropa propiedad suya y de su marido, que era presidente de la Asociación de Comerciantes del Casco Antiguo, y solíamos intercambiar algunas palabras sobre el tiempo o sobre alguna incidencia de nuestra salud. Pero yo me levanté tan súbitamente que ella me miró y dijo: «Parece que acabas de ver al demonio». Me marché de allí sin dar explicaciones, ese tipo de reacciones hace que a veces la gente vulgar crea que uno está algo mal de la cabeza, y me fui a toda prisa hacia la sección de análisis. Quería ver a aquel hombre, quería ver a la persona a quien precisamente estaba buscando y que representaba aquella amenaza.

Llegué casi corriendo a tiempo de ver a unos cinco metros de mí a un hombre alto y joven, muy bien arreglado él con un traje que lo vestía con pulcritud y elegancia, y, aunque sé que los lujos y las apariencias no son el mejor camino para la Fe, admiré en él aquella apariencia tan apuesta que lo hacía parecer salido de un anuncio de ropa. Y pensé de qué modo tan distinto trata la naturaleza a unos, dándoles apostura, y a otros, dándoles enfermedades. Pero ésa es la voluntad divina. Y, de todas formas, en aquel momento comprendí que aquel hombre también tenía algún problema serio que lo llevaba allí a hacerse análisis. Los guapos también sufren.

En su rostro había un ligero rictus de disgusto, propio de quien se siente molesto

en una situación. Se dirigía a la puerta del laboratorio portando una gabardina doblada en un brazo y un frasquito con un líquido amarillo o dorado, orina sin duda, en el otro. Cambió el frasco de mano para poder abrir el pomo de la puerta, asiéndola casi con las puntas de los dedos, con reparo, y asomó la cabeza; después entró y lo perdí de vista.

Y allí me quedé de pie, delante de la gente que esperaba sentada su turno para entregar su orina y su sangre, considerando aquella puerta blanca, cerrada, una puerta anodina de sección hospitalaria. En aquel ambiente de desgracias comunes, de tristezas vulgares, que para mí era tan familiar, se me había mostrado la amenaza más impía y monstruosa. Con el aspecto de un hombre joven, bien situado y atractivo que por algún motivo necesitaba unos análisis, como cualquier otro, un joven que probablemente entendía como algo natural tener salud y consideraba aquella situación en la que se veía como un contratiempo impropio y vulgar. Aquél era el hombre. O, más bien, aquello era la cosa encarnada, la cosa demoníaca que acechaba y que en cualquier momento aparecería de nuevo, y yo sabía que al fin había reaparecido.

Lo que me dejó sorprendido, contemplando aquella puerta blanca cerrada por la que había entrado, era que nada en él irradiaba perversidad, o algún magnetismo, alguna fuerza especial. Por lo menos desde la distancia a la que yo lo había visto no había notado nada en él, en aquella sala de espera no se había percibido ninguna presencia fuera de lo común, fuera de lo humano. Aunque yo lo había mirado de lado, no le había visto bien el rostro de frente, y en el rostro, saliendo de los ojos e iluminando toda la cara, es donde se manifiesta el alma de la gente. Es una gran verdad que la cara es el espejo del alma. Y los ojos son las puertas para entrar en ella. Y las puertas por donde sale también la maldad, si la hay dentro. Tenía que verle los ojos a aquel hombre. Siempre pensé que cuando tuviese ante mí al Enemigo, lo reconocería en los ojos.

Ése fue el día que lo vi por primera vez, pero yo llevaba ya días detrás de él, desde que presentara su solicitud de ingreso en nuestra Cofradía.

Más tarde, cuando me llegó el turno me acosté en mi camilla de hospital, conectado por tubos a mi querida máquina de diálisis. Para mí es como si fuese un ángel de la guarda mecánico que purifica mi sangre para que pueda seguir. Allí estaba yo, dándole vueltas en mi cabeza a aquel hombre que acababa de ver por primera vez, cavilando en el modo de acercarme a él. Su presencia estaría grabada seguramente en las cámaras de vídeo que registran lo que ocurre en todos los pasillos, pues hoy nuestra vida está siendo a cada momento grabada y vigilada en todas partes. ¿Captarían las cámaras aquella figura? Desde luego que sí, no era ningún fantasma, parecía un hombre completamente normal. ¿Habría alguna luz o sombra en él que no captaba el ojo humano y la cámara sí?

Me tocó estar acostado junto a un chaval de doce años llamado Iván, que padece la misma enfermedad que yo y espera un trasplante. Como me ocurre tantas veces en esa situación —máxime cuando me toca hacer la sesión con alguien tan joven— estuve pensando en el dolor que nos envía el cielo —especialmente cuando le llegaba a un niño romo aquél, que no comprende por qué le ocurre algo que no ha merecido — y que nuestros esfuerzos por servir a Dios no valen para aliviar los padecimientos corporales del género humano. Cuánta Fe no nos pide Nuestro Señor para que sigamos adelante, confiando en la Divina Providencia. Únicamente la oración sirve de alivio momentáneo a nuestras penas.

Se marchó de la oficina de Xacobe confusa y sintiéndose culpable; vergüenza y culpa eran acompañantes con los que ella sabía que podía contar, se iban y volvían infaliblemente. Sabía que no había tenido la culpa de lo que le había ocurrido a aquel hombre, fuese lo que fuese; sin embargo, su reacción, obligándolo a atenderla en aquel preciso instante, había sido inoportuna y le sabía mal. Era obvio que él estaba en aquel momento bajo una fuerte impresión, cuanto más lo pensaba más vergüenza sentía. De tollos modos, había quedado intrigada por lo que había sucedido, fuera lo que fuese tenía relación con aquel sobre que ella había visto sobre la mesa. Era como si al abrirlo hubiese tenido que huir de allí. Una amenaza quizá.

Su actitud hacia Xacobe también era entonces confusa. Hasta ese momento había sido para ella «aquel tipo», sabía que era un cretino chulo y arribista, sin embargo en aquel breve instante ella había tenido ante sí a un hombre desgraciado y sensible, e incluso se podía decir que se había asomado a su interior. Era como si en aquel momento, parado ante ella con los ojos muy abiertos, mostrando el miedo que llevaba dentro, hubiese tenido con él un extraño momento de intimidad, como si ella lo hubiese visto por dentro, como si lo hubiese visto desnudo, y muy vulnerable. No pudo evitar sentir simpatía hacia él. Se enojó consigo misma, era demasiado sensible, se compadecía excesivamente de los demás y esa debilidad al final siempre era utilizada contra ella, la perjudicaba. Pero no podía evitarlo y ya había renunciado a hacerlo.

En aquel momento sentía lástima por aquel tipo. Bajó las escaleras del edificio despacio, aturdida. Pasó el control del guardia de seguridad en la entrada y poco a poco volvió a entrar en su conciencia habitual. Fuera de aquel despacho y de aquel momento que ya había pasado, la vida seguía con su apariencia de normalidad. Sentía que pasaba de un tiempo a otro, por un momento había estado en el tiempo de lo extraordinario, de lo extraño, y ahora volvía al tiempo de lo cotidiano. En el fondo, toda su inspiración de escritora provenía de valorar esos momentos excepcionales, de estar atenta y abierta a ellos y de considerarlos como «los verdaderos», y el curso continuo de la normalidad, por el contrario, como «lo falso», y eso le confería talento para escribir situaciones e historias fantásticas. No obstante, no permitía que ese instinto se saliese de las cosas que escribía y penetrase en su vida. Su vida era

ordenada y sus rutinas eran una coraza frente a lo extraordinario. Ella era una mujer de hoy.

Lloviznaba. Encendió su auto y entró con él en el río de tráfico de la hora punta que salía de aquel polígono industrial en el que estaba la productora. Ya era la una y media de la tarde. Rodeada de automóviles y camiones, conducía en tensión. La ansiedad diaria y el malhumor volvieron a ella, y se puso a pensar en su mala suerte del modo que sabía, haciéndose daño. Lloviznaba. Encendió el reproductor de música. Nick Cave cantó: «La espada de Damocles pendiente sobre ella. Oh, Dios, Dios mío. Oh, Dios. ¿Y cómo pude ofenderte? Envuélveme en un tierno abrazo». Conducía dentro de un vídeo-clip melancólico de tonos grises, entre un tráfico brutal por vías violentas. Aquél era el lado de la ciudad que más odiaba, sabía que era necesario, era el tráfico del trabajo, de las mercancías, sin embargo ella amaba el ritmo pausado que podía disfrutar viviendo en la parte vieja. Los tumultos de turistas y de las noches de movida no llegaban a su ático, desde el que veía tejados y nubes. Ella sabía que en cierta forma huía de su época, que aquel fragor del tráfico era la verdad de la ciudad y del tiempo.

El recuerdo de lo que acababa de ocurrir volvía inevitablemente. Se compadeció a sí misma; ella no había querido ser ofensiva ni cruel, solamente había intentado plantarle cara a aquel tipo que le impedía progresar en su trabajo, y había acabado por hacer el ridículo. Además, a él, cuando le pasase el disgusto o la preocupación, o lo que fuese, cuando recordase la situación, no iba a hacerle ninguna gracia volverla a ver. Se sentiría incómodo sólo de pensar en ella, recordando que ella había sido testigo de aquel momento. A nadie le gusta que lo vean cuando está caído. No nos gusta caer, sobre todo para que no nos vean los otros. De manera que aquello que él le había dicho a la secretaria en aquel momento de debilidad —que le pasase el dossier del argumento de ella—, era ya un cuento viejo, en cuanto lo viese en su mesa lo arrojaría a la papelera con desagrado. Qué mala suerte tenía, todo le pasaba a ella, siempre acababa poniéndose en evidencia.

Vio una plaza de aparcamiento en la calle y se apuró a ocupar el sitio, aparcar era un problema. Se sentía fatigada, como si llevase toda la mañana trabajando o como si no hubiera tomado suficiente café al desayuno. Caminó despacio por las calles de la ciudad vieja hacia su apartamento. Quién sabe, tal vez leería el dossier y le gustaría el proyecto, tal vez la película al final saldría adelante, pero era mejor no fantasear aún sobre la idea de una película con argumento y guión suyo. Su vida cambiaría. Además, mañana sería otro día y seguramente aquel tipo preferiría olvidar todo lo vivido aquella mañana.

Pasó por delante de una casa que estaban reformando y vio por el portal abierto que habían hecho excavación arqueológica, seguramente habría aparecido algo al obrar. Se asomó y preguntó a un operario con su mono azul manchado y una gorra de

trapo rojo gastada:

—¿Y qué va a ser? Lo de siempre, ruinas viejas. Cada vez que se hacen obras en una casa de la parte vieja aparecen restos. Ya ha estado aquí la arqueóloga municipal.

—¿Qué había entonces, restos de una casa antigua?

—Parece que hay tumbas... Un pedazo de estatua también. Por lo visto hubo aquí un cementerio o algo así. Y ahora se va a retrasar la obra porque van a hacer una excavación.

—¿Puedo pasar a ver?

—Ca. No deja el encargado. Allí viene.

Efectivamente, un hombre con ropa de diario y un casco amarillo se acercaba a ellos con semblante serio. Era igual, podía averiguarlo a través de la arqueóloga municipal, que había sido compañera suya en el colegio. Aquello le podía ser útil para introducir en su historia.

Se fue de allí y sacó su libreta, anotó ideas sueltas: «Una casa construida sobre un enterramiento...». «Estatuas, tumbas». «Lo que hay enterrado en las tumbas sale afuera y contamina el presente, interviene en la vida de los vivos...». Debería buscar el modo de añadir esas ideas, dándole un nuevo giro al argumento de la película. Aunque éstas le recordaban algo al comienzo de *El exorcista*. Pero en fin, las historias de misterio siempre se parecían algo.

Ella era como la urraca ladrona que robaba cualquier cosa que brillara ante sus ojos, la atrapaba y se escapaba a su nido con ella, anécdotas cotidianas, trocitos de vida para fabricar historias. Cerró la libreta y la guardó con gestos de codicia, aquella libreta llena de apuntes en letra pequeña era su tesoro, que no se perdiese, que no se mojase el papel con las gotas que caían de aquella gárgola recortada allá arriba contra el cielo.

El segundo día que Xacobe vino a mi consulta para saber el resultado de los análisis estaba cambiado. Ese día sí que vi ante mí a un hombre de algún modo enfermo. Las huellas de la dolencia no estaban en sus rasgos, emergían de debajo, del fondo de sí mismo. Aquel Xacobe ya no era el hombre que había llegado cinco días antes, cuando se me apareció por primera vez después de tantos años, ya no como el compañero de curso en la escuela primaria sino como un profesional bien situado en el mundo de la empresa que acude a un neurólogo porque empieza a sentir unas molestias extrañas. Algo había ocurrido en esos días que lo hacía mostrarse casi indefenso, entregado.

En aquella segunda ocasión Xacobe estaba allí dando vueltas por la moqueta de mi consulta con muestras de confusión, acomodó la gabardina cuidadosamente en una silla sin soltar el teléfono móvil, como si se agarrase a él para no perder fuerza o poder. Sin mirar aún para mí, que permanecía sentado tras mi mesa haciendo como que miraba el informe para darle tiempo a sosegar, empezó a aflojarse el nudo de la corbata y a desnudarse con movimientos teatrales, como un actor que se va a dejar auscultar. Todos sus gestos semejaban faltos de energía, de interés en lo que hacía, y parecía que tenía la cabeza en otra parte lejos de aquella moqueta. Me preocupó aquel cambio inesperado, ya que los análisis indicaban un buen estado de salud, bien el azúcar, el colesterol, buena sedimentación..., ningún indicio de que se pudiese encontrar mal.

Le dije que no se desnudase, que aquel día no era necesario. Interrumpió la acción y, entonces, al fin me miró, y vi que detrás de su representación había miedo, venía asustado a saber qué le ocurría. Le indiqué la silla que había de su lado con un levísimo gesto de cabeza y eso bastó para que se sentase abandonado a su situación, no resignado sino con completa anulación de la voluntad. Ejecutó aún series automáticas de movimientos, estirar el pantalón al sentarse para no deshacer la raya, cruzar las piernas, tocarse el nudo de la corbata y estirar el cuello al mismo tiempo, gestos que delataban un último intento de control para no mostrar su nerviosismo.

A mí mismo me había costado años llegar a dominar mi papel, había tenido que hacer una gimnasia interna para aprender a mandar a los demás. Cuando había imaginado antes aquella situación, yo había fantaseado alguna vez con eso, un día el

viejo amigo pasaría por mi consulta como paciente, y yo entonces sería quien dominase la situación, él estaría en mis manos y yo con tranquilidad lo sometería a pruebas, descubriría en él el trastorno y después le daría las indicaciones pertinentes que debería obedecer, y supervisaría el proceso del tratamiento hasta una curación eficaz. Curación de la que él me habría de estar en adelante agradecido y que daría pie a reanudar nuestra amistad. Sin embargo, en la visita anterior yo me había sentido de nuevo inseguro ante aquel viejo amigo de la infancia tan fascinante para mí, casi sin familia, de vida tan enigmática, y por eso tan atractivo a mis ojos, y que ahora reaparecía inesperadamente en mi vida con su aire de hombre de mundo. Su visita me había devuelto a mi vieja condición infantil, seguía siendo el niño falto de seguridad y torpe. Aquel día era distinto, de súbito las cosas empezaban a ser como yo las había imaginado en mis fantasías, no obstante me sentía desconcertado ante aquel cambio desde la primera visita.

Le pregunté qué tal se había encontrado los días pasados desde la consulta anterior y él contestó que bien, sin tan siquiera mirarme ni pensar en lo que decía, sólo observaba con recelo los papeles que yo sostenía sobre la mesa. Yo casi sentí deseos de disculparme por provocar su desasosiego, por hacerle aguardar unos días el resultado de los análisis, por no habérselo dicho inmediatamente nada más entrar para tranquilizarlo, sentía casi vergüenza de actuar como médico con él. Que no tenía nada, le dije al fin, supongo que acompañado de un gesto de disculpa, ante Xacobe, el amigo buscado y que parecía indiferente a mis deseos de amistad. El niño extraño y atractivo.

Entonces él levantó la vista y me miró como esperando que le dijese otra cosa, queriendo que le dijese otra cosa, aquello no le valía. Insistí y detallé que la observación que le había hecho en la anterior cita había sido muy satisfactoria y que el resultado de analizar la sangre era de una salud óptima. Él negó con la cabeza mirándome sin verme, no era así, no era así, como si dijese. Me figuré que iba a romper a llorar.

Pero por qué negaba estar bien, lo que tenía probablemente no era otra cosa que migrañas, jaquecas, desencadenadas y agudizadas por el estrés. Señalé la lámina detrás de mí que representaba las localizaciones de los dolores de las migrañas en el cerebro. Los dolores, luces brillantes, la sensación de que la mano izquierda no le pertenecía, voces..., todos eran síntomas de una migraña.

—Estás más fuerte que Pereira Martínez, aquel que siempre sacaba matrícula en Gimnasia, ¿recuerdas? —le dije.

Los músculos de su cara se tensaron como si fuese a expresar algo, pero todo quedó en una mueca truncada y confusa.

—¿Ves? No me río —respondió él. Yo no le entendía y él aclaró—: No consigo reírme. No, no estoy bien, Boliche —me llamó por el viejo apodo que me habían

puesto en la escuela, aquel nombre que alguien había sacado de algún lado para estigmatizar a un niño regordete y tímido, pero yo ya no sentía la vieja punzada de la humillación, me lo decía un hombre hundido que no tenía fuerza moral para ofenderme—. Y tú no puedes ayudarme —añadió.

Yo seguía allí mirándolo, los papeles con los análisis, que siempre me habían dado un sentimiento de confianza y poder frente a los enfermos, me parecían inútiles, era yo quien esperaba entonces una respuesta. Qué había ocurrido durante aquella semana, qué nuevos síntomas. La incapacidad de sonreír podía ser debida a una lesión en el hemisferio cerebral derecho. También podía ser que tuviese una depresión a consecuencia de las tensiones laborales. Yo quería una explicación, más información, qué era lo que le había pasado. Él lo comprendió y dijo, casi como si le doliese, que en la última semana oía voces, percibía olores, veía cosas. Y que la mano izquierda se movía en ocasiones por su cuenta. Y lo decía confirmando su preocupación en la expresión que yo le devolvía. Comprendí que había males neurológicos muy probables, pero él confirmó otro temor suyo diferente, él no miraba mi rostro, él escrutaba en su propio interior.

No pude ocultar que lo que contaba era serio, le propuse inmediatamente que pasase por Neurología en el hospital, yo mismo me encargaría de conseguirle una cita inmediata sin tener que esperar meses, le haríamos un TAC y una resonancia magnética. Él estaba como ausente y no escuchaba. Se incorporó despacio y empezó a recoger sus rosas. Tengo miedo, dijo. Y sin darme tiempo a reaccionar salió de la consulta con cara asustada. Tengo miedo, Boliche, me repitió desde la puerta y se fue a toda prisa, observado con asombro por la enfermera y por mí.

—qué te pasó ayer?

—nada...

—el que nada no se ahoga.

—... nada importante.

—Xacobe...

—tienes razón, contigo no tengo secretos, parece que adivines en mí. ayer recibí una carta.

—de amor?

—no precisamente, una cita.

—parece algo muy anticuado eso de pedir una cita por carta.

—no me la pide, me Jija hora y lugar.

—como los antiguos caballeros para batirse... tiene relación con lo que debías haber hecho y no hiciste?

—sí.

—qué te pasa, Xacobe?

—estoy acorralado, Esmeralda, ni siquiera a ti te lo puedo contar.

—... sabes que soy tu confesora. tu único refugio.

—ni siquiera tú me puedes ayudar, tengo que averiguar cosas sobre mi pasado y tú no me puedes echar una mano en eso.

—no mires atrás, Xacobe. recuerda a la mujer de Lot, volvió la vista atrás y se convirtió en estatua.

—tengo que saber lo que me pasa, carajo. tengo que averiguar cosas sobre mi vida, aunque me quede ciego o me convierta en estatua, y no sé a quién preguntar, me ocultan cosas.

—si nadie te puede ayudar, qué vas a hacer?

—recuerdas que te hablé de una tipa que estaba ayer esperando aquí en mi despacho?

—sí, lo recuerdo.

—tiene un argumento para una película que me interesa.

—... qué tiene que ver una película con esos problemas personales que te agobian?

—no es el proyecto de la película, es la historia en concreto lo que me interesa.

—por qué?

—...

—Xacobe...

—no te lo puedo decir, es todo muy extraño, no te lo puedo decir.

—y crees que esa mujer te va a ayudar?

—... no lo sé. su historia es muy importante para mí. hay algo en esa historia... y llevaba meses en la productora sin que mi secretaria me la haya pasado...

—... se le habrá olvidado, o no le daría importancia.

—no sé. sin embargo quiero hablar con la autora de ese argumento.

—le vas a contar a ella lo que no me estás contando a mí?

—no. ya sabes que no. sólo contigo me atrevo a hablar sin máscara... tiene gracia decir que hablo sin máscara cuando los dos hablamos escondiéndonos, yo me llamo Xacobe realmente, pero ni siquiera puedo saber si tú te llamas realmente así...

—las máscaras son el modo de mostrarse completamente desnudo, cuéntame y te ayudaré...

—... ahora no. necesito hablar con ella antes.

—piénsatelo bien, qué va a saber ella de tus problemas? Xacobe, no salgas de tu vida, quédate dentro, no.

—ya está pensado, tengo que cortar ahora, tengo una llamada.

—espera, no cortes, no te marches, Xacobe, no.

Ella despertó con el canto de los pájaros que anidaban en los agujeros de las chimeneas. Aunque era muy temprano, las ocho, sentía el aturdimiento de haber dormido mucho, un sueño largo y turbio, como si hubiera pasado la noche en un mundo muy denso, en un sueño infectado de sombras, caminando por pasillos con puertas cerradas en una atmósfera de culpa, un laberinto angustioso, hasta ir a dar a un yermo de tierra, un foso, una tumba. Cuando se asomó a aquel hueco cavado en la tierra vio la ausencia de cuerpo, el cuerpo había salido; miró a un lado y había otra tumba abierta, se asomó a ella y vio allí en el fondo una caja de hierro oxidado, súbitamente sintió una sombra detrás.

Todo estaba allí, en su sitio, eran las sombras conocidas de aquel interior tan familiar, la luz pálida del amanecer; el gato husmeó algo y quiso seguir durmiendo en el cesto junto a la cama.

La lluvia de la ducha le fue desprendiendo la piel de los sueños que la envolvía y apartando de los ojos las telarañas de la noche, pudo rebobinar lo que había visto en sueños mientras se abrazaba y frotaba duramente la piel indefensa con la manopla exfoliante de esparto. La excavación con la que había soñado tenía con seguridad relación con la tumba que había entrevisto el día antes en la obra de aquella casa que estaban reconstruyendo. Supo también que toda aquella agitación onírica era debida a la influencia de lo que había presenciado el día anterior en el despacho de Xacobe, había pasado el resto del día asimilándolo, dándole vueltas a aquella escena que le había impresionado el ánimo. Era algo aún muy cercano como para poder considerarlo materia de una narración, y el hecho de que ella misma hubiera participado en la situación le impedía distanciarse y verlo como una anécdota curiosa, mera materia para un cuento. Era como si la sustancia extraña que había impregnado aquel momento, que parecía haberlo envuelto a él, también la hubiera salpicado a ella.

En aquel trance melancólico, bajo el agua caliente y envuelta en el vapor del cuarto de baño, se le apareció la imagen de Xacobe, que ahora presentaba un aura cálida y que despertaba en ella un amago de sentimiento casi maternal. Su carne solitaria comenzaba a responder a aquel hechizo envolvente cuando su voluntad se impuso y reaccionó bajando el agua caliente y subiendo la fría. Se secó

vigorosamente, como hacía siempre, con la áspera toalla e hizo desvanecerse la imagen de Xacobe en su imaginación. Ella seguía siendo incapaz de concederse placer si no era a oscuras y bajo las mantas, envuelta en la vergüenza y empapada después en la culpa.

Desayunó con prisa, inmersa en la melancolía y la somnolencia miraba distraída a la taza de café con leche que daba vueltas en el microondas y se le ocurrió un argumento para un cuento, quizá para un cortometraje, y lo anotó en el bloc: «Una mujer pierde a su amado en una noche de temporal, ella sabe que no ha sido abandonada sino que le ha sido arrebatado por un destino terrible. Cada noche de tormenta sale a buscarlo, desafiando a los relámpagos y al vendaval». Una historia desafortunada, de las que le gustaban a ella. Después se tomó el desayuno con ganas y recogió la mesa, aquella tarde tenía que entregar un capítulo de la teleserie en la que trabajaba, *Crónicas de mamíferos*, ambientada en una clínica veterinaria. En aquel capítulo debía plasmar el acercamiento amoroso entre la veterinaria y el dueño de un dóberman, y llevaba días escapándole pues le costaba mucho verbalizar la atracción y los sentimientos de un modo que pareciese natural. A ella se le daba bien en sus historias y guiones usar la ironía, el humor sarcástico y frenético, pero no era capaz de contar la simple y común atracción de una persona hacia otra. Había en ello una ingenuidad, casi una inocencia, que la hacía sentirse incómoda y no acababa de comprender. Ella nunca se había abandonado a algo así.

Miró hacia la silueta de tejados y torres de iglesias de la ciudad vieja; sobre aquel laberinto de piedra flotaba el espacio inmenso como un fondo de mar invertido. Contemplar aquel panorama era el modo que tenía de vaciarse, de liberar la vista de imágenes de fuera y entrar dentro de sí misma, acceder a aquel cuarto interior en el que guardaba sus historias, sus personajes; distraer la vista en el perfil de grandes chimeneas, de antenas de televisión, de pájaros y nubes era la forma que tenía de hacer frente a los problemas de la escritura. Automáticamente empezaron a desaparecer aquellos pájaros que sobrevolaban, las eternas nubes pasando. ¿Qué se decían de verdad las personas para aproximarse unas a otras?, ¿cómo no ponerse en ridículo en una situación así? Su experiencia con Carlos ya casi estaba olvidada y no podía asociarla con lo que entendemos por la palabra «amor», había sido simplemente tan mezquino... Y lo que le había pasado con Sara no lo tenía tampoco ubicado.

Del lateral de un edificio asomaba, entre los demás tejados, el andamio de hierro amarillo de una obra, estaban restaurando aquella casa. Qué de cosas no aparecerían cuando se revolvía en las entrañas de una de aquellas viviendas tan antiguas; de cada obra en una casa de aquéllas se podía extraer el argumento para un cuento de misterio, de miedo, calculó. Recordó la tumba excavada que había visto el día anterior y la anotación que había hecho en su bloc de notas, «una casa construida

sobre un enterramiento», para incorporar al argumento del largometraje que había presentado en la productora. Las tumbas. La tumba de la abuela. Tenía que ir a llevarle flores algún día. Recordó la primera vez que, siendo niña, había visto una tumba, en el entierro de un vecino de la aldea, ella y otra niña habían espiado desde la distancia, subidas a un banco del atrio de la iglesia. La tumba era oscura, no se veía el fondo y parecía la entrada a un túnel. Le había quedado esa idea, de la tumba como entrada. Y no era una idea asociada al miedo, su idea de la muerte estaba asociada a algo poderoso, verdadero. La muerte era lo verdadero, y ese lugar, ese momento, era lo que latía en el fondo durante toda la vida. Ella entendía, sin decirlo, allá en aquel lugar interior de la infancia, que aquella muerte que había visto de niña era la sal y el fermento de la vida entera. Más fuerte que nada.

Sin embargo, en el sueño de aquella noche la tumba vacía había aparecido como algo amenazador. Ahuyentó aquel recuerdo y volvió la vista a la pantalla, pero de nuevo se acordó de Xacobe y sintió otra vez la punzada de la vergüenza por cómo se había comportado. Abrigaba sentimientos confusos hacia él. Sin pensarlo más se dejó ir, se dirigió al teléfono y marcó el número de su despacho.

Contestó su secretaria, en cuanto oyó su voz sintió que tropezaba con un muro, supo que había sido un error telefonar. La secretaria le respondió que Xacobe no estaba, que estuviese tranquila, ya le había pasado su dossier, que se había extraviado entre unos papeles, y que cuando tuviese una respuesta ya se pondría en contacto con ella. Ella le dio las gracias y colgó. Se enfadó consigo misma por haber cedido al impulso de llamar. ¿Qué esperaba, que se pusiese Xacobe al teléfono y le dijese que muy bien, que le había gustado mucho y que por qué no concertaban una cita para comer, o para cenar? Se llamó estúpida a sí misma, era como si aquel asunto estuviese embrujado, todas sus gestiones con la productora la conducían al fracaso y al ridículo.

Calentó café en el microondas y mientras tanto buscó entre los discos, escogió uno de REM, seleccionó *Losing My Religion* y se puso a pasear por el cuarto, contoneándose suavemente con el ritmo metálico y nostálgico de la música para ahuyentar de la cabeza todas aquellas ideas que la distraían. Después se obligó a sentarse delante del ordenador y a encenderlo. Se animó a abrir el archivo con el argumento de la película. Introduciría aquella idea del enterramiento al principio de la historia. Empezaría todo con el descubrimiento de una vieja tumba en algún lugar de la ciudad. La tumba de un antiguo hechicero medieval. Escribió allí el apunte y después volvió al guión de la telecomedia.

Llevaba algún tiempo escribiendo, ya se había puesto con el acercamiento entre la veterinaria y el dueño del dóberman cuando sonó el teléfono. Era Xacobe.

—Hola, soy Xacobe Casavella, el director de Producciones Atlántica.

—Ya, ya sé, ya... Vaya, qué sorpresa, no esperaba que llamas.

—¿Molesto?

—No, no, en absoluto. Quiero decir que estaba trabajando, pero no importa.

—Si prefieres llamo más tarde...

—No, no, por favor. Al contrario, me alegra que me llames.

—Es que, verás, tenía interés en hablar contigo...

—Precisamente te he telefoneado hace una hora para hablar contigo, para disculparme por lo de ayer, no debí...

—¿Hoy...? Pues no me han pasado la llamada. Qué raro, llevo en el despacho toda la mañana.

—Pues yo te he llamado... Tal vez habías salido en ese momento.

—Tal vez...

—Es que quería disculparme por lo de ayer...

—Pues no te llamo por eso, no te disculpes...

—Es que, verás, yo estaba algo mosqueada, es difícil de explicar...

—Por favor, no es necesario que expliques nada. Verás, yo precisamente quería hablar contigo de ese argumento que nos has pasado. Acabo de leerlo ahora mismo. ¿Podemos quedar hoy para comer?

—... Claro. Donde quieras, dime la hora.

Como recordarán mis queridos hermanos cofrades, desde que hace un año recibimos la solicitud presentada por la persona anteriormente citada, Xacobe Casavella Mateo, para cubrir la plaza de nuestra Santa Cofradía, vacante debido al fallecimiento del anterior cofrade, el hermano Manuel Paz Pombo, comerciante del ramo de la hostelería, que había sido secretario durante los últimos veinte años, yo inicié averiguaciones, algo que hago siempre que una plaza debe ser cubierta, sin que nadie me lo pida, pero entendiendo que es bueno para la preservación de los santos fines de nuestra hermandad. Y pienso que este caso ha demostrado que mis prevenciones, y las molestias tomadas todos estos años investigando a cada candidato, tenían sólido fundamento.

Los primeros pasos de mi indagación fueron buscar información escrita sobre este individuo, vecino de nuestra ciudad. Encontré una ficha de él en una útil publicación, (*Gallegos del siglo xx*/, editada por el periódico local, en la que se recogen los datos más importantes de las personas más destacadas de la ciudad. Y allí figuraba lo siguiente:

«Xacobe Casavella Mateo (2 de noviembre de 1968). Pertenece a una antigua familia compostelana, un antiguo linaje que ha dado a la ciudad artistas, arquitectos, escultores, clérigos y figuras públicas. Licenciado en Ciencias Empresariales y Derecho. Desempeña un papel relevante y de futuro en la naciente industria audiovisual y en el mundo de la empresa de comunicación».

Les ruego a mis hermanos que se fijen en la fecha de nacimiento, porque quiero recordarles a aquéllos de entre nosotros que siempre sonreían cuando yo les insistía en la necesidad de permanecer alerta frente a los ataques del Mal, que precisamente ese día, Día de Difuntos, justo a la hora del paso de un día para otro, la campana de nuestra basílica fue poseída por los poderes maléficos que acechan a nuestro santuario y dio trece campanadas. Adjunto una fotocopia de las páginas de nuestro periódico local del día siguiente que, mezclado con las notas de sociedad, alguna detención de activistas subversivos, actos litúrgicos y después de comentar la celebración piadosa de visitar a los muertos —que en aquellos tiempos tenía mucho más realce que hoy, pues la sociedad no estaba tan paganizada—, consigna en su página 13 que se volvió a repetir el extraño fenómeno de que la *Berenguela* diera

trece campanadas en vez de doce. Lo que la leyenda y la creencia del vulgo llaman la «hora del demonio».

Para mí esa fecha tiene otra significación pues, como recoge el mismo periódico —y adjunto fotocopia de la página 9 del mismo diario—, fue el día, o mejor dicho la noche, en que falleció mi hermano Rafael, cuyo recuerdo me acompaña siempre y me ha dado fuerzas para mi investigación. De modo que ese extraño fenómeno prueba que la caída de mi hermano desde la torre tiene relación con el siniestro episodio. Comprenderán que no pueda ni quiera olvidarlo y que lo tenga siempre presente. El nacimiento de aquel niño y la muerte de mi hermano (en ese momento) aparecieron fatalmente unidos por aquella hora infausta.

Como pueden comprender, esa noticia me alertó y concentré mi atención en conocer todos los detalles sobre ese personaje que se aparecía con una sombra tan preocupante. ¡Era crucial averiguar a qué hora había nacido aquella criatura!

Su apellido, Casavella, me resultaba familiar, me parecía recordar que esta familia había vivido o aún vivía cerca de mi casa. Y cuando leí que había clérigos en ella pensé inmediatamente en el canónigo Casavella, ya jubilado y que muchos de mis hermanos cofrades recordarán. Este Casavella había sido también archivero de la basílica, y yo había mantenido con él muy buenas relaciones hasta que se jubiló, hará ya unos quince años. Confirmé el parentesco, al parecer era tío de aquel solicitante a ingresar en la Cofradía, el tal Xacobe. Así que pensé que, aunque el canónigo ya estaba entonces muy viejo y afligido por el abrazo de la vejez, podría despejarme algunas dudas acerca de la naturaleza y las intenciones de su sobrino, así como de sus orígenes, muy en concreto de la hora en la que había nacido. Desde luego, de no confirmarse mis sospechas, la mera comprobación del parentesco con un canónigo habría acreditado los méritos del solicitante. Sin embargo, ¿por qué no había sido entonces recomendado por su tío canónigo para ingresar en la Cofradía?

Pero lo cierto es que aquella gestión que yo pensaba sería una mera visita cortés a un antiguo conocido, que además, por estar jubilado y apartado del mundo, le serviría de expansión, me dejó confundido y perturbó en gran medida mi alma.

Me dirigí a la vieja Casa Sacerdotal de la calle del Preguntoiro, en la que vivían bien atendidos los clérigos que no tienen familia o que prefieren continuar hasta su muerte entre compañeros de sacerdocio. Mi visita, es evidente, tuvo lugar antes de que se hubiese trasladado la Casa Sacerdotal de allí a San Roque, donde se halla actualmente, pues en esta ciudad nuestra se está produciendo una revolución silenciosa y ya nada es como era, todo está siendo apartado por la fuerza del turismo y de la estudiantina. Uno a veces siente que estamos siendo expulsados por una mano invisible de nuestros sitios. Claro que Santiago siempre ha sido así, siempre ha vivido de la gente que venía de fuera.

Volviendo al tema, como ya he dicho, acudí a la Casa Sacerdotal, el lugar tenía un

aire acogedor y masculino que me trajo un recuerdo melancólico de mis años de seminario entre compañerismo y latines. Pregunté por el canónigo y me condujeron hasta su cuarto pues, según me informaron, además de haber perdido algo de vista, estaba reducido a desplazarse en una silla de ruedas debido a un trastorno diabético, y hacía casi toda la vida en su cuarto. El sacerdote que me condujo abrió la puerta y lo avisó de que tenía una visita, me cedió el paso y allí estaba, delante de una mesita presidida por un gran crucifijo de hierro, leyendo con dificultad el periódico (reparé en que eran las páginas de deportes). Me aproximé a él para que me viese bien.

¿Se acuerda de mí, me recuerda? Soy Ramírez, el platero, el de la Cofradía, le dije yo.

¡Ramírez...! Miguel Ramírez. Sí, señor. Cómo no me voy a acordar... ¡Vaya novedad!, se sorprendió mucho de verme, ¿y entonces, acaso quiere pedir plaza en esta casa de viejos? No aceptan seglares, ja, ja. Aunque a este paso... cada vez somos menos y supongo que el arzobispado querrá ocupar las plazas vacantes con negocio de hostelería, me decía él. Siéntese, siéntese ahí en el borde de la cama. Ya ve que no hay mucho mobiliario, ahora que, a mí, con esta silla me basta, y no tengo visitas, así que...

La Iglesia tiene que actualizarse, don Bernardo, a todos nos llega la hora, ya sabe... Lo que ha cambiado este mundo en los últimos años... Le dije esto para hacerle ver que el inundo no era el mismo desde que él se había jubilado. Cuando él se retiró, por poner un ejemplo, no se había dado aún la gran reactivación de la peregrinación a nuestro Sagrado Sepulcro. Aunque estoy seguro de que el modo en el que se da hoy día tampoco habría de ser muy del agrado del canónigo Casavella, que no vería con buenos ojos, si no estuviese afectado de la vista, esas cuadrillas vociferantes que patrullan por nuestro templo en los días de estío, excursiones enteras hablando en alto como si estuviesen en la playa, ellas casi con los pechos al aire, todas sudadas, ellos con gorras, zapatillas de tenis y pantalones cortos... No, desde luego que no iban a ser de su gusto.

Querido Ramírez, no sé si la Iglesia se actualiza o si simplemente estamos vendiendo nuestra alma para sobrevivir. A lo mejor, el precio que pagamos es demasiado alto. No lo comente, pero a mí no me hace ninguna gracia ver al Papa por televisión, como si fuese... un actor o algo así, no sé.

Yo lo reprendía en broma, hombre, don Bernardo... no se meta con el Santo Padre... que quien lo oiga qué va a pensar...

Y él asentía, yo comprendo... Puede que la Iglesia lleve demasiado tiempo sumergida en la historia y esté olvidando su función de recordar su verdad metahistórica y esotérica. Estas expresiones del canónigo que yo estoy refiriendo, y encomiendo a la discreción de mis hermanos que no salgan de nuestra Cofradía, pues fue una conversación informal y privada, reflejan naturalmente las dudas de alguien

que se entregó en cuerpo y alma a la Iglesia y a quien lógicamente, llegada una edad, le cuesta adaptarse a los nuevos tiempos. Por otra parte, tampoco quiero ocultar que sus reparos y sus dudas son en parte compartidos por mí, aunque yo sea unos años más joven y por lo tanto pueda comprender mejor las dificultades del Evangelio en el mundo actual.

Y después ya cambió de tema animado por mi reaparición, que le traía recuerdos de cuando tenía una vida más activa. Ramírez, qué sorpresa, ¿y qué milagro, pues?, me preguntó él.

Pues, nada, venía a hacerle una visita, le dije para introducir el motivo de encontrarme allí. Pero él recordó una de las bromas inocentes que intercambiábamos y me preguntó, ¿qué, seguimos sin hacer caso de Jeremías? Se refería a la advertencia del profeta de que «todo fundidor tiene vergüenza de sus ídolos, pues sus imágenes son mentira, no tienen espíritu en sí». Él sabía perfectamente que este modesto artesano se gana la vida honradamente y que no fabrica ídolos sino figuras sagradas que ayudan en la oración, sin embargo era de esa clase de personas que no puede evitar meterse con los demás, pequeñas maldades humanas. Ya lo dijo san Gregorio Magno cuando afirmó que las figuras sagradas tenían derecho a existir, pues no están para ser adoradas sino para enseñar a los ignorantes, le contesté yo. Y veo que también usted recurre a ellas, y le indiqué el crucifijo que tenía sobre la mesa.

Entonces él puso cara de disgusto y gruñó algo. Acabó por explicarme que había mandado traer aquel crucifijo tan grande a su cuarto después de una visita que había recibido la semana anterior. Ahora que llega la hora de mi muerte se me presenta el mal delante, dijo. Se refería a la visita que había tenido.

Hablando de visitas, dije yo, el motivo de la mía es que me he acordado de usted revolviendo en mi archivo, porque con el archivero actual nunca me he llegado a entender, le confié yo por agradecerle un poco la entrevista, aunque había algo de mentira piadosa en lo que le dije, pues las relaciones que mantengo con el canónigo señor Valcárcel son exquisitas y siempre ha atendido cualquier solicitud de información que yo le haya hecho.

Y entonces fui directo al asunto y le dejé caer el verdadero motivo de mi visita. ¿Y qué sabe, pues, de su sobrino? Y a él entonces le cambió la expresión, me sentí de pronto como si yo fuese un ladrón que hubiese entrado allí a robar y me hubiesen pillado in fraganti. Créanme que no exagero si digo que el canónigo echó la silla de ruedas hacia atrás y la acercó a la pared, debajo del gran crucifijo de madera, mirándome desde allí a pesar de que no me podía ver bien.

Yo no tengo sobrinos, me dijo él entonces, no tengo familia. El que vino a visitarme la semana pasada no es nada mío. Ya no.

Verán, yo ya no sabía hacia dónde mirar, pues, como he dicho me sentía un intruso y había molestado a aquel hombre. Yo me refería, continué, a su sobrino, el

señor Xacobe Casavella... Aún no había acabado yo de mencionar este nombre y ya él estaba negando con la cabeza.

Ésta es una nueva prueba, una nueva visita del mal, y puso el crucifijo entre él y yo, como si yo fuese el mismo demonio. Yo no tengo familia, mi única familia es la Iglesia de Roma, el único refugio, si lo hay, para amparar del mal que es dueño de la ciudad de los hombres, y mis únicos familiares son los otros curas. Márchese de aquí, Ramírez, no quiero volver a verlo. Y con gran habilidad atravesó el cuarto, pasando por delante de mí y abriendo la puerta desde su silla. No recuerdo una situación tan humillante en mi vida, tendría que remontarme a mi lejana infancia para revivir escenas semejantes. Yo había ido allí, a aquel lugar retirado y tranquilo, un lugar fuera del mundo de los seglares y de sus ansias, en el que unos viejos quieren vivir sus últimos años en paz, y lo que había hecho fue violentar a un viejo impedido. Me levanté avergonzado y no supe disculparme, él señaló enérgico el pasillo y yo obedecí, detrás de mí le sentí mascullar con rabia que él ya había advertido a su hermano de que no se emparentase con aquella gente, él lo había avisado. Me di la vuelta y aún pude verlo mirándome con algo como miedo y hostilidad, y santiguándose, si se me permite, casi con genio, con fiereza. Y cerró la puerta de golpe para que no quedase duda de que era el punto final a cualquier conversación posible. Lamento decir que, para mí, aquel golpe de la puerta fue también un golpe moral.

Como he dicho antes, salí confundido de esta visita y con mi paz espiritual hondamente alterada. De modo que acudí a confesarme aquella misma tarde con el canónigo penitencial. Hecha la evacuación y absolución de mis pecados, triste vómito este al que nos vemos condenados los mortales, que a veces parece que tener alma nos condene a producir esas heces, las máculas del alma, acabada la confesión, mi confesor, disculpen que no haga constar aquí innecesariamente su nombre, aceptó hablar conmigo de este asunto y me confirmó, extrañado, que también él tenía entendido que entre el canónigo Casavella y el solicitante había algún tipo de parentesco, aunque efectivamente el canónigo había vivido siempre ajeno al trato familiar. Mientras él recordaba lo que sabía de la vida del anciano canónigo, yo noté que afloraba en él algún recuerdo que le hizo abrir los ojos y detenerse sorprendido, pero cuando le pregunté de qué se había acordado, él prefirió no contestar. Como yo insistí, bien saben mis hermanos que cuando lo juzgo necesario puedo ser muy insistente, sólo aludió a que la rutina nos hace olvidar que éste es un lugar sagrado, y que lo sagrado va unido al misterio numinoso. Y se despidió.

Aunque mis estudios eclesiásticos y mis latines no han sido completos, puedo aclarar a los hermanos cofrades que «numen» es un vocablo que remite a espíritus fantasmales. Lo que el canónigo me había recordado era que el misterio de la religión no se acaba en la celebración de Dios, sino que también hay aspectos confusos y

oscuros. Deberíamos tener todos más presente ese lado oscuro, tan olvidado hoy por la celebración constante del Amor Divino, para saber estar alerta. De todas maneras, esto no me sirvió de aclaración acerca de nada concreto y seguí con todas mis sospechas sobre la persona que investigaba, el candidato, así como tampoco disipó mis dudas espirituales, pues cuando nos hallamos dentro de esa oscuridad, ¿dónde está Dios?, ¿dónde se halla que no lo vemos por más que digamos su divino nombre? Ay, uno no tiene la Fe ni la iluminación de san Agustín, vivimos rodeados de sombras.

Y esto fue lo que yo saqué de esta mi primera gestión para esclarecer el origen y actitudes del aspirante a cubrir la plaza que había quedado vacante en nuestra Cofradía.

—cómo haces para aparecer en la pantalla si he cerrado el programa? Esmeralda, tengo que trabajar...

—seguro que tienes que trabajar? no me estarás mintiendo? ;-)

—... por qué me lo preguntas?

—... porque veo que te está pasando algo grave, estás desorientado...

—... por qué lo dices?

—porque hoy no has conectado conmigo, por ejemplo.

—es que estoy con la cabeza ocupada en esos asuntos, ya sabes que te dije ayer, un problema que tengo, además, no sé cómo has hecho para conectarte ahora con mi ordenador?????

—pues precisamente insisto en que si tienes problemas deberías consultarme, sabes que siempre te doy buenos consejos... o no es así?

—sí que lo es. das buenos consejos...

—... entonces?

—es que esta vez no sé como explicártelo, es como si hubiese un plan y me estuviesen moviendo como una ficha de ajedrez.

—mira, Xacobe, eso suena a paranoia, además todos somos fichas en un tablero...

—una cosa es ser una ficha en un juego al que aceptas jugar y otra es estar sometido a alguien.

—todos servimos a un amo. por qué no me lo cuentas y así te puedo aconsejar?

—verás... no sé si decírtelo.

—cuéntame, mi niño, sabes que puedes confiar en mí. soy una tumba.

—la mujer que me vino a ver al despacho ayer.

—la pesada aquella?

—sí, la que por lo visto había presentado un proyecto para una película que, por cierto, a mí no me habían entregado.

—habría algún problema, qué pasa con esa fulana, habías dicho que era una pesada...

—pues que su historia...

—qué le pasa?

—que es muy fantástica, muy rara, y sin embargo es como si tuviese algo que ver conmigo.

—estás entrando en un rollo de paranoias... no pienses más en ese asunto.

—es que tengo que pensar en eso a la fuerza, me siento atrapado.

—pero no tenías que hacer una cosa? por qué no la haces? no te entiendo, qué es lo que te resulta tan difícil?

—...

—Xacobiño, qué cosa es? nunca me habías ocultado nada antes...

—alguien quiere que me haga miembro de una cofradía de la catedral...

—y nada más? y qué problema hay? es un poco raro... ahora que, si evita males mayores, debes hacerlo, no veo que sea tan complicado.

—... es complicado, me da miedo.

—qué daño te puede hacer? y si por el contrario te puede perjudicar no hacerlo... tengo la impresión de que te estás preocupando por muy poca cosa y de que le estás buscando tres pies al gato.

—ya te lo dije ayer.

—para mí no hay ayer, Xacobe. nuestra comunicación está dentro de un único instante eterno, en la red no hay ayer, estamos fuera del tiempo.

—pues ayer te dije que tenía miedo a perder la vida, peor aún, como si fuese a condenarme o algo así.

—nunca pensé que fueses religioso.

—no lo soy... nunca voy a misa, por eso mismo resulta extraño que me pidan que me haga cofrade, es todo muy raro, y tal vez esa mujer que vino ayer me puede ayudar, es como si ella supiese cosas que necesito conocer.

—te engañas, presiento que vas por un camino peligroso, Xacobe. hazme caso, olvida a esa mujer y haz lo que te piden, con más motivo, si tienes miedo debes hacer lo que te mandan, no parece una cosa tan grave, no salgas de la vida que tienes.

—quiero saber, tengo que saber qué es todo esto, hoy me voy a ver con ella, ahora voy a trabajar, tengo que pasar un informe para tramitar la subvención de un proyecto.

—no me cortes, si lo haces volveré a aparecer en tu pantalla...

—tengo que trabajar, después he de acudir a una cita, cómo has hecho para aparecer en la pantalla sin que yo conectase?, responde.

—... éste es mi mundo, y yo me muevo por él. si me cortas, volveré a aparecer mientras no me atiendas, no me apartes, no me hagas desaparecer.

—escucha, Esmeralda, ahora tengo que trabajar, y después tengo una cita con esa mujer, ya te contaré mañana... y si vuelves a aparecer en la pantalla, desconectaré el cable del teléfono.

—nunca me habías hecho algo así, estás cambiando, y todo por esa mujer, te

traerá la ruina.

—Esmeralda.

—acabas conmigo, acabarás con todo, no.

Cuando ella salió de la casa el sol hacía brillar las losas de piedra mojada de la calle, allá arriba había un pedazo muy azul de cielo y la temperatura agradable la obligó a sacarse al poco rato la gabardina con capucha de Adolfo Domínguez y llevarla doblada en el brazo. Había que aprovechar aquella tregua, aquella bendición que se colaba entre las nubes y que no duraría. Los ruidos del tráfico eran más nítidos e hirientes en aquel aire tan limpio de después de la lluvia.

Fue caminando hacia el restaurante de buen humor, no quería confesarse las ilusiones que se hacía y que no se atrevía a enunciar. No ilusión de algo concreto, de que le produjeran la película. Ilusión de más cosas, de todo, ¿acaso no la había convidado a comer en un buen restaurante un tipo atractivo? Más joven que ella. Le hacía gracia aquella pequeña alegría inesperada. Ella buscaba la rutina, se refugiaba en ella para que no la hiriesen, pero sabía que la vida se expresaba verdaderamente en el azar y en lo inesperado, y cuando éste llegaba se entregaba a la sorpresa que viniese. Se repitió por prudencia que era una relación profesional, pero aquel sol en la cara le abría la piel y la hacía sentirse tan bien, y aquella brisa fresca que la fustigaba suave y dulcemente haciendo que se abriese hacia fuera. En aquel momento, en medio de la calle brillante la vida se extendía hacia delante y se abría en todas direcciones. Prefería no pensar en eso, no pensar en nada, sólo en aquel sol en el rostro, un regalo inesperado que había que celebrar.

Hacía tiempo que no frecuentaba restaurantes caros, lo había hecho únicamente cuando con las primeras pagas quiso probar aquel placer para ella desconocido. No había resultado un placer tan grande y pasó a gastarse el dinero de una forma más realista en sus aficiones, libros, películas, discos. Solamente se sentaba a consultar una «carta» de aquellas si era convidada por alguien o para festejar algo, la última vez que había estado allí fue con unos compañeros de trabajo para celebrar un premio que había recibido por el guión de unos documentales sobre pueblos y pequeñas ciudades históricas. Cada vez que recibía un premio aguantaba la respiración esperando que aquello fuese al fin el reconocimiento de su talento, el comienzo de una carrera brillante, mas pasaba ese día y el éxito se diluía, y todo seguía igual. La vida era como avanzar por un páramo, o como pisar un lodazal que no permite avanzar y fatiga, pensó complaciéndose en aquella imagen épica y sombría.

Aguardó en el mostrador bebiendo un agua, no quería beber mucho alcohol pues en poco tiempo le soltaba la lengua y le anulaba la prudencia. Pasaban hombres fardados con trajes y abrigos Loden, altos cargos de empresas o de consellerías, y ella se sentía fuera de lugar. Y al fin apareció aquel tipo —casi parecía un muchacho, en realidad— que le sonreía sinceramente; ahora que la miraba con timidez ella distinguía que, bajo la apariencia de hombre trajeado, conservaba la expresión de un niño. Lo contemplaba todo con perspectiva de mujer mayor. ¿Cuántos años tendría él? Alrededor de treinta. Ella había cumplido los cuarenta. Por fuerza tenía que revisar la idea que se había hecho de él. Parecía que se alegrara realmente de verla, o que estaba sinceramente interesado en verse con ella.

—Disculpa que llegue tarde. No sé qué pasa hoy que se han puesto todos de acuerdo para telefonarme a última hora. He tenido que salir del despacho dejando que sonase el teléfono detrás de mí. No veas la mirada que me echó mi secretaria, que siempre me marca el trabajo que debo hacer... —Pareció que iba a reírse, pero fue una mueca incompleta, se rieron sus ojos y la boca se contrajo como si no fuese capaz de reírse.

—No te preocupes. Sólo llevo esperando unos diez minutos, he tomado mientras esta agua. —Ella quería mostrarse resuelta, manejarse con soltura, como si estuviese acostumbrada a tener comidas de trabajo en restaurantes de muchos tenedores, toda una cubertería. El maître, un hombre de unos cincuenta y tantos años, de pelo plateado y tieso como un torero, se dirigió a él con deferencia susurrando algo, un cruce de «quéalegríavolveraverloporaquí» con «lechupoloquehagafaltamientraspagueconlavisaoro», al tiempo que le indicaba el comedor con la mano extendida. Al fin la miró también a ella y amagó una pequeña reverencia, ella también era bienvenida si acompañaba al señor cliente.

Pasaron al comedor y Xacobe se dirigió a una mesa reservada para dos junto a una ventana, seguramente había encargado ésa, precisamente ésa. Él le tomó la gabardina, adelantándose al camarero que ya se acercaba para llevarla al colgador, le retiró la silla para que se sentase, tenía todas las maneras cursis de un hombre de mundo de otra época. Sin embargo no le importó, le gustó, eran gestos machistas pero era su forma de ser deferente con ella. Y ya que nadie conocido la veía, era bonito recibir las atenciones de un hombre, de un hombre guapo. Todas las atenciones que no había tenido anteriormente, cuando ni siquiera había querido recibirla, por decisión suya o por ineptitud de aquella secretaria estúpida. De cualquier forma, aún sentía en la boca la amargura del desprecio.

—No encontraba tu número de teléfono para llamarte. He tenido que mirar en la guía. Por lo visto no lo tenemos en la oficina...

—Hombre, deberíais tenerlo. Qué raro, porque he trabajado con vosotros más veces, antes de ser tú el director. Además, pensé que se lo había dejado a tu secretaria

con mis datos, acompañando el dossier... Tengo un teléfono con contestador para los recados, deja que te lo anote en un papel. Y el correo electrónico. Toma. —Él metió el papel en la cartera. Ya se vería si lo guardaba de verdad o lo tiraba—. Lo que no tengo es móvil, mientras pueda. Eso es como llevar una correa al cuello.

Y justo en ese momento sonó el teléfono de él, apoyado en la mesa junto a su mano fina y pequeña, como de niño.

—¡Voy a tener que darte la razón! Pero no lo voy a coger, no pienso hacerlo.

Sin embargo, su mano hizo unos movimientos extraños, como pequeños espasmos, y su rostro reflejó dolor. Rápidamente escondió aquella mano bajo el mantel y cogió el teléfono con la otra, con gesto pálido. Se lo llevó a la oreja y escuchó con expresión de fatiga, como si ya supiese lo que iba a oír.

—No puedo. Que no puedo. Ahora estoy en un restaurante, en una comida de negocios. Sí, es por un trabajo. No, no está anotado en mi agenda, pero si digo que es por cuestiones de trabajo es porque lo es. Por la tarde lo llamaré yo. Ahora, por favor, si no es urgente no me molestes más. Sí. Gracias. —Apagó y cerró el móvil con expresión sombría.

El camarero les ofreció la carta y sugirió la lamprea, que empezaba a estar de temporada. Ella negó rotundamente con la cabeza.

—Cómela tú, yo prefiero no hacerlo.

—Es una especialidad de la casa —le sugirió Xacobe.

—Gracias, pero no. Me parece el pescado más nauseabundo, un pez que parásita la vida, un vampiro —dijo ella.

El camarero negaba educadamente con la cabeza y sonreía sin saber qué decir.

—¿Nunca la has probado? ¿Ni siquiera de niña?

—Mi magdalena de Proust es muy vulgar, el olor del caldo de repollo.

—Los guionistas siempre decís que los directores son unos vampiros para vosotros, que vampirizan vuestras ideas. Pues nosotros somos los vampiros de los directores. Precisamente ese pez es el fin de una cadena de especímenes que les chuparon la sangre durante miles y miles de años a otros peces. Genética con pedigrí.

—Ya. El sabor de lo más remoto, debe saber a demonios. El origen de la vida fue una charca hedionda. Puaj. Prefiero no probar.

—Ay, qué asquerosidad más rica... A ti, que te dedicas a escribir esas historias de miedo, debería gustarte. —Y amagó una mueca confusa, como si quisiese sonreír y se interrumpiese.

—Una escritora se mueve bien en el mundo virtual, el de la imaginación, dejamos la realidad para los demás, los lectores o los espectadores. Para mí las historias de miedo y para ti la lamprea. Sin embargo, es curioso...

—¿El qué?

—Lo cara que es la lamprea...

—Hay poca, muy poca. Es una de esas cosas condenadas a extinguirse en nuestra época. Ahora ya nadie se dedica a chupar la sangre, eso lo pone todo perdido, ahora chupamos la sangre de modo virtual, es más limpio. Drácula es un antiguo.

—Lo curioso es que ese sabor tan apreciado, dicen que exquisito, es el sabor de la muerte, su quintaesencia. Esa carne suya es como una belleza selecta y perversa. Pues a mí, nada, no me gustan esos bichos de sangre fría.

Él la contemplaba con curiosidad.

—«Seréis enemigos tú y la serpiente...», ¿no decía Dios así en la Biblia, después de que Eva comiese de la manzana? —dijo él al fin.

—«Pondré hostilidad entre tú y la mujer, entre tu linaje y el de ella», le dijo Yahvé a la serpiente, de quien en el Génesis se dice también que es el más perverso animal.

—No me irás a decir que te sabes la Biblia de memoria...

—«Tú intentarás alcanzarle el tobillo, pero ella te aplastará la cabeza...». No, no me la sé de memoria. Sin embargo, a veces la leo. Es la más grande literatura. Incluso vale para el cine, mira qué película hizo De Mille de los diez mandamientos...

El maître había optado por esperar callado, desconcertado, y dirigía la vista a otros lugares del comedor. Ella dejó que él escogiese el vino, un albariño, y aceptó su recomendación de una lubina al estilo de la casa. De primero, dos vieiras. Él se frotaba las manos con la vista dirigida al mantel de lino, áspero y delicado.

—Pues me ha gustado tu argumento —dijo al fin. Pero el tono con el que lo dijo era como si no le hubiese gustado—, creo que de ahí se puede sacar una buena película. Incluso se podría pensar en hacer una serie de televisión. Hay que darle aún muchas vueltas, claro, ya sabes. Y habrá que buscar coproducción, seguramente a los de Continental les interese. Podría dirigirla Xavier Villa verde... Y la podría coproducir alguna cadena de televisión, ya veremos.

Aunque el camarero estaba abriendo la botella y sirviendo el vino blanco y a ella no le gustaba ser atendida en aquella posición de agraciada por la magnanimidad de un hombre más joven, no pudo evitar celebrarlo.

—Hombre, pues qué alegría. Siempre he pensado que era un buen argumento, me parece que puede ser una historia muy sugerente, en la que haya intriga e incluso miedo. Sin abusar, sin entrar en el *gore*...

—Venga, brindemos. Por los buenos argumentos... —dijo él, en su mesa, dominando la situación en todo momento, y brindaron, él más teatral y ella con discreción y sin poder evitar echar una ojeada hacia los lados. Nadie los miraba.

—Hay aspectos de la historia que me interesaría conocer... Siento curiosidad. Por ejemplo, ¿de dónde la has sacado?, ¿cómo se te ocurrió?

—A ver, déjame pensar. Tendría que mirar las notas previas, las primeras notas... Déjame recordar. En primer lugar escribí una guía de la ciudad y eso me llevó a

estudiarla y verla con otros ojos, la vi con los ojos del extranjero, eso ayuda a conocerla. Aunque si te digo la verdad, fue casi como si no hubiese inventado la historia, como si hubiese estado siempre ahí, a mi alrededor y dentro de mí. A lo mejor fue a partir de un cuento de viejas, ese cuento de niños que circula en la ciudad sobre las trece campanadas, ya sabes, «la hora del demonio», la idea de que en algunas ocasiones la *Berenguela* tañe trece veces y se crea una hora especial, abierta a que el demonio haga de las suyas. Si juntas eso con la propia ciudad, tan laberíntica y llena de rincones..., pues digamos que ya tienes la semilla de una historia de misterio. Juntando dos cosas tan sugerentes, no es que sumes, es que multiplicas. En el fondo, es lo que hacemos los escritores, multiplicaciones con elementos que ya están allí delante.

Él escuchaba y dejaba que las palabras de ella diesen vueltas en su interior, pero no con un gesto soñador, sino de cálculo, de análisis. Y asentía sin decir nada y como sin verla a ella ante sí.

Ella sentía que ya había hablado demasiado, además con su autoironía reducía su propia historia a pura mecánica, degradándola, en una concesión a quien tenía delante, que era un empresario al fin y al cabo. Sentía repugnancia ante la idea de desvelar las claves de su historia, era un miedo instintivo. Sin embargo, cegada por la expectativa de que él aceptase producir la película, no había dudado en desmenuzarla. Además, intuía supersticiosamente que desvelando la génesis podía perder el dominio sobre el argumento, como si por el hecho de que supiesen cómo había sido imaginado se lo fuesen a robar. Ya le habían robado una vez un argumento. Recordó que tenía la historia registrada y el recibo que lo acreditaba guardado en un cajón de su casa. Al instante, sintió vergüenza de aquel pensamiento, pero la inquietaba aquel tipo allí, analizando la historia de aquel modo calculador. Ella salía y volvía mentalmente a aquella mesa, atrapada entre la ambición y el cálculo. A pesar de sus reservas, estaba agradecida y casi entregada, pues ya no contaba con que se la aceptasen y en aquel momento, en aquella mesa, le estaban hablando por fin de producirla. Ella insistió, recalcó.

—Pues sí, para mí resulta muy sugerente la idea del Mal acechando por las calles, conspirando para actuar. Precisamente, con más motivo en una ciudad como esta que es un centro de peregrinación de la cristiandad, un lugar donde la gente viene trayendo su fe, un lugar sagrado y cargado de la devoción de miles y miles de personas a través de los siglos. Aquí llegaba todo el pensamiento de la cristiandad. En realidad esta esquina de Europa ya estaba conectada antes con el resto de Occidente, y aquí había creencias e ideas que iban y venían, como las de Hidacio, Prisciliano, Baquiario, Orosio, Martín de Dume... El cristianismo era más amplio antes que la suma actual de sus iglesias, estaban los gnósticos, los que creían en la divinización del hombre...

—Ya, ya, todo ese asunto. Como *El nombre de la rosa*. Una buena película, con mucha producción, eso sí. Claro que con Sean Connery...

—Está bien, está muy bien, pero yo prefiero centrar nuestra película en el presente. Que aquel pasado en el que cabía el misterio alcance a nuestro hoy.

—Veo que dominas el tema, has estudiado duro...

—Aquí llegaba toda cuanta creencia cristiana había, el cristianismo en aquel momento aún era una religión misteriosa, cabía el esoterismo dentro. O sea, un lugar como éste por fuerza tiene que tener también su cara demoníaca, pensé para mí. La cara oscura de la ciudad atrae el pasado. La sustancia de la ciudad es la memoria histórica, aquí todo dura.

—Pues ahora se está actualizando con la Ciudad de la Cultura que están construyendo...

—Una ciudad vacía. Es la estupidez más grande..., o una canallada. Suplantar la ciudad real por una virtual.

—Chiss. No digas eso... —pretendía ser irónico.

—Es la verdad. Eso es transformar la vida en museo, salirse de la historia, del tiempo, para quedar detenido, un espectáculo perpetuo.

—Bueno, y tú también trabajas en la industria del espectáculo...

—Reconozco que sí. Supongo que la vida la hacemos entre todos.

—No siempre. Hay veces en las que parece que te la dan hecha. Como en esa historia tuya...

Y él seguía mirando dentro de ella, estaba claro que no atendía a los datos eruditos sino que buscaba algo en el interior de la historia que ella contaba. Escuchaba y asentía como si viese, confirmase algo. Su silencio la impelía a ella a continuar.

—Y de hecho la ciudad tiene mucho de sombrío. Ahora ya no, con tanto turista y tanta chavalada esto es un patio de recreo, una lástima. Recuerdo cuando llegué para quedarme en la ciudad, tendría yo unos diez años y vine interna a un colegio de monjas. Después viví en una pensión y luego, pues a mi aire. Pues, cuando llegué de niña, la ciudad me daba miedo. Todas esas calles sombrías, que las confundías unas con otras como si fuesen una trampa para que te perdieses. Y luego la noche, cuando apenas pasaba gente por las calles y todo estaba silencioso. La ciudad era muy hermosa y también misteriosa. Las calles en silencio, todo sombras. Parecía que era siempre invierno. Ahora es imposible. Tú eres de aquí, ¿no?

Él estaba distraído retorciéndose las manos, los codos sobre la mesa.

—Ah, sí. Soy de aquí, nací aquí. Y mi familia debe de ser de aquí desde que se inventó la ciudad. Tengo no sé cuántos antepasados enterrados en el cementerio particular de la Cofradía de la Virgen del Rosario, que es donde se entierran las familias *king size* de la ciudad. Claro que a mí eso ya me cae lejos y no me dice nada

ese asunto de genealogías, títulos, cofradías... Todo ese rollo rancio y tanto incienso. Todo eso que tú viste al llegar yo nunca lo he visto, para mí Santiago era algo más familiar. Ya sabes, no sé qué poeta dijo que lo que tenemos delante todos los días se nos hace invisible. O algo así. Hasta ahora nunca he podido ver nada extraño en la ciudad. A mí siempre me había parecido aburrida y bastante vulgar.

—Hombre, extraña es...

—Puede que sí, puede que sí. A lo mejor por eso atrae tanto a la gente, porque es rara. Tiene algo distinto...

—Es una tumba... Eso es lo que la hace diferente.

Él abrió más los ojos y la miró fijamente, abismado en su propio interior.

—Una tumba... —Jugaba con los cubiertos nervioso.

El camarero les sirvió las vieiras, vino otro detrás que llenó de nuevo las copas de vino blanco. Ella había bebido el vino fresco y delicioso, levísimamente ácido, sin darse cuenta, mientras había estado hablando nerviosa. La de Xacobe estaba casi intacta.

—Es cierto, nunca lo había pensado —dijo él mirando su vieira como si no supiese qué hacer con ella. Quiso darle un giro a la conversación, pero ni el tono de voz ni el gesto acompañó su juego—. No parece una idea muy atractiva para el turismo: «Venga a visitar nuestra estupenda tumba». Mejor no contarle mucho por ahí...

—Pues ése es el encanto de la ciudad, su poder, en el fondo. En la Edad Media la muerte era algo muy familiar, vivía en cada casa, la gente se moría a cualquier edad, llegar a viejo era una rareza. Y los peregrinos que no se morían por el camino y conseguían llegar creían que esa tumba era milagrosa, que era una puerta a la vida eterna. —Ella sabía que debía detenerse, no debía continuar hablando sobre aquel tema al que le había dado tantas vueltas, estaba pareciendo pedante, debía introducir un toque frívolo—. Luego fueron construyendo arquitecturas, toda esa piedra; piedras y más piedras, que es lo que hoy le gusta más a la gente. Lo que ya nadie quiere ver es que el Pórtico de la Gloria es el portal de entrada a un sepulcro.

—Tienes razón. El Maestro Mateo le hizo un letrero luminoso a la cueva del santo. Vaya, te veo muy puesta en el tema. Te habrás documentado.

—Es mi trabajo. Tengo un anaquel lleno de libros relacionados con el asunto.

—Ya, ya. Pues ahí tenemos una buena historia. Sí, señor. —Apartó un poco su plato con la vieira casi intacta y cruzó los cubiertos encima.

—Cómetela, está muy rica —la animó—. Es una especialidad, con vino blanco. Yo no tengo hambre. Estoy desganado.

—¿Sabes una cosa? —Ella se sentía vulgar hablando con la boca llena mientras él la miraba con curiosidad esperando a que acabase la frase—. Tenía otra idea de ti. Pensaba que eras un... un poco arrogante. —El quiso sonreír y le salió aquella mueca

truncada, pero sus ojos brillaron cómplices—. Que eras algo..., tirando a gilipollas — se atrevió a continuar ella.

—Y a lo mejor lo soy. Puede que sea algo gilipollas. Seguramente. Todos tenemos algún defectillo.

A ella le resultaba gracioso ver a alguien asumiendo con humildad su arrogancia, pero sin abandonar el estiramiento ni perder la rigidez.

—Sin embargo, como verás —indicó con los ojos la mesa y el comedor—, últimamente estoy en baja forma. Aquí estoy, compartiendo mantel con una guionista cualquiera. Bueno, con cualquiera no. Con una artista de talento.

Les correspondía reírse a los dos, pero únicamente lo hizo ella. Él parecía que iba a echarse a reír, pero sólo hubo una contracción en su rostro y después una expresión de confusión e inmediatamente abatimiento.

—¿Te pasa algo...? —se atrevió a preguntar ella.

—Nada, nada, molestias. Últimamente tengo algunas molestias, cosas... De manera que, según el argumento que has escrito, el Mal llega de fuera, los restos de ese brujo malvado —siguió.

—El asunto se remonta a cuando Gelmírez en el siglo XII robó en Braga, que por aquel entonces dependía de Compostela, despojos de varios santos y mártires.

—Eso va a ser difícil de producir, reconstruir la Edad Media requiere mucho dinero si se quiere hacer bien.

—Ya sé, cuento con eso. Pero hay que saber el origen del asunto. Pues a lo que iba, en medio de los restos de santa Susana, san Cucufato y demás, vinieron los de un clérigo que era un hechicero y había hecho un pacto con el demonio. Sus restos estaban enterrados fuera del campo de la iglesia, fuera de sagrado, pero un fraile discípulo suyo los mezcló con los de los santos mártires. Y la intención, evidentemente, de este clérigo que hizo un pacto con el demonio era vencer al Apóstol.

—Ya... Meter todo eso en una película... Mucha literatura... —él le daba cuerda para que continuase.

—Santiago es un gran mito, todo lo que escribas sobre la ciudad es literatura. Sólo puedes escribir si te lanzas a fondo por ese camino, por el de la literatura que nace del mito. Y mi argumento tiene base. Fíjate, en la leyenda del Apóstol Santiago ya estaba el enfrentamiento con un hechicero en Jerusalén, el brujo Hermógenes. Y así están los dos frente a frente en la ciudad, el bien y el mal. El brujo quiere sustituir los restos apostólicos por los suyos para que sean venerados por la cristiandad, ya sabes.

A ella le parecía que el argumento contado así, de modo informal y sin detalles ni progresión, perdía toda la fuerza, sonaba en sus oídos como una cosa completamente infantil, sin embargo parecía ejercer sobre él un efecto amedrentador. Incluso pareció

estremecerse en un escalofrío.

—Y para eso le hace falta un sirviente, un intermediario humano, ya que él no puede pisar un lugar consagrado. Tiene que haber alguien que pertenezca a nuestro mundo, a nuestro tiempo, un instrumento para intervenir... —Ella continuaba cada vez más despacio y dubitativa, presenciando ante sí el efecto de sus palabras. Como si la narración tuviese realmente efecto mágico en él, estaba encogido en la silla con los brazos cruzados, como sin ver hacia fuera y atrapado por sus palabras—. Porque él fue excomulgado y expulsado de los lugares consagrados y mientras estén allí los restos apostólicos no podrá entrar en ese sitio. Ya lo habrás leído todo en el dossier.

Ella le había relatado antes el argumento, con palabras semejantes, a otro guionista, que la había escuchado como hipnotizado por lo sugerente de la historia; los relatos de magia y misterio tenían un atractivo mayor del que a la gente le gustaba reconocer. Pero aquel hombre sentado enfrente de ella estaba verdaderamente pálido.

—¿Qué te pasa, no te gusta? ¿Te encuentras mal?

—Es una historia horrorosa... —negaba con la cabeza, pellizcaba el mantel, la miraba fugazmente y bajaba la vista una y otra vez—. Es terrible. Siniestra.

Ella no sabía qué hacer ante aquella reacción, realmente parecía que le daba asco, sentía dentro de sí el rechazo de él hacia su historia. ¿Cómo era que estaba interesado en producir la película si le disgustaba el argumento? ¿Para qué la había invitado a comer y a hablar del asunto? Se sentía burlada, rechazada por aquel tipo.

—Bien... eso he pretendido, que fuese horrorosa, que diese miedo. Y precisamente pensé que mi historia tenía suspense y magnetismo. Por eso se la he presentado a la productora, pensé que os podía interesar...

—Claro, claro. Y está muy bien, es estupenda. —Se pasó la servilleta por la boca y fue como si borrara así el desagrado que había mostrado hacía poco. Volvía a aparentar interés en el proyecto, pero ella estaba desconcertada y sintió deseos de levantarse de la mesa, agradecer la invitación y marcharse de allí—. Disculpa si no me he expresado bien. Me refería a que va a ser muy efectiva, realmente impresionante. Escucha una cosa... En todo caso el peligro, la amenaza, el ataque del Mal, digamos, ¿siempre sería contra la catedral, contra el sepulcro?

—En Compostela todo gira alrededor de ese centro. El mismo nombre de la ciudad viene de *compositum*, «enterramiento». Toda la ciudad antigua, los conventos, las iglesias, todo forma una espiral con ese centro latente. —Volvía a oírse hablando de un modo que resultaba pedante, pero lo importante era que él entendiese el sentido de la historia—. Digamos que ésa es la lógica narrativa, ése es el conflicto. De un lado ese lugar y de otro algo que lo amenaza.

Él asentía con los ojos muy abiertos, como si realmente entendiese, como si comprendiese el sentido de la historia, su significado profundo, mejor que nadie, de un modo absoluto. Ella notaba el leve mareo del vino blanco y se daba cuenta de que

su efecto también alimentaba su locuacidad. El vino no la ayudaba a ser prudente en sus decisiones. En ese momento sonó la irritante chicharra del teléfono sobre la mesa y los sobresaltó; él puso un gesto de verdadero susto, como despertando de una pesadilla infantil.

—Pensé que lo habías apagado... —dijo ella.

Él se resistía a cogerlo, miraba aquel insecto negro mate que rechinaba sin decidirse a tocarlo. El zumbido resultaba irritante y se hacía cada vez más molesto. La gente de las otras mesas empezaba a girarse en sus sillas y a mirarlos de reojo.

El maître se acercó unos pasos con gestos de nerviosismo y se detuvo sin atreverse a decir nada. Xacobe seguía observando el teléfono. Al fin la miró a ella.

—Yo lo había apagado...

—Ya, ya. No lo habrás apagado bien. Cógelo, hombre, que está molestando... — Pero él negaba con la cabeza y se dejó caer contra el respaldo del asiento. Así que ella cogió el teléfono y presionó la tecla de apagado. El comedor quedó completamente silencioso, se percibía cómo todos tenían la atención centrada en ellos —. Bien, pues ahora ya está definitivamente apagado —y lo apoyó de nuevo sobre la mesa.

Se aproximó el maître y les preguntó si deseaban tomar algo de postre, les sugirió, sin insistir mucho, las filloas y orejas, que ofrecían por ser la época del Carnaval, ella dijo que no y él seguía confuso, de modo que se retiró enseguida, no sin echar una ojeada al teléfono sobre la mesa.

—¿Quieres que tomemos el café en otra parte? —Se animó ella a tomar la iniciativa e inició gestos de levantarse. Él, más que asentir, simplemente obedeció, se incorporó e iba a recoger los abrigos del ropero cuando se le adelantó el camarero ofreciéndole a cada uno el suyo.

—Escucha una cosa... Dime, ¿sabes algo de una página web que puede tener alguna relación con esto?

—Nada, ni idea. No me digas que ya me han pisado el argumento...

—No, no. Es una conexión que hago yo, una conexión vaga... Escucha, y en tu historia, ¿qué quiere ese ser maligno de su sirviente? ¿Para qué lo quiere? —Se encogió de frío dentro del abrigo.

Y entonces el teléfono volvió a sonar sobre la mesa, una y otra vez, y él lo miraba con cara de espanto.

—¿No quieres cogerlo? —preguntó ella en voz baja. Él negó con un gesto asustado. Ella lo volvió a apagar—. Debe de estar averiado —dijo, y se lo ofreció para que lo guardase, pero él ya caminaba delante, saliendo del comedor.

Ella se sintió ridícula con el teléfono en la mano, observada por la gente desde las otras mesas. Fue tras él adoptando un aire de normalidad, como si fuese una situación común. Quizá pensasen también que ella era su secretaria, ya que Xacobe

representaba, con su arreglo, un status superior al suyo, pensarían que era la secretaria que caminaba detrás de él con el teléfono en la mano. Sintió rabia.

Él le entregó su tarjeta de crédito, una Visa Oro, al maître en el mostrador de entrada, mientras ella, que seguía sosteniendo el teléfono, salió confusa y se dispuso a aguardar por él a la puerta del restaurante.

Aquel día, en cuanto la *Berenguela* dio las dos, cerré la tienda y el taller, saqué mi auto del garaje y busqué en el polígono industrial la empresa en la que trabajaba el mencionado Xacobe Casavella Mateo. La empresa se llamaba, digo se llamaba porque cerró al poco de ocurrir los hechos, Producciones Atlántica, y obtenía su lucro con películas y negocios en Internet. Desconozco quién estaba detrás de su capital. Nadie bueno, me atrevo a sugerir.

En cuanto la localicé y encontré un lugar en el que aparcar, me acerqué a un guardia de seguridad que hacía las veces de portero, pues ahora todo es poner policías en todas partes, para preguntarle si trabajaba allí la susodicha persona, a lo que asintió refiriéndose a él con gran deferencia, debido sin duda a que el mentado individuo gozaba de una buena situación en la empresa. Me preguntó si quería algo de él y yo eludí responder y me escabullí de allí lo más subrepticamente que pude, aunque cómo bien saben, y estoy seguro de que algún miembro de nuestra Cofradía aprovechará nuevamente para hacer burla de eso, mi acusada cojera del pie izquierdo hace que la gente se fije en mí más de lo que requiere una labor detectivesca como la de seguirle los pasos a alguien. Mas si uno no tiene el tipo de un galán de cine americano, tiene en cambio la determinación de servir a la Fe y al cuidado de nuestro Santo Sepulcro, lo cual a fin de cuentas viene a ser una fuerza mucho más estimable y decisiva para afrontar los desafíos del Maligno. Me gustaría ver a aquel actor americano, Gary Cooper, que protagonizó aquella película de vaqueros, *Solo ante el peligro*, en mi situación.

El caso es que, afortunadamente, gracias al espejo retrovisor pude acechar, desde el interior de mi auto aparcado, la puerta de la empresa. Y fue así como a los pocos minutos vi salir a nuestro hombre. Vi también cómo el portero, o guardia de seguridad, salió detrás y le dijo algo, pero él pareció no darle importancia, pues siguió al mismo paso hacia un imponente automóvil deportivo de color rojo, yo diría que era de la casa Mercedes, o Ferrari quizá, si bien no puedo aportar información segura, y estos extremos convendría que fuesen investigados ya que demuestran que el camino de los malvados está alfombrado de dinero; no así el de los justos, al menos en mi experiencia, y sin que eso sea un reproche a la Divina Providencia, que tan generosa ha sido conmigo en las indagaciones que tuve que realizar en breve espacio de

tiempo, y sobre todo en una absoluta soledad, a pesar de que comuniqué en su debido momento mis temores a algún hermano que ocupa cargos de responsabilidad en nuestra cofradía. Quizá, al conocerse ahora estos hechos, tenga algo que decir.

Arranqué inmediatamente y maniobré para perseguir con mi humilde, mas siempre fiel, Ford Fiesta a aquel auto, que no dudo en calificar de vulgar y ordinario, y que gracias a su color tan llamativo, aunque enseguida me había ganado mucha delantera, pude ir reconociendo a cada poco, aquí y allá delante por entre el tráfico, en una conducción a todas luces temeraria e impropia de una hora punta.

En el centro de la ciudad, el citado Xacobe introdujo su auto en un aparcamiento subterráneo y yo, ante la falta de plazas en la calle, no tuve más remedio que hacer lo mismo, pese a la manifiesta antipatía que profeso a tener que pagar por poder aparcar, lo que considero un derecho ciudadano. Todos esos lugares subterráneos modernos tienen algo de bajada a los Infiernos que me desagrada. Y no dudo de que hay algo en ellos de infernal y maléfico, pues la propia construcción de un laberinto de túneles a salvo de la luz me parece en sí misma una perversión, un signo más de la construcción paulatina de una ciudad del mal, una nueva Sodoma o Gomorra sin alma. Bien sé que estas consideraciones avivarán la sonrisa de mis enemigos, pero la verdad debe ser predicada aun a costa de nuestra destrucción, como nos enseñó san Pablo. E insisto en que el propio Dante, si viviese, reconocería en esos condenados aparcamientos bajo tierra una copia de sus anillos infernales.

Antes de subir a la superficie tuve tiempo de ver al mentado Xacobe salir de su deportivo sacudiendo las llaves y vistiendo un elegante abrigo que era muy apropiado para el día frío, aunque con chubascos intermitentes, que fue aquel martes de Carnaval. Lo dejé salir primero y comprobé que se dirigía al acreditado restaurante Casa Vilas, uno de esos lugares en los que comen los turistas y la gente de dinero, o donde comemos las personas modestas un día que nos concedemos una licencia.

No era aquél un día de fiesta ni tenía yo nada que celebrar, pero lo seguí y entré a tiempo de ver cómo una mujer joven lo aguardaba en la barra, se saludaron con afabilidad, aunque no me pareció que hubiese intimidad entre ellos. Pude comprobar que tenían mesa reservada, lo cual me hizo pensar que él era cliente asiduo. Me senté también yo en una mesa que me indicaron en un rincón oscuro junto a la puerta, cosa que no me agradó, pues las corrientes en la espalda me hacen daño, y me ofrecieron la carta. Como los precios de carnes y pescados eran bastante altos y además había oído hablar bien de los callos de la casa, pedí una ración de ellos y un vino tinto, también de la casa. Es evidente que no hice bien, pues transgredí las normas de alimentación de una persona que padece mi enfermedad; mas en aquel momento yo estaba fuera de mi vida común con sus rutinas y eso me animó a saltarme mis reglas. Lo cual nos recuerda que sólo las pequeñas rutinas garantizan la salvación, si nos salimos de ellas nos aguardan las sorpresas y los sustos.

Debo reconocer que tenía hambre, la mañana de trabajo y el oficio de detective habían cansado mi pobre cuerpo, así que comí mucho y bebí buena parte de aquel vino tinto, de manera que la digestión de aquella copiosa colación me atontó un tanto e hizo que no atendiese bien ni obtuviese toda la información que debiera de lo que aconteció en adelante. Afirmo, pues, con conocimiento de causa, que la dieta es un factor importante en una profesión, los callos y el vino tinto, desde luego, no ayudan demasiado en una investigación.

Y así, durante aquella comida tuvo lugar un hecho curioso, que se repitió varias veces. Su teléfono móvil —hoy es imposible estar en ningún sitio sin oír alguno de esos odiosos pitidos de grillo mecánico, incluso en las basílicas esos chismes interrumpen los oficios religiosos—, su teléfono móvil, pues, sonó, y él primero contestó en un tono que pareció de desgana, de mal humor. Después se fue llenando el comedor y también fue aumentando el ruido, lo cual, junto con los callos y el vino, dificultó que pudiese comprender adecuadamente lo que sucedió. Lo que percibí fue que su teléfono volvió a sonar y el citado Xacobe se sobresaltó, pues el aparato debía estar apagado. Y más tarde se repitió lo mismo, mostrándose él cada vez más afectado. Su acompañante tampoco parecía entender la situación.

Y aquí quiero hacer notar que aquella llamada que sonaba una y otra vez sin que su dueño la quisiese recibir creó una situación extraña en el comedor y se fue haciendo un silencio que provocaba que aquel rechinar metálico sonase más alto aún y que todos mirásemos hacia las dos personas de aquella mesa y, sobre todo, hacia el rostro de él, verdaderamente aterrorizado. Todos los comensales estábamos intrigados y creo que cada uno de nosotros sintió en aquel momento que había algo perverso en lo que ocurría, como una amenaza que pasase por el comedor enfriando nuestras viandas. Una amenaza que él estuviese atrayendo y que descendía y envolvía aquella mesa para dos. A pesar de que se me ha reprochado algunas veces lo que ha sido calificado como «un inapropiado afán literario» en la redacción de las actas de esta Cofradía, quisiera que las pobres palabras con las que acabo de redactar lo ocurrido transmitiesen algo del miedo frío, del repelús que los presentes sentimos en la nuca en aquel momento.

Acabaron por levantarse los dos, él y aquella mujer joven que lo acompañaba y que aparentaba no saber muy bien qué hacer ante la conducta de su acompañante, que reaccionaba casi como si estuviese bebido o algo parecido. Y sin tomar el postre ni los cafés se marcharon de allí precipitadamente, él delante y ella detrás, con el dichoso teléfono en la mano. Y opino que la relación entre ellos dos cambió algo durante la comida, pues cuando entraron parecía que se acababan de conocer y, por el contrario, al salir era como si compartiesen un secreto o una preocupación, y en todo caso ella lo ayudaba a él. Eso me pareció a mí, aunque, como es sabido, mis conocimientos sobre el sexo tan mal llamado débil y sus motivaciones profundas son

escasos.

Salí detrás de ellos también yo apurado tras pagar mi comida. Y debo decir que finalmente la cuenta no fue tan alta como temía, probablemente debido a que no tomé el postre —aquel día tenían filloas— ni tampoco el café; los dulces y los cafés son las cosas que, junto con el vino de marca, encarecen la cuenta en los restaurantes, por lo que he observado.

Cuando salí a la calle se había abierto el cielo, como si el señor san Pedro nos franquease por un momento sus puertas, y caía un rayo de luz que disipaba temores y confortaba nuestro espíritu y nuestro cuerpo. Comprobé que, en vez de dirigirse al aparcamiento subterráneo donde había metido su lujoso coche deportivo, caminaban allá adelante por el paseo. Andaban con mucha prisa, pero pude ver que se dirigían a la Alameda, ese parque tan nuestro que bien merece el lugar que ocupa en las guías turísticas, pues es verdaderamente hermoso. Aunque aquél era un día frío y no animaba precisamente a pasear por la Herradura, uno de los paseos más bellos del mundo, diría yo, aunque no he tenido mucha oportunidad de viajar y compararlo con los parques londinenses, pongo por caso, de los que he oído contar maravillas. Tampoco he podido visitar Central Park, que dicen que es enorme y probablemente sea el doble de grande que nuestra Alameda compostelana. O un poco mayor incluso.

Cuando logré alcanzarlos estaban ambos detenidos en el medio de uno de esos pequeños puentes de piedra en el estanque de los patos, como una pareja de enamorados, echándoles de comer a los animales que andaban por allí desganados, pues, por encima de la alimentación municipal, recibían suplementos alimenticios de todos los niños de Santiago y de sus abuelas y madres.

Llamaban la atención por estar en silencio y el antes citado Xacobe absorto, mientras ella lo miraba con aspecto de sentirse confundida. Tuve la impresión, a lo mejor psicológicamente equivocada, de que él en aquel momento había vuelto mentalmente a ser un niño, como si quisiese regresar al tiempo en que seguramente acudía allí a darles de comer a los patos, como vienen haciendo generaciones tic niños de nuestra ciudad desde hace tanto tiempo. Me pareció ver que ella aún tenía el teléfono en la mano.

Yo estaba muy desorientado, pues no veía que aquello avanzase, ni se dirigían a un lugar concreto ni tampoco parecían tramar nada o tener un propósito. Más bien aparentaban encontrarse preocupados y aturdidos, sin saber qué hacer, como lo demostraba que estuviesen allí perdiendo el tiempo en un día tan frío.

En ese momento observé la hora y ya pasaban casi quince minutos de las cuatro, mi auto todavía estaba en aquel aparcamiento y tenía que abrir la tienda a las cuatro y media. Ya no me daba tiempo a volver atrás y sacar el coche de allí, tendría que pagar la tarde entera, y disponía del tiempo justo para dirigirme hasta mi tienda pues de la Alameda a las Platerías lleva sus buenos quince minutos.

¿Cuál era la situación llegados a este punto? Recapitulemos. Yo estaba superado por el alcance de mi investigación, era obvio que había signos extraños en todo lo que rodeaba a aquel hombre, pero me sentía incapacitado para desentrañar aquel misterio que se acercaba peligrosamente a nuestra hermandad y que sin duda representaba una amenaza para ella. Tuve que marcharme de allí dejándolos en aquella situación absurda, él contemplando los patos y ella observándolo. Tomé nota mentalmente de que debía averiguar quién era aquella mujer, así como investigar en el entorno del domicilio de él y me fui de la Alameda.

Ya en la Rúa do Vilar fui importunado por un trío de «mascaritas» que calificaré de repulsivo y perverso, pues se trataba de un hombre disfrazado con un vestido blanco con su correspondiente velo de novia y que llevaba por debajo una minifalda que casi parecía un cinturón y enseñaba las piernas peludas dentro de unas medias blancas, y, excusen la palabra, las propias nalgas asomaban mostrándose a ambos lados de la tira de un tanga encarnado. Seguro que muchos de mis compañeros de la hermandad saben mejor que yo lo que es un tanga, que no un tango, y excuso explicar tal indecencia. Aquel canalla que mostraba sus carnes más íntimas iba acompañado de dos pingajos, dos mujeres sin duda, que lo escoltaban a cada lado, vestida una de peregrino y otra de sacerdote, efectuándole tocamientos de modo ostentoso a la «novia». Y todo este escarnio de dos figuras venerables y todas estas obscenidades intolerables a pleno día, en una calle por donde pasean almas infantiles y personas respetables.

¿No debería la Cofradía actuar de algún modo en relación con la execrable celebración del Carnaval, cuyos excesos ve hoy exaltados nada menos que por la autoridad municipal, que organiza ese día todo un desfile de máscaras? ¿No debería alzarse una voz cristiana en esta ciudad sacudida por los vientos de la impiedad contemporánea?

Todavía estremecido por aquel tropiezo llegué justo a tiempo de abrir mi establecimiento, donde esperaba Serafín, mi ayudante, y una pareja de peregrinos catalanes que se interesaban por una figura de nuestro Patrón con traje de peregrino hecho en plata y azabache sobre una base de madera, que es la especialidad de nuestro taller. Finalmente no fue adquirida y más vale así, pues quien no venera suficientemente a nuestro Señor Santiago no debe tener en su casa el trabajo que yo le dedico humildemente en mi obrador artesano, del que sólo salen figuras religiosas. Desgraciadamente, desde hace años, compañeros de oficio desperdician su talento y el material en labrar figuras de brujas, les llaman «*meigas* de la suerte», que no responden a nada más que al puro lucro y que son como una corrupción de nuestro viejo oficio, el cual nació en la ciudad para venerar al Apóstol, no para difundir paganismos ni comercialidades. Tengo a gala que cualquier figura mía, antes de ser puesta a la venta, es lavada con agua bendita, pues pienso que eso ayudará a que lleve

algo de santidad al domicilio que la vaya a acoger. Desde luego, eso es impensable con figuras de brujas y otras bufonadas y modas turísticas.

El negocio con sus rutinas, las miradas vacías de las figuras jacobeanas de mi taller, que inútilmente quieren imitar la vida y la serenidad que debieron desbordar las de nuestro Señor Santiago, sólo me han hecho olvidar brevemente mis preocupaciones, pues al poco tiempo volvieron a ensombrecer aquella tarde que, después de una breve hora de luz, volvía a oscurecerse.

Contemplando allí a Xacobe, pálido y desmejorado, distraído y desconcertado, en aquel rincón de la Alameda al que acuden los niños a dar de comer a patos y cisnes, ella sintió pena por él y recordó el momento en que se habían cruzado las miradas el día anterior, cuando él salía aterrado de su despacho. O mejor, cuando ella escudriñó dentro de aquellos ojos desnudos y poseídos por el miedo, como si fuera la mirada de un niño asustado. Y allí tenía su teléfono en la mano, también ella sintió miedo al considerarlo, había algo siniestro en aquel pesado insecto negro que parecía tener vida propia, estuvo a punto de entregárselo y alargó el brazo para que lo cogiese, pero Xacobe seguía distraído las evoluciones de un pato que sumergía la cabeza en las aguas turbias y verdosas, una tonalidad que parecía el color de la enfermedad misma. Decidió guardar el móvil en uno de los amplios bolsillos de la gabardina, ya se lo daría más tarde.

Aquella hora de la tarde y aquel aire frío hacían que apenas hubiese gente por allí. Aun así, un hombre joven acompañaba distraído a su hija, que espantaba a las palomas y gritaba a patos y cisnes. Ella se sentía incómoda y, viendo que él parecía haber recuperado el color, le tocó levemente en una manga del abrigo de lana negra, blanda. Él hizo como si se despertase dulcemente y sin esfuerzo, y bajó del pequeño puente infantil y se puso a caminar por el paseo de la tierra, dando por hecho que ella lo acompañaría. Ella, perpleja, acabó por seguirlo un paso por detrás de él, se sentía cada vez más confusa pues oscilaba entre la pena, la curiosidad, el orgullo y la prevención ante la posibilidad de ser utilizada y herida. ¿Qué quería aquel tipo de ella? ¿Se estaba sirviendo de ella como acompañante ahora que tenía algún problema, un mal día? Una compañía para compartir un disgusto. Además, parecía más agobiado por algún asunto que interesado en su película, apenas había dicho nada sobre el proyecto, mostrándose, por el contrario, preocupado por el tema. Aquel tipo sin duda tenía problemas, problemas de índole oscura. Qué pintaba ella en eso.

Y entonces él se vuelve hacia ella y le pide, todo humilde y con voz dulce, si no le importa que caminen un poco, dar una vuelta por el paseo de la Herradura, y esboza una sonrisa interrumpida para acompañar el argumento de que es una hora estupenda ya que apenas hay gente. Claro, no hay nadie porque el tiempo es desapacible y corre un aire que corta, piensa ella al tiempo que acepta con una sonrisa muda, pues piensa

que el tipo es una cara, que sus actos son ridículos, y al tiempo también está encantada de que se lo haya pedido. Ella es consciente de que está un poco achispada por el vino blanco, que aquella es una situación delicada, esas situaciones que son peligrosas, pues no puede saber si va a resultar herida o no y no quiere que le hagan daño, pero le apetece aceptar esa invitación a pasear los dos por el parque solitario e invernal. Y por eso dijo que sí, y en ese momento ella atravesó el umbral y entró definitivamente en un terreno en sombra que no era el suyo, una mancha oscura en la piel moteada del día.

El paseo largo y cubierto de altos árboles sin hojas estaba casi desierto, algún charco en el suelo de tierra pisada. A un lado, la vista sobre la ciudad, en aquel momento un monte de piedras grises. Venía allá adelante un hombre corriendo en chándal, un viejo con abrigo gris y gorra negra caminaba despacio, con las manos atrás, unos pasos delante de ellos.

—Algún día también nosotros caminaremos así, encogidos —dijo ella para iniciar una conversación, andando uno al lado del otro—, como estos viejos que dan vueltas a la Alameda. Un día voy a escribir un cuento protagonizado por un anciano de éstos... Muchos viejos y pocas viejas, casi todos son hombres. Caminando sus kilómetros diarios por prescripción médica y hablando del pasado y de gente ya muerta. «¿Y sabes que ha muerto Fulanito? Sí, hombre, aquel que se había casado con la cuñada del difunto de García...».

—Quién sabe. Yo no cuento con llegar.

Ella lo observó con curiosidad, incluso como preguntando, y él contestó sorprendido:

—Nunca había dicho esto que te acabo de decir. Es como una sorpresa incluso para mí. Sin embargo, tampoco lo es completamente, supongo que en el fondo siento esto desde hace tiempo, desde hace un año. Desde que empecé a encontrarme mal. O, no sé, a lo mejor viene de antes, de siempre.

—¿Y por qué dices eso?

—Porque creo que me voy a morir. —La miró—. Voy a morirme, lo sé. Hace un tiempo tuve un accidente de automóvil y los médicos creían que no sobreviviría, sin embargo me curé milagrosamente y sin quedarme secuelas, no obstante, desde hace algún tiempo siento que mi camino se acaba... No sé cómo te estoy contando todo esto. —La miró fugazmente y después se mordió los labios.

Ella quería más explicaciones y él no se las quería dar, o a lo mejor tampoco podía hacerlo, no sabía qué decirle, sin embargo quería seguir hablando de manera que ella entendiese un poco lo que le ocurría, aquello era tan frágil. Ella notaba que el haber bebido vino de más la ayudaba a penetrar otro poco más dentro de él.

—Ayer estuve en el médico, era un amigo mío de la infancia. Está preocupado. —Ella atendía a todas sus palabras y caminaba a su paso—. Los análisis dicen que no

tengo nada, me quería hacer otras pruebas. Pero no hay nada que él pueda hacer. Ni él ni nadie —concluyó, como si fuese un reto o una prohibición.

Ella no decía nada y esperaba, pues no quería preguntar. No comprendía lo que él le decía, ni entendía bien la situación tampoco, cómo aquel tipo con un cargo de dirección en una empresa estaba paseando por allí como si fuese un desocupado, un jubilado. Su mente volvía a ir y venir, a desconfiar y a entregarse, pues entendía que lo que le pasaba a Xacobe era grave y que le quería contar algo y solamente buscaba el modo de decir sin decir y que, sin embargo, le estaba dando entrada a algo que a ella le parecía una sombra inmensa que lo cubría a él, y que quizá la pudiera cubrir a ella si se seguía adentrando en su mundo, si él se seguía abriendo a ella de aquel modo.

Se aproximaban al banco en el que está sentada la escultura en bronce de Valle-Inclán y ella caminó hasta allí. El banco parecía que se había secado, ella se sentó junto a la estatua y le hizo una indicación a él para que se situase también al otro lado.

—A ver, cuéntale a este señor, que tenía mucha imaginación y al que le gustaban las historias grotescas y de horror, esa historia que te traes. —Él se había sentado al otro lado de la figura después de limpiar bien el asiento con un pañuelo para no mancharse el abrigo—. ¿Cómo era lo que me contabas? ¿Que estabas destinado a morir o algo así? ¿No te parece que ahora eres tú el que se pone fantasioso? Eso que cuentas sí que parece una película o un cuento.

Pero él no contestó a su ironía y miraba de frente hacia el perfil de torres y tejados bajos que componían la ciudad vieja. Ella divisó entre los edificios la ventana de su ático. Ya no sabía qué más decirle pues él aparentaba creer realmente lo que había dicho y no tenía sentido la broma. Por un lado del paseo se acercaba Paco, un fotógrafo de prensa, cargado con sus cámaras. Habían hecho a medias un reportaje sobre la ciudad para una revista, ella había escrito el texto. Ella creía que le gustaba a Paco, aunque tenía novia, o la había tenido. Al menos, eso le había parecido cuando habían realizado el reportaje dando vueltas juntos por la ciudad. No le caía mal, aunque era muy reservado.

—La diferencia entre las historias que inventáis los escritores y la vida real es que lo que imagináis no muere nunca porque nunca ha existido. Todas esas desgracias y muertes de vuestras historias ni viven ni mueren, se quedan ahí. Pero las cosas que ocurren en la vida son auténticas. Cuando te digo que me voy a morir, digo que ya no estaré, lo que me ocurre es de verdad. Para mí se acaba todo, Celia —pronunció el nombre de ella por primera vez.

En ese momento el fotógrafo se paró delante de ellos y apuntó con la cámara.

—Sácanos a los tres —dijo Celia riéndose y señalando a Xacobe, que bajó la vista, al otro lado de la estatua. El fotógrafo hizo *clic*, se despidió con la mano y se

marchó sin decir nada, como un duende.

—Vamos, que me estoy quedando helado. —Se levantó Xacobe.

—Vamos hasta allí, al mirador. Anda, hagamos el paseo completo. —Él aceptó de mala gana, como si no quisiese ir en aquella dirección. Ella quería seguir paseando con él, pero no quería continuar adentrándose por el camino sombrío en el que él se encontraba y pretendía que se animase un poco. No estaría mal volver a concretar algo más el asunto de la película.

En el mirador había una pareja joven de turistas y un fotógrafo con el trípode plantado para retratar la panorámica, las torres de la catedral emergiendo entre las casas. En aquella ciudad tan laberíntica y claustrofóbica, aquel lugar permitía respirar el aire del espacio abierto, había tierra pero también había cielo.

—¿Y por qué no escribes una novela con esa historia que nos has presentado?

—No sirve para novela. Hace cien años aún podía valer, pero ahora el lector es otro... —Él no entendía—. Mira, en el cine se acepta eso, una historia retorcida, terrorífica, que meta miedo o que haga llorar... o incluso que haga reír, una comedia. Si haces una ópera, también te lo aceptan. Pero tú no puedes poner eso en un libro.

—¿Por qué? No lo entiendo... Si está bien contado...

—No puedes, qué va. Eso se ha quedado para el cine, desde que hay cine la novela tiene un lector que le pide al libro algo distinto. Quien lee literatura hoy quiere cosas de buen gusto, no es broma. Cosas que no sean vulgares, o mejor, corrientes. El cine puede satisfacer el gusto más común, pero la literatura no debe hacerlo, sino complacer el de la gente de buen gusto. Y el buen gusto requiere que no haya sentimientos ni estremecimiento, pide frialdad e ironía. Si puede ser, un toque de cinismo. Además, las novelas deben tratar de personajes con psicología y situados en un ambiente social y todo eso, y mi historia trata de una especie de monstruo que vive fuera del tiempo... A esa historia no le queda bien el formato de novela.

—Vaya, has estudiado bien el asunto. Le das muchas vueltas a las cosas...

—Es mi oficio, darle vueltas a la imaginación primero y luego reflexionar sobre cómo contar lo que he imaginado. Tengo que separar lo que escribo para publicar de lo que hago para cine o televisión. Y a lo mejor el público tiene razón porque, ¿sabes?, la literatura, sobre todo la novela, es un arte racional y racionalista. Y el propio lector, cuando lee, hace una lectura racional, va articulando la novela. El cuento de misterio todavía es otra cosa... no es racional.

—Sabes mucho de literatura... Eres muy inteligente. Ya lo sabes, supongo...

—Ja, ja. Lo sé. Sin embargo me gusta oírlo, como a todos, y casi nunca me lo dicen. Gracias.

—Mira, mejor damos la vuelta. —Él se paró mirando hacia el fondo del paseo.

—Venga, hombre, ven hasta el mirador y damos la vuelta... —Él accedió de mala gana—. Supongo que las mujeres, aunque nos cueste reconocerlo, daríamos todo

nuestro talento e inteligencia por parecemos a Kim Bassinger o a alguien como ella... Aunque dicen que la belleza extrema es trágica, como en Rita Hayworth. Pero en el fondo, lo hermoso es inspirarle a Vinícius de Moraes algo así como «*Olha, qué cosa mais linda, mais cheia de graça...*».

—Mujer, una cosa no quita la otra. No esperaba eso de ti, si lo llego a saber no te digo nada.

—Ya, me imaginabas más feminista. Y lo soy... Sin embargo, como escritora, tengo que conocer en mí y en ti la naturaleza humana, señor productor. Como artista, tengo que estar más allá de cualquier idea, debo ver también lo que hay de animal en la gente, en las mujeres, en vosotros los hombres...

—Oye, eres muy mordaz, ¿también te lo han dicho?

—También, también. Ja, ja. Pues sí, a mi manera soy inteligente. Y hablo idiomas, he estudiado alemán, inglés, francés... ¿Me miras con cara de asombro? Pues es cierto. Y sabes qué, no me sirve de nada, en absoluto. En este país no vale para nada. Si fuese un hombre y profesor de universidad, o algo así, aún me valdría, pero... ya ves, no soy más que una escritora de tres al cuarto que vive al día. Guiones, traducciones, algún cuento...

—Ya, y yo en cambio tengo un buen trabajo y eso. Pero me das envidia, yo no tengo tu talento. No tengo dotes concretas para nada... He hecho una carrera y un máster porque es lo que me pusieron delante; pero lo cierto es que no soy una antorcha que irradie talento o algo parecido. No sé, noto como que me falta ese toque de gracia. Como si no hubiese nacido para nada concreto...

—Veo que realmente estás deprimido. Pues a mí me parece que estás muy bien situado..., no será tanto como dices. Y parece que vas a seguir subiendo.

—Eso es lo curioso, y lo malo. Es como si estuviera subido a un ascensor que yo no gobierno...

—Tiene gracia que te quejes de eso, de lo que no tenemos los demás. Tú dices que preferirías tener menos y mereciéndolo. Así que te dueles de tener padrino...

—Justamente eso.

—Puede ser, habría que verlo, si ahora tuvieses un mal empleo habría que verlo. Mira, este lugar parece el de la tentación de san Antonio, o de Jesucristo, cuando le aparece el demonio y mostrándole el mundo le dice: «Todo esto puede ser tuyo» —explicó ella teatralmente, mostrando con la mano la ciudad al frente.

—¿A cambio...?

—Hombre, a cambio de reinar, de triunfar en el mundo, hay que pagar... siempre hay que pagar.

Él miraba con los ojos muy abiertos hacia el mirador que estaba a continuación, un banco redondo que rodeaba un gigantesco eucalipto, como si reconociese allí algo o alguien. Ella miró en aquella dirección y no vio a nadie.

—¿Has visto a algún conocido?

Él oyó sus palabras y fue como si despertase de un trance. Negó con la cabeza.

—No, no. Sólo miraba aquel banco.

—Es un rincón muy romántico.

—Mucho, supongo... Esta noche tengo una cita ahí, a las doce.

—Vaya, a las doce, qué romántico..., como en el *Donjuán*...

—No es una cita amorosa. Es de otro tipo. Venga, vámonos de aquí, que estoy muerto de frío. —Y se echó a andar para salir del paseo.

Ella nuevamente detrás, atrapada en aquella extraña situación, siguiendo contra su carácter y su costumbre a un hombre; desde luego, no por sumisión ni entrega, sino más bien por compasión, por curiosidad; también por interés en la capacidad de él de producirle su película; y quizá también enredada en algo más que había en él y que ella no era capaz de definir, quizás el magnetismo de quien está bajo el peculiar signo de la tragedia. A lo mejor lo que le atraía de él, de todo aquello, era lo que había de literario en el personaje. Eso fue lo que se dijo.

Salieron del parque cruzándose con una mujer que llevaba el perro a pasear de la correa, el animal se sobresaltó súbitamente y rompió a ladrar hacia ellos, y eso introdujo otra nota de inquietud en aquella tarde tan extraña.

Caminaban por las calles que a esa hora de la media tarde estaban tranquilas, algún paseante equipado con gabardina y paraguas y algún turista con su cámara levantando la vista hacia las casas. Ellos dos miraban hacia abajo, a las losas de piedra mojadas que reflejaban un pedazo de cielo gris.

—Y entonces, ¿no tienes trabajo por la tarde? —preguntó ella.

—He desertado. —Quiso sonreír él y no pudo hacerlo, entonces el rostro se le contrajo en aquel gesto de confusión—. Me he fugado, estoy escapado. —Y con la vista buscó en las manos de ella el teléfono móvil que le había confiado y no lo encontró y el curso de la mirada le llevó al bolso que ella llevaba colgado al hombro, cuando hubo llegado allí volvió de nuevo la vista hacia abajo, como si las piedras fuesen el único horizonte.

—Lo llevo guardado... —aclaró ella innecesariamente.

Ella asumía aquella situación extraña como si fuese normal, de repente se veía a sí misma, allí, ocupada en algo semejante al cuidado de aquel hombre, como si no fuese un desconocido y alguien adulto y bien situado, en absoluto necesitado de protección alguna. A pesar de lo insensato que le parecía todo aquello, extrañamente, también se sentía ya dentro de aquella situación inesperada y como si formase parte de ella, aquello era algo que les estaba ocurriendo a los dos. Sin embargo, sabía que ignoraba lo que ocurría, y él parecía no tener fuerzas para contárselo.

Caminaban callejeando sin rumbo, pero las calles y todo en esta ciudad lleva al mismo lugar, como si toda ella estuviese construida para que resonase el eco de un

mismo centro, y fueron a dar a la plaza de las Platerías y a la catedral. Las nubes eran incluso negras ahora y parecía que no iban a poder guardar más tanta agua. Se dirigieron de frente de un modo inconsciente hacia las escaleras que conducían a la catedral y empezaron a caer las primeras gotas de lluvia, gruesas y tibias, de una tormenta. Un grupo de máscaras hacía ruido con un bombo y una trompeta, lastimando la tranquilidad de aquella hora y del lugar. Aquella intrusión resumía bien el espíritu del Carnaval, la perversión del orden, la irrupción del caos, con lo que tiene de perturbación y con lo que tiene de fecundador. Y no cabía iluda de que aquellos tres, tras las máscaras que los amparaban, se lo estaban pasando en grande. Ella misma se había mimado hacía unos años a disfrazarse y a molestar a la gente, era realmente curioso ver cómo el hecho de travestirse y embozarse creaba alrededor de uno un aura nueva de expectativa, la propia gente con la que se cruzaba esperaba la irrespetuosidad o insolencia de la máscara, esperaba ser molestada, casi lo pedía inconscientemente. Sin embargo, ella se había disfrazado aquella vez arrastrada por amistades y no había vuelto a hacerlo, sentía que era como un envilecimiento, como una borrachera sórdida. Había algo en ella que le impedía disfrutar de ciertas cosas, de demasiadas cosas. Allí quedaban las máscaras, salpicándose agua de la Fuente de los Caballos unas a otras.

En la Puerta de las Platerías, junto a la estatua del rey David tañendo una viola y pisando un león con los pies, la música devota aplastando al monstruo, estaba un mendigo casi inmóvil, la vista baja y la mano extendida. Todas las iglesias seguían teniendo en la puerta pedigüeños, reactualizando constantemente la estampa medieval, la vieja alianza entre el temor de la muerte y la piedad, como si fuese su lugar natural. A ella se le ocurrió la semejanza de estas personas inmóviles con las estatuas, como si formasen parte de un pórtico tallado en carne por un Maestro Mateo que cincelase el dolor humano. Xacobe entró delante, un cartelito avisaba de que no se entrase con el móvil encendido, pues «no era necesario para hablar con Dios». Al pasar Xacobe por delante de él, el mendigo, un hombre envejecido y flaco, fue como si despertase, levantó la vista y lo miró por detrás, luego la observó a ella y se persignó. Ella había pensado en darle algo de limosna, nunca había resuelto la disyuntiva entre dar o no dar, de modo que no teniendo una norma, cada vez que alguien le pedía se encontraba en un dilema. Pero el hombre había retirado la mano y no aguardaba ni parecía querer nada de ella, sólo la miraba con desconcierto y después volvía la vista hacia la puerta por la que había entrado Xacobe. Ella entró detrás de él en aquel espacio oscuro y de aire denso, fresco y traspasado del olor a piedra húmeda, a incienso quemado y a cosas viejas.

Allí estaba Xacobe, parado delante de una pila de agua bendita, inmóvil con su abrigo negro y su piel pálida, mirando fijamente el agua en el recipiente de mármol sucio y gastado. Lo estuvo contemplando mientras acostumbraba la vista a la

penumbra, él bajo el haz de luz oscura que entraba de fuera, del cielo tormentoso, todo él dudando si adelantar la mano siguiendo el viejo camino del aprendizaje infantil o marcharse de allí ajeno al rito. Entonces separó la mano caída a un costado y la levantó hacia la pila, y, como si algo se la retuviese, se inmovilizó allí en el aire, su anillo de plata quedó iluminado por la luz mate que caía de la ventana, en su cara el desconcierto. Finalmente se dio la vuelta y avanzó hacia el interior de la nave, aún con la mano erguida interrumpida en su movimiento. Levantó la otra mano y las frotó, luego se abrazó y friccionó como espantando el frío. Afuera al fin rompió a llover con fuerza y sobre la cúpula de vidrio del altar mayor se sentían los golpes de aquellas lanzas de agua verticales de un modo tan feroz que parecía que estuviese lloviendo sobre todo lugar existente, una lluvia absoluta contra el mundo.

Ya había abandonado yo aquella tarde mis oficios como investigador, permítanme que le haga aquí una breve loa pues es una actividad bien poco estimada para lo importante que es. Supongo que los policías y detectives deben estar protegidos por el arcángel san Miguel o por san Jorge, es algo en lo que nunca había pensado antes de aquello, pues su trabajo es de verdadero ángel de la guarda y de guerrero protector. Me encontraba yo, pues, ya reincorporado a las actividades que me eran propias y en las que me sentí siempre a gusto, pues en la humildad de mi oficio encontré el modo de servir a Dios a través de nuestro Apóstol. Y, aunque recé una breve oración de gracias dirigida al arcángel san Miguel antes de volver a mi mesa de trabajo, debo decir que no conseguía centrarme en mi labor, pues mis manos estaban perezosas y distraídas y no conseguía fijar la atención en aquella talla que tenía delante, ocupada como tenía aún la mente en aquel turbio asunto. Es una gran verdad que si queremos obtener resultados en cualquier actividad, ésta nos pide una entrega absoluta, impidiéndonos diversificar la atención. Quiero decir que tenía la cabeza ocupada por aquel asunto y no había manera de que me concentrase como era debido en mi oficio de siempre.

La figura que tenía delante en mi mesa de trabajo representaba una idea original mía. Como es sabido, la iconografía jacobea prácticamente se reduce al Señor Santiago en traje de peregrino. A mí, para ello, me gusta imitar el modelo en plata donado por Jean de Roucel y su mujer en el siglo xv, guardado en la Capilla de las Reliquias. También aparece como el Matamoros que fijó para siempre el gran Gambino en el siglo xviii, hoy este último un poco dejado de lado por motivos seculares desde que murió el Caudillo. A mi modo de ver, este abandono del Matamoros ha sido una equivocación pues, si hablo desde mi oficio, es el que permite los mejores resultados plásticos, el caballo de patas erguidas, el brazo alzado del Apóstol amenazante, las cabezas sarracenas con rostros agonizantes... Y por otro lado, quién sabe si no volverá el tiempo de las Cruzadas contra los musulmanes, aunque hoy sería con armas modernas, claro. No obstante, aun en el caso, Dios no lo quiera, de tener que invocar la imagen del Apóstol contra el infiel, aquél debería ser representado siempre con la espada tradicional, pues un arma moderna, tipo ametralladora, la considero inapropiada y carente de valor plástico.

Pues, como decía, la figura con la que estaba era la que tengo actualmente en mi escaparate como reclamo, supongo que mi empleado Serafín la mantiene allí, y que no está a la venta dada la significación que tiene para mí. El Apóstol está a caballo, ambos en plata, caballo y caballero, pero el animal no pisa las cabezas de los derrotados seguidores de Mahoma, como en la de Gambino, sino que con un largo rayo a modo de lanza en zigzag, también de plata, alancea la figura de un monstruo con cuerpo de reptil o culebra gigantesca. Bien sé que es precisamente una transposición de las representaciones de san Jorge, pero también se puede comprender que el cambio del enemigo representado es una transposición natural del enemigo histórico, los islamitas, al enemigo espiritual, el diablo, el Enemigo por antonomasia. Así pues, el Hijo del Trueno, el mismo que venció al hechicero Hermógenes en su Palestina natal, igual que sus discípulos Atanasio y Teodoro vencieron a aquellos toros salvajes que les puso delante la perversa reina Lupa, adoradora de los dioses oscuros anteriores a la llegada de la luminosa palabra apostólica, pues así mismo nuestro Santiago vencerá en el nombre de Dios al Maligno acechante.

La lectura asidua del *Códice calixtino* y demás lecturas apostólicas, práctica hoy en desuso, es una fuente de inspiración cristiana para mí como modesto artista y como servidor de nuestro Sepulcro. No me canso de reiterar, queridos hermanos cofrades, que en nuestras reuniones debería haber un momento siempre, preferentemente al comienzo de la sesión, que dedicásemos a la lectura de algún fragmento del *Calixtino* o de algún otro códice, y aprovecho para repetirlo aquí. Aunque la tradición jacobea ha evolucionado, cierto, y no todo en ella es claro. Por ejemplo, en *El Beato de Liébana*, figura un himno para la fiesta de nuestro Patrón que especifica que igual que son doce los apóstoles de Cristo y doce los meses del año y doce las divisiones mayores de la esfera del reloj, pues también son doce las piedras sagradas. Y enumera: ónice, ágata, berilo, zafiro, carbúnculo, amatista, sardónice, topacio, esmeralda, jaspe, turmalina y crisólito. ¿Y el azabache, dónde está nuestro azabache? Yo digo que el Beato, que fue el verdadero descubridor del sepulcro apostólico en tierras de la *Gallaecia*, para salvación de España y de Europa, olvidó el divino azabache. Pues es el azabache la piedra de nuestro Apóstol, ya que él está enterrado en una tumba honda y oscura, también el azabache es el carbón de las profundidades y también el negro azabache tiene la dureza de la Fe de nuestro Apóstol. De manera que a veces hay cosas de la tradición que merecen algún matiz. Como esta reivindicación del azabache, que siempre fue estimado incluso por sus propiedades curativas y mágicas, y que, como tantas cosas valiosas y antiguas, está desapareciendo, cada vez es más escaso en estos tiempos en los que todo lo antiguo parece en peligro de extinción.

Claro que, para tener unos minutos en cada reunión dedicados al estudio de la

tradicón jacobea y de sus fuentes, los hermanos deberían llegar a su hora y venir con menos prisas, pues la defensa de la Fe no casa bien con las fuertes ataduras de los asuntos mundanos y doméuticos. Bien sé que yo, por mi condición de soltero y sin personas a mi cuidado, dispongo de más tiempo que otros hermanos; aun así, cómo no echar de menos un poco más de militancia en quienes nos decimos cruzados apostólicos, descendientes de la antiquísima orden de los Caballeros Cambiadores.

Así pues, en aquel instante, aquella tarde en mi taller, estaba yo indeciso y no sabía qué forma había de tener la cabeza del monstruo. Como bien saben ahora mis hermanos, finalmente acordé darle la traza de una de las figuras grotescas que el Maestro Mateo talló en el pie del Pórtico de la Gloria. Sé que, como en otras ocasiones, no me va a ser reconocido, pero me parece acertada y premonitoria aquella representación de la lucha entre el Apóstol y el Mal.

No puedo dejar de pensar que, como cruzado apostólico, y también como modesto artista, fui visitado por intuiciones o recibí mensajes para participar en ese combate entre el bien y el mal en nuestra ciudad. No quiero dar pábulo a los dimes y diretes que inevitablemente existen en Santiago y también, pues somos humanos, en nuestra Cofradía, y por eso remarco que no me considero un elegido. Quizá la Divina Providencia haya mandado avisos, reclamamos a otras personas también devotas y de corazón limpio, mas lo cierto es que colijo que esos mensajes no fueron atendidos o ni tan siquiera oídos. Y es que el ruido que nos envuelve y dentro del cual vivimos en nuestro tiempo impide el silencio necesario para oír dentro de nosotros las voces divinas que nos hablarían y nos guiarían si no viviésemos en este mundo profano. No, no es que Dios no nos hable, es que con el ruido no conseguimos oírlo. O no queremos escucharlo, hermanos.

Y hablando de ruido, fueron precisamente las voces y el estruendo desafinado de un bombo y una trompeta mal tocados por una cuadrilla de máscaras los que me hicieron levantar la vista de la escultura que contemplaba, aguardando la inspiración, y mirar la plaza en la que aquellos caballos de piedra de la fuente arrojan agua eternamente para saciar la sed de los santiagueses y de los que acuden al Sepulcro. Entonces vi, por detrás de aquellos estafermos y espantajos carnavalescos que me habían molestado y que profanaban el ritmo y la melodía de los instrumentos, al citado Xacobe Casavella, acompañado de aquella misma mujer con la que lo había visto antes en el restaurante. Habían cruzado la plaza dirigiéndose hacia la basílica.

No lo dudé un instante, arrojé las herramientas y dejé a mi empleado Serafín al cuidado de la tienda para poder seguirlos. Para mí, aquella visión era como ver al zorro entrando en el gallinero, el mismo Mal dirigiéndose a cumplir sus designios. Cogí un paraguas/pues en aquel momento empezaba a llover de nuevo y parecía, además, que iba a caer una buena tormenta, y salí viéndolos entrar a los dos en el templo por la Puerta de Platerías. Aquellos primeros goterones espantaron a las

máscaras y detrás de mí volvió a reinar el silencio en la plaza.

En la puerta estaba apostado un mendigo adicto a las drogas que acostumbra ponerse allí por las tardes, pues por las mañanas está una niña gitana desequilibrada. Cada vez que entramos en las iglesias y pasamos por delante de estos desgraciados vagabundos, debería renacer en nosotros la decisión de cristianizar esta sociedad que crea personas así, hundidas, confusas y sin esperanza de salvación. ¿Cómo sería ver una radiografía del alma de estos seres? Calculo yo que serán como los pulmones de un fumador inveterado. El tal mendigo esta vez no estaba en actitud de pedir y había entrado en el portal, mas no para abrigarse de la lluvia que caía verticalmente golpeando las losas del suelo, sino que estaba allí, encogido de frío, acechando por la puerta abierta hacia dentro del templo. Al verme entrar, con aquellos ojos asustados, dijo algo así como «un hombre...» y señalaba hacia el interior, aquel desgraciado había visto algo que lo había asustado. Cuando yo le requerí algo más concreto, él se encogió de hombros y se fue como escabullándose, prefirió abandonar el portal bajo aquella lluvia inmisericorde antes que quedarse allí y ser testigo de alguna cosa comprometedor. Algunas gentes tienen un instinto para detectar el delito y el pecado.

Penetré en nuestra basílica, en la cual, por resultarnos a algunos tan familiar, ya no nos fijamos, y sin embargo en aquella ocasión me pareció que era como si entrase en su interior por primera vez. A lo mejor fue la conciencia de que había una amenaza profanadora dentro, y eso me hizo sentir con claridad cómo esta catedral nuestra es un lugar singular, me hizo recordar que es un lugar diferente del mundo profano que la rodea. Y así sentí, como con una sensación nueva, que entraba en una sagrada gruta dedicada al culto a una tumba sagrada, y los olores que me llegaron me parecieron los de la divina y suave putrefacción, y que aquel fresco que me envolvía nacía de la cueva venerada. El Mal llegaba de la mano de los profanadores de tumbas. Caminé presuroso por sus naves valiéndome del paraguas, que tenía la virtud de ayudarme a caminar con ligereza pese a mi cojera, pero también tenía el defecto de que resonaba intermitentemente en el mármol del suelo llamando la atención sobre mí de los escasos devotos que rezaban.

Allí estaban los dos, parados ante mí en la nave lateral, al pie de uno de los enormes pilares. Parecían estar considerando a unos peregrinos sentados, con la impedimenta de su viaje al lado en el banco, y que tenían la vista concentrada en el altar mayor que preside la efigie del Santo Patrón. Eran un hombre y una mujer mayores, parecían extranjeros. Seguramente habían llegado caminando desde Roncesvalles o Somport hasta aquí y ahora contemplaban lo que habían venido buscando, oraban en un éxtasis que les hacía ver dentro de sí las gracias que derrama nuestro Apóstol; eso se veía claramente en sus rostros, tan serenos. Siempre he tenido envidia de los peregrinos, una envidia piadosa, pues los que somos de nuestra ciudad

ya nunca podremos peregrinar aquí y descubrir el milagro que nos aguarda, eso es algo reservado para los de fuera. Ya digo que mi sueño es, en una vida futura, si esto no fuese una creencia pagana, nacer en otro lugar, no ser santiagués, para poder venir caminando hasta aquí. Claro que también le pediría al Señor Santiago que, para esa nueva vida futura, reparase antes mi pobre cuerpo dañado, como le he pedido tantas veces, pues así, dependiendo de la diálisis cada pocos días para malvivir, no podría atravesar los montes y los yermos bajo la nieve, la lluvia o el sol, para postrarme ante él. Tengo que conformarme con haberlo servido modestamente desde mi puesto de centinela, pues no parece estar en sus designios que mis peticiones sean escuchadas.

Como he dicho, allí estaban aquellos dos mirando con curiosidad a la pareja de peregrinos que oraban ensimismados, ajenos a todo lo que no fuese su contemplación sagrada. Me adelanté sin apoyar en el suelo la punta del paraguas para evitar llamar su atención, tratando de escuchar lo que decían.

Y así, acercándome bien, oculto por una columna, pude oír con verdadera sorpresa por mi parte que él decía que daría todo lo que tenía por ver y sentir lo que estaban viviendo aquellas personas orantes. Ella entonces le preguntó que por qué y él tardó en contestar, pero luego dijo que era porque ellos tenían esperanza, porque creían que su vida podía ser salvada. Entonces ella habló de nuevo y, aunque casi no la pude oír, entendí que quería saber a qué se refería él con lo de salvar la vida. Él dijo algo así como que el único modo de hacerlo era dándola, y ofreciéndosela a alguien que te aportase luz y no oscuridad. Tomé nota mentalmente con mucho asombro de aquellas palabras, que parecían más propias de un devoto de Dios que de un siervo del Maligno. Su acompañante también parecía extrañada y le preguntó si él era una persona religiosa —de lo que deduje que no tenían mucho conocimiento el uno del otro— y él le contestó que desde niño nunca lo había vuelto a ser y que ahora era demasiado tarde para buscar la salvación. Y debo añadir que me pareció que lo decía con verdadera tristeza, y casi casi con desesperación.

A continuación reanudaron su paseo, pues paseo era ya que no rezaron en ningún momento, y llegaron al Pórtico de la Gloria, el cual en aquel momento sólo era observado por dos jóvenes con cámaras fotográficas ya que estábamos en temporada baja de turismo, la más propicia para la oración en la basílica y el estudio de las lecciones divinas que proporciona la obra que nos legó Mateo, con independencia de las intenciones últimas o pecados del autor. Al pasar por delante de la figura de Mateo, el *Santo dos Croques*, el tal Xacobe le pasó la mano distraído por la cabeza.

Estaba también una mujer de las que trabajan en la limpieza del templo y que se dedicaba a barrer con desgana en un rincón. Me acerqué a ella, pues la mujer, Carmela, no diré su apellido, es conocida mía, ya que es de mi barrio y su marido, en paz descanse, trabajaba en el concesionario en el que compré mi automóvil hace ya casi veinte años, y le comenté de manera familiar generalidades acerca del aguacero

que caía en esos momentos fuera y nimiedades semejantes, pues de ese modo podría mantenerme cerca de aquellas dos personas pasando inadvertido.

La luz vespertina, muy oscura, pues la tarde estaba cerrada con aquellas nubes negras que descargaban agua con fuerza, entraba densa y alumbraba el arco lateral derecho en el que se representan las torturas de los condenados, destacando el relieve de un monstruo que devoraba a un hombre. Imaginación temible, casi diría que perversa, la de Mateo.

Y uno, considerando las cosas ahora, piensa que dentro de todos los artistas, aun de los más devotos, tanto entra la piedad como la rebelde impiedad. Porque en la imaginación caprichosa de quien imagina también cabe el crimen más nefando, los artistas ponen en peligro su alma y también las de los demás. Justo es que se les vigile y se les sujete la imaginación. El caso de Mateo, como comprobé de sobra más adelante, es un buen ejemplo; la misma estatua que osó levantarse a sí mismo en lugar santo ya es una aberración por mucho que se represente arrodillado en un gesto de falsa humildad, que falsa resultó ser esa devoción. La imaginación enfermiza, unida a la vanidad extrema, pueden conducir a un artista a la rebeldía y a los abismos. Siempre desconfió la Santa Madre Iglesia de los artistas, y con razón, pues en ellos anida siempre una amenaza para la Fe. Y digo esto sabiendo la parte que me toca, pues no considerándome artista —no quiero despertar las burlas de mis hermanos—, sí que modestamente sirvo a la Iglesia con las viejas artes de los figuristas.

Y valiéndome del disimulo, dándole carrete a aquella limpiadora, pude atender algo a la conversación de ellos dos mientras consideraban aquella imagería que tiene zonas de gran serenidad y zonas que infunden verdadero terror, podríamos decir que sombrías. Ella, la acompañante, parecía conocer bastante bien la catedral y el Pórtico, mientras que él parecía ajeno a ese conocimiento, como si nunca hubiese levantado la vista del nivel del suelo, en el que está la figura arrodillada de Mateo. Ella aventuró la consabida interpretación del Pórtico como representación del Juicio Final, señalando que arriba estaba el mundo divino y abajo los monstruos. Entonces él preguntó que dónde estaban los que aún no habían sido juzgados y ella contestó que estaban en el medio, separados del cielo por el espacio infinito y por el juicio divino, y aupándose sobre el lomo de los monstruos, más o menos habló así, con palabras muy hermosas que entonces supuse que no debían de ser suyas. Por entonces aún no sabía que era escritora. Y me pareció una respuesta muy acertada que resume la condición humana antes de la redención por Cristo.

El repuso que así se encontraba él. Me pareció que se situaba fuera de esta humanidad redimida, como si él se sintiese fuera de la Salvación que derramaba la figura de Cristo desde lo alto, elevada en la majestad sobre la serena figura de Santiago, tantas veces imperfectamente reproducida por mí en el azabache nacido de la profundidad y en la plata lunar.

Y luego ocurrió algo que no pude percibir correctamente, pues debo decir que mi táctica de acercamiento a aquella mujer que limpiaba, por intentar disimular, se volvió en mi contra, ya que dejó de barrer y me preguntaba constantemente sobre aspectos de mi vida, como si ésta le importase. Y debo decir que lo hacía acercándose a mí de un modo que me desconcertó, pues había olvidado, por su edad y por su condición de viuda desde hacía pocos años, que al cabo era mujer y que en su condición femenina está el ser carne antes que nada.

Y digo que me sentía yo algo incómodo y perturbado por su acercamiento cuando ocurrió algo extraño, pues pareció que el tal Xacobe reparaba con gran atención en una de las figuras de monstruos que están en la base y como si eso lo conmocionara en gran medida, entonces su acompañante se aproximó a él y le cogió la mano y también se sorprendió de algo. En ese momento, el tal Xacobe comenzó a llorar, a sollozar, y eso hizo que tanto los dos jóvenes que estaban haciendo fotos como Carmela y yo mismo nos fijásemos en ellos, pues la acompañante reaccionó abrazándolo primero para consolarlo y luego lo empujó suavemente, llevándolo de aquel lugar.

Y así salieron de allí, ella abarcándolo con un brazo, aunque era más baja que él, como si él fuese un niño pequeño. Dejé quedar a la limpiadora, confuso por lo que les había visto hacer a aquellos dos y también por la situación en la que me había visto implicado con aquella mujer. Incómoda e inesperada situación que me demostró nuevamente que la lascivia no necesita más que de sí misma, pues malamente mi pobre y sacrificado cuerpo podía estimular el apetito por el goce en aquella mujer, en la cual, pese a todo, seguía emergiendo la pasión más baja.

Y dicho sea de paso, tampoco entenderé bien nunca cómo el Divino Hacedor pudo hacer que la reproducción de la vida humana vaya unida a tales apetitos, pues de ese modo todas las advertencias de Paulo de Tarso y de Agustín sobre la mujer y la carne parecen estar condenadas al fracaso reiterado. La carne con sus ansias hace que cuando nacemos lleguemos manchados por el pecado original de nuestros padres, que nos hicieron en fornicio. Aunque sobre ellos haya descendido la bendición eclesial, el sagrado sacramento del matrimonio católico, no deja de ser coyunda animal.

Así pues, y sin querer sentar teorías que mi ignorancia no permite y los canónigos de esta basílica deben disculpar, yo diría que esa forma de reproducción, común a los animales, es causa del pecado original y que toda nuestra vida debe ser un elevarse paulatinamente hasta alcanzar la gracia de la Redención. Sin embargo, no dejo de ver que si todos hiciésemos así la especie humana desaparecería y eso parece que entra en contradicción con el Plan Divino. Existe ahí una incoherencia. Quién sabe, quizá la concepción en probeta sea en cierto sentido menos pecaminosa, pues no hay pecado en la química. En general, yo diría que los caminos de la carne causan en mí, como en todo verdadero hijo de la Iglesia, perturbación y dudas sin solución que no

hay guía espiritual que consiga resolver definitivamente, ya que reaparecen cada día que miro a mi alrededor este mundo tan confuso. Quizás el tener presente que desconocemos ese enigma sirva para recordarnos que la carne es débil.

Volviendo al caso que nos ocupa, yo me apresté a seguirlos, pues me confirmé en que no dejaban de ocurrir cosas extrañas en relación con aquel hombre. Quería saber qué pasaba con su mano o con la figura del pórtico que le había causado tanta sorpresa. Tenía la impresión de que la mujer que lo acompañaba, abrazándolo y dándole consuelo, era a su vez arrastrada por él. Como si aquel hombre nos tuviese atrapados a los dos en su enigmática aura, podríamos decir así; atrapado yo por mi afán de detener las asechanzas del Mal y ella por algún otro motivo. Por el comportamiento que había observado, ella no parecía inicialmente muy cercana a él, sin embargo advertí que en el curso de unas horas la relación había cambiado. Y presentí que también allí hacía acto de presencia la carne con sus insinuaciones. Por qué Dios nos hizo de carne y no de cualquier otra cosa, raro designio el suyo, como si quisiese que pecásemos o, como al santo Job, ponernos a prueba.

Y así fue como salieron por la girola que rodea al altar, pasaron al lado del Sepulcro, que poco frecuentado es por los santiagueses, a este respecto nadie me puede negar que cualquier tiempo pasado fue mejor, pues hoy sólo es visitado casi en exclusiva por los forasteros, en los que no es fácil distinguir la devoción del turismo secular. Y después salieron los dos por la puerta que da a la tienda. Sobre ésta nada diré, lo que tenía que decir consta en las actas de esta Cofradía y sólo evoco el pasaje de Cristo y los mercaderes en el templo. Y no añadiré más, pues sé que hay hermanos que apoyan estas medidas en la convicción de que la Iglesia no debe perder el ritmo de los tiempos. Yo soy de los que pienso que la Iglesia debe vivir en un tiempo que le es propio, el tiempo sagrado, que poco tiene que ver con el tiempo del siglo. Y naturalmente que defiendo la actualización, yo transito el primero por ese camino, pero señores..., sin pasarse. Ciencia y técnica, sí; comercio, no. Ahora prefiero dejar ese tema, que ya está cerrado. Aunque quiero que conste que reitero mi discrepancia.

Cuando entré en la tienda, ya estaban ellos en la puerta dispuestos para salir a la Quintana de Vivos y miraban indecisos aquel espacio completamente azotado por una lluvia que parecía furiosa y que no nos abandonaría en toda la temporada. Desde luego que lo de entonces fue una sucesión de temporales como no se recuerda y que hizo que el agua entrase en cuanta casa hay; en mi taller tuve aquella temporada manchas de humedad que nunca había tenido. Curiosamente, una de esas manchas tenía claramente la forma de una concha de vieira, el símbolo jacobeo, y yo interpreto que fue una llamada más de atención de la Divina Providencia para advertirme. Después de que pasó todo, naturalmente la mancha se desvaneció, aunque se conserva allí en la pared la silueta, pues remarqué el borde con un lápiz. Y por si alguien piensa que no había relación entre todos aquellos hechos y el clima,

solamente le recordaré que inmediatamente después de que ocurriese todo aquello vendrían treinta y nueve días sin llover, una sequía inusual que hace más evidente lo extraño de los meses anteriores de continuas tempestades. Este dato pluviométrico al que aludo puede ser científicamente contrastado llamando al servicio meteorológico de la universidad, porque las ciencias están ahí para ser usadas al servicio de la Fe. Es mi opinión.

Aquellas lluvias también tenían consecuencias en el portal que se había transformado en tienda de objetos, que no llamaré religiosos sino meros souvenirs; de qué manera se transforma la religión en espectáculo y atractivo turístico en nuestro tiempo. Bien sé que cuando digo esto algunos de mis hermanos me replican que la peregrinación siempre ha tenido algo de turismo y de espectáculo, pero yo les respondo de nuevo recordándoles que incluso la gente que en otros tiempos venía por curiosidad o por las maravillas de la ciudad sabía que todo esto había nacido del milagro. No tengo que recordarles que hoy todo se ha transformado en un espectáculo profano que no veo yo que sirva a los fines de la Salvación. El caso es que había goteras en el techo y unos plásticos transparentes cubrían las vitrinas y la caja registradora, como si el cielo manifestase así también su reprobación por ésa, que nadie se ofenda, pequeña desviación simoníaca. Aunque también reconozco que por aquellos días hubo goteras junto al altar mayor y no por eso el cielo castiga la sacra devoción. Y allí estaban aquellos dos, recortados en la puerta contra aquella luz oscura del atardecer cerrado de lluvia. Y me pareció que él estaba nimbado por un halo aún más oscuro: fue imaginación mía o una impresión pasajera, pues a continuación levantaron los abrigos para cubrirse las cabezas y salieron corriendo a la lluvia.

Afortunadamente yo llevaba mi paraguas, que había cogido previsor, y pude salir tras ellos a aquel verdadero diluvio. Aun así, arrastro un catarro mal curado y que no me abandona desde aquellos días en los que anduve de perseguidor bajo aquellas lluvias. Bajaron de nuevo por Platerías y corrieron a abrigarse en los soportales de la Rúa do Vilar. Y qué buenas piernas tiene la juventud, que todo se le hace llevadero y enseguida llega a los sitios.

Bajé las escaleras y atravesé la plaza detrás de ellos, que ya iban allá delante bajo los soportales. Preferí ir por fuera, por el medio de la calle, donde corría el agua de aquel arroyar, no me fuesen a descubrir. Conseguí de ese modo mojarme los pies por completo, pues no hay calzado que aguante un baño así por buena que sea la piel del zapato. Aun así, pude seguirlos hasta una casa a la altura del Casino de Caballeros, en cuyo bajo hay una librería religiosa con un color rojo llamativo de bastante mal gusto, que parece mentira que dejen abrir una tienda así en el casco antiguo y artístico. En ese bajo había estado mucho antes, según me contó mi padre, que en paz descansa, el Café Español, en el que en tiempos de la República había espectáculos frívolos que

traía aquel popular Ramallo que dicen que tanto viajaba a París para traer ese tipo de mujeres de la farándula a nuestra ciudad. Hasta que vino Franco, y con él, con todas las críticas que se le puedan hacer hoy, nuestra Iglesia pudo someter el desorden bajo la moral católica. Y entraron en el portal de esa casa a la que me acabo de referir. Y pude comprobar que era ella quien abría la puerta con su llave y quien lo empujaba hacia dentro insistiendo, pues él se mostraba remiso a entrar. De manera que era la casa de ella.

Y en ese momento fui descubierto. Ya cerraba ella el portal cuando echó una ojeada a un lado y a otro, y allí me vio, bajo el paraguas en el medio de la calle, caminando hacia donde ellos estaban. Yo miré para otro lado disimulando, pero vi en sus ojos que me había reconocido, seguramente ya se habría fijado antes en mí en algún momento del seguimiento a que los había sometido. Y entonces hice una cosa que vista ahora parece ridícula —claro que hay que verse en las situaciones para saber cómo puede reaccionar uno—, pues para disimular, bajo aquel cielo que se deshacía en aguas y que me tenía chorreando y a la gente apartada de la calle o encogida bajo los soportales, me puse a hacer como quien miraba los monumentos, considerando la belleza de los edificios. Al fin, me metí con discreción bajo los soportales, escondiéndome. Cuando volví a mirar hacia allí, ya ella había cerrado el portal.

Había sido descubierto. El caso es que había averiguado dónde vivía ella y dónde se habían ocultado; a costa de una buena mojadura, eso sí. Se encendió una luz arriba de todo, en un ático, y acechó una figura tras la ventana, así que me oculté bien bajo las arcadas, pues a las astucias del Mal hay que saber responder con sus mismas armas.

Agnus Dei

Ella lo había alejado de allí, de la presencia del Pórtico en el que él había visto aquello que le había dado tanto miedo; verdadero terror, al reconocer en un monstruo de la base del Pórtico la figura de su anillo de plata. Ella lo había llevado casi a empujones hacia su casa bajo la lluvia, sin tiempo de preguntarse nada, con el propósito de no pensar hasta que saliesen de donde estaban, hasta que lo hubiese sacado de allí o de cualquier otro sitio, y lo hubiese puesto a resguardo en la casa de ella, protegido de su propia vida.

Había hecho aquel pequeño trecho sintiendo ella también el acoso de algo que persiguiese a aquel hombre, al que veía unido su destino, algo que también la estaba afectando a ella, pues sentía a su alrededor una opresión asfixiante e incluso le parecía entrever un paño de sombra fugaz en algún ángulo del intenso arroyar, en la penumbra de algún portal, bajo alguna arcada. Sentía rondar una presencia y casi un contacto oscuro.

Cuando al fin consiguió abrir el portal bajo aquel aguacero y empujó dulcemente a aquel hombre joven y alto que se dejaba guiar sin voluntad, vuelto al estado de niño desvalido, miró a un lado y a otro para confirmar la intuición de un perseguidor. Y vio a aquel hombre en el medio de la calle guarecido por un paraguas, bajo aquella cortina de agua. Era un hombre menudo y advirtió que cojeaba, reconoció en su rostro que se sentía descubierto e iniciaba unos torpes movimientos de disimulo refugiándose después en los soportales. Recapitó inmediatamente, a aquel individuo lo había visto antes aquel mismo día, lo recordaba del restaurante, o quizá de habérselo cruzado por la calle. Verlo allí de un modo tan chocante bajo la lluvia fue más una sorpresa que la confirmación del presentimiento de estar siendo perseguida, aquel hombre de traza inofensiva no podía tener relación con la sensación opresiva que la envolvía desde hacía unas horas, el tiempo que llevaba con Xacobe desde que se habían visto para comer. Unas horas de un tiempo distinto que no parecía responder a las usuales. Unas horas que aparecían teñidas de la luz gris y densa de aquel momento en el que el día se estaba cerrando antes de tiempo.

Sin embargo, aquel hombre con toda seguridad iba tras ellos, lo confirmó claramente cuando se puso a disimular al sentirse descubierto. Estaba pasando algo que tenía que ver con Xacobe, fuera lo que fuese, el embrollo en el que estaba metido

atañía a más gente, pues aquel hombre lo seguía. Subieron las fatigosas escaleras de madera ascendiendo hacia el ruido de la lluvia que se estrellaba contra la claraboya y ella se preguntaba en qué tipo de asunto estaba mezclada, quizá tuviese relación con la empresa en la que él trabajaba. Se preguntaba si estaba haciendo bien, pero aquel hombre avanzaba cansado delante de ella, inerme y vencido bajo el peso de lo que fuese, carecía de energía propia, sólo la tenía a ella. Y ella sabía que no podía haber hecho otra cosa.

Abrió la puerta del piso y lo dejó pasar a él delante sin decir nada. Él entró y se quedó inmóvil en medio de aquel espacio que era cocina, comedor y sala, con ventanas hacia dos lados opuestos, y que en aquel momento parecía el puente de un barco en una tempestad. La ciudad estaba encogida bajo aquel cielo que se desplomaba. Aquella penumbra del mundo se juntaría enseguida con la noche, que pronto llegaría en aquella época del año, acabando de ahogar el día. Las nubes negras corrían como atraídas por las torres del santuario, como si éstas estuviesen llamando al mar. O como si del océano llegase un ejército de sombras hacia ellas.

Ella se quitó rápidamente la gabardina empapada por la lluvia y la colgó, luego se acercó a él y con suaves tirones le indicó que se fuese sacando el abrigo mojado, incluso ayudándole ella a desabotonárselo, pues él tenía aún la mirada ausente, la cabeza mojada chorreando agua como una estatua que no sabe defenderse. Cogió del cestón de la ropa seca que aguardaba ser planchada un par de toallas y empezó a frotarle el pelo hasta que reaccionó y siguió haciéndolo él mismo sin energía y pudo ella entonces secarse su cabello corto. Pillarían una pulmonía si no se secaban, pensó ella reproduciendo inconscientemente una de las preocupaciones de su abuela.

—Venga, descálzate, quítate esos zapatos o vas a enfermar —y le indicó que se sentase en el sofá. Él obedeció y se quitó los zapatos y calcetines húmedos con la vista baja—. Quítate también la ropa, hay que ponerla a secar. Te traigo ahora mismo un albornoz mío. No es necesario que vayas al baño a cambiarte, voy yo al dormitorio.

Ella echó en falta el saludo de *Trasno*, que aún no había maullado ni se había acercado a frotarse contra sus piernas. Estaría encogido en algún rincón, asustado por la tormenta.

Se encerró en su cuarto para cambiarse y se puso a llamar al gato, buscó dentro del armario, que tenía la puerta entreabierta, y no estaba. Al fin lo encontró ovillado debajo de la cama, encogido contra la pared. Estiró la mano para cogerlo pero el gato enseñó los dientes amenazador. Ella se sorprendió, pues nunca lo había hecho antes. De repente, aquella bolita de carne caliente y lana se había transformado en un animal rebelde y extraño, como asustado.

—¡Vaya con él! ¡Qué genio has sacado! Pues allá tú. —Lo dejó estar allí y se levantó disgustada y triste, rechazada por el único ser en quien confiaba. Aquella

transformación del animal era una sorpresa desagradable.

Se dio tiempo a ponerse un chándal. No le gustaba la gente en chándal para pasear pero reconocía que era muy cómodo y se lo ponía cuando pasaba el día escribiendo en casa sin salir. Por la ventana de su cuarto entró el flash de un relámpago y se reflejó en el gran espejo del armario empotrado, cegándola. Se estremeció del susto y salió a la sala buscando compañía.

Xacobe estaba sentado encogido y de brazos cruzados, había dejado la camiseta —seguramente el calzoncillo también— debajo de su albornoz beige, tenía los pies descalzos sobre la alfombra y la mirada vuelta hacia dentro. Repicó la primera campanada de las seis de la tarde y se sobresaltó, dirigió la vista a la ventana y luego a ella allí parada, mirándolo a él aterrorizado. El agua golpeaba en los vidrios y el sonido del reloj de la catedral parecía que llegase a ellos flotando sobre un mar aéreo y gris.

Ella cogió del sofá junto a él la toalla y le dio unos masajes enérgicos en el cabello.

—Estás muerto de frío, chico. Te voy a prestar ropa mía, aunque te quede pequeña. —Y él se encogió más aún bajo la toalla, pasando ella a abrazarlo sin saber cómo, atraída irremisiblemente por su debilidad de niño indefenso.

Ella se decía que sentía pena de él, eso se decía, pero no era enteramente cierto. Se sentía atraída, porque también la vulnerabilidad atrae, mucho más si se da en alguien físicamente agraciado. Y él lo era, pues ella había dejado de considerar insustancial su belleza para verla trágica, de parecerle alguien sin brillo había pasado a verlo como alguien que resplandecía de tristeza. Y la fuerza de su atracción parecía ir asociada íntimamente a aquellas amenazas sobre él, amenazas verdaderas. De alguna manera, toda la literatura que había leído y las películas que había visto la habían preparado para reconocer lo extraordinario que había llegado hasta ella. Pero al darse lo extraordinario en su vida real, aparecía de forma confusa, sin perfil claro, no podía interpretar lo que tenía ante sí, solamente sentía la envolvente presencia de lo siniestro y del miedo. Se estremeció contemplando a aquel hombre refugiado en su sofá.

Acabó el reloj de dar sus campanadas y él dejó de temblar en su abrazo. Ella se escabulló inmediatamente de él, era demasiado orgullosa para aprovecharse de la situación.

—No te preocupes, hombre. Ese anillo no es más que eso, un anillo. Y la figura del monstruo seguro que es un motivo común en los talleres de plateros de la ciudad. Probablemente aprovechan las figuras del Pórtico para sus trabajos —decía ella para tranquilizarlo mientras buscaba entre los CDs.

Sus dedos escogieron la *Misa de Réquiem* de Verdi, pero su boca se torció con desaprobación, aquella música terrible y desesperada era lo menos indicado para

aquella situación, no era la banda sonora adecuada. Los dedos pasaron sobre *Nuestros padres cazadores* de Britten y siguieron, sobre el *Barbazul* de Bartók y siguieron, sobre la banda sonora de Elliot Goldenthal para *Entrevista con el vampiro* y siguieron, pararon en otro «réquiem», el de Fauré, éste sí sería apropiado. Y lo colocó en el reproductor.

Un acorde emocionante y después un coro armonioso «*Réquiem aeternam dona eis Domine.*» La música ocupó el cuarto y empezó a producir un efecto apaciguador en él, le relajó el rostro serenándolo y se encogió abrazándose. «*Et lux perpetua luceat eis.*» Ella fue al dormitorio y buscó una manta en el armario, se la echó por encima y él cerró los ojos como queriendo coger el sueño.

—¿Y de dónde lo has sacado? —se atrevió a preguntarle, sabiendo que se asomaba al pozo en el que él estaba, fuera cual fuese ese agujero oscuro.

—Me lo han regalado... —contestó él al fin y volvió a cerrar los ojos—. Es mejor que no preguntes. Ya sé que me quieres ayudar, pero no puedes. Nadie puede —bajó la voz, como si fuesen las últimas palabras antes de quedarse dormido.

Ella se sentó en la mecedora y contempló un pie desnudo de él, que se salía de la manta y colgaba del sofá; era un pie hermoso, esbelto. Aquel pie dormido, abandonado a la regresión a la infancia que es el sueño, parecía llamarla pidiendo ayuda. Ella se levantó y fue a cubrirlo con cuidado de que no despertase. El entonces preguntó desde el umbral del sueño:

—¿Y qué música es ésta tan bonita?

—Un «Introitus» —contestó ella en voz baja, animándolo a dormirse.

—Es música de iglesia...

—Es música celestial para que duermas, anda.

Ella entonó: «*Exaudí orationem meam, ad te omnis caro veniet. Requiem aeternam dona eis, Domine: et lux perpetua luceat eis.*».

—Vaya, qué bien cantas.

—Canté en el coro universitario durante varios años.

—¿Tú vas a misa? ¿Crees en alguna cosa?

—No voy a misa. Y no sé si creo en algo... Duerme un poco, sueña con los angelitos del cielo. Descansa, hombre.

—Para mí no hay cielo... Y mi ángel me da miedo —articuló con voz pastosa.

Ella quiso tranquilizarlo, pero él parecía haberse quedado por fin dormido, esa muerte leve, ese abandono de este inundo, esa pérdida gozosa, ese ensayo de quietud definitiva. Sólo quien conoce la extenuación sabe que el sueño es un éxtasis, una desaparición y muerte deseada. «Es una consumación fervorosamente deseada. Morir, dormir». Él estaba poseído por una fatiga absoluta y yacía allí caído e inerme en su sofá bajo su mirada protectora, respirando suavemente en una tregua para el cuerpo y para el sentido. Ella se sentía un modesto ángel de la guarda en chándal y zapatillas

que quería ampararlo de algo que no sabía qué era y que sin duda era más que una complicación profesional o familiar. Aquella escena era como una imitación de *Desk set*, *Su otra esposa*, la comedia de Hepburn y Tracy, pero sin la comicidad ni la sofisticación de ésta, todo en aquella situación que vivía era torpe, inconcluso, amargo. Por qué la vida común no tendría aquel toque de gracia que tenían las buenas películas. Se estremeció de frío.

¿Qué familia tendría Xacobe? Se fijó en la mano que agarraba la manta. No tenía alianza de casado. En su lugar, aquel anillo de plata con cabeza horrible de un monstruo medieval sacado del Apocalipsis; la cabeza continuaba en un cuerpo de serpiente que daba vuelta al dedo sin cerrarse. Se aproximó para verlo con detalle y le recordó a la figura que había visto en el sobre encima de la mesa de su despacho el día anterior. Se separó con un escalofrío. El anillo parecía quedarle muy justo en el dedo y clavársele algo en la carne, que estaba enrojecida a su alrededor; puede que la propia plata le causase irritación. Debería quitárselo sin falta, sacarse aquella insignia de alguna cosa siniestra, se le ocurrió la palabra «maldad». En cuanto despertase del sueño se lo diría, si no dormía mucho tiempo podrían ir a la joyería que había enfrente, bajo los soportales, y se lo abrirían enseguida. Mientras, había que dejarlo dormir, dejar descansar a aquel chiquillo que dormía encogido. Y se atrevió a apartarle un mechón negro que le caía por la cara.

—Tengo frío —dijo él entre sueños, ella apartó la mano de su cabeza, sobresaltada, como cogida en falta. Luego acomodó bien la manta bajo el cojín del sofá y se apartó a un lado.

Su ropa mojada estaba caída en un montón informe junto al radiador, la recogió y la colocó de modo que se fuese secando, sus zapatos negros de piel fina también estaban húmedos y los puso debajo de la calefacción. Cogió el abrigo empapado y lo estiró sobre una silla, también en la proximidad del calor. Aquellas prendas que unas horas antes le habían parecido tan ajenas, de un hombre presumido, las consideraba ahora casi con familiaridad, con cercanía.

Se acordó del teléfono móvil, que había dejado finalmente en la entrada. Fue hasta donde estaba y atisbo dentro con prevención, como con miedo a que hubiese un bicho dispuesto a morder. Allí estaba, negro y mate, en el fondo, entre la cartera, un pañuelo, la agenda, la barra de labios de color casi imperceptible, las llaves... Aunque ella sabía que estaba apagado, sabía también que de igual forma había sonado antes. Lo cogió con cuidado, la mano alerta, como si desconfiase de un animal dormido, y entonces comenzó a vibrar, como el contacto del horror y del asco, una espantosa vibración que le ascendía por el brazo y le llegaba al pecho encogiéndole los pulmones y oprimiéndole el corazón. Xacobe se revolvió en el sofá sin despertar. Ella, para dejarlo dormir, con el aparato vibrante en la mano y el brazo extendido, fue a su dormitorio y lo abrió. Preguntó en voz baja:

—¿Quién llama? —lanzó su voz humana e inevitablemente débil a aquel agujero negro que sostenía, y toda la tarde oscurísima de lluvia era una caja de resonancia.

—¿Qué haces, puta? ¿Qué le haces a mi niño? —No había ira ni rencor, no había apenas energía ni sentimiento alguno. Eran palabras casi sin entonación, que llegaban sin ningún hálito, como si llegasen muertas a través del teléfono. Y eso hacía que aquella voz fuese tan siniestra—. Deja a Xacobe en paz. Me pertenece. Apártate de él ahora mismo o iré a por ti, él me pertenece. —Y cortó la comunicación dejando dentro de ella el eco de una voz con acento antiguo, como un mensaje que llegase de algún lugar remoto.

Sin pensarlo, con un instinto animal, escondió el teléfono, envuelto entre las mantas y la ropa vieja, en el armario. Después cerró la puerta con llave. Querría atreverse a arrojarlo por la ventana a las losas cubiertas de agua de la calle.

Regresó mareada a su mecedora en la sala y contempló cómo él descansaba con la boca abierta. ¿Quién era aquel hombre dormido? Aquel muchacho.

Ella acababa de oír la voz del que lo amenazaba, del que lo perseguía, y era una voz terrible. Nunca antes había oído hablar a alguien que no estuviese vivo, a algo que no fuese humano. Pero aquello existía y tenía voz. Encogió las piernas y las abrazó contemplando el invierno en la ventana. Quién le había mandado meterse estúpidamente en algo así, era cierto que era una intrusa. Allí dormía aquel hombre, que en realidad no era más que un niño, indefenso, acosado como un animalito hermoso, un chiquillo asustado que protagonizase un cuento infantil oscuro y cruel.

Estaba escampando e inesperadamente apareció un claro en el cielo justo cuando anochecía, y en el claro se reflejaba la lejana luz del ocaso, allá en la orilla del océano, una luz tan lejana que llegaba pálida y fría. Miró aquel pedazo de cielo que se fue expandiendo y oscureciendo mientras una voz infantil cantaba «*Pie Jesu*» y ella se acogía a esa bendición que se derramaba queriendo escapar de lo que acababa de oír. Lloró ahogadamente y con vergüenza, aterrorizada por lo que había escuchado, la amenaza de un mundo perverso, y conmovida por la piedad que despertaba en ella la música que la absorbía benevolente y maternal, buscó sumirse en aquellos acordes y en aquellas voces dulces que levantaban a su alrededor un mundo frágil hecho de una promesa de redención.

Las voces cantaron «*Agnus Dei*», el sacrificio de la víctima, la más espantosa crueldad transformada en alabanza y entrega salvífica, y las lágrimas caían por su rostro inmóvil en un dolor extático. Las limpió con la manga del chándal, un aroma fugaz a suavizante. Había algunas ventanas iluminadas en aquel mar de casas. El perfil de chimeneas y tejados ya había perdido todo el brillo dorado y pálido de aquel anochecer inesperadamente benevolente, era una silueta quebrada azul oscuro sobre la que se levantaban las torres de la catedral. Ella percibió un pequeño movimiento brusco en el bulto de sombras que era aquel durmiente en el sofá, Xacobe había

despertado bruscamente. Había sido expulsado de la tregua del sueño a aquel mundo que lo aguardaba.

—¡Eh! ¿Dónde...? ¿Estás ahí...? —dijo desde la penumbra.

—Estoy, no me he marchado.

—¿He dormido mucho?

—Más o menos una hora. ¿Te ha sentado bien?

—Sí. Nunca duermo mucho más de una hora. Desde hace un tiempo siempre despierto con pesadillas. Ya tengo miedo de quedarme dormido. ¿Qué has hecho mientras dormía, has estado ahí todo el rato?

—He estado aquí, sí, todo el tiempo. ¿Te molesta?

—No —contestó después de pensarlo—. Solamente que no estoy acostumbrado a que me vean durmiendo extraños, nadie.

—Entonces, ya no soy una extraña. Alguien te habrá visto, digo yo...

—Qué bien se oye la música, tienes un equipo muy bueno.

—Es bastante bueno, pero si se oye bien es porque estamos a oscuras. Un sentido entorpece al otro, la vista estorba al oído.

—Tienes razón, parece mentira lo bien que se oye.

—La vista pertenece al mundo del día, de la vigilia. Y por el contrario, el oído pertenece al mundo de la noche, del sueño y de los sueños. Y por eso la música es un camino para ese mundo. Por eso el cine usa la música, para que las imágenes sacadas de la realidad se transformen en la materia para el sueño que es la película. La banda sonora es el agua y la levadura para amasar esa harina y que salga pan.

—Escritora, qué bien hablas. Te voy a tener que producir esa película —dijo él bromeando. Se encogió más debajo de las mantas—... Aunque es una historia demasiado tétrica. ¿Y qué música es ésta tan hermosa?

—Es un Réquiem. O sea, un oficio de difuntos.

—Oficio de difuntos, menuda música me pones. ¿No te decía yo que eras un poco tétrica y siniestra?

—¿Entonces, no te gusta?

—Me gusta, sí. No sé cómo me puede gustar la música de cuando te entierran, pero es muy bonita, la verdad.

—No, parece cosa de difuntos porque tú le tienes miedo a la muerte, sin embargo Fauré, el compositor de esta misa, tenía fe, creía en la resurrección, y hace un canto a esa esperanza.

—¿Y tú tienes fe? Quiero decir, ¿crees en Dios, en la resurrección después de la muerte? ¿Crees en los fantasmas, en las almas, en todas esas cosas...?

—Vaya, ya nadie pregunta esas cosas..., hace bastante tiempo que no hablo de religión. ¿Os interesan esos temas a los productores de cine?

—Has sido tú la que has puesto música de misa... Y has sido tú quien ha hablado

de la fe del compositor y de todo eso.

—Tienes razón. Yo escucho música religiosa y no voy a la iglesia.

—¿Y por qué la escuchas? ¿Te gusta?

—Sí. Me estás haciendo pensar, condenado. Quieres que traduzca en palabras mis sentimientos.

—¿Y cuál es el problema?

—La música es precisamente lo que no se puede decir con palabras, y además el problema es que no tengo confianza contigo como para ponerme a hablar de cosas así. Hace mucho tiempo que no hablo con nadie de esas cosas de la vida. Puf, desde niña, cuando trataba con mis amigas de los grandes temas, o sea, los chicos y la vida, es decir, el sexo y la muerte.

—Déjate de rollos y contesta.

—Vaya, eres duro de pelar. A ver, ahí va una respuesta. La escucho porque me gusta. Sí. Y supongo que también porque busco en ella momentos así, estar escuchando esa música que me hace sentir bien...

—Sigue.

—Hay algo en la música religiosa que me conmueve. ¿Conoces la *Pasión según San Mateo* de Bach?

—Debo de haber oído algo alguna vez. Tengo en casa un *Mesías* de Haendel.

—¿Y no te gusta?

—Estoy poco en casa. Lo he puesto alguna vez, pero la verdad es que cuando llego estoy tan cansado que prefiero tomarme un par de whiskies y enchufarme a la tele hasta quedarme grogui.

—También yo me *mazo* a veces con la tele... Pues, en esas músicas hay una energía que llega a uno, la energía es la expresión de la fe del compositor. Bach, por ejemplo, es como si fuese un instrumento de esa fuerza, de esa confianza absoluta en que hay un Dios ahí y que se le puede y debe hablar, cantar.

—Qué bien hablas. Y lo más cojonudo es que tienes pinta de no ir nunca a misa...

—Ja, ja, cabrón. Claro que no voy. Dejé de ir a los quince años.

—De eso hace ya bastantes años.

—¿Tanto se me notan, entonces?

—No, mujer. Es que tengo tu expediente en la empresa. Tienes cuarenta.

—Sí. Se puede decir que estoy ya definitivamente en la mitad de la vida, no me puedo hacer ilusiones de que soy una niña, ni de lo que es la vida o de lo que va a ser. Y la última vez que fui a misa fue en el aniversario de la muerte de mi abuela. Murió hace ya quince años, y dejé de celebrarlo a los tres años de su muerte. Fue lo que ella me pidió.

—Y desde entonces escuchas la misa en un disco...

—No seas irónico. Escucho música de todo tipo, pero me gusta la música

religiosa, simplemente. Aunque me emociona, no puedo sentir lo que sentía el compositor.

—Te gustaría...

—Sí, me gustaría. Y tampoco creo que los músicos que interpretan la música sientan nada. Igual que los curas que celebran misa y están pensando en lo que van a comer o en lo buena que está aquella feligresa... Sin embargo, es como si el propio lenguaje de la música llevase dentro ya algo religioso que hace que sea indiferente lo que piense o sienta el músico...

—¿También sabes de música?

—Eres increíble... ¿Entonces tú no sabes de nada que no esté relacionado con tu trabajo...? Al fin y al cabo tu trabajo es con el arte.

—No sé mucho... Siempre he sido algo abúlico.

—Pues a mí me gustan algunas cosas... Y pienso en ellas, como todo el mundo. También hay música religiosa sin fe, desesperada. Verdi compuso una misa de difuntos que es terrible..., es la contemplación de la muerte por un hombre que no cree y solamente ve desesperación, o sea, la nada. Música muy tétrica. Y muy religiosa.

—Prefiero no oírla, no podría. Déjame escuchar esto.

—Eres tú quien me hace hablar...

—Y hablas muy bien, ya te lo he dicho. Crees que te lo digo con ironía. Si escribes como hablas, debes de ser muy buena.

—Sí, sí... Si te llego con un guión en el que los personajes hablen tanto o tengan diálogos densos en plan Bergman, me das una patada en el culo. Buenos sois los productores... Y en literatura tampoco se escribe ya así, con párrafos largos y bien enhebrados, tratando de temas culturales y reflexiones *hard*. Así hablaban los personajes de antes en las novelas alemanas, ahora no hay público para ese tipo de literatura. Si escribo hoy el *Dr. Faustus* no me la publica ni lee ni Cristo. Vale, vale, ya entiendo, me callo. Anda, escucha la música, productor.

Y él atendía a la melodía.

—Nunca pensé que me pudiera gustar tanto oír música. Tengo que comprar este disco... Boh.

—¿Qué es lo que te pasa, eh? Habla.

—Nada. No voy a comprar nada. No hay nada que comprar... No hay nada. Nada —dijo con la cara sepultada bajo la manta.

—Xacobe, tienes que contarme lo que te pasa... Todo esto es muy extraño, tú eres muy raro. Quiero saber lo que está pasando...

—¿Para qué quieres saber nada de mí?

—Pues, chico, lo cierto es que no lo sé, pero por unas cosas o por otras llevo presenciando cosas raras desde que hablamos ayer en tu despacho, y ahora te tengo

ahí encogido en mi sofá, así que me gustaría saber algo de lo que te está pasando.

—No pasa nada —dijo con voz ahogada debajo de la manta.

—Xacobe, no seas niño. ¿Has hablado con alguien de esto?

La manta se movió a la altura de la cabeza, negaba.

—Así que tienes un problema y nadie con quien hablar... Y ahí estás... Mira, voy a pedir una pizza, ¿quieres?

La manta estuvo inmóvil y después se movió algo.

—¿Quieres o no quieres? Di.

—Quiero. ¿Puede ser con anchoas?

—Puede.

Ella se levantó y fue hacia el teléfono, encendió la lámpara de la mesita, su tenue luz parecía ofender aquel momento de sombras cálidas. Buscó el número en la agenda, encargó la pizza y apagó la luz.

—A ver, hombre, cuenta. Aunque sea algo. Estoy dispuesta a escucharte, yo misma he visto que es algo que se sale de lo normal.

La cara de él asomaba aguardando, indecisa.

—Xacobe, joder, no te pido que hagas de Hamlet y me des explicaciones sobre la vida y la muerte, pero tampoco seas crío. ¿Qué pasa contigo? ¿Tienes algún problema familiar, o es de la empresa? ¿Quién te persigue? ¿Es la misma persona que te ha regalado el anillo? Ayer vi el sobre en tu despacho...

Y ella se acordaba de sí misma el día anterior en aquella oficina y era como si fuese una vida anterior a aquella en la que estaba metida, cuando los dos aún eran extraños, ella una intrusa en la vida de él. Ahora él era un refugiado en su vida.

—¿Has leído la carta? —preguntó él sobresaltado y casi sin voz.

—No, no la he leído.

Él no dijo nada, pero pareció aliviado.

—No es que no haya sentido ganas de leerla, pero no me atreví. No llega a tanto mi curiosidad de escritora. ¿Entonces no me la dejarías leer hoy tampoco? Me fijé en el escudo del remite... —e instintivamente miró para el anillo en su dedo, él guardó la mano avergonzado debajo de la manta.

—Ya sé que piensas que te lo debería decir, pero no puedo. No me creerías...

—Mira que soy escritora... Escribo guiones de teleseries en los que ocurren las cosas más disparatadas. Incluso escribí ese argumento de terror que has leído. Soy capaz de concebir lo más increíble, es mi trabajo.

—Precisamente me gustaría saber... Apaga esa maldita música. Es mentira. ¡Tanta dulzura, tanta hostia! Es falso, eso no existe. No hay esa esperanza ni toda esa mierda que vende esa música.

—No te enfades, hombre. —Las voces cantaban «*In Paradisum*.» Ella la apagó, guardó el disco y buscó algo distinto, instintivamente procuró algo que no prometiese

paz, sus dedos encontraron los *Kindertotenlieder* y los puso—. Eso depende de cada cual, cada uno tiene dentro cosas distintas.

—No me hagas reír. Precisamente me gustaría poder hacerlo, pero me está vedado. Hace meses que no lo consigo.

—¿Y qué te ha dicho el médico?

—Déjalo correr. Disculpa... —Se revolvió en el sofá y dio inedia vuelta. Continuó hablando de espaldas a ella—: Mi médico no dice nada, no sabe nada. ¿Sabías que el médico al que me toca ir es precisamente un antiguo amigo mío? De cuando éramos niños. Es como volver atrás, a la infancia. Me estoy acordando ahora de una excursión que hicimos a Fisterra con el colegio... Aquel mar allá abajo, como llamándolo a uno, me había impresionado... Recuerdo que este chaval, ese amigo médico, había llorado aquel día. No recuerdo bien por qué.

—Yo, mi infancia la tengo como borrada. Es como si tuviese varios cortes en la memoria. Me cuesta recordar.

—Pues yo siempre he querido averiguar cosas... Y ahora con más motivo, quiero saber por qué me ocurre esto y todo lo demás. No te lo puedo explicar, no es ninguna enfermedad. He ido al hospital por ir, en el fondo sé lo que me pasa. Y allí estaba Boliche de médico, investigando mi enfermedad. Él no lo sabe, pero no puede hacer nada por curarme. Contéstame tú a esto, ¿de dónde has sacado el tema de esa historia?

—Pues se me ocurrió...

Ella fue hasta un pequeño armario junto a la cocina de gas y sacó de allí una vela encarnada, había aprendido, en su primera infancia en Suiza, la creencia de que una vela encendida convoca a los buenos espíritus y crea alrededor un campo benéfico. Ella no podía creer tal cosa, pero era tan hermoso..., y disfrutaba secretamente de la inocencia del rito.

—Ya te lo he contado en el restaurante... Me lo sugirió la propia ciudad, este laberinto de callejas de piedra, como si fuese el laberinto del Minotauro... —Ella seguía dejando que las palabras saliesen del interior de su memoria mientras él se daba la vuelta y se incorporaba en el sofá apoyándose sobre un brazo, la camiseta muy blanca sobre su piel blanquísima, como si nunca hubiese estado expuesta al sol, él atendiendo con sus ojos negros como azabache brillante clavados en ella—. Supongo que esa idea del monstruo en el laberinto me llevó a imaginar a continuación un personaje monstruoso caminando por ellas, callejeando. Un día de llovizna gris, niebla, y un ser reencarnado, un ser insomne, acecha... Todo eso...

Se oyó el sonido sordo de la *Berenguela* y empezaron a dar las ocho. Ella incorporó aquellas vibraciones al relato.

—El sonido de las campanadas que inunda la ciudad vieja y planea sobre ella... Todo sugiere un conflicto latente entre el bien y el mal. Es una pena que hayan

jubilado la vieja campana, pues resquebrajada y todo tañía mejor que esta otra nueva que, según dicen, han fundido en Holanda. ¿Recuerdas la campana vieja?

—Sí. Se oía más, era más solemne. Volviendo a tu historia... De acuerdo, todo eso ya lo sé. Pero ¿cómo se te ocurrió la idea? ¿Oíste algo en algún lado? ¿Algo que haya pasado? —Él se sentó en el sofá cubriéndose las piernas con la manta, tenía los brazos muy largos y delgados, vello negro sobre la carne blanca. A ella se le ocurrió de súbito si sería yonqui, tan escuálido. No tenía marcas en los brazos, podía tenerlas en cualquier otro lugar del cuerpo. Quizá fumase *chinos*..

—¿Qué pasa, tienes miedo a que sea un plagio? Tengo la historia registrada y no se la he robado a nadie.

—Yo no he dicho eso, mujer, no va por ahí la cosa...

—Hombre, las películas de miedo siempre tienen cosas similares, o hay aparecidos, o sale el demonio, o monstruos... Y siempre hay música tétrica, cómo no, y siempre hay suspense... Si vamos a eso, todas son parecidas: hay un protagonista que es amenazado por algo misterioso, y si es americana, por un psicópata asesino de mujeres... Pero tío, cómo iba a oír hablar de una especie de vampiro en la ciudad..., ¿estás de coña? Es una idea mía. Eso sí, sugerida por la leyenda de la Hora del Demonio, ya sabes, lo de las trece campanadas y todo eso. Ya te lo he contado antes. Pero es una cosa sobre la que no se ha escrito nada.

—De acuerdo, de acuerdo. Entonces no te has inspirado en nada, en ningún suceso, en algo que tú sepas...

—No y no... Recuerdo ahora que hay una canción infantil que viene a cuento de esto, ¿recuerdas aquello de las «Campanas de la catedral»? ¿No sabes?

—No sé, no. ¿Cómo es?

—A ver si me acuerdo... «*Cando vén o temporal, cando o demo sopra forte..., tocan doce, tocan trece, os sinos da catedral*». Y seguía... «*Berenguela, Berenguela, campaniña timbradoira..., se lle fallas ao Patrón, heiche de cortar a corda.*»^[2]

—No. Nunca la había oído.

—Es que es una canción para cantar saltando a la comba, seguramente tú no jugabas a la comba. Tú jugarías a la pelota, o con las máquinas de matar marcianitos...

—Así que esas estrofas tienen que ver con tu argumento... ¿Y crees que será algo histórico, un caso que se dio en algún momento de la historia de la ciudad? A lo mejor en la Edad Media o por aquel entonces.

—Ni entonces ni ahora, es un cuento de viejas. Una leyenda como hay tantas en Santiago. Toda la ciudad es así, desde el principio, leyendas. —Y entonces recordó algo que había olvidado en la recámara oscura de los sueños—. Ahora que le estoy dando vueltas, me parece que recuerdo algo..., yo he soñado con eso. Tuve pesadillas con esa historia... Debió de ser de tanto darle vueltas, de pensar en ella. Como es tan

densa y malvada...

—¿Y has soñado antes o después de escribirla? —Él aguardaba con los ojos y la boca abiertos.

—Después, supongo... Desgraciadamente no se me ocurren argumentos cuando estoy durmiendo. Hombre, siempre hay algo de sueño en esto de inventar historias, ahora que a mí se me ocurren de día. He debido de soñar con ella después de haberla escrito ya..., supongo... Deduzco que tampoco me vas a decir por qué insistes en esto... Ay, qué tonta soy. Ya entiendo..., mi historia no te interesa como productor, sino que te atrae por algún motivo personal.

—No, no, tu historia es buena, muy buena. Da para hacer una película muy interesante y que puede funcionar, el terror sobrenatural vuelve a vender, están volviendo a proyectar *El exorcista* y todo eso... A mí no me gustan ese tipo de películas, pero funcionan muy bien en taquilla.

—Ya, pero tú no me has llamado porque estés interesado en producirla, sino porque te parece que hay alguna relación con algo de lo que te está pasando. Hablando claro, tú no vas a producir esa película...

Él se levantó como urgido sosteniendo la manta y se acercó a ella, se arrodilló delante de la mecedora y le cogió las manos entre las suyas. Le habló mirándola a los ojos.

—No, te lo juro por lo que más quieras, tienes mi palabra. Me comprometo a producírtela... Si yo no pudiese por cualquier motivo, buscaría otra productora que te la produjese. No te quiero defraudar, perdona. Tienes mi palabra. ¿Me crees?

Sus manos calientes y redondas estaban atrapadas por las de él y no se las soltaba por más que ella hacía por liberarlas, acabó por sonreír. Él no sonrió.

—Vale. De acuerdo, te creo. Nada tenía y nada tengo que perder. Está bien, no hablemos de eso ahora. ¿Me vas a contar al menos algo de lo que te ocurre? Él bajó la vista y después apoyó su cabeza en el mullido regazo de ella y le abrazó las piernas. Ella hizo lo único que podía hacer, le pasó las manos por el cabello, graso, basto y negro como ala de cuervo. Y se quedaron así, él callado y ella suspirando, acariciándole el pelo y contemplando la noche en la ventana. Las nubes corrían por el cielo llevadas por un viento de abajo contra las torres de la catedral, y llovía, la luna alumbraba las blandas gotas sucediéndose constantes. Sonó el timbre y rompió el momento, Xacobe levantó la cabeza asustado, ella lo tranquilizó pero él ya se había zafado de sus manos suspendidas en el aire.

—No pasa nada, es el timbre. La pizza.

Y como él siguiese atento buscándole algún otro significado a aquel sonido, aguardando alguna cosa mala, ella lo tranquilizó.

—Es la pizza que hemos encargado. Verás. —Ella se levantó con cuidado, deseando que él se quedase allí como estaba, arrodillado y abandonado a sus caricias.

Fue hasta el telefonillo viendo de reojo cómo él se incorporaba y volvía a sentarse en el sofá—. ¿Quién llama?

—Soy de Comospizza —dijo una voz. Y ella abrió el portal.

—Vamos a hacer una cosa. —Y buscó en un cajón de su mesa y sacó una cajita de madera negra, la apoyó en la mesa baja que había frente al sofá—. Vamos a liar un *peta*. Es ruarúa..., ¿quieres?

Él se encogió de hombros indiferente, ya volvía a ser un niño desconcertado, como si hubiese sobrevivido a un naufragio y lo acabasen de recoger del mar. Los dedos de ella liaban con maña y no podía evitar preguntarse qué quería, qué era lo que ella pretendía en aquel momento. Bien lo veía, él se dejaba hacer y era ella quien lo tenía allí, envuelto en cuidados, siendo guiado por ella. Acabó de liar el canuto cuando las pisadas del chico de la pizza se aproximaban. Cogió dinero de un cajón y se dirigió a la puerta del apartamento cerrándose bien la chaqueta del chándal.

El chico venía con el casco en la cabeza, el casco y el buzo impermeable completamente mojados, cogió el dinero que ella le daba y le ofreció la caja de cartón caliente con la pizza.

—Espere —dijo y se bajó la cremallera del chubasquero, metió la mano y extrajo un sobre blanco—. Esto es para usted.

El sobre en la mano del muchacho, que dentro del casco aguardaba a que lo cogiese. No tenía nada escrito.

—Me ha dicho un hombre que se lo entregase. —La mano con el sobre ante ella insistía en que lo cogiese—. Un señor, ahí frente al portal...

Ella lo tomó e inmediatamente sintió en la mano un peso y una opresión. Ya bajaba las escaleras el chaval de vuelta con una prisa culpable, la de ser mensajero de alguna cosa mala. Ella le dio la vuelta al sobre lentamente y allí estaba aquel mismo grabado, una especie de monstruo antiguo que recordaba a una serpiente. Miedo y grima. Lo escondió en un bolsillo del chándal, el suelo de madera del umbral de la puerta estaba mojado del agua que le había escurrido al repartidor de pizza, y cerró la puerta mareada.

Él estaba de espaldas parado delante de la ventana, contemplando la noche de lluvia. Ella aprovechó y guardó el sobre en su mesa bajo unas hojas del borrador de un cuento que había escrito para un concurso. Dejó la caja de la pizza en la mesita y cogió el canuto y un mechero, se acercó a él y con disimulo inspeccionó abajo la calzada en sombras y brillante a causa de la lluvia, no había nadie. Las calles estaban barridas de gente. Se abrazó y frotó los brazos para espantar la humedad y el miedo. Encendió el cigarrillo, tragó hondo el humo verde. Ella sentía que en aquel momento eran dos contemplando aquella noche. Lo veía a él de perfil allí, mirando aquel murallón de nubes, la luna apenas conseguía asomar su resplandor antes de ser tapada de nuevo. Le pasó el cigarrillo, él lo tomó como falto de costumbre, aspiró hondo, la

punta ardió, y habló mientras expiraba el humo.

—Hace bastante tiempo que no me fumo un porro. Debe hacer cinco o seis años. Desde que trabajo, creo... Yo me metía coca... Bastante.

—La coca es dura, despiadada. Vale para tu trabajo, para atacar. A mí no me vale, no sirve para crear. Crear requiere tiempo, y melancolía.

—Lo dejé cuando empecé a encontrarme mal. Desde hace cosa de un año empecé a hacerme daño todo. Dejé de meterme cualquier cosa. Y aún así... En el último año he dejado muchas cosas. He cambiado mucho.

—Estás mal, hombre. También este tiempo, este invierno está siendo terrible. Mira allí, ¿ves aquellas lucecitas? Son las antenas del monte Pedroso, por allí viene el vendaval. Allá atrás está el océano, de allí viene toda esta agua y este viento, es el océano que ataca.

—Este año es demasiado. Parece un castigo...

La campana dio la media de las ocho.

—Habrá que meterle el diente a la pizza antes de que se enfríe —dijo ella, que había sentido el impulso de cogerse del brazo de él y lo había resistido.

—¿No tendrás una Coca-Cola? —preguntó él.

—No me jodas tú con la Coca-Cola como los niños, no uso de eso. No le doy un duro a esos cabrones. ¿Quieres una cerveza o vino?

—Ya entiendo, hay que beber como los hombres... ¡Aguardiente! Venga una cerveza, pues. Abajo el colonialismo.

Comían con avidez, acuclillados a ambos lados de la mesita baja, intercalando caladas del canuto y pasándose la única lata de cerveza que tenía ella en el frigorífico. Él eructó y ella se rió. «Detente instante, eres tan hermoso», la frase del *Fausto* le vino a la mente pero no quiso pronunciarla, no quiso que también él se percatase de lo huidizo de aquel momento en el que parecía estar a gusto. Ella se esforzó en prolongarlo, en alimentarlo y comió más de aquella comida untada de grasa y de sabores fuertes, fumó y guardó el humo dentro, como si pudiese evitar que llegase el momento de salir, y bebió la cerveza compartida. Afuera empezaba a ulular el viento y la lluvia volvía a arreciar en los tejados y en los cristales. Ella eructó y se rió. Él quiso sonreír también, pero no fue capaz. Y ella no soportó más aquello y se dijo que estaba harta de sentir lástima y se puso al otro lado de la mesa junto a él y lo abrazó, su cabeza contra su pecho, y él se dejó hacer e incluso se abrazó a ella. Ella le dio besos en el cabello negro y le pasaba los dedos por él y entonces cogió su rostro con las manos y lo besó en las mejillas y lo lamió, y luego lo besó en la boca y él se dejaba. Las gotas de lluvia enviadas por el viento chocaban en los vidrios y ella lo separó de su cobijo contra sí y se bajó la cremallera del chándal ofreciéndole sus pechos grandes y luego le atrapó la cara y se la llevó hasta ellos para que mamase. Él fue conducido allí y puso su boca en el pezón y lo intentó. Y no podía, no podía. Y

rompió a sollozar allí contra el pecho de ella. «¿Qué tienes, chiquillo? ¿No mamas?». Y ella lo apartó despacio con cariño, con vergüenza de sí misma y con lástima de él. «¿Qué te ocurre? ¿No quieres?».

—No puedo —dijo él entre lágrimas—. No puedo. Desde hace un año no soy capaz de hacer sexo. No sé qué tengo, los médicos no encuentran lo que me pasa.

—¿Qué es? ¿Un problema psicológico? ¿Tienes una depresión...?

—¡Qué cono voy a estar deprimido...! No sé cómo contártelo... No procede de dentro de mí, viene de fuera. Es una fuerza que no me suelta, que me oprime, que me hace oír voces... Y que desde hará cosa de un año hace que tenga asco de estar con una mujer.

—Vaya... —dijo ella y cerró bien el chándal—. Perdona.

—Perdóname tú a mí. No tiene nada que ver contigo. No sabes cuánto lo siento, no lo sabes bien. Por primera vez tengo vergüenza de mí. Hasta ahora sólo sentía lástima, ahora tengo vergüenza de decirte esto. De haber sentido así. Ahora mismo sólo desearía quererte, abrazarte. Pero...

—¿Todo eso que te pasa tiene relación con ese anillo que llevas en el dedo? —Y él escondió la mano atrás avergonzado—. Cuéntame lo que te pasa, ¿quién te quiere hacer daño? Dímelo a mí.

—No te lo puedo decir. —Y la miraba como viendo en ella el futuro, como si ella fuese un espejo en el que, en vez de verla a ella o a sí mismo, apareciesen fantasmas confusos—. Presiento que se abatiría sobre ti el mismo castigo. No, no puedo. Debo hacer lo que me mandan.

—¿Quién te manda?, dime quién. ¿Quién es él? ¿Qué quiere que hagas? ¿Por qué no te deja estar con otras personas?

—Me quiere para él solo, me quiere suyo, no quiere que le pertenezca a nadie. Que nadie tenga poder sobre mí.

—¿Quién cono es? ¿Son tus jefes? ¿Es la empresa?

—No, no es tan sencillo. Aunque a lo mejor también la empresa. Pero no es tan simple. Es alguien..., más bien algo... Algo que habita aquí, en la ciudad.

—¡Pues entonces, vete! Márchate de la ciudad. Coge un avión y huye lejos.

—No podré hasta que cumpla lo que se me pide. Luego, quizá me dejen ir. Me han hablado de un ascenso, ascender en la compañía con un puesto de mucha más categoría... Me lo han prometido, no lo comentas... Pero bien veo que, precisamente, hasta que no haga lo que quieren de mí, no podré marcharme. ¿Sabes que hace dos meses, después de dar mil vueltas y vencer mil obstáculos conseguí que me concediesen quince días de vacaciones? Quería irme lejos, olvidarlo todo. Llegué al aeropuerto y empecé a encontrarme mal, fatal.

—No fastidies...

—Me bajaron desde allí en ambulancia al hospital. Cuando llegué ya estaba bien.

En urgencias no tenían ni idea de lo que me había ocurrido. Dijeron que probablemente había sido una bajada de tensión, o un corte de digestión...

—Y a lo mejor lo fue..., tú qué sabes.

—No, no lo fue. Me tienen atado. Es una especie de brujería.

—Ven. Yo te soltaré. —Se acercó a él y le agarró la mano primero y después el dedo del anillo con fuerza—. Tira tú de tu lado. No pongas esa cara y tira. ¡Fuerte! ¡No tengas miedo! ¡Más! ¡Aguantá, cono! ¡Ahora! —Y la mano de ella le arrancó el anillo.

Allí estaba, en su palma. Sin vacilar fue hasta la ventana, la abrió y arrojó aquel aro a la noche y a la lluvia. Cerró con fuerza, suspirando. La mano de él sangraba.

—Ay, lo siento. Disculpa, no te he querido lastimar. Ahora mismo le ponemos agua oxigenada...

—No, no. Deja, deja. —Y cogió la mano de ella para retenerla junto a sí. Ella se llevó aquel dedo a la boca y lo chupó.

—Déjame que te abrace. —Y ella lo abarcó todo con sus brazos redondos, tocándole las costillas en la espalda—. Yo te ayudaré, no te preocupes, descansa, no pienses... —Lo arrullaba como a un niño, aquella cabecita llena de miedos y sufrimiento, cuando un golpe de viento, un estallido, reventó la ventana, el cristal saltó en pedazos por todas partes salpicando la salita, y la noche con su aire frío y cargado de agua entró en tromba.

Después del estruendo sólo se oyó el canto siniestro del temporal que penetraba en la casa desde el océano y formaba un remolino en la estancia revolviéndolo todo. La vela se había apagado y yacía caída en la mesa. Los dos aturdidos y abrazados, ella dando la espalda al temporal.

—¡Ahí está, ahí está! ¡Es él, es él! Es él quien lo ha hecho. Ya te lo he dicho, no me suelta.

—No dejaré que te haga daño, no se lo permitiré. —Y se echó sobre él inmovilizándolo y consolándolo, cubrió su cuerpo largo y delgado con el suyo, ancho y redondo.

El brazo derecho de él empezó a apartarla como con rabia, pero ella lo miró a la cara y lo que vio allí fue dolor y desvalimiento, apartó aquel brazo, lo inmovilizó con el suyo y lo besó por toda la cara hasta que él se fue callando y ya no escuchaba los ruidos de la tormenta que empapaba la sala. Ella le desató después el albornoz con cuidado y luego abrió el chándal para que sus cuerpos se tocasen. Se apretó contra él, el oído en su pecho escuchando los latidos en aquella caja de resonancia, golpecitos cálidos y débiles, ecos asustados en una cámara oscura.

En el reproductor de música la soprano cantaba *In diesem Wetter* contra el aire y la lluvia mientras ella le besaba el pecho a él y poco a poco iba sintiendo que el deseo se unía a la compasión y al miedo: «Con este mal tiempo, con esta tormenta, nunca

dejaría a mis niños fuera, tendría miedo de lo que les pudiese pasar, esos pensamientos son ahora vanos». Aquel canto le oprimía el corazón, y lo abrazó con más fuerza.

No recordarán mis hermanos cofrades aquella noche ya que todos aquellos meses fueron tremendos, pero concretamente aquélla fue una noche de las más espantosas que yo recuerdo, pues el viento y la lluvia, después de una calma relativa, se habían desatado contra la ciudad con una furia incansable. Aquello era realmente, permítaseme la figura literaria, como si un dragón acuático echase su aliento contra la basílica una y otra vez.

Estábamos en que yo había dejado a aquellos dos en su madriguera en la Rúa do Vilar y no sabía por dónde tirar, cómo iba a averiguar algo más que me permitiese denunciar aquella amenaza ante mis hermanos e incluso, si eso fuese posible, ante la policía o alguna otra autoridad. Pensé incluso en alertar a nuestro hermano el magistrado Salvador Fernández Datorre para que iniciase desde su sala alguna investigación, mas me di cuenta de que no sería comprendido por don Salvador, y que antes debía reunir pruebas irrefutables de aquella oscura conspiración. Y fue entonces, al ver pasar una excursión de turistas mojados, cuando recordé a nuestro hermano Valentín Santos García, que había sido cofrade nuestro y guía turístico, y que por llevar tantos años enfermo y sin asistir a los actos de la Cofradía estaba casi olvidado, incluso por mí que soy de los más veteranos.

Valentín era un hombre de un mérito extraordinario y en cuanto a su entrega a la Iglesia, a pesar de los rumores sobre su implicación en el comercio de reliquias y objetos religiosos, yo no tengo motivos para ponerla en duda, una entrega sobre todo como erudito. Efectivamente, tenía una erudición indiscutible en asuntos jacobeos o de la historia local, y eso era así tanto por su profesión de guía turístico como por su afición al tema. Hay que decir que Valentín ya hablaba idiomas, inglés, francés y algo de alemán, cuando muy poca gente sabía otra cosa que gallego y castellano. Es forzoso reconocer con respecto a aquellos días de la posguerra, que fueron buenos para la Iglesia, que en el tema de los idiomas se ha mejorado muchísimo. Aún no había la moda americana del inglés y todas esas academias que proliferan por la ciudad. Las modas no son buenas, pero sin un poco de inglés no se entra en Internet. Valentín era justamente lo que yo andaba buscando.

Por otro lado, yo sabía que Valentín no se extrañaría de nada de lo que le contase. Aunque hacía años que habíamos dejado de vernos, tantos como él llevaba encamado

al cuidado de una sobrina suya, yo sabía que él era distinto de nosotros. No sé bien de dónde le venía aquella erudición, ya que, que yo sepa, no tenía estudios eclesiásticos, pero siento decir que él sabía no solamente de estudios jacobeos sino también más del cristianismo en general que la mayoría de los canónigos. Desconozco el origen de su vocación, sin embargo recuerdo que él siempre sabía lo que había detrás de cada tradición o de cada creencia. Seguramente, porque los abundantes ratos libres de los meses del invierno, cuando había tan pocos turistas y peregrinos a quienes guiar por la basílica y la ciudad, los ocupaba en leer en los viejos códices y tumbos de la biblioteca de la catedral. La que atendía precisamente el canónigo Casavella, como he referido antes. Tenían estrecho trato los dos.

Así pues, aprovechando que en aquel momento casi había escampado y sólo caía una leve llovizna, me dirigí hacia la casa de Valentín, por la parte de San Miguel dos Agros. Alguna vez he oído de él que era de estirpe judía, y puede que lo fuese pues su familia parece que llevaba muchas generaciones en aquella casa y aquella parte de la ciudad la ocuparon los hebreos, como en la Calleja de Jerusalén, precisamente donde vivía Valentín. En todo caso, si hubo en su linaje gentes no cristianas en tiempos anteriores, no había más esforzado conocedor del cristianismo que aquel hombre.

Me abrió una mujer bastante robusta, que era la sobrina, yo tenía la idea de que era una muchacha joven, pero los años pasan para todos. Nada más presentarme como un antiguo amigo de Valentín me reconoció y me mandó pasar, indicándome que subiese al primer piso. Allí, en un cuarto pequeño, estaba nuestro hermano, olvidado de todos nosotros y del mundo. En cuanto lo vi reconocí instantáneamente aquella vieja sonrisa irónica que había olvidado. Y es que Valentín siempre tenía esa expresión, como si todo lo que viese u oyese confirmase lo que ya sabía, como si nada le sorprendiese. Yo creo que ese gesto de estar de vuelta de todo era causa de muchas de las antipatías que despertaba, pues en lo demás era una persona muy respetuosa y cortés. Únicamente tenía ese defecto, que desde luego nadie perdona, pues no hay cosa que nos fastidie más que el que alguien nos rebaje en nuestra dignidad o parezca que se ríe de nosotros. Y eso era lo que provocaba Valentín, yo estoy totalmente convencido de que sin pretenderlo. Y allí estaba sentado en el lecho, descansando sobre varios cojines, de modo que a través de la ventana podía contemplar la callejuela que tenía delante de su casa y por la que no pasaba gente aquella noche; sobre el cobertor, la prensa del día abierta por la página del crucigrama.

Entré en su cuarto sin que él mostrase sorpresa, como si después de tantos años de no vernos y, además, sin tener otro trato que el de hablar en la catedral, pues yo nunca he sido de cafés y me parece que él tampoco lo era, y de coincidir en alguna reunión de la Cofradía, fuese lo más normal que yo estuviese allí en su casa. Debo decir que no me pareció que hubiesen pasado tantos años pues él estaba casi como yo lo

recordaba, más delgado seguramente y más escaso el cabello blanco. Seguramente había reconocido mi voz mientras hablaba con su sobrina en la puerta —hija o sobrina, ahora no lo sé exactamente— y por eso no se sorprendió.

Ramírez, dijo él como saludo, y sin darme opción a estrecharle la mano me señaló una silla a los pies de la cama, frente a sí. Como si fuese la cosa más natural que yo apareciese por allí, como si esperase mi visita.

El cuarto estaba bien ventilado, limpio y recogido, el cobertor y las sábanas bien estiradas, asomaba un orinal de porcelana por debajo de la cama, tuve la seguridad de que no tenía nada dentro y estaba limpio. El propio Valentín estaba bien afeitado y su cabello, ralo y blanco, bien cortado. El también me repasaba a mí, sin perder esa sonrisa que a lo mejor tenía también algo que ver con la dentadura, pues me fijé en que la tenía depositada en un vaso en la mesa de noche. La dirección de mi mirada le hizo darse cuenta de que no la tenía puesta y rápidamente la cogió y, tapando la boca por cortesía, la instaló en las encías.

¿Qué novedades hay, pues?, me preguntó él. ¿Qué quieres?

Me interrogó de un modo tan directo que no supe qué contestar. Como ya he dicho, Valentín tenía cosas que no había visto en ninguna persona, una de ellas era preguntar siempre a bocajarro. A mí me hubiera gustado hablar antes con él de cómo le iba, o de cuál era exactamente la dolencia que lo retenía en cama, o comentar la sucesión de temporales en cadena en que estábamos inmersos, pero él aguardaba mi respuesta y finalmente junté las palabras necesarias para decirle que había algo que me preocupaba y que había ido allí a buscar su opinión, porque él era una persona más informada que yo.

Empecé a contarle lo más discretamente que pude que estaba haciendo indagaciones acerca de un aspirante a ingresar en nuestra Cofradía. Supuse que esto le interesaría, pues al fin y al cabo él, aunque no acudía ya a nada por estar encamado, nominalmente seguía siendo miembro de ella. Le expliqué que había cosas en el candidato que me hacían desconfiar de la sinceridad de su propósito.

Antes de nada, que era una persona muy joven, y ya no había gente joven que quisiera pertenecer a una sociedad de este tipo, excepto los del Opus y éste no lo era, y además, aunque tenía un pariente cura, su vida era completamente ajena a los círculos religiosos y catedralicios. Y después que, y aquí no sabía muy bien cómo decirlo sin sentirme ridículo al hacerlo, ¿conocía él la leyenda..., naturalmente que sí, esa leyenda que hablaba de las trece campanadas? Me expliqué más o menos de este modo y la sonrisa de Valentín se fue ensanchando a medida que reconocía mis palabras. Puedo decir que sus ojos incluso brillaron. Sigues pensando en eso, ¿verdad?, en tu hermano, dijo. Y tuve que reconocer que sí. A continuación señaló una estantería que cubría la pared detrás de mí y que en medio sostenía un pequeño televisor y un reproductor de vídeos, estando el resto de los anaqueles, desde el suelo

hasta el techo, atiborrados de libros y papeles. Busca en el quinto estante, a la derecha. Ahí hay revistas viejas, vas a encontrar las del siglo XIX, entre ellas está la colección de *El Recreo Compostelano*, busca el número seis, me indicó.

Yo rebusqué entre aquellos papeles viejos de los que se desprendían partículas, después de los ejemplares de los años 67 y 68 del *Reader's Digest* venían revistas sueltas claramente más antiguas, *El Idólatra de Galicia*, *El Iris del Bello Sexo*, *El Provincialismo Gallego*, *La Ilustración Gallega y Asturiana*, hasta que di con aquella revista tan vieja. Él aclaró innecesariamente que eran publicaciones liberales del siglo XIX y que en ellas publicaban los regionalistas y liberales su propaganda y sus burlas contra el Cabildo. Aunque yo ya tenía noticia de esto, aclaró que aquellos libelos habían ayudado a fraguar la Revolución liberal del 48 que acabó con la derrota de los insurrectos a las puertas de Compostela y con los fusilamientos de sus cabecillas en Carral cuando los conducían a la cárcel de A Coruña. Tengo idea de que a Valentín le gustaban mucho las lecturas históricas, probablemente leía de todo, no sólo de asuntos religiosos. En ese número que tienes en las manos está recogida ya esa leyenda, indicó, la recogió el escritor local Neira de Mosquera, que por cierto era pariente mío, y aunque no da datos ni transcribe nada literalmente, alude a un *Codex Nigrum* que se custodiaría en nuestra catedral. Yo le pregunté al canónigo bibliotecario, Casavella, y pese a nuestra vieja amistad lo negó, siempre ocultó la existencia de tal códice. En fin, eso es todo lo que tengo. De todos modos, ese *Codex* existe, quien sabía de él era el canónigo Casavella, que ya está jubilado y apartado de todo. No sé cuál de nosotros dos sobrevivirá al otro.

Pues casualmente he estado con él esta mañana, tuve que confesarle. No sería tan casualmente, me replicó él con ironía. ¿Qué tal está el viejo?, me preguntó. Pues no sé decirte, le contesté, apenas ve y estaba algo alterado, tenía miedo de que lo visitase el demonio o algo así. Los fantasmas siempre vuelven, comentó. Tú vienes por el chico, ¿no es así? Estás investigando a Xacobe, el niño que nació en aquella mala hora... Dijo esto mirándome como si arrojase las palabras desde dentro. ¡Pobre muchacho!, comentó.

Me dejó con la boca abierta, aquel hombre allí encamado parecía saberlo todo, como si viese anticipadamente, o como si conociese de antemano lo que yo andaba buscando. Estaba a punto de preguntarle cómo lo había averiguado cuando recordé que había oído alguna vez que Valentín tenía algún tipo de vinculación con Casavella desde la juventud, y que incluso había conseguido el puesto de guía turístico por mediación suya. Anda, lee, me ordenó, y yo me senté a leer el artículo de la revista mientras él guardaba absoluto silencio.

Al final me prestó el ejemplar, y el relato se reproduce en una fotocopia adjunta a este informe. Como pueden comprobar, sólo recuerda vagamente a un texto medieval, realmente tiene el estilo de las recreaciones históricas tan típicas del mismo autor y

recogidas en el libro *Monografías de Santiago* del año 1850.

Es curioso que nuestra ciudad, que despierta tanto el instinto literario de sus visitantes, haya dado tan pocos escritores, pues solamente podemos contar a Rosalía de Castro, le comenté yo a Valentín, y cuando levanté la vista vi que estaba comiendo un plátano que yo no había visto antes. Como tenía la boca llena, asintió sin decir nada y se encogió de hombros. La estatua de la Alameda dedicada al señor Valle-Inclán es inmerecida, continué yo, pues, como es sabido, el escritor arousano, además de ser un famoso sacrílego y de haber ofendido a la Iglesia ya desde joven en su estancia en Compostela, pasó la vida por el mundo adelante y sólo vino a morir aquí ya de viejo, siendo enterrado además por voluntad propia en el cementerio civil, para escarnio de la Fe, tan discutida en aquellos años de revuelta republicana. Es curioso que este jardín de la religión no haya dado la flor de la literatura, lo cual parece probar la actual enemistad entre religión y literatura, en otro tiempo exaltadora de valores cristianos, como en las *Cantigas de Santa María*, de nuestro rey Alfonso, vecino de nuestra ciudad, o como en la *Comedia* de Dante o en los autos sacramentales de Calderón o Lope. Hoy, la literatura es dominio puramente del mundo profano y la mayoría de las veces impío. ¿No podría esta Cofradía convocar un premio literario de poesía o de cuentos, ahora que hay tantos, con la condición de que traten de un asunto piadoso? ¿Unos Juegos Florales Católicos con carácter ecuménico con motivo de los años santos?

Volviendo a lo nuestro, Valentín había acabado de comer su plátano y apartó la monda para la mesita de noche que había a su lado y, ya con la boca libre para hablar, le restó importancia a lo que yo decía con vaguedades como que no había que enfadarse por eso, a los escritores no había que hacerles tanto caso, andaban a lo suyo, o algo semejante. Era típico de él que, ocupándose tanto de asuntos religiosos, no se enfadase por nada, pues a todo le quitaba importancia.

Después habló con la boca llena y me preguntó, repentinamente serio, si había visto cierta película de vampiros que citó, cosa que casi me hace reír. Luego dijo que a él le gustaba mucho el cine, que veía muchos vídeos que le alquilaba su sobrina en un videoclub. Y dijo que el cine era el arte que tenía más que ver con la religión, cosa que no quise discutir allí con él, sin embargo me parece bastante disparatada, ya que si la literatura de hoy es impía, qué no será el cine americano que nos restriegan a diario por las narices. No obstante, como vio mi desacuerdo en el rostro, él, sin ánimo de discutir, abundó en que el cine era la gruta de los sueños y de los augurios, y lo único capaz ya de estremecer el corazón y conmover ante el misterio. Se refería, naturalmente, al Misterio de la Creación, no a las películas de misterio. Insisto en que, aunque sus argumentos me parecieron demasiado curiosos y chocantes como para que siga hoy dándoles vueltas, no me convenció. Lo consideré cháchara intelectual.

Él se puso a mirar hacia la calle silenciosa sobre la que llovía cada vez más fuerte, y entonces, viéndolo allí mientras contemplaba el mundo desde su lecho, tuve envidia de él, en verdad que en aquel momento me pareció un modo deseable de vivir. Vivir jubilado, contemplando la vida desde el lecho.

Continué con aquella lectura tan florida, la leyenda de un nigromante impío que resucitaba de la tumba después de muerto, como Lázaro resucitado por Cristo o como la hija del prefecto Teófilo resucitada por nuestro Apóstol. Resumiendo mucho, el clérigo pretendía que sus restos ocupasen la cripta en vez de los apostólicos. Hablaba de sus maniobras a través de un discípulo, tal discípulo hacía sacrificios de niños a una antigua deidad que habitaba una montaña cercana. Lo de la inmolación de las criaturas fue algo que me sorprendió, era tan terrible, un rito pagano arcaico. Lo más horrible, la propia Biblia habla de él como una antigua costumbre entre los judíos. El pasaje del sacrificio de Isaac aún hace referencia a eso, puesto que Yahvé, después de pedirle a Abraham el sacrificio de su primogénito, se muestra misericordioso y le perdona la vida a la víctima. Hay que entender que Dios únicamente quería poner a prueba la Fe de Abraham, eso desde luego. La Biblia, hay que reconocerlo, es una lectura inquietante y peligrosa como para que los feligreses accedan a ella sin control o comentario.

De lo que no encontraba referencia en aquella leyenda era de las campanadas, Neira no recogía la superstición popular de la «hora del demonio». He escrito «superstición» y, sin embargo, queridos hermanos, ¿debemos considerarla tal después de lo que mis oídos han escuchado y mis ojos contemplado y no imaginado? Pues fue en una hora fatídica como esa en la que murió mi querido hermano Rafael. Y en esa hora seguramente ocurrieron más cosas en relación con esta historia.

Quise comentar esto y aquel chocante asunto de los sacrificios con Valentín, quizás él supiese de algún escrito que recogiese la leyenda popular con detalle. Pero cuando levanté la vista, él sonreía abiertamente asomado a la ventana, contemplando algo fuera. Mira, mira, dijo él. Me acerqué allí y vi a un chico y una chica, dos estudiantes seguramente, que caminaban bajo la lluvia completamente empapados, los mechones les colgaban chorreando, ofreciendo la cara a las gotas gruesas y verticales de lluvia como si fuese un sacrificio gozoso. La gente joven cómo ha de comportarse, ven tantas películas, dije yo. A continuación aquellos dos se abrazaron y se dieron un beso de esos largos y concienzudos, ya me entienden. Aparté la vista, pero Valentín siguió allí contemplándolos como un niño curioso que descubriese algo. Después, la pareja dio unas voces y echó a correr por un lado de la calle cantando algo en inglés. *Cantando bajo la lluvia*, dijo Valentín canturreando. Pues, como sabrán, es el título de un musical.

¿Qué, cómo va esa lectura?, me inquirió luego. Yo estaba impresionado y desconcertado por aquella leyenda turbia que hacía aún más siniestro lo que yo

investigaba. ¿Qué te parece la historia del hechicero resucitado que desafía al Apóstol? ¿Te interesa?, y lo decía mirándome con aquella ironía suya, como si no fuesen cosas diabólicas e impías. ¿Sabías que el canónigo Casavella también vio resucitar a un hombre? Me hacía pregunta tras pregunta sin dejar de sonreír, como jugando y como si para él todo fuesen fábulas.

Y entonces me preguntó si no me importaba que apagase la luz. Me sorprendió, pero no pude decir que no, y acto seguido apretó la pera de la luz que colgaba sobre la cabecera de su cama. Dijo que a aquellas horas —serían las ocho de la tarde— le gustaba estar así, a oscuras, espionando a la gente que pasaba por la calle. Cada persona tenía una historia; como pasaba tan poca gente por allí tenía tiempo de imaginarlas, escribía mentalmente una para cada desconocido, según me confesó. Los vecinos con sus vidas conocidas no le interesaban. Dijo que cada día escribía un libro de historias que al llegar la noche se desvanecía. Escribía trescientos sesenta y cinco libros cada año, bromeó él. Dijo que vivía como Sherezade, imaginando historias. Ya estaba cansado, dijo. Y añadió que, en la realidad, también debió de llegar un momento en el que Sherezade se cansó y ofreció su cuello al verdugo para no seguir atormentándose cada día. Después, sin venir aparentemente a cuento, dijo unos latines traduciéndolos a continuación. Me sorprendió que también supiese latín. Realmente, Valentín era una caja de sorpresas. «El Apóstol Bonaerges con la gracia de Dios asedia a los perversos magos, venciendo el poder del demonio». Era de un himno al Apóstol en *El Beato de Liébana*. Presumió de tener una edición facsímil lujosamente reproducida y encuadernada. Ciertamente es como para enorgullecerse de tenerlas, pues cuestan una importante suma de dinero. Yo mismo he solicitado a la editorial que se lucra con esas lecturas una copia del *Calixtinus* y puedo atestiguar su elevado precio. Afortunadamente, soy un hombre solo y puedo decidir en qué invertir mis ahorros. Y luego volvió a la anécdota que me había empezado a referir anteriormente, la de la resurrección, pues Valentín era así y tenía estas cosas, que lo mismo embestía de frente al hablar de cualquier asunto que daba vueltas y lo esquivaba por los lados. Yo diría que padecía algo del pecado de soberbia y se complacía en confundir con mañas diversas, nacidas de su documentadísima memoria, al interlocutor. Aunque ya digo que, a pesar de sus defectos de naturaleza humana y de la carga de secretos y faltas que se le suponen, creo que, en conjunto, ha sido un buen cristiano, por lo menos en los últimos tiempos. Al menos conmigo lo fue, creo yo.

Naturalmente, estoy convencido de la presencia de lo sobrenatural en los hechos ocurridos de un modo, yo diría, si se me permite, que avasallador, incontestable, sin embargo esta anécdota relativa a una supuesta resurrección presenciada por el canónigo Casavella y referida por el susodicho Valentín, no contrastada ni probada por la Iglesia, debe ser tomada con toda prevención, y así lo aviso de antemano. Vamos con ella.

Si le hacemos caso a Valentín en su relato, las cosas habrían ocurrido de la siguiente manera. En los años de la República, siendo él todavía un hombre joven, había regresado de Brasil con algunos ahorros que invirtió en adquirir un automóvil —uno de los pocos que había en la ciudad— con el cual se ganaba la vida. Aunque él era de convicciones republicanas —parece que simpatizaba con las ideas del entonces alcalde Casal, que luego fue paseado—, mantenía buenas relaciones con el clero, pues le encargaban muchos viajes. Cuando vino el Movimiento, tanto los falangistas locales como otros llegados de Valladolid empezaron a pasear a los rojos, no abundaré en nombres o detalles de estas tragedias que afortunadamente ya han pasado, los caminos del Señor son inescrutables, tragedias que están olvidadas y bien enterradas. Y ojalá nadie las remueva.

Pues bien, resulta que, según el relator de este suceso, el canónigo Casavella simpatizaba, como toda la Iglesia, con la Cruzada contra la República, que es sabido que fue antes que nada rematadamente atea, y en su entusiasmo, eso en opinión de Valentín, participó a su manera en aquellas, llamémosles razias nocturnas, en las que iban a buscar a los rojos a la Falcona, la cárcel local, para pasearlos. El propio Valentín me aseguró que el canónigo no acompañaba a los ajusticiadores a sacar a los reos de los calabozos, sino que acudía directamente a los lugares acordados. El mismo lo conducía en su coche a través de aquellas noches terribles, procurando quedarse todo lo apartado que podía del lugar para no tener que ver aquellas muertes. Comentó, sin embargo, que más de una vez se vio obligado a contemplar cómo mataban a algún conocido suyo. El papel de nuestro canónigo parece que era el de ofrecer asistencia espiritual a aquellas almas rebeldes, pues entre ellos había algunos que eran católicos practicantes y otros que se arrepentían en el último momento, aunque la mayoría perseveraba en sus creencias e incluso aprovechaban para blasfemar una vez más e injuriar al sacerdote que se acercaba a ellos.

En uno de estos viajes al cementerio de Boisaca, Valentín vio cómo abandonaban en primer lugar el camposanto los hombres armados que venían de hacer su terrible trabajo, mientras su pasajero se quedaba dentro dándoles las últimas bendiciones a los ajusticiados, que eran abandonados allí, al pie del muro, para ser descubiertos a la mañana siguiente por el enterrador municipal. Valentín dice que entonces vio salir una figura que se perdió entre las sombras de unos robles que allí había. A continuación apareció el canónigo y subió al taxi con la cara petrificada por el miedo. En el camino de vuelta a la ciudad, le contó que aquel hombre que había visto salir del cementerio había sido fusilado junto con los otros, él lo había visto morir y rematar, y que una vez que se hubieron marchado los otros se levantó como si tal cosa y lo miró a él, que estaba bendiciendo a un cadáver allí al lado, y se había ido antes de que acabara de darle la bendición. Dijo que el cabello del canónigo se volvió blanco a partir de aquella noche. Y es verdad que yo se lo recuerdo siempre así.

Le pregunté si se trataba del Resucitado, como sabrán mis hermanos es un brujo muy famoso que tiene clientes no sólo de la ciudad y comarca, sino que vienen incluso de lejos en pos de sus hechicerías. Dijo que no, al Resucitado también le quisieron dar pasaporte, me comentó, pero sobrevivió a su fusilamiento, en concreto una bala le traspasó la frente de sien a sien, mas cuando ya lo habían dado por muerto se fue de allí a rastras, como pudo, y fue acogido y curado en una casa de pueblo de los alrededores. Me comentó también que seguramente sus poderes adivinatorios le venían de aquella desgracia.

Insistió en que a quien había visto resucitar el canónigo era a otro y que nunca más se le había vuelto a ver. Yo apunté que por fuerza tenía que ser alguien conocido. Además, si el canónigo Casavella había asistido al fusilamiento tenía que haberlo visto en vida, y él no me supo concretar exactamente quién era, pero sí que pertenecía a una familia local, la de los Mateos. El tipo aquél era un republicanote profundamente anticlerical. Y no se volvió a saber nada de él, repitió Valentín, contemplando la luna que asomaba en aquel momento en que había escampado. La noche era silenciosa y de la casa apenas llegaban los ruidos de la sobrina en alguna estancia viendo un concurso en la televisión con el volumen bajo. Tengo la impresión de que no le había contado aquello a nadie antes y de que se sintió aliviado de poder hacerlo, a lo mejor necesitaba decírselo a alguien antes de morir. El reloj de la catedral dio las nueve de la noche. Es tarde, dijo él, y estoy cansado. En aquella oscuridad aprecié con claridad la fatiga en su voz. A oscuras, su expresión irónica no existía.

Y éstos eran los secretos que unían a aquellos dos hombres, y que están enterrados con ellos. Secretos que yo sé que no van a salir de estas paredes, pues a nadie importan ni ayudan. Y ni siquiera están confirmados.

Llévate la revista, me pidió, y yo se lo agradecí. Me levanté para marcharme y aún aproveché para recapitular con él que había sido con una mujer de aquella familia con quien se había acabado casando un hermano menor del canónigo Casavella. Él no dijo nada. Se quedó mirando el cielo mientras yo volví a darle las gracias y eché a andar por el pasillo oscuro, de tablas que crujían a mi paso. Preferí no despedirme de la sobrina, que seguía viendo la televisión. Qué sabe uno de las tristezas de los demás.

Ya había abierto la puerta para salir cuando recapité en un hilo que había quedado suelto en nuestra conversación, así que volví a subir. Por la puerta que había dejado abierta se coló un viento frío que me sopló en la espalda, me adelantó y me precedió hasta el cuarto de aquel hombre, del que salía un canto litúrgico y las sombras y reflejos que proyectaba su pequeño televisor. En la pantalla se veían las imágenes de un anuncio de no sé qué modelo de automóvil que serpenteaba por una carretera de montaña visto desde el cielo, cada vez más lejos, con música gregoriana

de fondo.

Le hablé a oscuras: Valentín, ¿y entonces lo de los niños...?, me atreví a preguntar. Su figura escuálida, iluminada por la pantalla, estaba encogida ahora bajo el cobertor, el aire frío que yo había dejado imprudentemente entrar había llegado hasta allí, tenía el mando del televisor en la mano. Pensé que no me contestaría, pues aguardó un poco antes de hacerlo y luego me dijo que me llevase un ejemplar de otra revista muy antigua, *La Ilustración Compostelana*, de 1847, en la que se contenía el relato titulado «El pacto de Mateo», que es sumamente ilustrativo de la antigüedad de este maléfico asunto y de su origen infernal. Ese relato también lo he adjuntado a la restante documentación. No lleva firma en la revista, sin embargo yo, que no soy crítico autorizado, opino que por su estilo debe de ser del mismo escritor local antedicho, el tal Neira de Mosquera.

A continuación, Valentín me sugirió que llamase a la comisaría y que preguntase por su sobrino Francisco y le hiciese esa misma pregunta. De ahí que yo acudiese a aquel lugar. Nada más lejos de mi ánimo que buscarle problemas a nuestra Santa Cofradía. El caso es que, como yo no entendí bien aquel mensaje, que podríamos definir con tranquilidad como críptico, y esperaba una aclaración, me repitió que hiciese lo que me había dicho, que llamase a ese policía sobrino suyo y añadió que le dijese que fuese al Pico Sacro —como saben, el monte próximo a la ciudad, al que más tarde me volveré a referir.

Le pregunté si no tenía un teléfono, pues hoy es raro no tenerlo, y así podría llamar desde allí y se lo podría decir él mismo directamente y de un modo personal a su sobrino policía. Me contestó que para qué iba a querer él un teléfono. Y después dijo, con una voz tan débil que parecía que suplicase: Busca en el *Calixtinus* las lecciones del Papa León y el Maestro Panicha. A continuación me pidió que lo dejase solo, y noté que ya no tenía aliento para contestar a ninguna otra pregunta. Fue como si se apagase en unos instantes en mi presencia. Y así me marché de aquella habitación que se había enfriado por la corriente de aire que había entrado detrás de mí, guardando con codicia aquella revista y anotando mentalmente aquella alusión al *Códice calixtino* con la idea de estudiarlo con detenimiento al día siguiente en la biblioteca de nuestra catedral. Y salí a la noche.

En aquel momento había escampado y la noche parecía absolutamente inofensiva, si es que hay noche inofensiva, pues parecen ser éstas las horas que concitan toda tentación y maldad. Ni siquiera dormir nos aparta enteramente del mal que llega con la caída de la tarde, pues también se introduce en nuestros sueños.

Debo reconocer que nunca he conseguido comprender enteramente la presencia del Mal en el mundo, ni para qué sirve dentro de la obra divina. No me parece explicación suficiente que sirva para probar la Fe de los humanos, pues parece que el Mal es una energía que se basta a sí misma para existir, y tiene una fuerza y una

extensión vastísima pues llega a todos lados y por todas partes penetra. Y tiene tal empuje que parece talmente una marea del cercano océano, si se me permite la figura, que no es caprichosa.

Quien haya observado los movimientos del océano en nuestras costas habrá visto cómo se retiraban las aguas de la marea derrotadas y cómo unas horas después volvían a subir imperturbablemente a ocupar el territorio que habían abandonado antes. Por no hablar de la bravura de los temporales, que rompen diques y hacen naufragar grandes barcos cada año ahí mismo, ante la Costa da Morte. Recordemos el *Titanic*. Francamente, bien sé que estos asuntos no sirven de fortalecimiento de la Fe de mis hermanos ni de la mía propia. En realidad, esta obsesión mía de cavilar tanto pone a prueba las creencias, pero me gusta compartir con mis hermanos tanto mi devoción y mi Fe como mis dudas. Y todos tenemos horas bajas.

Ahora que me marchó quién pudiese sentir, sentir nostalgia de lo perdido, de la vida que rechazé y que contemplé desde fuera. Tener lástima de las vidas que malgasté. Quién pudiera compadecerse de las vidas que sacrificué. Ese Xacobe, tantos xacobes antes que él, un fracaso tras otro. Al matarse, él optó por la vida, se negó a seguir mi camino de muerte.

Qué importa la ciudad con su templo. Qué importa la cueva codiciada, el sepulcro odiado. Qué importa aquella primera muerte que sólo yo lloré, cuando era padre y lloraba por mi hijo ido y reclamado vanamente por mí a una divinidad sorda. Mi hijo, que derramó su sangre infantil para ungir y santificar así esta ara. Y fue toda la tierra en derredor de este Pórtico mojada de su sangre. ¿Era necesario para ti el sacrificio de mi pequeño, no te bastaba con la dedicación de mi vida y mi arte a tu culto? Detuviste la mano levantada de Abraham, respetaste a Isaac y fuiste tú mismo quien alcanzó con su brazo a mi primogénito. Mi hijo, flor y loor de los niños. Su muerte fue como la de un mártir. Mi cordero sacrificado. Fue para mí pesar y daño, fue para mí gran golpe y gran cuita.

Qué importa que yo permaneciese, que perviviese fuera del tiempo, quedándome en el vacío. Ya fue, todo fue y ya está dejando de ser. Al fin.

Es el momento de cesar. El momento del abandono. Quién sabe si no era preciso todo este tiempo, este arco de tiempo para vaciar mi alma. Como predicaba el maestro Eckhart, todo yo soy vacío. Quién sabe si este vacío, este desprendimiento, esta esfera interior no es al cabo el anuncio de la reconciliación con Dios. El que devoró a mi pequeño. Quién sabe si no he ido cada vez más lejos, perdido en el tiempo, para llegar de nuevo a casa. ¿Habría Dios tras el umbral que cruzo? Para haber Dios tendría que haber esperanza y he renunciado a eso hace tiempo, cientos de años, ¿tiene años el tiempo como creen los vivos?, me ha parecido que era un único instante, un instante gélido y perpetuo.

No recordaba lo que era experimentar algo, sentir algo en el tiempo, y noto que ahora me extingo. Entonces, quiere decir que estoy de regreso en el tiempo. Vuelve a existir para mí un ahora, he recobrado la dimensión temporal. Ya me había olvidado de lo que era vivir el tiempo. Heme aquí, al cabo he salido de mi lugar fuera del tiempo, para caer en este momento, el instante de perecer. Rescatado del vacío, caigo aquí para extinguirme. Ay, divina muerte. Si tuviese carne viva, mis huesos clamarían por un poco de tierra. Incluso quien está aquejado de un cáncer, que lo corroe y le mina las carnes, siente la vida. Sin embargo, en cierta manera vuelvo a estar vivo, pues muero. Y si no es muerte, al menos es un acabarse.

Me extingo aquí caído. Ay, qué extraña forma de existir, existir sin vivir. Extraña forma de muerte que desaparece conmigo. Nunca los hombres habían pisado antes el limbo, y yo he vivido en él. ¿O era purgatorio? Me hago ahora estas preguntas. Fuese limbo o purgatorio, lo ha sido todo para mí, siempre solo. Nada, nadie ha compartido este lugar conmigo, a solas conmigo mismo, todo yo transformado en poder, pura hambre de ser y de durar. Ser que ahora cesa. No he sido alma en pena ni humano inmortal, fui un ser único que se arrancó de la vida quedándose fuera. El odio de la venganza se desvaneció en el tiempo y no he conseguido mi demanda, una tumba para mi hijo y para mí en lo que me pertenecía. Y la ciudad sigue existiendo, no fue destruida ni confundida.

Estoy confundido, ahora que vuelvo al tiempo, a casa. Ahora que al fin desaparezco, ceso, tragado por esta debilidad, por esta inmovilidad, es cuando me hago estas preguntas. Creí que encarnaba una forma de vida, la más poderosa forma de vida, un dios humano. ¿Y si no ha sido otra cosa que estar en un limbo, muerto ya y aguardando sin más? La carne seca preparada para ser piedra. Ay, esa eternidad era fría. Por qué me formulo estas preguntas ahora, justo cuando llega este fin que tanto deseo. Recuerdo ahora el Evangelio de la Verdad de Valentín y veo que el Reposo es la plenitud, el retorno al lugar que me es propio. Desapareciendo, estoy volviendo a mí. Sólo ahora puedo ver que lo único digno de ser codiciado es el desvanecerse, el hacerse cenizas. ¿He estado confundido todo este tiempo, tanto tiempo, interminable tiempo? Debe ser porque me estoy deshaciendo y se me

escapa la fuerza que me sostenía en pie, la fuerza que me ha poseído tanto tiempo. Me siento débil diluyéndome y la voluntad no me responde, mi firme voluntad, todo mi poder nacido de mi cabeza dura y poderosa. Comparé tu cabeza cortada y sagrada, Santiago, con la mía. Mateo quiere decir «don divino», repetía mi padre. Y yo comparé nuestras cabezas, Hijo del Trueno. Y ahora no rijo mi voluntad.

Llega hasta mí, débil, el recuerdo de cuando era hombre, y me parece que regresan las imágenes de los padecimientos que sufrí en la vida. Casi me siento como un ser humano que se estuviese muriendo, que dejase escapar el hilo de la vida, un hilo de luz que me abandonase, que cesase de manar, un *pneuma* que se secase. Qué recuerdos tan lejanos... ¿o es la debilidad que me hace imaginar lo que ya no siento? A lo mejor es esta flaqueza que me engaña, pero vuelvo a sentir que soy un hombre, un hombre sin más, no aquel inmortal que fui y que quise ser por siempre y me aborreció, probé la hiel de estar condenado a ser, el hastío de ser por siempre. No, ahora siento que soy un hombre cualquiera reducido a su naturaleza mínima y última. Y siento que esos recuerdos, que llegan débiles de tan lejanos, por fuerza deben ser míos. Los veo desde fuera, como si fuesen imágenes que existieran por sí mismas, sin necesidad de nadie que las recuerde. Tal vez han estado siempre ahí, en un lugar remoto y oculto, existían antes de la gente que las recuerda, antes de mí. Puede que esos recuerdos sean algo vivo y dueño de sí mismo que sólo busca cobijo temporalmente dentro de alguien, poseyéndolo. A lo mejor son entes de naturaleza infernal todas esas imágenes e ideas que me han reclamado para sí, tal vez he sido poseído todo este tiempo que me parece recordar. Todo ha sido un encantamiento, una ensoñación, un falso recordar una existencia que no ha existido. Un hechizo inhumano. Me envuelven un aire y una claridad nuevos que me confunden, sospecho de esos recuerdos que me invaden ahora, como si justo cuando me extingo me obligasen a volver atrás. Sospecho que esos recuerdos no sean verdaderos, son tan terribles ahora que veo todo eso y lo contemplo todo desde fuera. Sin embargo, no quisiera olvidarlos. Hay dentro de mí dos fuerzas contrarias, la que me arrastra a morir ya, gozoso y manso, fenecer definitivamente, y la que reclama para sí esos recuerdos. Es lo único que me queda. Esa fuerza dice, con la última energía que me queda, que no soporta morir sin saber si he existido realmente, si solamente he sido una sombra del limbo. ¿Qué es lo que se acaba, una vida o una sombra? Si he existido, entonces esos recuerdos que incluso me dan asco son míos, me cuesta cargar con ellos, asumir por tanto lo que ha sido mi existencia. Qué existencia tan terrible. No ha sido vida, ni siquiera lo fue cuando era una persona como las demás, cuando vivía dentro del tiempo de los hombres, sujeto a su suerte, la suerte de la carne. He hecho cosas inhumanas antes de dejar de estar vivo, cosas que me privarían del cielo si lo hubiese. Hice cosas aberrantes mientras aún era hombre, después fui fiera, me convertí en cosa monstruosa.

No hay redención y nada me redime. Cuando supe la muerte de ese Xacobe allá en ese mar que no tiene nombre, pues solamente es océano vivo, pero salvaje, extenso como el tiempo sin límite, aquel lugar de final de camino y de salvación. Cuando se precipitó para ser tragado con los restos de mi hijo, mi hijo huérfano de sepultura, una bendición caería sobre ellos dos, abrazados en una sola víctima. Cuando conocí su muerte, igualándose así a mi hijo, juntándose con él, supe que era el fin de mi camino de sombra. Cómo he podido tardar tanto tiempo en comprender. Derrotado, suspendí el postrer sacrificio y dejé libre a un último niño, aquel chiquillo asustado, la cara llena de surcos de llorar, fue como si pudiese entrever por un momento el rostro amado de mi pequeño en el de aquel niño morenito. Mas el mío era rubio como el trigo. ¿O recordaré mal? Ay, que ya no tengo memoria, todo ha acabado.

Tantos sacrificios inútiles. Y el viejo fuego azul se extingue igualmente en el antiguo manantial oculto. La fuerza de la piedra, del viejo Wotan, la fuerza se agota allí en aquel manantial en la cueva del Pico Sacro. Ya no mana allí porque su energía venenosa recorre el mundo por una red de vidrio, hilos y pantallas como venas llevando vida que es muerte. El viejo Wotan encerrado en la piedra al fin vuelve a estar libre, corre libre y triunfante, Azaz'el reina. Mas no gracias a mi ayuda. Yo no he vencido a tu Cueva, Santiago.

Y sin embargo llevaba yo razón, sólo yo y la sangre derramada de mi pequeño teníamos razón. La teníamos en la afirmación de nosotros mismos frente a este templo de piedra mía, tanta piedra. He sido rebelde ante la Iglesia, he sido rebelde ante Dios y el Apóstol y he sido rebelde ante la vida. El que levantó primero esta Jerusalén de Occidente, se rebeló después.

No puedo decir que me arrepienta, no caben en mí sentimientos de ningún tipo, hace tanto tiempo que no siento nada. Me obstiné en la rebelión, perseguí el Gran Arte, mas... mas qué camino de desesperación. No quiero perdón ni bendición, sólo perecer en este lugar, que es mío. Y sin embargo mi memoria se proyecta hacia atrás como tiro de ballesta. Es un último trabajo, recordar, rememorar. Los recuerdos me asedian, me desharé en ellos. Quizá sólo he estado hecho de recuerdos, quizás estemos hechos de memoria. Memoria terrible la mía, memoria de una obsesión, de una obstinación más allá del tiempo, más allá de lo humano. Y esta puerta del cielo, este Pórtico de la Gloria, sólo es burla, pues no hay nada detrás de él para mí, esta puerta que tengo delante y que no

traspasaré. El fin en este portal.

Pero si este lapso, este ínterin prolongado, esta duración mía ha sido Purgatorio, ahora caeré en el Infierno. Y el Infierno es para siempre, el Infierno es Siempre. He sido rebelde y pertenezco al Infierno, seré demonio. Siempre

El vendaval había pasado y golpes de viento intermitentes penetraban de vez en cuando llevando lluvia a aquella sala encharcada. Ella sentía el frío en la espalda, debajo el cuerpo desconcertado de Xacobe, al que había conseguido devolver el calor; entre ambos, en la piel, en los vientres, sudor, humedades íntimas y compartidas. Él estaba como desfallecido. Ella, por el contrario, se sentía eufórica. Aunque desconcertada y perturbada por la ruptura de la ventana y por el agua que había entrado en el apartamento, no podía reprimir aquella sonrisa de plenitud. Lo miraba a él, aún bajo ella, a la cara, que mostraba debilidad, confusión y vergüenza.

—Me has mordido —dijo ella, y él la miró confuso, intentando comprender.

—¿Te he mordido?

—Me has dado un buen mordisco, aquí, encima del pecho. Si te dejo...

Y él contemplaba la carne blanca herida y enrojecida, adelantó un dedo y puso cara de lástima.

—No pongas esa carita de niño bueno. No sabía si lo hacías por pasión o por odio. Por un momento me pareció que me detestabas, que me querías hacer daño.

—Perdona, no...

—Ya sé, ya sé. Ya veo que no me odias. Está bien, entenderé que es un regalo que me haces, una marca que indica tu propiedad sobre mí. Un tatuaje a tu esclava.

Y de repente él pareció marearse e hizo por zafarse de ella, que apartó su cuerpo a un lado del sofá y lo dejó incorporarse descalzo y envuelto en el albornoz. Fantasmal, deambuló por la salita sobre el piso mojado, papeles y objetos tirados por el suelo.

—¿Qué te ocurre?

—No lo sé. Una cosa rara. No sé. —Fue al cuarto de baño y se encerró dentro.

Ella, sentada y, entonces sí, encogida por el frío, miraba aquella puerta cerrada y la rendija de luz por debajo, el silencio, los leves ruidos, el grifo abierto, la tapa del váter, esfuerzos por vomitar. Se acercó a la puerta y asió el picaporte sin atreverse a girarlo para abrir. Oía sus intentos de expulsar alguna cosa que tuviese atragantada en la garganta y que lo asfixiase, esfuerzos que acabaron en un quejido de angustia. Ella allí, pegada a la puerta. Después cesaron y fueron sustituidos por los ruidos de continuar, de seguir arrastrándose, de recomponer la figura, agua por la cara, suspiros. Al fin abrió la puerta y ella lo abrazó.

—¿Qué te pasaba? —Él estaba rígido, pero se dejó abrazar.

—Mira cómo está todo... Es desastroso, todo mojado y revuelto. Tendrás que llamar a un cristalero.

—Deja eso, ahora no tiene arreglo. Enseguida cubro el vano de la ventana con una sábana. Ahora dime qué te pasa, ¿eh? ¿Te encuentras mal? Dime qué tienes.

—Fue terrible, de repente sentí un mareo y como si se abriese la puerta de los sueños y escapasen todos fuera. Como si me envolviesen y me tragasen. Malos sueños.

—Ven, salgamos de aquí que aún vamos a enfermar. Ven a mi cuarto. —Y ella se lo llevó empujándolo, mientras él se dejaba.

Entraron en el dormitorio. Ella abrió la cama, lo metió dentro envuelto en el albornoz y se acostó a su lado abrazándolo. En un rincón de la habitación, el ojo rojo del radiador eléctrico encendido. Debajo de la cama maulló el gato bajito. De algún modo, *Trasno* había sabido desde el principio que algo malo sucedía.

—¿Qué has soñado? Cuéntame.

—Nada concreto. No era un sueño, fue como si el aire de los sueños saliese fuera y me envolviese. Como verme envuelto en una cueva, fría, con olor a humedad, a mineral. Una sensación parecida a la que tuve en el Pórtico. Cuando estuve allí contigo tuve la impresión de que ya había estado antes.

—Los franceses lo llaman *déjà vu*..

—Ya. Pero no era un recuerdo mío, sentí como si fuese de otra persona. Y sobre todo una gran tristeza, todo muy, muy triste. Ha sido espantoso.

—Ya ha pasado, ya ha pasado. Ha sido un mareo.

—Déjame que te toque, abrázame. Tu carne. Tocarte me ayuda. Por primera vez... es como si me sintiese real por vez primera. Pero estoy perdido, estoy perdido. Ya es tarde...

—No, hombre, no, no digas esas cosas. Ya ha pasado. —Ella quería poder decirle «ten fe», pero ¿en qué? Ni siquiera sabía qué cosa era aquella que lo perseguía, le hacía daño, le paralizaba las piernas y le mordía la espalda, le debilitaba el alma—. Me tienes a mí. ¿Y no tienes a nadie más? Oye, ¿tú tienes novia? Seguro que tienes a una chica imponente esperándote.

—No, no, no tengo novia. No tengo a nadie. —Y se apretó más fuerte a ella, rodeado por sus brazos.

—Me tienes a mí. —Le besó la frente húmeda—. Descansa, anda. ¿Es cierto que no tienes a nadie?

—Sí, es cierto. Únicamente a una mujer mayor. No vive conmigo. Me cuidó de niño, es como si fuese mi familia. Pero no quiero hablar de mí. Y gracias por acogerme en tu casa.

—¿Y tú dónde vives? —Aquella cara que la miraba agradecida bajó la vista y se

escondió en su pecho.

—Muy cerca de aquí. Cuéntame algo de ti, anda.

—De acuerdo, don secretos. ¿Quieres saber cómo entré yo en Santiago por primera vez?

—Sí. —Y él le cogió la cabeza y le dio un beso en los labios—. Cuéntamelo, quiero saber algo de ti.

—Entré en un carruaje, como las reinas. Como debió de entrar doña Urraca en tiempos de Gelmírez. —Él atendía a sus palabras con la expresión inocente de un niño, pidiéndole con la mirada curiosa que siguiese contando, que jugase a narrar para él—. Yo no era una reina y no tenía majestad, ni era saludada por la gente que me veía pasar. Es uno de los momentos de mi niñez que mejor recuerdo. Recuerdo nítidamente la altura a la que iba subida, sobre la carga de leña de un carro de bueyes. Ya ha llovido, cuántos años hará que no entra un carro de bueyes en la ciudad. Recuerdo el lento avanzar del carro, y el ruido del eje chirriando debajo de mí, y el borde de metal de las ruedas de madera contra las losas del suelo, y recuerdo el balanceo de los bueyes delante de nosotros. A los lados caminaban mi abuela y el vecino que nos había traído, él venía cada semana a vender leña para las cocinas de las casas. Ahí lo tienes, entré en un carro de bueyes. Una aldeanita subida a un carro boquiabierto al ver tanta piedra junta.

—Una niña muy linda —dijo él y le pasó los dedos por la boca, aquella boca que hablaba y hablaba mientras él escuchaba.

—No he debido de ser una niña muy linda. Casi no tengo fotos de niña.

—Sí que lo eras, sí que lo eras. Eres muy hermosa, no permitas que te digan otra cosa.

—¿Es que vas a buscarme un papel en una película como les prometéis siempre los productores a las jovencitas? Ja, ja. —Y ella lo abrazó y lo besó.

—Oye, ¿y tú entonces no escribes poesía?

—No, no lo hago.

—Qué raro, ¿no?

—No. A ver si me explico. En mi opinión, para poder escribir poesía tienes que tener antes un conocimiento mágico. Tienes que estar en un estado de inocencia. Por el contrario, lo que yo escribo son especulaciones de la imaginación, historias llenas de incertidumbre, de confusión. Yo escribiendo historias busco... busco llegar un día a tener esa inocencia.

—Así que entonces escribirás poesía más adelante... ¿Y no sabes ningún poema? Recítame uno, algo bonito...

—A ver, a ver. Sé uno, lo sé en alemán, te lo voy a ir traduciendo...

—¿Por qué en alemán...?

—Porque era mi lengua de niña en Suiza, y porque es de un autor alemán,

Novalis. Es mi poeta preferido, su nombre significa «el que renueva», el que le da una vuelta a la tierra para que todo renazca más fuerte. A ver... «Cuando no sean número y figura cifra de todo ser, y aquellos que cantan mientras se besan sean más numerosos que los eruditos, cuando la vida sea libre nuevamente y al mundo también libre, al mundo vuelva...».

—Tienes una voz muy bonita...

—Pues ya sabes, búscame un trabajo en alguna emisora de vuestra empresa...

Ella recordó fugaz, y esta vez sin dolor, la experiencia de no ser deseada, la inseguridad de sentir que era tolerada en la cama de alguien que codiciaba a otras mujeres, mujeres más atractivas que ella, situación que ella consentía porque pensaba que no podía elegir. Él se dejó besar como si no supiese, como si no hubiese probado antes la saliva y la lengua de un cuerpo deseado o querido. Como si acabase de nacer o estuviese más allá de sí mismo, puro, desnudo y dispuesto para aprender y entregarse.

—Seguro que pasé en mi carro por delante de tu casa, tendría yo seis o siete años. Había venido dos años antes a vivir con mi abuela. Te llevo siete, así que a lo mejor ya habías nacido.

—A lo mejor.

—Y al verme pasar, tu madre o la criada que te cuidaba seguramente te diría: «¡Mira esa aldeanita, qué palurda!».

—La persona que me cuidaba no diría eso. Nunca.

—Desde que había venido a la aldea no había vuelto a salir de allí, y aunque la ciudad estaba a ocho kilómetros, para mí era como otro planeta. Todas aquellas casas de piedra, las paredes y el suelo de piedra. Aquellas calles que parecía que se cerraban sobre mí por arriba... Esta ciudad tan rara...

—¿Recuerdas eso que cuentas, esas impresiones, o haces literatura?

—No lo sé. Un poco de todo, supongo. Los escritores trabajamos con nuestra memoria, lo mezclamos todo y luego ya no sabemos si recordamos o imaginamos. Cambiamos la vida por la imaginación. Y salimos perdiendo, claro.

—Y aquella niña del carro acabó de escritora...

—Quién pudiese... Acabó en el último escalón de la profesión, de esclava de desaprensivos sin principios como tú. Canalla, cabrón sin escrúpulos.

—Quisiera poder decir que te contrataría. Intentaré garantizar la película... Cuánto siento que nos conozcamos así, en estos días.

—Si no nos conociésemos de esta manera, no me habrías hecho caso. No pongas esa cara de pena. Eres muy tierno —dijo ella.

—Yo no era así, no soy así. Eres tú, que me tratas bien.

—Tampoco yo soy así. Quiero decir, en lo de acostarme con la gente que tiene poder para conseguir cosas...

—Gracias, gracias —y le cogió la mano y se la besó—. Es la primera vez que al correrme no me siento derrotado, deprimido... Tú eres medio bruja... Eso sí, estoy extenuado. Voy a quedarme dormido..., hace tanto que no duermo...

—Está bien, duerme. Si no me quieres contar tus secretos, duerme.

—Yo tenía novia, ¿sabes?

—Hombre, el señor secretitos va a contarme algo.

—No tiene importancia, no la quería mucho. La verdad es que andaba con otras. Supongo que yo le debía de importar, me imagino, porque acabó dejándome.

—Niño malo.

—Y lo fue a hacer justo cuando la necesitaba, hará cosa de un año, cuando empecé a encontrarme mal. Supongo que me lo tenía merecido. Ella pensaba que no funcionaba con ella porque andaba con otras. No era así, fue este mal que me persigue.

—Pues ahora has roto el hechizo, te he hecho funcionar. Ya ves que soy una experta.

—Tengo miedo por ti, tengo miedo de que lo que me vigila te alcance.

—No digas tonterías, anda. Que me pones la piel de gallina. No sigas con ese rollo que me da miedo.

—¿No querías saber?

—Quiero, sí, quiero saber. Dime de una puñetera vez quién es y qué quiere de ti. —Ella quiso tocarle el dedo herido por el anillo, aquella piel fina y blanca lastimada, y él lo encogió instintivo.

—Déjame. Deja que duerma, no puedo más. Tú vas a estar aquí...

—Estaré. Déjame ir un momento a la sala a cubrir el hueco de la ventana con algo y vuelvo. Mantenme el sitio caliente.

—No te marches. Vela mi sueño —pidió él, casi sin voz.

—Descuida, ahora vengo. Te lo prometo, velaré tu sueño. Duerme tranquilo, anda.

Él acomodó la cabeza en la almohada y encogió los brazos, refugiándose inmediatamente en el sueño. Ella, en cuanto lo vio dormido, aquel resuello frágil, se levantó despacio y buscó una sábana en el armario, revolvió la ropa con cuidado, con aprensión de tocar aquel puto teléfono que había escondido allí, con miedo a que sonase de nuevo. Fue hasta la ventana rota de la sala y extendió la tela sujetándola como pudo con las contras. El aire se había calmado y la noche ahora era silenciosa y tranquila. La vela caída sobre la pizza, la alfombra mojada. Recogió algunos folios húmedos del suelo. Y finalmente abrió el cajón y extrajo aquel sobre.

«Xacobe. Estás portándote mal. Deja a esa mujer y vuelve. Aura está en el hospital. Es culpa tuya, éstas son las consecuencias. Te aguardo a las doce de la noche. No faltes».

Dejó caer aquellos papeles sobre la mesa con asco. Se frotó las manos contra el chándal y volvió al lecho.

Xacobe dormía. ¿Dónde estaba él ahora que su cuerpo pálido parecía inerte? ¿En qué cámara oscura? Ella se acurrucó junto a él y lo envolvió en un abrazo. Ojalá aquel Jacob consiguiese levantar también una escalera desde aquella cabecita hasta el cielo. Cualquier cielo en el que estuviese fuera de peligro. Lo apretó con fuerza, se agarró a aquel desconocido. ¿Quién era esa Aura? ¿Quién era aquella voz atroz que decía cosas malvadas y sin embargo denotaba carecer de cualquier sentimiento concreto? Se había internado entre desconocidos y sombras.

Ella misma era una desconocida para él. Ni siquiera le había preguntado por sus padres, su familia; ni ella le había explicado por qué había nacido en Suiza, que su madre era de una aldea del Ayuntamiento de Santiago y su padre un hombre casi desconocido, un montañés que había bajado de la montaña grisona a trabajar a Berna, que se había casado con su madre, y que, siendo ella una niña, había vuelto a desaparecer de nuevo, según su madre, de regreso a la montaña. No le había podido explicar que vivió allí hasta los cinco años y que después su madre la había traído a la aldea con su abuela. Que su madre había rehecho su vida allá con otro emigrante portugués, con el que había tenido dos hijos. Que desde que había muerto su abuela, que había sido su verdadera madre, se sentía sola, terriblemente sola. Y huérfana.

Deseaba hablarle de todo eso, de cómo era ella, enseñarle sus discos preferidos, podrían pasar alguna tarde viendo juntos alguna de las películas que coleccionaba. Él tenía un aire de Gregory Peck en la estampa, también de Montgomery Clift en la expresión que tenía en esos días de amargura interiorizada y de confusión. Aunque quizás a él no le gustasen sus películas, sus libros, su música. Quizá no le gustase ella. Y tal vez cuando pasase aquello volvería a ser un estúpido arrogante como ella lo había visto siempre. Le apartó un mechón negro y húmedo de la frente blanca y translúcida. Qué huesos tan finos, la piel se movía con facilidad sobre el blanco hueso frontal, la calavera estaba justo ahí. Qué fragilidad. Ellos dos en aquella cama eran también dos extraños el uno para el otro, dos extraños sacudidos por una fuerza, llevados por un torrente de agua revuelta, abrazados para abrigarse de un destino terrible que ella desconocía y que ni siquiera él parecía comprender.

En las ventanas repicaba de nuevo la lluvia como si quisiese entrar y mojarlos. Se pegó más a él. Los dos juntos en aquella cama, refugiados del mundo.

Este pobre artesano se sentía confundido pues el hilo que había cogido entre mis dedos parecía ser demasiado largo, hasta formar un ovillo. Aquella indagación mía se hacía cada vez más complicada y parecía que mis pasos me conducían de una persona a otra, personas relacionadas con nuestra catedral, personas que sabían o aparentaban saber algo o mucho relacionado con aquel Xacobe, para mí desconocido hasta hacía poco tiempo. Y cuantas más cosas sabía más oscura me parecía aquella figura, pues cada vez se relacionaba más y más con historias siniestras. Y, sin embargo, viéndolo a él tengo que reconocer que uno tenía la impresión de que era inocente, de que más que una amenaza, era él el que estaba en peligro. No obstante, lo veía acercarse a nosotros. Al día siguiente se celebraría la reunión de la Cofradía en la que se le concedería el privilegio de ocupar la plaza vacante de Mayordomo con el derecho y el deber de custodiar las llaves de la basílica. Unas llaves que permitían acceder a los recintos más venerados, a la cripta incluso.

Se puso a llover de nuevo y abrí el paraguas. Como nunca he querido saber de esos condenados artefactos, los teléfonos móviles, que tanto proliferan, busqué por las calles una cabina para llamar. Y, como no aparecía ninguna por allí, decidí que sería mejor ir directamente a la comisaría, pues no estaba lejos, y preguntar por el inspector Francisco, como me había dicho Valentín. Francisco ¿qué más?, pensé yo, pues recordé que sólo me había dado el nombre. Y en ese momento vi ante mí una cabina de teléfono en la plaza de Cervantes y me dirigí a ella. Afortunadamente no había más que un inspector con ese nombre, la pena fue que no estaba de guardia, pues para entonces ya eran casi las diez y media de la noche, y no volvería por allí hasta el día siguiente por la mañana.

Efectivamente, absorbido por aquellos asuntos, habían pasado las horas en un suspiro y de repente caí en la cuenta de que tenía apetito, mucho apetito, pues no había comido nada en toda la tarde y llevaba sin hacerlo desde los callos del mediodía. Me acordé de Valentín con su plátano y casi me dolieron las tripas de hambre, así que en vez de irme para casa, donde tendría que calentar un guiso que había guardado en el frigorífico, y visto que el bar de enfrente, Os Porches, estaba cerrado, me dirigí bajo la lluvia hacia la zona nueva, que por el día es un hervidero insoportable de ruido, autos y gente, pero que por la noche se apacigua un poco y,

gracias a la oscuridad, disimula su fealdad. La noche hace que veamos peor lo que nos rodea y así nuestra imaginación trabaja, unas veces para bien y otras para mal. En aquel caso, aquella inhóspita plaza de Galicia casi parecía digamos «romántica». De todos modos, hoy en día el ruido también se oye de noche y en todas partes de la ciudad. Esta ciudad ya no es lo que era y no deja descansar a los cuerpos ni les permite a las almas recogerse en la oración. Así que, como decía, aquella noche busqué una de esas cafeterías de platos combinados. Aquella investigación estaba alterando por completo la rutina de mi existencia.

El Venecia estaba cerrado, así que seguí hasta el Floyma y cené un plato combinado. Como me atendió el hijo de Florentino, el propietario, le pregunté por su padre y me contestó que había muerto. Aquella noticia me afectó mucho, a lo mejor porque inconscientemente había entrado allí buscando el calor de una cara conocida, ya que los secretos que llevaba conmigo me parecían demasiado pesados y terribles, y ansiaba el contraste de una cara simple y amigable que me prodigara nimiedades llenas de amabilidad, pues los seres humanos necesitamos consolarnos con las cosas de la vida vulgar, sobre todo cuando uno afronta lo extraordinario, como a mí me había tocado. El hombre había muerto hacía seis meses y el hijo parecía acostumbrado ya a la pérdida. Curiosamente, a mí me sorprendió y me llenó de pena aquella noticia, pues me había cogido desprevenido. Y lo que más me impresionó fue precisamente la intrascendencia de la muerte. Aquel hombre había muerto y el mundo, yo y tanta gente, ni se había enterado, la vida había seguido igual, como si no faltara nada, como si no faltase nadie. (Queridos hermanos, qué rápido desaparece nuestra memoria entre los vivos. Morir es una gran desolación. Únicamente la Fe nos puede salvar de esta despiadada fugacidad).

Confieso que mientras comía aquella ensalada que acompañaba al San Jacobo (¿por qué le llamarán así, acaso porque era lo que comían los peregrinos durante el Camino? Sería interesante estudiar este asunto jacobeo. Aún más, ¿habrá una cocina típica del Camino de Santiago? ¿Quién sabe si nuestra empanada, por ejemplo, no procede de Alemania o de Francia? Dejo quedar aquí esta idea para un estudio); comía, pues, el San Jacobo precocinado de Findus, con la ensalada y también con patatas fritas, que tan inconvenientes son para mi cuerpo y tan sabrosas y tentadoras (hay tantas tentaciones, de todo tipo. ¿Y no será moralmente lo mismo ceder a una grande que a una pequeña?), y, como decía, confieso que allí, con el plato delante, reflexioné sobre mi propia muerte.

¿Quién me habrá de llorar a mí, que ya no tengo familiares vivos? ¿Acaso mis hermanos cofrades, para quienes estas reuniones son una costumbre a la que suelen faltar con las excusas más peregrinas, que únicamente disimulan cierta desidia en el cultivo de la Fe? La Fe no es algo que crezca gratuitamente o que se herede por el simple hecho de pertenecer a una familia católica, como creen algunos, sino que

requiere que la reguemos, la cultivemos. La Fe nos exige que hagamos gimnasia constante con nuestra alma, pues es frágil y está hecha de un material delicadísimo e inconsútil y cuando la perdemos la perdemos para siempre. ¿Puede recuperarse la fe? No quiero ser propagador de desesperanza, pero me temo que la respuesta es no. La gimnasia presentadora de la Fe es la oración esforzada. Puesto que con los años se pierde la inocencia infantil y la Fe se va gastando, es precisa la gimnasia espiritual. Oremos cuando nuestra alma está confundida.

Uno ya sabe que si morimos en la Fe nos aguarda la vida eterna, pues quien cree ha de vivir, así nos lo han prometido. Sin embargo, mientras bebía aquella cerveza fría sin alcohol no veía a mi alrededor, envolviéndome acogedoramente, la presencia de lo divino. Y en cambio, en aquel bar, en el que únicamente estaba el propietario tras el mostrador, recogiendo para cerrar, y dos clientes solitarios, a quienes conocía de vista, atendiendo en la televisión a la información de fútbol, lo que sentí fue un gran vacío. Tengo entendido que no es infrecuente, que a otros cristianos devotos, incluso a santos, les sobrevienen estos sentimientos de desconcierto, de desamparo incluso. ¿Y acaso no fue tentado san Antonio? Yo experimenté en aquel bar algo parecido a una revelación, pero de signo negativo, sentí que habitaba un gran vacío y que los sufrimientos de mi cuerpo martirizado y las penas de mi alma eran inútiles, que no eran vistas por Dios y sus apóstoles. Tuve lástima de mí mismo. El hijo de Florentino pasaba distraído una bayeta húmeda por el mostrador y descubrí en él los gestos del padre y las facciones de su progenitor, que ya apuntaban, y que con los años serían más evidentes. Y no pude evitar pensar que mis rasgos desaparecerían conmigo, y que tampoco nadie llevaría flores a mi tumba. Bien sé que lo que de verdad importa es la gloria eterna, pero lo que más nos consuela al pensar en la muerte es imaginar que dejamos algo de nosotros aquí. Es importante que nuestra Cofradía mantenga, con asistencia como es debido, la misa por nuestros hermanos cofrades muertos.

Ahuyenté aquellos malos pensamientos apartando el plato con los restos de la cena y rezando unas avemarías y un credo sobre aquella misma mesa, pues a aquella hora no había ninguna iglesia que estuviese abierta, y solamente nos queda la oración como tabla a la que agarrarnos cuando nos sentimos náufragos en la vida.

Pido la indulgencia de mis hermanos cuando lean confesiones como ésta, inspirada por san Agustín, mas deben conocer el verdadero camino de pruebas espirituales que ha sido para mí todo este asunto. Y cuando oraba en aquel bar, mientras los demás atendían al fútbol, no sabía yo que aquella noche reservaba aún más pruebas para mí. Recuerdo que un reloj en la pared, que anunciaba la cerveza Estrella de Galicia, marcaba las once y media cuando decidí marcharme a casa. Miré hacia fuera y vi que el cielo volvía a estar despejado.

Ella se despertó con la campanada de la media, se había quedado dormida. Él no estaba, no estaba allí a su lado en el lecho. Pasó la mano por el hueco que Xacobe había dejado en la almohada, estaba frío. Se había marchado. Miró el reloj en la mesita de noche, pasaba de las once y media. Se vistió a toda prisa, no se oía ruido alguno en la casa, reinaba el frío húmedo que entraba por la ventana rota y que recorría la casa. Se asomó a la sala, ni rastro de él, tampoco salía luz por debajo de la puerta del cuarto de baño. Se había marchado. Ni una nota. Se había ido como un fantasma.

Aquella sala tan devastada por el invierno, todo caído y humedecido, todo tan descorazonador como una derrota inevitable y al fin realizada. De la rabia, golpeó el suelo con un pie y la cara se le contrajo en llanto, las lágrimas asomaron instantáneamente y se sintió inundada por la autocompasión, el temor por la suerte de Xacobe y la ira. Repasó toda la estancia con decisión; cubrió el ordenador, para protegerlo de la humedad, con un abrigo que ya no usaba; comprobó que la sábana que tapaba el hueco de la ventana estaba colocada del mejor modo posible y luego cogió su gabardina, un pañuelo para cubrirse la cabeza y un paraguas. Salía a buscarlo, pensó. Como si la noche fuese un patio vacío y no un bosque de sombras, como si la ciudad fuese un jardín y no un laberinto. Ella salía a buscarlo.

Se asomó a la calle inesperadamente serena, como si el mundo no estuviese partido en dos, como si la vida siguiese de un modo natural. «Noche oscura del alma», recordó. Quería borrar de la cabeza toda cuanta literatura hubiese y toda cuanta película le viniese a la memoria, *El tercer hombre*, alguien caminando por calles nocturnas y fantasmales. Aborrecía aquel rasgo suyo tan infantil, se avergonzaba de aquella confusión constante entre literatura y vida. Debía afrontar la situación con resolución, con serenidad, con realismo. Sin embargo, todo aquello, aquella desgracia de Xacobe, era tan misterioso, tan literario, que a lo mejor ése era el mejor modo de afrontarlo, no con pragmatismo sino tomándolo como una situación extraordinaria, una amenaza trágica.

Caminaba por entre soportales sin rumbo, ya estaba en la calle y no sabía por dónde buscarlo. El temporal había obligado a la gente a encerrarse en sus casas. Por los soportales de enfrente la viuda del doctor Paredes paseaba su perrito terrier,

cubierto con un impermeable. Lamentó no saber de ella otra cosa que su personalidad social, tan triste, «viuda de». Casarse, tener hijos, una vida entera, para acabar en eso, sin historia propia, únicamente «viuda de». Ella se reafirmó en que era preferible estar sola antes que eso. Sin embargo, ¿y si fuese posible el amor por otra persona? Sin renunciar a la propia personalidad, desde luego. ¿Y si fuese posible otra vida distinta de la que ella había tenido hasta aquel momento? Una vida con alguien. Dar un pedazo de la propia vida a cambio de estar acompañada. Sus pasos y el golpe metálico de la puntera de su paraguas repiqueteaban contra las losas de piedra. La noche era tan tranquila ahora, no llovía ni parecía hacer frío.

Dónde buscarlo. No sabía en dónde estaba su casa, sólo conocía su lugar de trabajo, y allí no podía estar. La cita, la cita de las doce. El lugar se lo había dicho por la tarde. En el paseo de la Herradura, en la Alameda. Aquel paseo casi circular, como una serpiente que quisiera morderse la cola. E inmediatamente sus piernas se echaron a andar hacia allí, raudas, veloces, porque sabían que él se había dirigido a aquel banco circular que rodeaba a un eucalipto gigante.

Volvía a llover y seguro que caería de nuevo uno de aquellos chaparrones. Caminó bajo los soportales mientras se cubría la cabeza con el pañuelo y se abrochaba bien la gabardina. Abrió el paraguas, la primera campanada de las doce de la noche cayó sobre ella como un mazazo, y luego otra y otras más apuntando el golpe. Ya había llegado a la entrada del parque, de donde provenía un aroma profundo y húmedo a hierbas, hojas, flores arrancadas y vida vegetal. Entró decidida en la Alameda, que se había transformado de parque urbano en floresta salvaje, intensa y oscura; una gruta viva en la que se había internado su amor.

Ella rescataría a su amado de las profundidades y lo traería de vuelta. Pasó bajo la sombra amenazadora de los dos leones de piedra que guardaban aquel paseo de la Herradura, ¿para quién lo guardarían?, ¿estaban para protegerla a ella o para atacarla y devorarla? Sus pies pisaban la tierra del parque buscando un último apoyo en la realidad, para no ser devorada por el mundo de los sueños. Ella sería Orfeo y arrancaría a su amor, mordido por la serpiente mortal, de las sombras del Hades. Del fondo del paseo, de aquel ángulo al que ella se dirigía, llegaba un aire frío que la traspasaba y todas las ramas que sacudía el viento y todos los setos que vibraban, todo le decía que no, todo le negaba la fuerza para salvar al amado. A un lado del paseo, perspectiva de la ciudad vieja, su casa, edificios amontonados alrededor de las torres de la catedral, resplandecientes por la iluminación eléctrica. Pero las sombras que bajaban por la otra parte, de la robleda de Santa Susana, lo cubrían todo, la cubrían a ella. Y la lluvia cada vez era más fuerte y atravesaba la bóveda de ramas y brotes jóvenes, ella sentía que aquel aguacero le estaba destinado, que se dirigía a ella diciéndole «no puedes hacer nada, él tiene un destino y tú no puedes entrar en su vida. Vuelve a la superficie. No puedes arrancarlo de su infierno».

Su testarudez, su obstinación, reapareció y la obligó a seguir. Una ráfaga de viento le dio vuelta al paraguas y la lluvia la golpeó hasta cegarla. Ella abrió los ojos y distinguió a lo lejos dos figuras en el banco circular al pie del eucalipto, una era Xacobe, gesticulaba y parecía exaltado, y la otra era la de un hombre inmóvil ante Xacobe, quien daba vueltas a su alrededor. Aquella sombra, aquella presencia impasible. El diluviar que estremecía la tierra y golpeaba todas sus cosas, a ella y a Xacobe, los únicos seres humanos en aquel parque. Aquello allí, impasible como una estatua. ¿Qué le estaba diciendo Xacobe? Seguía avanzando pero no podía escucharlo. Él le imprecaba, le reclamaba, le suplicaba a aquella presencia, como si estuviese rezando enojado, tratando con la imagen de un santo, de un dios menor, una divinidad local plantada en aquel mirador frente a la ciudad.

Y entonces aquella figura giró la cabeza y la miró a través de la distancia, de la lluvia, de la negrura de la noche en aquel paseo. Aquella mirada la escudriñó, recorrió y reconoció por dentro, y ella sintió que la alcanzaba y era como si una mano fría y muerta le penetrase por los ojos y bajase por dentro de ella atrapándole el alma y se la estrujase, ella allí desplomándose y cayendo desfallecida en el suelo encharcado del parque, sobre la tierra y el agua que no la acogían ni la consolaban de la tristeza infinita, del vacío que había entrado en su interior y que le instalaba dentro una derrota absoluta y una sed de muerte a la que cedía mientras contemplaba con horror cómo aquella silueta se aproximaba por el paseo, cojeando, implacable como un destino, como la lluvia que ahora mojaba su cara caída en tierra, como si se cerrase el mundo. Detrás de aquella presencia que avanzaba a grandes zancadas caminaba Xacobe suplicante, pidiéndole algo, queriendo detenerla, ofreciéndole algo a cambio.

Ya caminaba yo hacia mi casa, arrastraba mi cuerpo cansado con preocupación por el exceso que había cometido cenando de aquella manera, ya que no sólo había comido aquel San Jacobo, que venía empapado de aceite muy mareado, y había comido todas las patatas fritas, sino que además había pedido después un flan de la casa Dhul, pues mis idas y venidas habían abierto mi apetito y roto mi rutina de un modo que abrió el paso a la gula. Sólo la disciplina y la gimnasia espiritual mantienen las puertas de las pasiones cerradas. Cada puerta bien cerrada con buenos cerrojos dentro de nuestra alma guarda dentro un dragón que quiere salir. Ni siquiera la Fe nos preserva de sus arrebatos, sólo la disciplina y la alerta constante nos defienden. Bendito san Miguel, bendito ángel de la guarda al que invocamos tan poco, pues no somos conscientes de hasta qué punto vivimos amenazados por los vicios. El caso es que, en efecto, al día siguiente mi delicado estómago pagó un precio elevado, pues se vio afectado de una fuerte irritación que me vi obligado a combatir con bicarbonato, el cual no fue de gran ayuda. No descarto que la irritación estomacal no fuese consecuencia únicamente de las grasas poliinsaturadas, sino también de la terrible experiencia que viví a continuación.

Pues, como estaba diciendo, ya caminaba yo hacia mi casa, que, pese a no estar a mucha distancia, me parecía tremendamente lejana para mis cansadas piernas, ya que al imaginar el lecho acogedor y blando que me aguardaba sentía aún más la fatiga del día, que desde luego no había sido breve, pues no había parado un minuto, como se dice vulgarmente. Así que, como he dicho antes, caminaba yo hacia mi casa en Tras Salomé y atravesaba la plaza del Toural, cuando vi pasar una figura familiar, la de la mujer que acompañaba a nuestro personaje. Y, sin querer presumir de atleta, puedo decir que entró en funcionamiento lo que podríamos llamar el piloto automático de investigador. Mi cuerpo instantáneamente se puso alerta, primero recapacité diciéndome que, aunque me hubiese visto por la tarde, en aquel momento le habría pasado inadvertido entre los arcos de los soportales, y después me dispuse a ir tras ella, o sea, se puede decir que la dejé ir delante y con disimulo procedí a seguirle los pasos, evitando apoyar la puntera del paraguas en el suelo para no delatarme. Cuando se sigue a alguien todas las precauciones son pocas. Las calles estaban tremendamente solitarias aquella noche de temporal, sólo me crucé con una señora

que paseaba a su perro, la viuda del difunto doctor Paredes, que no creo que esté en el cielo precisamente, pues según cuentan fue, además de una persona de ideas republicanas en su juventud —que supo esconder a tiempo para no recibir su castigo—, un practicante de abortos posteriormente, y aun se permitió, ya jubilado, presentarse en una candidatura municipal de los socialistas, o del BNG, no recuerdo con exactitud. Así pues, aquella mujer no estaría exenta de pecado tampoco tras convivir tantos años con aquel hombre con el que había tenido tres hijos, ninguno de ellos residente en nuestra ciudad. Aunque quién sabe, algunas esposas son mártires.

La mujer que yo perseguía se dirigía a la Alameda, y yo tras ella. Inmediatamente empezó a lloviznar y ella se cubrió la cabeza con un pañuelo, luego abrió el paraguas. No niego que aquélla era una situación que se podría llamar «excitante», pues seguir a una mujer, acechando adonde se dirige en plena noche, es sin duda algo que aviva la fantasía de cualquier hombre, creo yo, y además estaba el agravante de ser descubierto por alguien que, desconociendo mi propósito, sospecharía de mis intenciones. Desde luego que en ocasiones los trabajos de la piedad cristiana se asemejan mucho en su apariencia externa a las perversiones humanas. Únicamente con la luz de la Fe se puede ver que lo que a veces parece aberración no es sino devoción. Repito, pues, que en mi corazón no había nada que fuese recriminable, antes al contrario, eran mis desvelos los que me hacían seguir a aquella joven que, sin ser eso que mi empleado Serafín llama «una mujer de bandera», también tenía los encantos de la carne de los que acostumbran ser portadoras las féminas para la generalidad de los hombres. Y ahora voy a ilustrar cómo de esas mis piadosas ansias se acabó beneficiando también aquella mujer.

Pues la noche era solitaria y oscura como boca de lobo, ya que el cielo era una bóveda de nubes que sepultaban la luna, que aquella noche estaba llena y no podía proyectar su luz sobre nuestro mundo de muertos y vivos. Aunque, como es sabido desde siempre por los campesinos y reafirmado por los científicos universitarios, la luna actúa sobre las mareas y sobre las cosas vivas, también sobre todos nosotros, tanto si la vemos como si no. Bajo la atracción de la luna, aunque sin ser bañada por su pálida luz, entró aquella mujer en la oscuridad del parque municipal de la Alameda —como he dicho anteriormente, ensalzada con justicia en las guías turísticas por su elegancia—, y aquello resultaba realmente inquietante pues, aunque la nuestra es una ciudad tranquila, si consideramos los tiempos que nos ha tocado vivir, tras la muerte de Franco, en los que ha desaparecido todo respeto humano o divino, nunca debería andar una mujer sola de noche, y mucho menos introducirse en un parque oscuro, pues a veces ellas mismas provocan las desgracias. Bien sé que por decir estas verdades hoy está uno expuesto a ser tachado de «machista», pero ¿debemos dejar de defender la verdad sólo porque sus enemigos nos quieran ofender? Y así, me di prisa para no perderla de vista en aquella fronda, pues me sentía impelido a protegerla ya

que ella era tan imprudente. Afortunadamente, el día y luego la noche habían sido tan malos que habían ahuyentado a sus casas incluso a las almas más sórdidas, pues recordé que la Alameda es lugar frecuentado por los hombres de signo invertido para contactar entre ellos con vistas a saciar su lujuria, cosa que es de todos conocida, sin que la policía, en éste como en otros asuntos, haga nada por evitarlo. Y quiero señalar que también hay mácula en quien permite culpablemente que el pecado se consume. Claro que, en estos tiempos en los que vemos a autoridades públicas casando a invertidos en los países europeos, qué podemos esperar del futuro. Caminamos a pasos agigantados hacia una nueva Babilonia, y el progreso es un camino de vuelta acelerado en progresión «milimétrica». Una cosa es ser caritativo con personas desviadas y débiles y otra fomentar el desviacionismo hormonal.

Por fortuna, digo, a aquella mujer no la amenazaba aparentemente nada, no siendo aquella lluvia que cada vez caía con más fuerza y que hacía inexplicable que alguien con sentido común anduviese por el medio de un parque a aquellas horas. Recordé que las mujeres son muy propensas a las fantasías románticas. Ella se echó a caminar por el paseo de la Herradura y allí, en vista de la lluvia y del viento que lo castigaban a uno por más que quisiese protegerse con el paraguas, pensé en regresar pues todo tiene un límite y mi paraguas estaba a punto de dar la vuelta. Esto fue lo que le ocurrió al de ella, el aire se lo deshizo completamente y, arrojándolo a un lado, siguió andando obstinada. Pienso que, a esas alturas, debía de tener la ropa y el cuerpo completamente empapados, pues la lluvia con el viento penetra hasta las carnes más tibias. Aquella cabezonería me volvió a sorprender, todo lo que hacían aquellas dos personas era desconcertante, me paré y contemplé cómo ella proseguía avanzando, escudriñé en la confusión de sombras y agua que caía en diagonal intentando descubrir qué podía estar buscando ella y divisé, allá a lo lejos, a dos figuras, en el mirador que tiene un banco circular abrazando un grandísimo eucalipto, uno de esos ejemplares que trajeron, como planta exótica y medicinal, los frailes que fueron a predicar a Australia. Quién les iba a decir a ellos que, andando los años, toda Galicia acabaría cubierta de estos árboles. Las dos sombras, aquellas dos figuras citadas, no hacían caso de la noche de temporal, como si fuesen seres acuáticos. Y, por el andar y los gestos, reconocí que una de aquellas dos siluetas pertenecía a nuestro amigo Xacobe.

Efectivamente, el aspirante a Mayordomo, a futuro portador de las llaves de la basílica, una persona que debería acreditar una conducta y una vida sin tacha, el candidato propuesto por nuestro hermano el señor Viqueira, que tiene grandes intereses en el sector de la construcción y en el inmobiliario, y por eso sus opiniones son tan respetadas por algunos de nuestros hermanos, los cuales desgraciadamente confunden el valor espiritual con el poder temporal, máxime cuando en muchas ocasiones ese poder económico tiene orígenes oscuros, cosa muy frecuente en nuestro

pequeño país, donde el dinero parece nacer mágicamente para algunos, una magia que es resultado de actividades económicas ilegales. Pues ese candidato tan fuertemente apadrinado estaba aquella madrugada en el citado mirador envuelto en un rito extraño y enormemente sospechoso, y acompañado de una figura no menos enigmática, ya que ésta, con un gabán amplio y un sombrero, semejaba una máscara de carnaval. Sin embargo tenía una majestad inmóvil bajo aquella lluvia, que alarmaba. ¿Qué hacían aquellos dos? Aquella otra figura era manifiestamente maligna, claramente demoníaca. En aquel momento, comprendí hasta qué punto estaba fundada la desconfianza en la que había sido educado por mi padre, el difunto relojero de la Catedral, y en la que creía ciegamente mi hermano Rafael, que en paz descansa, y que nos hace pensar que todo candidato a la Cofradía debe ser investigado, pues puede ser la puerta de entrada del Mal que anida en la ciudad. Y en ese momento me ratifiqué en que mis sospechas iniciales sobre el tal Xacobe eran acertadísimas.

Estaba yo asimilando la confirmación de mis certidumbres cuando aquel hombre —más bien debería decir «aquella cosa»— volvió la vista hacia nosotros, aunque a quien vio fue a la mujer que me precedía. Esto lo percibí yo porque, aunque aquella mancha pálida que era su rostro envió algo que yo llamaría una onda de maldad u odio en nuestra dirección, realmente sentí que eso, fuera lo que fuese, estaba dirigido a nuestra amiga, la acompañante de Xacobe, sin contar con que yo me había abrigado precavidamente detrás del tronco de uno de aquellos árboles. Y ésta acusó inmediatamente el impacto, pues vi cómo se encogía y caía lentamente en aquel lodazal que era el paseo lleno de charcos. Recuerdo perfectamente que su acompañante, el candidato, parecía pedir, implorar, humillarse ante aquella figura que entonces echó a andar hacia nosotros. Y —espero que mis hermanos me crean— comprobé que también él cojeaba de una pierna. Como si fuese una burla diabólica, pensé, como si se hubiese fijado también en mí y me imitase para ridiculizarme. Es sabido que el Maligno disfruta buscando en nosotros lo que más nos duele para ofuscarnos y por hacernos burla cuando no puede con nuestra Fe. Aquello me llenó de rabia. Además, yo, por algún motivo, sentía que era responsabilidad mía proteger a aquella mujer, ya que estaba allí sola sin nadie que la pudiese socorrer; así que salí de detrás del árbol que me defendía un poco de aquella tempestad de lluvia violenta y de la mirada de aquellas dos figuras que se aproximaban, el ser amenazador y su suplicante, y fui hasta donde estaba la mujer para ayudarla a levantarse.

Y entonces sí que sentí también yo el golpe de ira de aquella figura cojeante y amenazante, impresionante diría también si se me disculpan tantas palabras en *-ante* que tan bien le van a la situación. Entonces noté que dentro de mí afloraban sentimientos que eran reflejo de aquel espíritu negativo que avanzaba hacia nosotros, y acudieron a mí recuerdos oscuros del autor de mis días, el cual, siendo hombre de

Fe, había sido un padre estricto que no había sabido suplir el afecto que nos habría dado nuestra madre, muerta al nacer mi hermano y yo. Y me asaltaron también los recuerdos de la soledad que se había apoderado de mí después de la trágica muerte de mi hermano Rafael, porque estábamos tan unidos que casi éramos un solo ser. Desde entonces me falta una parte de mí. Y estoy solo, enfermo y solo, y a veces la oración no me conforta lo suficiente. Todo aquello que sentía era tan fuerte que parecía talmente como si me abrazase y me ahogase, y yo notaba que mi voluntad y mi cuerpo se debilitaban. Entonces me percaté de que, igual que aquella mujer, también yo me estaba desmayando, pero solicité el auxilio de mi ángel de la guarda y conseguí caer postrado de rodillas, y así humillado recé lo que supe, un fragmento del Credo, hasta que recordé un salmo: «Me cercaban olas mortales, me envolvían en las redes del abismo; en el peligro invoqué al Señor, El desde su templo escuchó mi voz». Y quiero creer que fue gracias a mi oración, pues aquel personaje verdaderamente temible se detuvo, pareció atender a las súplicas de su acompañante y frenó su avance hacia nosotros. Entonces se volvió hacia él y lo obligó a postrarse también y a besarle la mano en una ceremonia de sacrílega sumisión. Y allí estuvimos por un momento bajo el diluvio, en el paseo de la Herradura, los dos de rodillas, yo adorando a mi Dios y el candidato humillado ante su demoníaco amo. Después dieron media vuelta y se perdieron entre la noche y la lluvia. Me pareció que subían hacia la robleta del castro de Santa Susana, que mostraba su semblante más misterioso y tétrico.

Yo volví a rezar nuevamente el Credo y cuando vi que aquellas figuras fantasmales se habían confundido en el seno de las tinieblas de la noche, a la que pertenecían, reanimé a aquella desgraciada mujer caída, la ayudé a incorporarse y la saqué de allí. A la pobre le castañeteaban los dientes, no sólo a causa de la mojadura, sino también por el frío espiritual en que había quedado sumida. Caminábamos de vuelta, yo ayudándola a sostenerse y rezando, y conseguí que, por momentos, ella me acompañase en las oraciones. Esto me hizo concebir esperanzas de que esta triste criatura aún pudiese ser recuperada para la Gracia. Como pude, conseguí llevarla hasta la puerta de su casa, ya daban la una de la madrugada las campanas de la catedral y de nuevo estaba despejado. Luego me volví despacio, pues estaba muy debilitado por aquel enfrentamiento entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas. De camino a casa me tropecé con alguna máscara carnavalesca que se había animado a salir tras el chaparrón, desafiando a la noche.

Uno no consigue entender qué puede haber de gozoso en disfrazarse. Algo habrá sin duda en ese rebajarse, pues parece que a mucha gente de todas las condiciones sociales le gusta ocultarse tras el disfraz, como si quisiesen probar a ser personas distintas o encontrasen algún placer en dejar de ser ellas mismas, como si estuvieran cansados de ser quienes son y quisiesen volver a ser libres como niños, cuando aún

no eran nadie. El disfraz es una infantilización. Así pues, es algo contranatura, que no puede ser grato a los ojos de Dios. Qué bien hacían nuestros obispos, cuando vivía el anterior jefe del Estado y aún mandaban en España, en prohibir el Carnaval, pues no es más que retroceso humano, degradación y licencia para el desenfreno. En aquellas figuras grotescas yo veía reflejos débiles, caricaturas, de aquella maldad espantosa que acababa de contemplar tan de cerca.

Al llegar a casa me asomé a la ventana, desde allí se veían las torres de la catedral y, en el tejado de Santa María de Salomé, el cordero místico con la hermosa cruz celta que nace de su espalda. Y le pedí, a aquel símbolo del sacrificio de la inocencia, amparo ante el mal en el mundo. Sonó la campanada de la una y media. Afuera llovía.

Ella se reanimó con las campanadas, era por la mañana. Las once. Había dormido hasta aquella hora, se despertaba envuelta en un cansancio que no era solamente extenuación del cuerpo sino también consecuencia de un shock. Se sentía como vacía de pensamientos, de emociones, de cualquier signo de fuerza. Como si estuviese muerta. La noche anterior había visto el Mal. Recordaba perfectamente lo que había sucedido en el paseo de la Herradura. Había visto el Mal, sí, y había sido atacada por éste, que la había alcanzado y derribado. Había penetrado dentro de ella hasta sus mismas entrañas. Estaba abatida, descorazonada, sin fuerza y sin esperanza, en aquella casa con la ventana reventada e invadida por la lluvia. Se acurrucó bajo las sábanas y las mantas. Desearía volver al sueño, pero ya no podía, estaba despierta, despierta, y no podía borrar de la cabeza lo que había visto, lo que había vivido. Era como si tuviese los ojos abiertos, muy abiertos, viendo aquella cosa, aquello que casi la había aniquilado. ¿Quién la había salvado? Había sido aquel hombre. No. Había sido Xacobe. Aquel hombre con sus plegarias, auxiliándola. Sin embargo, había sido Xacobe, allí de rodillas, rogándole a aquella criatura; había sido Xacobe quien lo había detenido. Xacobe humillándose, entregándose a él para salvarla. Sí, había sido Xacobe. Pobre Xacobe. Y lloró, volvía a llorar. Por debajo del dolor, comprendió que ya no estaba en peligro, había sido salvada, y por eso lloraba, seguía teniendo sentimientos, seguía estando viva. Y debía encontrar fuerzas para socorrer a Xacobe. Era cierto que estaba en una situación desesperada, bajo el dominio de un gran poder. Se abrazó, acarició su cuerpo y apareció aquel dolor encima del pecho, la carne herida bajo el pijama, vio la marca del mordisco, semejaba un corazón dibujado en la carne. Como Nuestra Señora de los Dolores. Apartó la ropa de cama y se vistió con lo primero que encontró.

Se aseó y se miró en el espejo, la mirada tan viva como la de un superviviente de una catástrofe, porque estaba cansada y dolorida, pero tenía también un brillo como de renacida, pensó lo que iba a hacer, se forzó a racionalizar la situación. Había alguien más que sabía aquello y que la había ayudado, aquel hombrecillo cojo que la había seguido hasta allí. Era la primera persona a quien recurrir, pero ¿cómo dar con él? Nadie más la escucharía. No podía ir a la policía, qué les iba a contar. Ni siquiera un cura la creería. Los curas no creían en esas cosas. Nadie lo haría. Sólo aquel

hombre del que no sabía nada. No podía ir a la empresa de Xacobe, con toda seguridad aquella secretaria tan odiosa no le facilitaría ninguna información. También sabía que había una persona relacionada con él en el hospital, una mujer llamada Aura. La información le había llegado a través de aquel sobre, aquellos garabatos confusos en una nota, escritos por una mano amenazadora. Por aquella presencia odiosa cuya estampa había conocido la noche pasada. Había entrevisto su silueta a través de la lluvia, de la noche y de la distancia. No le había visto el rostro, había permanecido oculto. Aquel mensaje aludía a la mujer en el hospital como si hubiese sido castigada, un castigo sin piedad alguna. Le había dejado ese recado para advertirlo, para someterlo. Y ya lo había conseguido.

El piso estaba imposible. Desayunaría fuera, en una cafetería. Buscó en el listín telefónico, localizó un cristalero y lo convenció para que acudiese con urgencia aquella misma mañana. Las llaves de la casa podría recogerlas en el piso inferior.

Gloria, la vecina de abajo, era una persona buena y discreta, pero se atrevió a preguntarle qué había sido aquel ruido que habían oído la noche anterior en su casa. Ella le contó, sin darle muchas explicaciones, que se había roto la ventana porque estaba mal cerrada, le agradeció que se encargase de las llaves para el cristalero y bajó las escaleras sintiendo el abrazo de la inseguridad y la indefensión. Al llegar al portal abrió el buzón. Dentro había un sobre grande abierto sin remite, contenía cartulinas, las extrajo. Papeles brillantes, fotografías. Las fotos que les había hecho Paco el día anterior en la Alameda.

Una foto de ella sola sentada en el banco del paseo de la Herradura, sonriendo, con la sonrisa un poco ladeada, con la gabardina nueva y aquel inevitable aire campesino que a veces aspiraba a ocultar con alguna prenda ocasional de moda y otras quería reivindicar no pagándose un pase más frecuente por la peluquería, que buena falta le hacía con aquellos pelos que tenía. Ésa era ella, contradictoria. Debajo, la foto entera, ella en el banco, la estatua de Valle y un Xacobe casi velado por un rayo muy pálido, como si la luz de la luna se hubiese filtrado en pleno día por entre las ramas de los árboles y lo hubiese alcanzado de pleno. Volvió a introducirlas en el buzón y salió a la calle.

La mañana era como una tregua tras tanta lluvia y viento. El día simplemente estaba cubierto, incluso asomaba a veces un pedacito azul en el cielo. Sin embargo, el aire y la luz decían que volvería a encapotarse y ponerse negro, que aquella aparente bonanza solamente era una suspensión de aquel tiempo tormentoso. Dolores, la chica del quiosco, barría delante del portal, «vas hablando sola», le dijo, y luego pasó a comentar lo mucho que había llovido y que la humedad penetraba hasta los huesos. Ella caminó calle adelante sin rumbo, pensando en Xacobe, dónde estaría, qué habría sido de él. Querría poder rezar algo por su amigo, tener alguien a quien rezarle, saber algún conjuro, fórmula mágica, alguna oración milagrosa que fuese atendida, que lo

salvara. Recordó «Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, dales el descanso eterno». Descanso para quién, quiénes eran «ellos». ¿Los muertos? ¿Y sería la eternidad un descanso? Era el Agnus Dei de una misa de difuntos. Para los muertos, para los vivos, quién pudiera rezarlo con fe. Sentía una pena semejante a la que se había apoderado de ella tras la muerte de su abuela. Y eso la aterrorizaba porque era como si volviese a estar de luto por alguien. Su nombre, Celia, provenía de una de las siete colinas que rodeaban Roma, también aludía a alguien que venía del cielo, mas ella no tenía nada que ver con el cielo. El cielo sólo tenía nubes y vacío y allí abajo donde ella vivía estaba ocurriendo algo espantoso.

Aunque su desayuno habitual eran los cereales con leche entera, pidió un croissant con un café doble bien cargado, necesitaba reponer energías inmediatamente. Después se decidió a telefonar al despacho de Xacobe. Era lo más lógico. Como esperaba, le contestó aquella mujer de voz grimosamente impersonal.

—Xacobe no se puede poner al teléfono. Y no vuelva a llamar.

—¿Está en su despacho...?

—No, no está. Y usted debería colgar ahora mismo y no volver a llamar ni intentar acercarse a él. Está causándole problemas.

—Oiga, ¿quién es usted para organizar su vida? Límitese a hacer su trabajo de secretaria. Su deber en este momento es darle mi recado, que se ponga en contacto conmigo.

—Usted no lo entiende, no sabe... Es una intrusa. Aléjese de él, usted no puede hacer nada. Está perjudicándolo y se va a perjudicar usted misma también. Todos saldremos perdiendo. Olvídese de Xacobe.

Y colgó.

El croissant le daba vueltas en el estómago. Estaba mareada, se sentó de nuevo a su mesa. No había ninguna duda, aquella víbora estaba envuelta en la maniobra contra Xacobe, lo había notado desde el primer momento, aquella actitud hostil hacia ella. Cómo no se había dado cuenta de eso. ¿Dónde estaría Xacobe? Lo imaginó encerrado en una celda de piedras tras una recia puerta de gruesa madera herrada, como en una película de misterio; estuviera donde estuviese, en cierta manera se hallaba encerrado en un lugar así. Una mazmorra a la cual ella no tenía acceso. Visitaría a aquella mujer en el hospital, era el único camino para llegar hasta Xacobe. Al salir, tomó un taxi para dirigirse allí. Ni se le ocurrió conducir ella misma su coche, seguía muy fatigada.

Le costó convencer a la encargada de información del hospital de que le buscase a una persona de la que sólo sabía su nombre, Aura, domiciliada en Santiago, que estaba ingresada. Cuando al fin supo el número de habitación, intentó cruzar la puerta vigilada por el guardia de seguridad, que no le permitió entrar sin un pase de familiar. Al fin, consiguió informarse por otra mujer más experta, que venía a ver a un

familiar, de que podía entrar por otra puerta dando un rodeo. Complicidades femeninas. Vagó por aquellos corredores despojados, puertas, salas de baldosas con bancos de madera, ascensores de acero, un espacio confuso en el que se perdió varias veces, preguntó a otras personas que también buscaban otros números, otros enfermos. Uno podría perderse allí. Las películas, aun las más modernas, representaban siempre los hospitales como lugares en los que residía el sufrimiento corporal y espiritual, y, junto a esto, los sentimientos de los familiares de los enfermos. Pero ella no veía aquello allí, más bien veía agitación de gentes, casi todas de las aldeas o barrios, preocupadas por orientarse en aquel dédalo de corredores, signos y personal de la empresa, más bien lo que se veía era la actividad industrial de un negocio. Tomó al fin un ascensor para subir a la cuarta planta y allí la recibió primero un fuerte olor a tabaco. Un hombre en pijama fumaba bajo un cartel de «prohibido fumar» y junto a una ventana, al lado de una máquina de refrescos, sin tomarse demasiadas molestias en esconder el cigarrillo, y, después, un olor denso a orina, heces, sudores.

El aire acondicionado se encargaba de que aquel hospital nuevo y hermético oliese como el que ella recordaba cuando, siendo una niña, acompañara a su abuela a que le hiciesen la mastectomía. Quizás aquel otro hospital viejo oliese más a sufrimiento, a lágrimas. En el que ahora estaba se había perdido eso, quedaba únicamente el olor de las heces. Los sentimientos se podían eliminar, las heces no. Los olores del cuerpo era lo que no se disipaba en aquel edificio moderno y aséptico.

Anduvo por aquel pasillo, entre pacientes en bata, caminando despacio, invadida por los recuerdos de aquella chica de veinte años que había conocido la enfermedad y la muerte con su abuela enferma. Buscó el cuarto de aquella mujer sintiendo que hacía algo prohibido, había pasado sin autorización y en cualquier momento una de aquellas enfermeras o celadoras podía pedirle el pase. Esa conciencia estaba ahí, pero también la de que investigaba algo grave y prohibido. Se adentraba en un terreno secreto. Allí estaba lo que buscaba, una mujer aguardaba tras aquella puerta entornada.

Dentro se oía un televisor con el volumen demasiado alto, que retransmitía una telenovela. Había tres camas, Aura ocupaba la primera. La reconoció inmediatamente, no necesitaba haberla visto antes. La delató aquel estremecimiento mínimo, una reacción de ponerse alerta al sentirse observada. Era alguien, un cuerpo vendado e inmovilizado con prótesis y cuerdas, la cabeza y los ojos vendados, que se había dado cuenta de que la estaban observando desde la puerta. Alguien que había detectado una sombra. Alguien que está a la espera de lo que teme. Mas aquella tensión se disipó y entonces ella percibió que ahora aquella mujer inmóvil la esperaba como si la conociese. O como si supiese que era una presencia amiga.

Se sentó despacio junto a ella, cardenales en la cara y el cuero cabelludo que no

estaban vendados, como el cuerpo sufriente de una figura martirizada. La paciente de la cama vecina atendiendo a la pantalla con un mando a distancia en la mano, la de la cama pegada a la ventana, inconsciente, respirando dentro de una mascarilla de oxígeno, el burbujeo del oxígeno y el agua, la respiración entrecortada de la enferma, como el latido de un dragón agonizante. Ella dirigió de nuevo la atención a Aura, tumbada en el lecho a su lado, con una aguja en el dorso de la mano que le introducía el líquido de un frasco colgado en la cabecera de la cama. Aquel cuerpo de respiración fatigada estaba esperando a que ella le hablase.

—Tú eres Aura... —le dijo sin aguardar una confirmación. Aquella mujer mantuvo su silencio de mártir—. Me enteré de que te había ocurrido algo y estabas hospitalizada. —No podía enredarse en darle explicaciones sobre cómo lo sabía, cómo había llegado a enterarse—. Verás..., yo soy amiga de Xacobe. —Aquel cuerpo menudo se quiso mover bajo las sábanas, expresión de dolor en aquella boca castigada—. Yo quiero ayudarlo, estoy de su parte. —Aquel bulto atendía y esperaba, debía seguir hablando y convencerla—. No sé lo que le ocurre. Sé que hay algo, alguien, que quiere hacerle daño, que quiere someterlo... La noche pasada tuve que acogerlo en mi casa. —Aquel cuerpo fatigado revivía con la excitación, como si confirmase y alentase—. Está relacionado con una Cofradía. Y detrás de todo hay un hombre extraño... Yo lo he visto. —Entonces la boca se cerró con fuerza y el brazo vendado se movió por encima de la sábana hacia ella, los dedos que asomaban del vendaje la tocaron despacio y se retiraron. Y entonces habló.

—Ayúdalo tú, no tiene a nadie —dijo con la boca torcida, tenía la mitad de la cara inmovilizada—. ¿Quieres ayudarlo?

—Sí que quiero... —A ella le hubiese gustado poder decirle que lo quería, que quería a Xacobe, pero esas palabras aún no habían nacido en su interior y estaban confusas—. Ya lo estoy haciendo. He visto a ese hombre.

La mujer de la cama de al lado cambió de canal y sintonizó un programa concurso, grandes aplausos del público y carcajadas de una presentadora muy rubia con un traje de flores rojas.

—Ha venido a por él. Es demasiado tarde, no podrás ayudarlo... ¡Ayúdale! Mi pequeño... Ay, ya le ha echado las zarpas encima. —Las palabras eran confusas, pero la lágrima que afloró en aquel ojo y luego rodó por la mejilla era tan diminuta como auténtica—. Cuando él nació también hubo unas lluvias y unos vientos como éstos, reconozco bien este temporal.

—Aura, dime, ¿cómo puedo socorrerlo?

—No puedes hacerlo, nadie puede. Yo lo he intentado toda mi vida y nunca lo he conseguido. Mi pequeño... Cuando nacieron los dos niños, eran gemelos, ya había quien los estaba esperando. Ya rondaba. Yo entré a servir en su casa después de que hubieran nacido, quince días antes de morir los padres y su hermanito en el accidente.

Su tío me dijo que el niño, Xacobe, había nacido en la hora que no debía, aunque él no sabría distinguir a un niño de otro. Dicen que a veces hay una hora que es mala, y yo nunca he sabido quién nació antes y quién después de que las campanas diesen la hora, si Xacobe o su hermano. Nunca he logrado averiguarlo. Eso sólo lo puede saber él, el que lo ronda...

—¿Quién, Aura, quién?

—Él, su tutor. El accidente de los padres fue obra de él, tan cierto como que es él quien me ha hecho esto. La muerte del otro niño y de sus padres no fue casual. No lo lamenté nada por los padres, ellos fueron los culpables. Aunque todo es voluntad de él. Y nadie puede someterlo. Ay, Dios mío, el mal anda suelto y nada nos protege. «Dios te salve, María, llena eres de gracia...».

—Habla, Aura, cuéntame más cosas...

—Desde pequeñito lo llevé a misas y rosarios, le enseñé a rezarle a nuestro Apóstol... Estuvo matriculado en la Escolanía de la Catedral..., y fue porque el tutor lo quiso así. Pero cuando se enteró su tío, que era canónigo, fue al aula en la que estaba y lo quitó de allí de una oreja. Le cerró aquellas puertas. No ha sido un buen tío para él. Fue como los padres, un egoísta, solamente se ocupó de su carrera. Si eso es ser religioso... No ha tenido a nadie más que a mí. Pero el tutor no creas que era religioso, ¿eh? No lo es, lo quería introducir en la Escolanía de la Catedral para algo malo. No por hacerle bien al niño ni por la religión, sino por maldad, quería que estuviera dentro de la catedral por algún motivo. Toda mi vida he tratado de proteger al pequeño y no ha servido de nada. Siempre he estado sola. El cielo ha permanecido ciego para con él.

—Yo quiero ayudarle, dime el modo de hacerlo...

—Yo sabía que un día vendría por él. Aún tardó... Llevo treinta y tres años esperando esto. También a ti te hará daño si te cruzas en su camino.

—¿Qué es lo que quiere?

—No lo sé, cosas malas. Él es malo, muy malo... Ha sido terrible lo que me ha hecho, lo que he sentido. Lo peor no ha sido en el cuerpo... Sentí como si me enfriase por dentro, y me vaciase. Mi pequeño, reza mucho por él. Reza por él, pobrecillo. Más le valía haber muerto como su hermano...

La sobresaltó una voz de hombre detrás de ella.

—¿Es usted familiar? —Era un enfermero, un hombre mayor, delgado y con el pelo húmedo peinado hacia atrás; tenía en las manos un nuevo frasco de líquido y se disponía a conectarlo en la sonda que iba a la vena de Aura—. ¿Es familiar? —insistió.

Ella dudó, pero se sabía sorprendida y aceptó la situación. La visita había concluido.

—No, no lo soy. Solamente una amiga, una vecina. Me enteré de que le había

ocurrido algo...

—¿Tiene pase?

—Pues no, es que no he tenido tiempo... He venido en cuanto he podido, me han dejado pasar...

—Tiene que marcharse inmediatamente. Lo siento mucho, tiene que irse. Además, ahora vamos a hacerle la cura. Váyase.

Ella se levantó sintiendo que dejaba a Aura sola, como si se fuese a perder por un sumidero, tragada por el vacío. Aquel cuerpo tenso le hablaba y su boca torcida bisbiseaba palabras confusas y babeaba. Se dirigió hacia la puerta, el hombre entonces entró en el váter y se oyó cómo abría el grifo y removía cacharros de plástico. La cara de Aura y la mano vendada indicaban ahora la mesita de noche a su lado, allí había un vaso de agua, unas monedas, un aro con llaves. Que las cogiese. Ella retrocedió rápidamente, cerró la mano sobre ellas, y se fue de allí arrimando la puerta y guardándolas después en un bolsillo de la chaqueta. Echó a andar por el corredor con sus sentidos alerta.

—¡Y no vuelva a entrar sin un pase o llamo a seguridad! —oyó que aún decía el enfermero desde la puerta de la habitación.

Ya había pasado, no había sido nada. Seguramente no se daría cuenta de que faltaban las llaves. Caminó sonámbula, su paso derrotado se unía al de los enfermos y sus acompañantes, fatigados de noches en vela. Sentía miedo y lástima por aquella mujer que se quedaba en aquel cuarto. Le parecía reconocer en aquel enfermero algo de aquellas sombras pegajosas que la estaban envolviendo. Y tuvo miedo. Había una enfermera detrás de un mostrador y ella le preguntó quién era el médico que tenía a su cargo aquel cuarto. Pareció dudar en contestar.

—Los médicos de esta planta son los doctores Torres, Pereira y Domínguez. Aquel cuarto lo lleva especialmente el doctor Valente. —La enfermera cerró el expediente que estaba leyendo y se fue hacia otro lado del mostrador, dejándola sola.

Ella quería saber más, por qué estaba ingresada Aura, quién la había llevado allí, cuáles habían sido las causas de su estado. Volvió la vista. Allí estaba, en la puerta del cuarto, el enfermero con la vista clavada en ella. Siguió entonces hacia los ascensores, archivando y ordenando en su mente la conversación con Aura, separando la información de los sentimientos, de la consternación.

Aura había hablado de alguien que era tutor de Xacobe. Tenía un tutor. Sin embargo, ya era mayor de edad. A lo mejor lo había tenido hasta que cumplió los dieciocho. Entró sola en el amplio ascensor y bajó. Y aquel tutor era sin duda el enemigo, o sea, el hombre que ella había visto, aquel ser extraño. También había hablado de un hermano que estaba muerto. Y que el tutor había tenido la culpa del accidente de los padres, en el que seguramente éstos habrían muerto. Y que rezase por él, que rezase mucho; como si Xacobe ya estuviese en el Purgatorio. Empezó a

mirar con recelo lo que había a su alrededor, aquel ascensor hermético que la transportaba hacia abajo, hacia los infiernos, tragada por aquella fuerza metálica, inhumana. El elevador se detuvo en la planta baja, se abrieron las puertas y entraron dos enfermeras que conversaban animadamente y ella, que se sentía como mareada, tuvo que reaccionar para salir o volvería a viajar con ellas a otro piso.

Agradeció poder salir al fin al aire húmedo y fresco del día. Olía a vegetal, al follaje arrancado por el temporal y esparcido por la calzada y los jardines.

En la entrada del hospital, agradecía la existencia de un mundo allí fuera, un mundo común, libre; el cielo, aunque salpicado de nubes, se extendía inmenso perdiéndose tras los montes. El hospital, con todo aquel dolor tratado, empaquetado, clasificado, quedaba atrás; y a ella le correspondía estar fuera, en el mundo de los sanos, de los vivos.

No pudo evitar acordarse otra vez de su abuela, retrocedió en el tiempo, la vieja y la niña, eran dos mujeres solas. Hasta que le llegó su hora a la vieja y se fue apartando imperceptiblemente, ella ni se dio cuenta ya que estaba muy atareada haciendo el doctorado y otras ocupaciones más que no la habían conducido a nada, al final había acabado viviendo de otra cosa; ella estaba muy ocupada viviendo y, mientras tanto, la vieja se fue yendo en silencio. Había sido su abuela la que decidiera no decirle nada, la que guardara el diagnóstico en secreto, la que le ocultara el avance definitivo de la enfermedad. Y mientras tanto ella hablándole de cuidarlos catarros..., qué poco caso le había hecho en aquellos años... Y había sido la abuela quien se despidiera un día por sorpresa, había dejado toda la casa ordenada, la comida hecha, y, cuando llegó de la facultad, ya estaba la vieja vestida y preparada, junto a ella una bolsita de plástico con ropa para marcharse a la casa de la aldea. Le había dicho que tenía que ocuparse de unas fincas que aún no sabía dónde estaban después de que hubiesen hecho la concentración parcelaria. Ella le había dicho que por qué tenía que ir sola, que esperase tres días y la acompañaba el fin de semana, que ya no estaba como para andar por los campos sola, y que los caminos en invierno estaban en mal estado. Pero no hubo manera de convencerla. Se había marchado. Y ella la había dejado irse. Cuando el fin de semana fue a visitarla, se la encontró sentada en la silla vieja con la bolsa de la ropa sin abrir. Había llegado justo para morir, de vuelta a casa.

Se dirigió a la parada de taxis para volver al centro de la ciudad. Se arrepentía de haberla dejado ir; habría muerto lo mismo y prefirió hacerlo allí, en su lugar, pero debería haberla acompañado. Sin embargo, la vieja había preferido estar sola, orgullosa como era, que no la viesan morir. Nunca había conseguido acallar enteramente aquel remordimiento. Dejaba ahora a aquella otra mujer en el hospital, tal vez esperando la muerte, y volvía a sentir el peso de la culpa. Un taxi, buscó la parada.

Antes de que el taxi se pusiese en marcha, la sorprendió aquel hombre fuera que

la saludaba con las manos y le hacía gestos al taxista para que no arrancase. Era un desconocido, sin embargo reconoció inmediatamente a aquel hombre que la había ayudado la noche anterior y que después la había acompañado, cojeando, hasta su casa. Volvían a encontrarse.

Queridos hermanos cofrades, la Divina Providencia es quien teje verdaderamente los hilos sueltos de nuestras vidas, y no dudemos de que hay un orden en esos trenzados de casualidades, como le ocurrió a este investigador aficionado el día posterior a aquel nefasto encuentro con la maldad demoníaca, pues ese día la casualidad o Providencia vino en su ayuda.

Ante la gravedad de la amenaza que yo mismo había visto con mis propios ojos, aquella mañana avisé a mi empleado, Serafín, para que pasase por casa a recoger las llaves y abriese él la tienda. Cosa que nunca había hecho antes, ni estando sano ni enfermo, pues aun considerando que Serafín es un gran muchacho, entiendo que el dueño es la encarnación misma del negocio y la pereza del amo engorda al criado. Así pues, siempre he querido abrir y cerrar yo mismo mi modesta tienda-taller.

Libre ya de esta preocupación por mis negocios, bien modestos, busqué en mi humilde biblioteca el *Calixtinus*, y localicé seguidamente en él las «Lecciones según el Papa León y el Maestro Panicha» que me había indicado Valentín. Allí, en la Lección IV, encontré el relato del traslado de los restos de nuestro santo patrón por sus discípulos, del que paso a reproducir este fragmento para mis hermanos:

Con sus exequias, van a monte inculto
a destruir con el favor divino
a un dragón pestífero y dañino.
El demonio a la Cruz no le hace frente
y revienta partido por el vientre.
Y con agua bendita bendecido
el monte, Sacro fue y es llamado.

Como vemos, el capítulo relata un enfrentamiento con una deidad pagana y maligna que allí residía, una especie de gran satirio infernal. Les recuerdo a mis hermanos que el dragón, nacido del fondo del océano, criatura infernal y maligna, es un símbolo de caos y destrucción. Así, el milagro jacobeo proclama la derrota del Mal y la cristianización del lugar bajo la advocación de san Sebastián, que padeció el

tormento de sentir su cuerpo traspasado por el dolor, como a veces nos sentimos los devotos que padecemos alguna enfermedad. Santo que, por cierto, es patrón de mi viejo gremio de azabacheros. Aunque, a decir verdad, cuando mi cuerpo se queja, suelo rezarle a san Roque, santo abogado de cuerpos dañados. Convendría que la Iglesia pensase en actualizar a san Roque, que sanó leprosos, en santo protector de enfermos de sida, pues es la lepra de hoy día. San Roque tendría un gran porvenir, especialmente en África.

Pero, de un modo u otro, todo en aquel asunto parecía estar relacionado conmigo. San Sebastián es el instrumento para santificar, cristianizar, aquel lugar. Y del mismo modo, el azabachero es algo así como un cantero santificado, pues el oficio de cantero siempre ha tenido un lado oscuro, y nosotros dedicamos nuestro oficio a la devoción jacobea y cristiana. Antes, la gente creía que los dragones segregaban una piedra, la dragonita, y nosotros por el contrario solamente trabajamos el azabache. Como se ve, hay curiosos paralelismos en el asunto.

Todo aquello confirmaba que las raíces del mal al que me enfrentaba eran muy profundas y que aquellos versos aludían a una lucha fundacional de nuestro sepulcro, que como sabemos se hizo sobre sepulcros anteriores paganos y que supuso la derrota en toda la *Gallaecia* —esta amplia parte de la Hispania— de los espíritus maléficos que anteriormente reinaban en los hogares de nuestros antepasados. Oscuros antepasados.

Decidí, antes de nada, volver a visitar a Valentín. Había demostrado poseer mucha información y podría ayudarme a comprender la naturaleza de aquello a lo que nos enfrentábamos, pues aquel mismo día por la noche se celebraba la reunión de la Cofradía en la que se votaría la candidatura del tal Xacobe, que ya me había demostrado su funesta vinculación con algo maligno y repulsivo. Como no tenía teléfono, allí tuve que ir. Llamé a la puerta de su casa y no me abrió nadie por más que insistí. Al poco, un vecino me informó de que, al parecer, Valentín había estado bastante mal toda la noche y que la sobrina había llamado a una ambulancia hacía un par de horas. Estaban los dos en el hospital y por eso no me abrían.

Toda puerta parecía cerrarse ante mí, todo peso caía sobre mis débiles hombros, y no veía quien me pudiese ayudar. Temía los recelos del deán y de la curia catedralicia si les informaba de lo que sabía, pues con seguridad —al cabo todos somos humanos— habían de desconfiar de mí y de mi salud mental. He tenido conocimiento de la existencia de rumores, que a lo mejor aún circulan, acerca de que la muerte de mi hermano Rafael tuvo efectos negativos sobre mi mente. Bien sé eso de «el pobre Difunto, Ramírez, que está un poco tocado». Ya. Frente a eso solamente puedo contestar lo que dije en su momento sobre esta misma mesa de reuniones, que sólo en un mundo en el que ha desaparecido el deber de guardar luto por nuestros muertos, en el que está mal visto mostrar los sentimientos, y sólo en un mundo donde incluso no

es comprendido que se sienta dolor por la pérdida, donde ya no se entiende que uno quiera vivir verdaderamente dentro de la religión, pues sólo en un mundo y en un tiempo así se puede confundir un sentimiento de dolor con una manía. No obstante, confirmo el rumor de que soy una antigualla, un trasto de otro tiempo y que no comprendo hacia dónde va nuestra sociedad, borracha de consumismo, que no respeta cosa alguna, que no tiene creencias y que no practica la religión. Y, precisamente porque no practica la religión, no tiene valores profundos.

A veces, la sociedad critica a Roma que no revise sus sagrados preceptos para adaptarse a los tiempos actuales. Y Roma en algunas ocasiones parece que accede a rebajar su nivel de exigencias. Si el santo padre me escuchase no cedería en nada, ni un paso atrás, pues los cristianos, soldados de la Fe, no entendemos totalmente a este nuestro santo padre Juan Pablo II cuando en su encíclica *Creo en la vida eterna* se refiere al Cielo como a una mera idea o a la no existencia del Demonio como una cuestión personal. Y nos sentimos solos y desamparados los que buscamos el cobijo de la palabra de Dios. Como me pasó a mí cuando tuve que hacerle frente a la maldad encarnada y actuante en el mundo de los hombres. Si la Iglesia Católica y Romana deja de creer en la existencia del mal como algo externo a los humanos, acabará por ser algo semejante a la Seguridad Social, ocupándose meramente de la salud de las almas. No considero que esto que digo sea una exageración, pues vamos en esa dirección. Y si los curas no creen en el poder de su carácter, no serán capaces de afrontar y exorcizar el mal, se convertirán en simples psicólogos. Quien escribe esto es alguien que mira con mucha preocupación tanto al mundo como a la Iglesia. Además, si el Mal no tiene presencia física, entonces ¿a qué me enfrentaba yo?

Como digo, a veces la sociedad le critica al Vaticano que no revise sus preceptos, mas yo sostengo, en cambio, que todos los cristianos debemos actualizar nuestros métodos para llegar a los corazones cada día más duros de las almas descarriadas, que forman ya rebaños innúmeros, sin guía ni pastor, entregados a la voracidad del lobo hambriento. ¿No somos también los laicos miembros de esta Cofradía un poco responsables de que la palabra de Cristo no llegue a nuestros vecinos? ¿No deberíamos emprender una política más activa? ¿No es como si diésemos por perdida la batalla contra la laicización del mundo? ¿Por qué no utilizamos con decisión la tecnología en el servicio de la Fe? ¿Por qué, por ejemplo, no abre nuestra Cofradía una página web, cosa que hoy posee cualquier empresa?

El gestor que me lleva el papeleo de la tienda tiene una página de éstas. Yo mismo le he encargado a un amigo de mi empleado Serafín, experto en la materia, que me diseñe una promocionando los artículos de mi taller. Con fotos de las figuras. ¿Por qué no? Tener un lugar en Internet no nos costaría dinero y sería un modo eficaz de llegar a las nuevas generaciones que navegan por ahí en ese mar de ingeniería virtual y no hayan faros por los que guiarse, luces que los iluminen en esos mares

impíos, encontrando únicamente pornografía y más pornografía. Está visto que en este tiempo los humanos perderán el alma a través de la vista, los ojos serán el instrumento del pecado. ¿Y quién seguiría hoy, naturalmente de forma simbólica, el precepto bíblico que dice: «Aquel que se vea inducido a pecar por sus ojos, que se los arranque»? Buena parte de la población entraría en la ONCE. En Internet encuentran pornografía de hombres y de mujeres obscenos, con cuerpos que no son verdaderos y sin embargo hacen imaginar carnes blandas y pecaminosas. Y encuentran toda incitación al consumo.

Incluso encuentran lugares específicamente demoníacos. Como un sitio en la red que yo opino que estaba relacionado con la amenaza a la que acabamos de hacer frente y que ha sido motivo de mi caída en desgracia y de esta explicación. Sin duda que tienen relación, aunque es muy difícil denunciar esto, pues todo lo ocurrido se puede decir que no existió desde el punto de vista penal y, aunque hubiese delito, es complicado localizar la página web en la que figura una vista nocturna de la ciudad desde lejos, una vista que tengo la certeza de que fue tomada desde la cima del Pico Sacro, y también una luz azul manando de una piedra, vibrando en una cueva. Es una página demoníaca que tiene relación con el complot urdido contra nuestro templo, complot desmantelado Dios quiera que para siempre. Me parece que estoy seguro de que sí.

El caso es que yo veía por todas partes evidencias de fuerzas poderosas que parecían llegar hasta lugares insospechados, que deberían estar a salvo de las acechanzas del Mal, y gentes implicadas en aquella Gran Maquinación, y no veía quién me pudiese ayudar. Recordé entonces que Valentín me había hablado de aquel sobrino suyo, el inspector de policía, y que me había dado un mensaje para él. Decidí acercarme hasta la comisaría, y debo decir que cuando entras en una siempre tienes la extraña sensación de que tal vez no te vayan a dejar salir de ella. Naturalmente que no hay razones lógicas para explicar esta sensación, sin embargo se lo he oído decir también a personas que, como nosotros, son buenos cristianos y ciudadanos sin nada que ocultar. Tal vez es una evidencia de que en el fondo todos somos pecadores, y, al cabo, el delito es el pecado social. La sociedad actual ya no cree en el delito, mucho menos en el pecado. Si esto sigue así, también la culpa —esa conciencia que nos recuerda que hay una mirada superior por encima de nosotros que nos dicta una moral— desaparecerá. Todos pecaremos sin culpa, que es un modo de que desaparezca el pecado, al menos en nuestra conciencia. Pero las escrituras nos enseñan que la culpa y la vergüenza son los únicos frenos para que el Mal no anide en nosotros. Sin la culpa únicamente campa la soberbia, que nos impide reconocer al Todopoderoso. Moisés bajó su rostro porque tenía miedo de mirar a Dios y perecer. Y cuando Dios le permitió verlo, solamente por detrás, el rostro de Moisés quedó resplandeciente, tuvo que cubrirse con un velo. Hoy, en cambio, la gente inquiera a

Dios con insolencia, blasfema, o lo niega. Porque no hay culpa. Me dirigí, pues, a la comisaría. Tan pronto como le pregunté por el inspector a un guardia malencarado, apareció un, en principio amable, inspector. Llamándose Francisco —como el santo de Asís, que visitó nuestra ciudad dejando aquí el convento de los padres franciscanos— qué poco se parecía a él. No había inocencia ni caridad, o muy poca, en aquel hombre, como luego comprobé. Era muy joven, tendría unos treinta años y debe ser ésa una buena edad para llegar a inspector. Cuando le dije que venía de parte de Valentín me sonrió con aspecto de no tenerme en mucha consideración, supongo que pensaba que su tío estaba mal de la cabeza, «palla», como ahora acostumbra decir la gente joven, y que por lo tanto yo sería otro colega de insensateces, un carcamal loco como un cencerro, o algo así. Me esforcé en mostrarme equilibrado y riguroso en mis razonamientos, dosificando la información, pues tengo que reconocer que si le contaba todo lo que sabía, confirmaría el juicio previo que tendría de su tío y acaso de mí. Le expliqué que creía que se había producido algún tipo de crimen y que su tío pensaba que alguna huella, o incluso el cuerpo del delito, se ocultaba en el Pico Sacro. Él me explicó lo evidente, hay que reconocer que tenía lógica profesional, que su tío y yo teníamos que ser más concretos si queríamos poner una denuncia. ¿De qué crimen hablaba yo, qué cuerpo de qué delito? Argüí que aquello era serio, la gravedad del asunto seguramente había sido lo que había afectado tanto a su tío, lo que lo había llevado al hospital. Y entonces vi en su cara que no sabía nada de que Valentín estuviese ingresado en el hospital.

¿Qué le pasa entonces, está mal?, me preguntó. Le conté lo que sabía y él se disculpó ante mí para no parecer un mal sobrino, en realidad sus padres y su tío casi no se trataban, era un hombre muy raro, me explicó. Me pidió que, si era grave lo de Valentín, lo avisase y que él se comprometía a darse una vuelta por aquel Pico Sacro del demonio, así dijo, a ver si veía algo raro. Y se despidió con esto. Entonces me di cuenta de que ya no tenía nada más que hacer allí y me fui a visitar a su tío, lamentando lo poco que unen hoy los vínculos de sangre y el abandono en el que están sumidas las personas mayores y enfermas.

Con estos tristes pensamientos tomé el autobús que lleva al hospital para visitar a mi amigo. Y así fue como llegué al servicio de Urgencias. Como no era de la familia ni tenía pase para visitarlo, no me dejaban entrar. Mas Dios siempre provee a los que le sirven, y resultó que el guardia de seguridad era hijo de un conocido mío, su padre había trabajado en la fábrica de paraguas hasta que cerró, después repartía paquetes y era quien nos traía a la tienda algún material del que necesitamos en el taller. Eran dos hijos, el hermano trabajaba en El Corte Inglés, éste, en cambio, al volver de la mili había entrado en una compañía de seguridad. Lo cierto es que yo también sabía que el chico había estado metido en líos de droga, parecía que había salido de eso, que se enderezara algo. Llevaba en la cintura una porra, unas esposas y una pistola.

Tristes tiempos estos en los que ponen a un hombre armado para vigilar un hospital, no deberían desconfiar tanto de los pobres enfermos o de sus familiares, pienso yo. Sin embargo, quién sabe qué aguardar de una sociedad absolutamente secularizada en la que no hay valores... Hermanos, a veces se me ocurre que quizás haya que tratar a la gente como a ganado, ya que las personas se comportan como animales. Quizás hoy no seamos todos sino ganado, y no en el sentido del rebaño evangélico.

El caso es que aquel muchacho me dejó pasar y pude hablar con una joven enfermera, de esas que debajo de la bata blanca únicamente llevan la ropa interior, para sorpresa de cualquier persona que tenga que tratar con el estamento médico en circunstancias penosas, cosa que a mí me ocurre con frecuencia. La primera vez te sorprendes, luego uno se habitúa a ello. Nos acabamos acostumbrando a vivir en pecado. La enfermera me informó de que Valentín había fallecido hacía una media hora, aún estaba el cuerpo en una cabina en Urgencias. Como me vio tan afectado por la noticia, me permitió pasar a verlo antes de que llegasen los de la funeraria.

Allí, en un rincón en penumbra; había dos camillas. Ocupaba una un hombre con el pantalón remangado exhibiendo una pierna que sangraba, y en la camilla de al lado estaba el infortunado Valentín, ya para siempre callado y enigmático. No tenía aquella sonrisa que era tan propia de él y se hallaba por el contrario muy serio, como si al fin su resistencia irónica hubiera cedido ante la evidencia de que la vida era una cosa grave. O como si hubiese muerto en la visión de algo muy triste o desesperanzador. Nacemos de la carne de nuestras madres, que son la vida, pero es como si expulsándonos de sí nos arrojasen a la muerte. Ay, hermanos, solamente la promesa de la Salvación proporciona esperanza. Aquella carne estaba fría, cuando el cuerpo pierde su tibieza sólo quedan la condenación en la nada o la esperanza de la Salvación en Cristo.

Su vecino, aquel hombre gordo de la pierna al aire, me inquirió si yo era familiar del difunto, para que me llevase de allí el cuerpo. Me molestó aquella actitud tan poco amigable e impropia de alguien que debería mostrarse como un buen vecino de cuarto. Uno propende a pensar que el padecimiento nos debería hacer más solidarios, y aquel hombre sin duda debía estar padeciendo por la herida que tenía en la pierna. Sin embargo, hay que desechar esa idea absurda, pues he comprobado reiteradamente que esa presunción es falsa.

Tendemos a atribuir, equivocadamente, mayor altura moral a quien más sufre. Y, sin embargo, en los cuerpos enfermos hay muchas veces almas más negras que en los sanos, pues a las naturales malas inclinaciones humanas se suman en esos casos el rencor y la ira de quien padece esa carga divina y no la acepta. Pues sólo aquellos que vemos en la enfermedad la intención de Dios podemos redimir nuestra rabia y, a través de la oración, transformarla en aceptación de sus designios inescrutables. Y bien inescrutables, que al espíritu humano le cuesta aceptar que haya pecadores con

tan buena salud, una salud ofensiva e insensata, y que a los siervos más abnegados de su culto y del de su Apóstol les estén reservados padecimientos como el que me aflige a mí, por poner un ejemplo cercano. Sólo la Fe nos enseña a ver precisamente en estas pruebas que el Señor nos envía una señal de que para El somos seres especiales. Y con nosotros establece una contienda de Fe y Dolor, en la que cuanto más Dolor nos inflija la vida, más Fe debemos tener en Él. Es una prueba extrema de sumisión, de fortaleza de la Fe. Y por eso a veces hay que recordar a santo Job. Malo, cuando hay que echar mano de él.

Aquel hombre de la camilla de al lado se quejó de su suerte. Había apareado aquella mañana a su cerda con el macho y, con la excitación, uno de ellos, no recuerdo bien si el macho o la hembra, lo había enganchado a él con uno de esos dientes retorcidos que parece ser que tienen, como colmillos de fiera. Y que la herida se le estaba infectando, y que aquellas enfermeras —las llamó con un nombre ofensivo— lo tenían allí olvidado. Y que, aún por encima, le dejaban a un muerto al lado. La mujer que lo había traído había ido a hacer algún papeleo, así que se había muerto el otro y le había tocado a él hacerle compañía al fallecido.

Es curioso porque, en el fondo, aquel mal cristiano tenía miedo de aquel cuerpo sin vida, como si la muerte fuera una enfermedad en sí misma y pudiese pasar del cuerpo del difunto Valentín al suyo, aprovechando que estaba allí tumbado. Como si la muerte fuese contagiosa.

Avisé a las enfermeras como quería aquella calamidad humana, y le di la espalda para rezar por el alma de mi amigo, que se había ido con sus conocimientos y sus secretos. Me dio pena verlo allí, abandonado al único cuidado de aquel mal vecino, una vez más pensé que ése sería mi final, pues casi no tenía familiares directos ni trato con ellos, y vivía solo. ¿Quién me velaría? Mi empleado Serafín, unas horas seguramente. ¿Mis hermanos cofrades aquí presentes? Eso ya no lo espero. Pasarían algunos por el tanatorio y por el funeral, y nada más. Recapacité en lo único que me consuela —aunque es un consuelo pequeño— cuando me asaltan esos pensamientos: tengo pagadas todas las mensualidades del seguro de defunción que he firmado con la compañía El Ocaso, de forma que no haya imprevistos. Los años, mi enfermedad y, sobre todo, los últimos padecimientos me tienen hoy muy cerca del final, supongo que no pagaré muchas más cuotas a la compañía. Y de esa manera haré honor al sobrenombre de Difunto, que bien sé que me han puesto debido a mi pálido color, nacido de los sufrimientos de mi enfermedad. Naturalmente que conozco que por detrás hay gente que me lo llama, quién sabe si no lo hará también algún miembro de nuestra Cofradía. Ya no me extraña nada en el género humano, quizá los difuntos sean más misericordiosos.

Viéndolo a él allí, tendido e inerte, y viéndome a mí con mi cuerpo humillado, pues la condición humana es tan precaria, oré: «Ay, Dios, siempre dispuesto a la

misericordia y al perdón, escucha nuestro llanto por tu siervo Valentín, que acabas de llamar a tu presencia, y porque creyó y esperó en Ti, condúcelo a la patria verdadera para que goce contigo de la felicidad eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo». Y luego tres padrenuestros. Hice la señal de la cruz y, antes de marcharme, me despedí del hombre de la pierna ensangrentada, que se quedó refunfuñando por su suerte y por su ocurrencia de aparear la puerca con el puerco aquel fatídico día.

Este individuo creía que había días fatídicos y propicios, idea típicamente pagana, y, en cambio, la visión de la piedad cristiana, aquella oración individual mía ante Dios pidiendo por aquel ser desvalido para siempre, la contemplación de la oración silenciosa, no le había dicho nada a aquel espíritu tan propenso a la blasfemia. Cuando uno ve esas cosas no puede evitar pensar en que el cristianismo nunca ha arraigado entre nosotros, en estas tierras evangelizadas por los discípulos de Santiago. Veo paganismo especialmente entre las gentes comunes de barrios y aldeas, pero también entre toda la población. A veces, uno mira alrededor y no ve la religión verdadera por ninguna parte. Como si la predicación de nuestro Apóstol, tantos siglos después, no hubiese valido de nada, y Galicia, y seguramente toda España y Portugal, siguiesen siendo suelo pagano, o musulmán. Y no digamos ya si uno quiere buscar en las imágenes de televisión algo del mundo redimido por Cristo. Cuando uno piensa estas cosas le asaltan las dudas.

Me marché de allí amustiado y melancólico, pues todo parecía estar en contra de mí y no encontraba un apoyo o ayuda en mi propósito. Y fue entonces, como decía antes, que una casualidad vino en mi ayuda. Pues al salir del edificio vi a la mujer a la que había auxiliado la noche anterior. Y por eso digo que la Divina Providencia no abandona a los suyos y las casualidades son el instrumento de la Providencia. En cambio, el azar no existe, no puede existir, pues Dios lo prevé todo. Y, como dijo Einstein, y tenemos que aceptar su autoridad en la materia: «Dios no juega a los dados con el Universo». Y Dios aprieta, pero no ahoga. Eso no quiere decir que siempre que tengamos ahogos esté Dios apretando, que Dios no está tan constantemente ocupado con nosotros como creemos los humanos en nuestro orgullo. Dios está a veces tan ensimismado que incluso parece ausente, o al menos así lo sentimos a veces los humanos, que nos figuramos enfrentarnos a su ausencia cuando más lo necesitamos. Cuando es así, nuestras oraciones tropiezan como con un muro. Recordemos que Dios aprieta, pero casi nunca ahoga.

Así que allí estaba aquella mujer. Subía a un taxi y yo corrí un poco tras ella y entré en el vehículo. Le expliqué que era el que la había ayudado la otra noche en la Herradura. Los dos habíamos visto «aquello». Me reconoció enseguida, a pesar de que la noche anterior no parecía en muy buenas condiciones físicas. Yo me presenté y ella dijo llamarse Celia, ser escritora y trabajar para empresas de televisión. Hice la deducción inmediata, por lo tanto, de que seguramente había conocido a Xacobe a

través del trabajo.

Y con esta mujer pude al fin hablar sin tapujos. El taxista no podía evitar mirarnos a cada poco por el espejo retrovisor, pues nuestra conversación le debía resultar sorprendente. Cuando nos bajamos del coche y ella hubo pagado, no pudo evitar decirnos que en treinta años de profesión, durante los cuales había escuchado todo tipo de cosas, nunca había oído nada como aquello y nos miraba buscando algo raro en nosotros, como si no fuésemos personas normales.

Por debajo de nuestra conversación corría, si se me permite una expresión literaria, como un río subterráneo, me refiero al conocimiento que los dos compartíamos, lo que habíamos visto por la noche en la Alameda. Los dos habíamos contemplado algo que nadie más había visto, el rostro del Mal. Así pues, yo la informé brevemente de que mi interés en el que parecía ser su prometido, Xacobe, se debía a que tenía sospechas de él como candidato a entrar en la Cofradía del Santo Sepulcro. Ella me explicó de un modo confuso y, si se puede decir así, discreto, que no eran novios ni nada semejante, y que, sin embargo, el día anterior habían cimentado una gran amistad debido a que ella había sido testigo de cómo le ocurrían cosas extrañas y terribles. Y que se sentía muy unida a él. Entonces yo le propuse intercambiar información, a los dos nos preocupaba lo que le ocurría a aquel hombre, aunque fuese por diferentes motivos. Ella insistió en que su amigo era, antes que nada, una víctima de aquel ser maligno con el que lo habíamos visto por la noche. Yo lo admití, aunque ella tenía que reconocer que, en cualquier caso, la solicitud de entrada de Xacobe en la Cofradía no podía estar guiada por nobles propósitos, sino al contrario.

Ella abundó en que esa solicitud no había salido de él y que se había visto forzado a dar ese paso. Era una buena abogada de las intenciones de su amigo, lo que demostraba que entre ellos había un lazo sentimental, o a lo mejor incluso erótico, como después quedó demostrado. Cuando uno se ve impelido a inmiscuirse en vidas ajenas, en las vidas de la gente común, para investigarlas, enseguida descubre esos impulsos que, siendo tan bajos, parecen ser tan poderosos y ubicuos, saltan aquí y allí inesperadamente en la vida de las personas mundanas. El sexo es estadísticamente la mayor fuente de impurezas; de sobra está demostrado en las palabras de san Pablo.

Me vuelvo a preguntar aquí cómo Dios confió a esas pasiones rastreras algo tan importante como la perpetuación de la raza humana. ¿Cómo pudo permitir que las mismas manos que tocan partes lujuriosas y oscuras se unan más tarde para la oración? Y, seguramente, sin ser lavadas.

Y también es bastante curioso que los humanos, en su encanallamiento, pretendan una y otra vez abstraer esos bajos encuentros y apareamientos, concebidos por Dios únicamente para llevar a cabo la reproducción dentro del sagrado sacramento del matrimonio, en mero solaz de las carnes. Y para eso insisten en los inventos

anticonceptivos, demandando, hasta ahora vanamente, que la Iglesia Católica, única y verdadera, bendiga esas prácticas pecaminosas. La doctrina eclesial es clara y está recogida en la encíclica de Pablo VI, *Humanae vitae*, que a su vez refunde y actualiza la de Pío XI, *Casti Connubii*. Ésa es la palabra infalible del Papa y al margen de eso no hay nada.

Pienso que se deberían comentar más a menudo las encíclicas papales en las reuniones de la Cofradía, que son casi siempre un puro trámite y solamente cuentan con un nivel de asistencia adecuado cuando son vísperas de procesiones. Como si el atractivo de ser cofrade residiese sólo en pasen ceremoniosamente con la capa ante los curiosos. Yo no tengo una gran estampa y a lo mejor por eso no valoro mucho el desfilar en procesión, estimo que ser cofrade es ser soldado de Cristo y de su hermano, nuestro Apóstol Santiago. Pero ésta es una batalla que doy por perdida y no insistiré en ello para no dar argumentos a los que me critican, pues cuando las cosas andan torcidas la propia insistencia en la virtud favorece a la acusación.

Hablaba de cómo la unión carnal sólo es redimida por la generación de vida, ese embrión que los abortistas acechan para destruir, pues Dios sólo permite tanta bajeza en la carne para santificarla después con la concepción. El nacimiento de los hijos hace perdonar el pecado previo de los padres, el dolor de la madre en el parto purifica y hace perdonar el pecado de la pareja, supongo yo. Y el pecado original que arrastra el recién nacido tiene relación con este origen carnal. Así lo vio siempre san Pablo, la carne es por sí misma el signo del pecado.

Y allí estaba yo, con esta mujer que seguramente había tenido trato carnal con aquel sujeto de ocultas intenciones, un enviado de la fiera disfrazado con piel de oveja, un suplantado. Y debo reconocer que, naciese de vínculo pecaminoso o no aquel afecto, ella parecía sinceramente interesada en ayudarlo. Qué fácil es el amor humano y qué pocas personas se atreven a amar lo divino. Y desde luego que no percibí en aquella mujer nada demoníaco, más bien estaba bendecida por una como serenidad y devoción a la causa de sus ansias. Como si aquel tropiezo acentuase las virtudes que pudiese tener.

Ella atendió a los hechos que yo conocía y le iba relatando con expresión de susto y a veces también de incredulidad, como si ella no apreciara tan bien como yo aquella presencia poderosa y maligna en lo ocurrido. Se veía que luda un último intento por encontrarle una explicación que no fuese la evidencia de que el Mal existe y actúa entre nosotros. Descubrí en su actitud el recelo habitual entre la gente de ahora ante lo que les parecen cosas de la vieja religión, supersticiones, asuntos de viejas. Bien sé cómo razona esta juventud de hoy. Qué distintos éstos de los tiempos de nuestra juventud, entonces las diversiones eran pocas. Y ya no hablo de viajar. Yo casi cuento mis viajes con los dedos de una mano: a Fátima, a Lourdes, a Roma (cuánta ostentación en el trono de Pedro, permítaseme decir). Me falta Jerusalén. También el

viaje de la Cofradía al Valle de los Caídos a los dos años de morir el Generalísimo. Que sepultura imponente se mandó construir. Y allí está solo. ¿De qué vale tanta tumba desde que nuestro cuerpo se enfría? ¿Le habrá ayudado ese mismo templo monumental a ir al cielo al Generalísimo?

Sin embargo, cuando ya nos despedíamos me confesó que también estaba intrigada porque había algo que la hacía sentirse un poco culpable. Y como yo le insistí en que me dijese qué era, me refirió que ella —que como he dicho antes era escritora de guiones para televisión— había imaginado una historia para una película, y que estaba descubriendo muchos puntos en común entre lo que había escrito y lo que yo le contaba. No obstante, juraba y perjuraba que no sabía otra cosa de la historia que la copla de una canción infantil.

A mí esto me dio ánimos, pues ya no estaba yo solo en mi tribulación y, además, la existencia de aquel plan malvado que se cernía sobre nuestro templo era conocido también por alguien más, si bien a través de otro camino. Un camino bien distinto, por cierto, porque, si ella no mentía le había sido comunicado a través de la imaginación, la cual, después de todo, lo único que hace es recoger cosas que están ahí y no se ven a simple vista. La inspiración, naturalmente divina, existe. Los seres humanos no creamos nada, pues eso sólo le está permitido a Dios. Nosotros únicamente transformamos lo que hay en nuestro reino material, y así lo dice la ley de la Física: nada se crea ni se destruye, sólo se transforma. He aquí cómo la ciencia verdadera acaba por darle la razón a la Iglesia.

Como el taxi nos dejó en la puerta de su casa, en la que yo había estado un momento de noche, sólo para acompañarla —y por cierto que había visto allí un gran desorden y una ventana rota, como si hubiese tenido lugar una pelea—, pues ella me pidió que yo también subiese. Para mí siempre resultan incómodas este tipo de situaciones a las que no estoy acostumbrado, mas lo que nos unía era una tarea abrumadora y cualquier regla de mi vida diaria que rompiese bien rota estaba. Aquellos días no hice más que romper todas mis reglas.

Ella, que subía lentamente para adaptarse a mi paso, vivía en un quinto piso sin ascensor, y verdaderamente que tener una casa así sólo puede valer para una persona joven y sana. Cuando llegamos al cuarto, abrió la puerta de su vivienda una mujer que yo conocía de vista, la viuda de un procurador, y me miró con sorpresa, luego informó a mi acompañante de que ya había estado el cristalero arriba y sustituido el vidrio roto. Ella le dio las gracias e intercambiaron comentarios sobre la dureza del temporal. Después subimos nosotros dos y supongo que aquella mujer se quedaría haciendo sus cábalas. La gente es así.

Efectivamente, al entrar se percibía el olor a la masilla que habían aplicado alrededor del cristal, me pareció raro que no hubiesen puesto una de esas siliconas, ya que cada vez es más difícil encontrarse con los olores tradicionales. En todas partes

entra el plástico, excepto en mi taller. Igual ponen silicona para sellar una fuga en un tubo que en el pecho de las mujeres. A un conocido mío le colocaron un hueso de plástico en la cadera. Hoy este material está en todas partes, todos los adelantos domésticos se hacen de plástico, metal y vidrio. Y aunque yo trabajo metales, mis metales están puestos al servicio de la Fe, y el azabache es un mineral que no lo es propiamente, pues está compuesto de madera, de materia orgánica. Así pues, por una parte es mineral y por otra no lo es, según se mire.

El carbón no es un metal como la plata. Es mineral, está muerto, sin embargo viene de la madera, y la madera está un poco viva. Me gustaría haber trabajado también la madera. Siempre trabajé con cosas muertas. Y anduve poco con la gente. Que le vamos a hacer. Coincidió así la vida, fue voluntad de Dios que fuese este mi destino. Pero qué sabemos nosotros, a lo mejor podía haber hecho otra vida. Me cuesta imaginarlo porque estoy acostumbrado a vivir solo, y ya es tarde. No imagino mi casa con gente por el medio. Ni siquiera tuve nunca una doméstica. No soportaría tener gente en casa y andar tropezándonos; una mujer, menos. Quién sabe, qué sabemos de lo que quiere el Señor de nosotros. Siempre nos hayamos en la bendita ignorancia.

El caso es que el cristal ya estaba puesto en su sitio y aquello por fin tenía otro aspecto. Contemplé las amplias ventanas a cada lado de aquella buhardilla, como si la luz y el viento traspasasen el lugar de lado a lado. Aquella sala hacía pensar en un barco que navegase sobre aquella superficie de tejados, dispuestos como un mar de olas rizadas que se agolpase y lamiese las tres torres de nuestra basílica de incomparable belleza. Allí estaban las torres, magníficas, reinando sobre todas aquellas casas, presidiendo sus vidas y amparándolas. Pienso yo que ésa no es mala forma de describir la ciudad. Aún diría más, la ciudad se hallaba bajo el paraguas sonoro de las campanadas sagradas que emitía la *Berenguela*, aquel faro acústico cristiano. Precisamente, la gran perversión era hacer que sonasen cuando no debían, que sonasen como no debían, para transformar un espacio amparado en un espacio y un tiempo desamparado. Que eso fue lo que trató de evitar mi hermano Rafael, perdiendo la vida en el intento.

Y en esto que la *Berenguela* dio la campanada de la una y fue talmente como si penetrase allí dentro, como si aquella buhardilla fuese una cámara de resonancia. Pensé que aquella mujer tenía un apartamento muy apropiado para su trabajo, porque si los escritores necesitan de la inspiración y ésta viene de arriba, ella allí —como si se tratase de una especie de pararrayos que atrajese las historias de la ciudad— recibiría inspiración de todo lo que planease sobre la ciudad y de todo lo que hubiese venido por el aire a través de aquel cielo, que en aquel momento estaba dominado por un viento de abajo que se llevaba unas nubes grises y traía otras nuevas del océano. Quién sabe, a lo mejor si yo hubiese vivido allí, también habría desarrollado dotes de

escritor, que bien sé que son mediocres y humildes, no necesito que me lo recuerden mis hermanos.

Estaba a punto de comentarle a ella esto, que tenía una vivienda muy adecuada para su trabajo, y entonces vi ante mí aquel papel blanco, un sobre. Me lo estaba tendiendo aquella mujer, Celia, para que lo examinase. Al verlo delante, instintivamente lo cogí con la mano. Nunca tal hiciera, pues inmediatamente experimenté una sensación de asco y repulsión, como si aquel pedazo de papel fuese un objeto contaminante. Me esforcé en no tirarlo al instante y reparé en el reverso, que tenía un grabado de algo parecido a una serpiente que se cerraba sobre sí misma sin llegar a completar un círculo. Celia, aquella mujer, aguardaba a que yo leyese lo que había escrito en su interior, así que extraje el papel y leí. Alguien reprendía a Xacobe por su mal comportamiento y lo emplazaba para las doce. No decía dónde, pero resultaba obvio que se refería a la cita de la noche anterior en el mirador de la Alameda, frente a la catedral. Le devolví inmediatamente el sobre y ella lo arrojó encima de una mesa.

Le pregunté si ya había visto a su amigo y me informó de que en su oficina le habían dicho que no se encontraba allí y no le habían querido facilitar otra información. Que en realidad ella sospechaba que la empresa, su secretaria, todo, formaba parte de la trama que lo envolvía, cosa que a mí, a aquella altura de la situación, me pareció verosímil.

Cuando le pregunté si ya había ido a buscarlo a su casa, ella me contestó que ni siquiera sabía dónde vivía, lo que me hizo pensar una vez más en la extraña relación que mantenían aquellos dos. Sin embargo, doy por hecho que hoy en día las relaciones de la gente joven son un auténtico desbarajuste y resultaba evidente que aquella pobre mujer había metido frívolamente en su cama a alguien a quien acababa de conocer y de quien apenas sabía nada. Después vienen las enfermedades y contagios. Y sin embargo, aquella muchacha estaba absorbida, devorada, por aquel asunto y por la vida del otro. Como dice un dicho pagano, viendo Dios lo que había sobre la Tierra, exclamó: «Si éste es el mundo que he creado, que me lleve el Demonio». Pues eso. Yo la puse al corriente de lo que sabía, tenía idea de que él pertenecía a una familia que vivía cerca de la plaza de Abastos. Y a continuación confirmamos esta cuestión en la guía de teléfonos, que para eso está, y resultó que efectivamente vivía por la zona, en una casa que hacía esquina con la plaza del Castro.

Le propuse que nos dirigiésemos allí inmediatamente y entonces ella me pidió que le permitiese ir sola, ya que así, a solas con él, conseguiría que le contase todo, luego me avisaría a mí para, los dos juntos, ayudarlo y detener el perverso plan de que era víctima. Comprendí su situación y acepté dejarla ir delante, pues me pareció lo más apropiado desde el punto de vista psicológico, aunque ella debía comprender

que yo estaría muy pendiente y que me debía informar de inmediato, pues corrían las horas y aquella noche tendría lugar la reunión de la Cofradía en la que, si no deteníamos la operación, aquel personaje podría ser aceptado como un nuevo miembro. Y nada menos que como depositario de las llaves de la basílica y del Sepulcro Apostólico. Es sabido que a veces hay alguien que, desde dentro, le abre al zorro la puerta del gallinero. No me corresponde a mí señalar quién.

Le pedí permiso para llamar desde su casa a comisaría, pues había otra investigación en curso. Sin entrar en detalles, le dejé caer que también teníamos el refuerzo de mecanismos policiales, para que tuviese un poco más de confianza en mí. Pero no quise informarla en toda su extensión del oscuro asunto que estaba siendo investigado por la policía, qué cosas ominosas pudiesen haber tenido lugar en el Pico Sacro, para no agobiarla más.

Hice la llamada y efectivamente conseguí hablar con el inspector, que en aquella ocasión se mostró muy seco, lo cual me debería haber servido de aviso. No obstante, uno no tiene experiencia de trato con la policía, y los que nos consideramos ciudadanos de orden pensamos que a nosotros nunca nos va a tocar vérnoslas con ella, ya que creemos que esto sólo lo hacen las personas de dudosa moralidad o inclinaciones políticas peligrosas, y así, cuando nos vemos llamados inesperadamente a comparecer como sospechosos no sabemos cómo reaccionar. Que fue lo que me pasó a mí.

La conversación telefónica que mantuvimos fue breve. Antes de nada, le puse al corriente de la muerte de su tío, cosa que él ya sabía, pues había llamado al hospital aquella misma mañana, y hago constar que no parecía muy apenado. Le pregunté después si habían encontrado algo en el Pico Sacro, y él se mostró reservado, se podría decir que en su tono había hostilidad, únicamente dio a entender que había aparecido algo allí. Sin embargo, me pareció por su voz que ese algo era importante.

Me preguntó a su vez si tenía alguna otra información sobre el caso, puesto que su difunto tío ya nunca podría ser interrogado y no estaría, por tanto, en condiciones de ampliar ni confirmar lo que yo le había contado. Yo le insistí un poco para que me revelara lo que habían descubierto allí y entonces él dijo: «restos». Empleó esa palabra, verdaderamente reveladora, porque un montón de carne y huesos que se pudre es lo que queda de nosotros, lo que permanece. Y qué poco permanece, válgame el cielo, excepto en el caso de algunos hombres o mujeres santos a quienes, como en el reciente caso de la apertura de la tumba del bendito papa Juan XXIII, les es concedido el don de conservarse incorruptos durante más tiempo. La aspiración humana de permanecer se ve negada por la evidencia de los «restos», como me dijo aquel policía.

Entonces se me ocurrió que aquellos despojos podían estar relacionados con los sucesos ocurridos alrededor de aquel fatídico 1 de noviembre de 1968 en que murió

mi querido hermano y nació aquel niño predestinado, Xacobe. Y así se lo dije, le sugerí que buscara en sus archivos, tal vez por aquellas fechas encontrara algo que guardara alguna relación con los restos. Sabía que encontraría evidencias que reforzarían mi historia. Él permaneció en silencio, sopesando lo que yo acababa de decir, luego mencionó al forense y me pidió que, por favor —así me lo dijo—, pasara por comisaría y preguntara por él, porque mi colaboración les sería de una gran ayuda.

Reconozco que en aquel momento esta petición suya me hizo sentir mejor, pensé que al fin alguien reconocía no sólo que había algo oscuro que investigar, sino que además solicitaba mi cooperación para hacerlo. De otra forma, como he dicho, nadie entra por gusto en una dependencia policial. Estoy seguro de que hasta los propios agentes, si pudiesen, trabajarían en otro lugar que no tuviera dentro delincuentes ni celdas. Quién sabe si incluso ellos, en el fondo, también sienten temor ante la posibilidad de ser encarcelados algún día.

Y eso fue lo que convine con Celia, ella iría hasta la casa de Xacobe para hablar con él y yo, por mi parte, me dirigiría a comisaría, pues había allí un dato que me querían facilitar, así le dije. Salimos de su casa y ella tuvo un hermoso gesto, digo hermoso por la intención, pues se le ocurrió entrar en una tienda de electrodomésticos que había allí —ahora ya está cerrada, en su lugar abrieron una tienda de souvenirs—, y comprar una pareja de teléfonos portátiles, que por lo visto son como gemelos, están como conectados el uno al otro y resulta más barato hablar. Ella tampoco les tenía mucha simpatía a aquellos chismes, pero de ese modo estaríamos en contacto. Y debo decir que son viciosos esos aparatos pues desde entonces sigo usándolo.

Ése es el anzuelo de la técnica y de los inventos modernos que, desde que los probamos, ya no queremos renunciar a ellos, y así cada invento nuevo es un eslabón más de la cadena que nos ata a las cosas mundanas y nos separa del camino de Dios. Con todo, insisto en que la Cofradía debería afrontar el tema tecnológico, pues ésta es la época que nos ha tocado vivir y debemos esforzarnos en que la palabra de Dios se propague por todos los medios. Espero ser readmitido tan pronto como se conozca mi versión de los hechos, que explica cómo caí en un ardid del Mal. Si fuese preciso, podría serle útil a nuestra hermandad con energías renovadas en una nueva etapa en la que me ocuparía de incorporarla a las nuevas tecnologías, si bien, ya que soy consciente de mis limitaciones, buscaría el concurso de ayudantes más jóvenes y expertos. Conste que solo es una vana ilusión, me basta con que se me acepte para ser enterrado como cofrade.

Hoy, el nuevo lugar para la evangelización debe ser Internet pues, por lo que me han explicado, es como un universo nuevo creado por los humanos. Si no entra ahí el mensaje de Cristo, será como si en ese nuevo mundo sólo mandara el espíritu humano. ¿Es Internet parte de la Obra Divina ya que no forma parte de la Creación?

¿O es también parte de la Creación de un modo subalterno en tanto que es un mundo hecho por seres creados por Dios? Cuando pienso en esto me invade un gran desasosiego. Carezco de formación para la especulación teológica adecuada, pero tengo miedo de que ese mundo sin sustancia no se halle en el Plan Divino. Y si no está en el Plan Divino, ¿de quiénes obra, o a quién sirve o puede servir? A las fuerzas del Mal, sin duda, pues ahí pueden encontrar el lugar para comunicarse con las almas descarriadas sin que las moleste el mensaje de Cristo. Cuando las carabelas de Cristóbal Colón llegaron a América también llevaban sacerdotes al nuevo mundo, ¿va la Iglesia a renunciar a hacer llegar su palabra a esta nueva realidad que ya está entre nosotros? Urge una teología de Internet.

Ay, si un día el santo padre que vive en Roma me quisiese escuchar durante un par de horas... una siquiera, aunque fuesen veinte minutos. Así, tendría la oportunidad de plantearle este nuevo desafío que él desde allá no sé si alcanza a comprender. No debemos permitir que se pierda el contacto con la juventud, que es como el hijo pródigo del Evangelio de san Lucas, y que anda extraviada en la vida mundana, gastando la herencia de su padre. Debemos llegar a ellos para que vuelvan a la casa paterna, y la Iglesia los recibirá diciendo, como en la parábola: «Este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado». Es éste un tema peliagudo, el del mundo tecnológico, que me gustaría volver a tratar con el canónigo Pardiñas.

Probamos allí mismo, en plena calle los dos, a hablar entre nosotros por aquellos aparatos, aunque a mí, al principio, me daba algo de miedo por la electricidad. Aquí, siempre andamos con los pies mojados a causa de la lluvia y uno podría quedarse tieso al utilizarlos, no sé si serán muy adecuados al clima gallego. Y luego nos dispusimos a separarnos.

Debo decir que, si llego a saber lo que me estaba esperando en mi camino, no me hubiese alejado de ella. Mas qué vida sería la nuestra si supiésemos de forma anticipada lo que nos va a suceder, de ese modo estaríamos siempre ansiosos por evitar los peligros, por aprovechar las ocasiones, viviríamos de un modo muy calculador y la vida perdería todo su sabor. Mejor es así, vivir sometidos ciegamente al designio de la Divina Providencia que nos va sorprendiendo con sus disposiciones ciertamente incomprensibles. Es sabido que Dios escribe con renglones torcidos, y si el designio divino y el genio apostólico quiso que yo pasase por un purgatorio, como José cuando fue vendido por sus hermanos, o como Jonás cuando fue engullido por un gran pez durante tres días y tres noches, pues justo es que padeciese lo que he padecido. Al cabo se demostró que Dios provee a los suyos y nos da instrumentos para que el bien prevalezca.

Y uno de esos instrumentos que nos da es la oración, pues, como si yo intuyese que no tendría otra arma que ésa, ni más poderosa, se me ocurrió comprar un rosario

justo antes de ir a comisaría. Yo veía que estaba inmerso en un trance de peligro espiritual, y por no ir a casa a buscar mi querido rosario de plata y azabache labrado por mi difunto padre, resolví conseguir uno rápidamente. En pago por el teléfono con el que me había obsequiado, le dije a mi nueva compañera de fatigas, Celia, que yo le correspondería con otro regalo y fuimos a una tienda de Todo a Cien —que ahora ya se llaman 0,59 €— que hay donde estuvo en tiempos el bar Valencia y que está especializada en todo tipo de souvenirs apostólicos, aunque naturalmente no son de mucha calidad —probablemente estén fabricados en China—, y adquirí dos rosarios, pues en nuestra tienda no teníamos ese artículo en aquel momento.

Hice que, aunque ella tenía prisa, me acompañase un momentito hasta la catedral. Entré, y justo en ese momento pasaba el canónigo Pardiñas, que como saben estudió en Roma y posee una gran formación humanística y con el que siempre he tenido un buen trato, y le dije que deseaba hablar con él de un asunto importante. La cosa tenía cierta urgencia. Él se disculpó, pues estaba muy cansado a aquella hora. Me pidió que lo llamase después de la siesta, a partir de las cuatro y media de la tarde; me insistió en que le respetase su descanso, que si no se pasaba luego el resto de la tarde incómodo. Yo se lo agradecí y prometí llamar a esa hora. Sumergí los dos rosarios en la pila de agua bendita y salimos al exterior.

Hay ocasiones en las que me cuestiono la higiene del agua bendita de las pilas de las iglesias, que es un tema sobre el que se debe reflexionar. No me refiero únicamente a razones de higiene, que también, yo más bien he pensado si no sería posible algún tipo de contagio de las debilidades de los pecadores que anteriormente mojaron allí sus manos. Desde luego que no tiene por qué ser así, eso más bien parece cosa de magia, supersticiones en las que los cristianos con formación no creemos, pero la mente humana se interroga constantemente, y el devoto debe estar alerta ante la propagación del pecado. Hay epidemias que no atiende la Seguridad Social.

De todas formas, yo, si fuese el santo padre, mantendría un rito de tanto valor simbólico y esperanzador, si las únicas objeciones fuesen de tipo higiénico. En todo caso, se puede pensar en instalar al lado otra pila con un grifo de agua corriente, con su jabón y toallitas de papel. El fiel que quisiese mojar sus dedos en agua bendita debería lavarse antes las manos.

Y así, después de pertrecharnos los dos con un teléfono y un rosario, nos despedimos, como compañeros ante el peligro. Yo aún pasé por la tienda para saber si había habido alguna novedad, le dejé las llaves a Serafín por si me entretenía, e hice bien, y después me dirigí a hablar con el inspector. De no muy buena gana, debo reconocer.

Y allí iba ella por la calle, con un pequeño rosario guardado pudorosamente en el bolso. Vio venir a una actriz con la que llevaba tiempo interesada en hablar, que se acercaba y le sonreía. Ya la había reconocido. Pensaba que le vendría bien que aceptase el papel principal en una teleserie cuyo argumento estaba escribiendo, esa actriz encarnaría en la ficción a la hija de una bruja, una curandera, que quiere romper con el oficio tradicional de su familia, del que se avergüenza, y pretende iniciar una vida completamente distinta en la ciudad. Sin embargo resulta que, a diferencia de su madre y anteriormente de su abuela, que sólo saben recetas mágicas, ella sí que tiene verdaderos poderes sobrenaturales. Y en el origen de estas facultades extraordinarias estaría la figura del padre, un enigmático forastero que había pasado por su aldea como leñador y luego había desaparecido. La serie se titularía *Haberlas, haylas* y si a aquella actriz tan reconocida le gustase la historia y quisiese ser la protagonista, seguro que pronto aparecería una productora interesada en hacerla.

Ésa era la ocasión de hablarlo con ella. Pero sonrió, la saludó: «Qué guapa estás. Cuánto tiempo. Disculpa, pero tengo bastante prisa. ¡Vaya racha de temporales que llevamos! Habría que hacer una teleserie en la que la protagonista fuese la mujer del tiempo. (¡Buena idea, escríbemela!)», y se separaron. Siguió su camino llamándose estúpida, compadeciéndose por su mala suerte, las oportunidades se presentaban precisamente en el momento menos oportuno. No era mala tampoco la idea que se le había ocurrido en el momento, una teleserie protagonizada por una meteoróloga, tal vez era mejor incluso que la de la bruja. O se podrían juntar, que la bruja encontrase trabajo de meteoróloga y gracias a su poder acertase siempre el tiempo que iba a hacer... No era mala idea, buscó en el bolso de mano su bloc de notas, lo había olvidado en algún sitio; era igual, ya lo apuntaría en otro momento. Y se acordó de Xacobe. Quizás estuviese en su casa, caminaba decidida hacia allí. Le parecía estúpido ocuparse de ideas para comedias de televisión, en aquel momento las veía como nimiedades, banalidades. Su propio oficio le pareció infantil, inmaduro, vergonzoso; dedicar la vida a imaginar historias era como no abandonar la infancia. Constató que de un modo inexplicable se sentía lejos y fuera de su mundo, el mundo de su profesión, con sus ansias, su forma de vida.

Respiraba aliviada de que aquella mujer con la que se acababa de cruzar, o

cualquier persona conocida, no pudiesen ver lo que sostenía en la mano, dentro del bolsillo de la gabardina, un pequeño rosario que le había regalado un hombre estafalario. Si alguien lo supiese, qué pensaría de ella, que era una persona supersticiosa, o que se había vuelto loca. Y lo curioso es que aquel hombrecito extravagante y ella estaban unidos por un extraño secreto relacionado con algún tipo de magia siniestra. Ella sabía que aquel hombre que le había hablado de santos, de increíbles brujerías, se refería a algo que era real, mucho más real que el resto de su vida. Su existencia hasta ese momento le parecía un juego comparándolo con lo que había vivido en aquellas horas en las que había entrado en contacto con cosas extraordinarias y tenebrosas, cosas de una fuerza descomunal, de una intensidad increíble. Era como estar jugando una partida de ajedrez con la muerte. Recordó *El séptimo sello* de Ingmar Bergman. Aquel extraño hombre era la prueba de que no se había vuelto loca, de que, por algún fenómeno de empatía o contagio, no había entrado en el mundo tenebroso de un enfermo mental llamado Xacobe, rodeado de gente rara. Todo aquello tan confuso y terrible que había vivido había ocurrido realmente, lo había visto ella, y aquel hombre, el azabachero, el de la Cofradía, lo certificaba y era testigo de ello. Supo entonces que las cosas extraordinarias son la auténtica realidad, el verdadero rostro del mundo oculto por la laboriosa y banal cotidianidad.

Se le acercó un hombre calvo, reconoció en él a un peregrino, chubasquero azul intenso, botas para caminar. Expresó con dificultad que deseaba saber cómo llegar desde allí a un albergue de peregrinos. Siempre se había sorprendido de aquellas sonrisas, como la del hombre que le preguntaba, de aquellas caras iluminadas por algún tipo de alegría o plenitud. Ella reconoció en el acento que era alemán y le contestó en su idioma, él lo celebró con gestos de alegría que sin duda no utilizaría en su país, en su vida ordinaria; había reparado antes en aquella libertad de los peregrinos en la manera de expresarse, de algún modo se comportaban por las calles de la ciudad como niños. Venía desde un pueblo cercano a Frankfurt, lo decía con orgullo, con alegría. Ella le preguntó con curiosidad sincera que por qué había venido y entonces él se mostró confuso, tardó en contestar y acabó diciendo que por «espiritualidad». Ella concluyó que probablemente aquel hombre no tenía palabras para expresar algo íntimo, daba la impresión de que la palabra «espiritualidad» fuese una palabra insatisfactoria, en la que no cabía exactamente lo que llevaba dentro. Le indicó el camino al albergue y volvió a despedirse con aquella sonrisa. Lo envidió, se le veía deslumbrante y ella en cambio caminaba sumida en las tinieblas.

Y allí estaban aquellas llaves tintineando en su bolso. Ella reconocía que sentía miedo, le daba miedo acercarse a su casa, sería como implicarse totalmente en aquella historia, accedería a su *sancta sanctorum*, sería como verlo verdaderamente desnudo. Estar en la cama juntos había sido conocer a un hombre en su fragilidad,

entrar en aquella casa sería como participar de su historia personal... Caminaba hacia allí contando los pasos casi, cada paso era la reafirmación de una decisión trascendente. Le inspiraba respeto la idea de entrar en aquel lugar, tenía terror de que hubiese alguien, aunque él había dicho que vivía solo, pánico de que estuviese aquel hombre terrible o alguien ligado a aquel mundo de sombras que parecía rodear a Xacobe como una conspiración. Y miedo a caer en aquel pozo en el que él estaba. Al tiempo, se moría de ganas por encontrarlo en casa y por estar allí con él, compartiendo su destino. Consideró que si aquello fuese una escena en la que ella interpretase a la protagonista dirigiéndose hacia una situación misteriosa, pediría un fondo musical adecuado. Pero no era una película y todo a su alrededor era común, gente que pasaba, que entraba y salía de los comercios. No había majestuosidad ni grandeza en sus pasos, y nadie sabía en lo que estaba metida ni, por tanto, podía verla avanzar fatídicamente. En la vida, pocas veces aparecían explícitos los materiales de la epopeya y de la tragedia, y las historias casi siempre se presentaban con las modestas ropas de la tragicomedia, de lo grotesco o del sainete. Para los amantes de la literatura, la vida era insatisfactoria.

La casa de Xacobe era uno de los pocos edificios modernistas en una ciudad románica y barroca, una ciudad que resistió el paso del tiempo enquistándose obsesivamente en una época histórica desaparecida. No era demasiado grande de planta, pero la teatralidad de las mansardas la hacía más imponente y el techo del edificio de láminas de plomo le daba un aspecto algo tétrico. Delante, en la plazoleta del Castro, una estatua de Alfonso II el Casto. Un letrero en la base de la estatua informaba que bajo su reinado había sido descubierto el sepulcro apostólico. En el bajo del edificio, de dos pisos, había un local cerrado. Ella recordaba que allí había habido una tienda de ropa hasta hacía unos años, en el bajo contiguo había un bazar con el escaparate abarrotado de lozas, cuchillos, cristales y un interior en penumbra. Se asomó y le preguntó a una señora que leía el periódico apoyada en el mostrador si sabía cuál era el piso de Xacobe, el joven que vivía allí. La mujer levantó la vista y, desentendiéndose de la lectura, se dispuso a hablar con ella.

—No lo va a encontrar. Se acaba de marchar hace un momento, hará cosa de media hora que aparcó el coche ahí delante, en doble fila. Precisamente vino detrás un camión de Mariano, un pescadero de la plaza de Abastos, y no podía pasar. Y venga a pitar y a pitar. Hasta que bajó él cargado con una caja, un arca vieja, enorme, todo apurado. La metió dentro del coche y, sin decir nada a nadie, cogió y arrancó a toda velocidad. El automóvil que tenía antes lo estampó contra un muro hace cosa de uno o dos años. Este aún le va durando algo.

—Ah.

—Así que no creo que lo encuentre.

—Ya. Mire, ¿y cómo era la caja? ¿Era una maleta..., una bolsa de viaje?

—Ay, hija, no sabría decirte. Yo lo vi todo desde la puerta. Como el camión del pescado paró aquí delante y empezó a tocar, pues me asomé, en aquel momento no tenía gente. Ahora cada vez se vende menos, ya sabes. Desde que vinieron los *cortes ingleses* y todo eso la cosa cada vez está peor.

—No, claro, la competencia es tremenda, claro. ¿Y sabe si la caja era muy grande?

—Pues mira, depende. A ver, yo estaba ahí en la puerta y él salió del portal cargando con la caja, pero salió de espaldas a mí, así que no pude ver bien cómo era. Me pareció de hierro, si te digo la verdad. Era grande, como un arcón o algo así antiguo, como un féretro pequeño, Dios me perdone, de hierro o de otro metal, porque le pesaba mucho, se veía que casi no podía con ella. Y Xacobe no es ningún enclenque, ya sabes que es alto y más bien fuerte, un tipazo. Bueno, ahora se le ve desmejorado. Tú ya lo sabrás. ¿Qué, sois amigos? ¿O eres la novia? —Y la mujer la repasó con la mirada de arriba abajo y por su expresión parecía que dudase de que fuese la novia—. El antes andaba con cada mujer..., preciosidades. Ahora, hace tiempo que no se le ve traer a nadie a casa. —Volvió a repasarla con un gesto calculador.

—Eeehhhh... Soy una amiga, compañera de profesión. Trabajo para varios programas de televisión.

—Pero tú no actúas..., ni presentas ningún programa, ¿no? No me suena tu cara.

—No, no. Yo soy la que escribe lo que dicen los actores. Soy guionista.

—Ah, qué interesante. Ya. Así que trabajas con la cabeza...

—Es cierto, trabajo con la cabeza, no con el cuerpo. O sea que sacó de casa una caja pesada y de metal...

—Y vieja, muy vieja y oxidada. ¿Qué sería? Así de grande, no era capaz de abarcarla con los brazos. La cargó en el maletero y se largó. No sé qué tendrá ahí en casa, a lo mejor tiene cosas viejas; antigüedades. Desde que dejó de trabajar aquí Aura no sé quién le atenderá la casa, quién le recogerá y le lavará la ropa.

—¿Aura?

A través de los cristales cubiertos de polvo del escaparate se veía una familia de turistas, el padre señalaba un juego de jarra y tacitas de loza típica para beber el vino de Ribeiro.

—¿La conoces, entonces?

—Ehh... La conozco algo, poco.

—Esa mujer ha sido como una madre para él. Talmente como una madre... Desde que murieron los padres, aún era yo una niña, fue una desgracia muy grande, pues, desde entonces, ella fue quien lo crió.

—A quien no conozco es al tutor...

—Pues si te digo la verdad, yo tampoco. He oído que los padres dejaron escrito

en un papel que hasta la mayoría de edad fuese tutor un medio pariente que tenían, no sé de quién de los dos. Ahora que, tutor tendría, sin embargo, quien lo crió como una madre fue Auriña. ¿Y qué ha sido de ella, que hace tiempo que no la veo? Se marchó hará cosa de un año. No dijo nada. Un día dejó de venir y nada más. Debió coger el retiro.

En aquel momento entró la familia de turistas, hablaban entre ellos en francés. El padre le señaló a la mujer de la tienda el juego de loza en el escaparate.

—Espere que le muestre otro que esté más limpio, que ése no se ve bien... —Y buscó en un estante detrás de ella, momento que Celia aprovechó para despedirse y darle las gracias.

Abrió el portal cerrado. Ecos en una casa vacía, no parecía vivir nadie allí. Olor a paredes y maderas viejas, pero también olor a limpio, identificó el aroma a Ajax Pino, alguien fregaba aquel portal y las escaleras. No llegaba ruido alguno de arriba. Subió las escaleras en penumbra, en el primer piso no parecía vivir nadie. Llegó a la puerta del segundo y oprimió el viejo botón de porcelana del timbre. Ella solía admirarse cuando descubría alguno de estos objetos industriales anteriores a la era del plástico. Sin embargo, en aquel momento no pensaba en eso, no pensaba en nada, sólo sentía un zumbido en las sienes y los ojos escudriñaban la madera de la puerta, el bronce viejo de la mirilla inmóvil, como si la vista pudiese traspasar la madera, pudiese descubrir algo. Nada. No se oía nada. No había nadie. Entonces ella buscó en el manojito de llaves la que le pareció más acorde con la cerradura y la introdujo en la ranura y la puerta se abrió con ruidos metálicos y de madera vieja.

La puerta del piso se abría directamente a un cuarto en penumbra, una sala con muebles antiguos de madera de castaño junto a otros recientes de chapa lacada de negro. En un aparador funcional un televisor conectado a un lector de DVDs y a un vídeo, y a un lado una pequeña cadena de música. Allí, en el umbral de la vivienda, sin atreverse a pisar las tablas barnizadas cubiertas de una gran alfombra floreada, afrontó aquella escena común de una vivienda típica sin que nada la inquietase, no había nada raro allí. Olía a plástico, un poco a restos de comida, y también a viejo, aroma denso a madera, con sus períodos larguísimos de secado, sin que se supiese bien cuándo dejaba de secar y empezaba a descomponerse, transformada en el polvillo de la carcoma; olor a humedad en cortinas y paños viejos, al trabajo del invierno sobre la pintura, rezumando la humedad guardada en el interior de los tabiques y el cemento reventando la superficie de pintura plástica. Los olores antiguos poseían aquel recinto superponiéndose a las intrusiones contemporáneas e instalando el dominio del pasado sobre cada cosa, sobre la vida que allí pudiese transcurrir.

Pisó las tablas, que crujían, sintiendo que la invadía aquella atmósfera rancia y triste. La sobresaltó la vibración de la campanada de la una del mediodía que traspasó

los cristales de la ventana; se asomó a aquella plazuela del Castro atiborrada de coches aparcados alrededor de aquella estatua cursi del Rey Casto, aquel monarca educado por los monjes cistercienses del monasterio de Samos, el que promovió el culto al Sepulcro, aquel agente del poder de Cluny que inauguró la peregrinación a aquella cueva, morada de la muerte; la devoción por las cenizas. La luz que se filtraba a través de las nubes, aquella bóveda del cielo tan baja, era triste y agobiante.

En una mesita en el centro, que le pareció de madera de cerezo, sobre un tapete de hilo blanco, había unos restos ocres, era óxido, polvo y alguna lámina de hierro. Allí había estado posada la caja metálica que Xacobe había sacado del piso. Tierra también, entre las esquirlas de hierro viejo.

Arrinconadas en un ángulo de una estantería, junto a cintas de vídeo y CDs, reconoció una figura, un trofeo de los que se entregaban cada año a la mejor producción audiovisual hecha en Galicia. Xacobe habría recogido en nombre de la empresa la estatuilla. A su lado, una figura de un peregrino modelada por la cursilería de Lladró, algún regalo, o quién sabe, quizá la hubiese comprado él mismo. Más arriba, casi escondida, una foto en un marco dorado de un niño vestido de Primera Comunión con el traje de Caballero de Santiago. Identificó aquellos rasgos, era Xacobe. Ay, qué niño tan triste. Sintió el deseo de abrazar la foto fría bajo el cristal, apretó el marco y lo guardó en el bolso. Era como atrapar algo íntimo de un Xacobe que se le escapaba entre los dedos.

Un corredor oscuro, marcos en las paredes, fotos de Venecia enmarcadas sin gusto, seguramente la decoración escogida por Aura cuando vivía allí, habría sido ella la que hiciese las veces de dueña de la casa, al menos mientras él era pequeño, Aura ordenando y decorando a su gusto. Las fotos estaban arrugadas y en el paspartú blanco se veían manchas de humedad bajo el cristal; quizá fuesen de antes, de cuando aún vivían los padres, puestas por la madre cuando aún no había nacido Xacobe. Tal vez habían ido de luna de miel a Venecia, de una ciudad mortuoria a otra, y las habían traído de allí. Aunque por aquel entonces ése era un viaje muy exótico, no parecía aquella una casa de tanto dinero. ¿En qué trabajaría el padre antes de morir? ¿Sería cierto que no tenía más familia? Un tío canónigo, ¿viviría aún? En la pared contraria del pasillo, una foto. Un hombre y una mujer sosteniendo cada uno un recién nacido en brazos. Aquella foto, eran sus padres, y los niños eran los hijos, los dos gemelos. Buscó en algún ángulo del corredor una llave de la luz, había una bombilla en el techo. Encontró el interruptor y se encendió una débil luz que apenas alumbraba. Descolgó el retrato y lo llevó hasta la ventana de la sala. Allí estaban los dos con Xacobe y aquel hermano del que le había hablado Aura. ¿Cuál de ellos era Xacobe y cuál el hermano? La fotografía, en color, estaba hecha en un estudio de fotografía de la misma Rúa do Vilar en la que ella vivía, Fotos Arturo. El padre de pie y la madre sentada en una silla con molduras doradas. Buscó en el rostro del hombre, de

facciones anchas y recias, alguno de los rasgos de Xacobe y no encontró ningún parecido; por el contrario, recordaba mucho a aquella mujer de ojos negros como el azabache y nariz fina, aquella mirada era la de Xacobe. ¿Qué sabrían ellos del nacimiento de Xacobe? ¿Qué sabría ella, mejor dicho? Ella sería la poseedora del secreto, si es que había alguno. Se inclinó por pensar que Xacobe sería el niño que tenía en el regazo la madre, por ser el que merecería más protección, aquel sobre el que se cernía aquella amenaza futura. Luego sintió vergüenza y pena por el otro niño, el que estaba en los brazos del padre, pues aquél había tenido peor suerte, ya que había muerto al poco tiempo de que le hubieran tomado aquella foto. O, a lo mejor, Xacobe era el que sostenía el padre... ¿Qué era peor, haber muerto de niño, no haber vivido, o haberlo hecho bajo el signo de algo maligno? Se dio cuenta de que estaba pensando en Xacobe en pasado, «haber vivido». Pero Xacobe seguía vivo, precisamente se había marchado de allí haría una media hora. Con una caja de hierro. ¿Adónde se habría dirigido?

Volvió a colgar el retrato de familia en aquel oscuro pasillo, del fondo llegaban los olores del baño y el goteo de una cisterna. La humedad de un cuarto en el que alguien había estado no hacía mucho, fue hacia allí queriendo reconocer el olor reciente de Xacobe. Se asomó, un dormitorio de diseño moderno, una cama completamente deshecha, un espejo estallado en la cabecera de la cama; en aquel lecho no se había descansado, aquel lecho parecía el escenario de una lucha, alguien contra sí mismo. En la mesa de noche, una botella de coñac Duque de Alba y un vaso con un resto en el fondo, y también una caja de cápsulas que no identificó.

Aquel zumbido sordo la asustó, el timbre de la puerta hizo que, de súbito, se sintiese descubierta, atrapada. Qué hacía ella allí, y quién estaba llamando. Se encogió recordando lo que había presenciado la noche anterior. Sacudió la cabeza y el timbre volvió a sonar. Se asomó al pasillo, la puerta de la calle cerrada, quién o qué estaría detrás, en las escaleras. No percibía aquella presencia maligna, aquella fuerza no humana; era alguien, alguien de carne y hueso.

—Xacobe —pronunció detrás de la puerta una voz de hombre.

Verás, a mí me había llamado su secretaria aquella mañana a casa muy temprano. Sobre las ocho. Pongo siempre el despertador para las ocho y me llamó justo después de que hubiese sonado, calculo que no habría pasado ni un minuto. Naturalmente, más tarde pensé que el hecho de llamarme a mi domicilio particular y además a una hora como aquella era algo casi inusitado. En aquel momento no se me ocurrió preguntarme cómo sabían en la empresa que Xacobe había venido a mi consulta y que teníamos una relación antigua, tampoco me extrañó que se preocupasen de una manera tan personal por uno de sus directivos. Qué era aquello de que una secretaria llamase a semejantes horas preocupándose por su jefe. En fin, ella aludió a que aquella indisposición de Xacobe tenía a la empresa algo alarmada. Era un poco raro todo aquello, si se piensa bien, pero las ocho de la mañana, justo cuando estás sacudiéndote el sueño de encima, no es un buen momento para ocuparse de los detalles. El caso es que me pusieron en movimiento. Lo que me contaron de que Xacobe parecía haber perdido el control me parecía muy plausible, pues yo conocía las molestias de las que se había quejado en la consulta y además había revisado días antes su expediente médico y descubierto un incidente con traumatismos, fracturas y hematomas en todo el cuerpo, también en las zonas parietales externas; se había curado milagrosamente en poco tiempo, y aparentemente sin secuelas apreciables, pero quizás una placa revelase que en aquel momento reaparecían lesiones internas en el cerebelo. Xacobe necesitaba ayuda, y cuanto antes mejor.

Primero busqué su número en la guía y le telefoneé. No cogió, pero tuve el presentimiento —no te lo sabría explicar— de que estaba allí encerrado y oyendo el timbre del teléfono. Fui hasta su casa enseguida y golpeé el llamador del portal, aunque fue inútil. Sin embargo, yo había visto algo de luz en su piso, el segundo; por entonces, serían las ocho y media de la mañana, aún estaba oscuro. Además, tenía la misma intuición de que estaba dentro. Pese a dejar de vernos desde niños, siempre he mantenido ese vínculo secreto con Xacobe, pasaron los años y de vez en cuando me acordaba de él y su recuerdo venía asociado a una carga positiva o negativa. Por ejemplo, calculo que debió de ser cuando tuvo el accidente de coche —llevaba tiempo sin acordarme de Xacobe en absoluto— que súbitamente me vino al pensamiento unido a una sensación fuerte y extraña, como si algo le hubiese

sucedido. Entonces llamé a su casa, me atendió la señora que lo crió, que se llama Aura, y me dijo que estaba de viaje. Lo que debió de ocurrir es que aunque yo sentí que le había pasado algo, ella aún no había sido avisada. Como ella me contestó de esta manera, no volví a llamar posteriormente, claro, y por eso no pude confirmar que le había sucedido algo.

Aquel día por la mañana, allí delante del portal, llamé una y otra vez sin resultado, tuve que dejar el coche mal estacionado, y a esa hora en el mercado que está allí al lado ya hay mucha actividad, furgonetas de pescado, camiones de verduras, y me di cuenta de que molestaba. Fui hasta el hospital y volví a pasar por su casa a la una y pico, momento en el que tú estabas allí. Vi el portal abierto y subí corriendo. Aun así, a medida que me aproximaba notaba que Xacobe no estaba en casa. Lo percibía, era como si faltase algo, su presencia.

Estas cosas no resultan muy serias dichas por un neurólogo, y si alguien me cuenta algo parecido en la consulta le receto rápidamente algún medicamento. Sin embargo, con Xacobe a mí me han pasado siempre cosas de este tipo. Cuando era niño pensaba que eso era lo normal, quiero decir que cuando eres un chaval consideras que cada cosa que vas conociendo es «lo normal», pues es lo que te sucede por primera vez y no tienes aún con qué compararlo para saber si es normal o no, si está bien o no. De manera que mi amistad con Xacobe en la Escolanía de la Catedral, tan extraña y recargada, aunque apenas duró un año, pasó a ser para mí el modelo de relación con otra persona. Y debo decir que, ahora que ya tengo la vida puesta sobre el tablero, tener un modelo de amistad tan hondamente grabado seguramente me impidió llevarme mejor con otros compañeros y quizá me perjudicó en mi primer noviazgo. Y debo reconocer que tal vez me perjudicase también después, en mi matrimonio.

Me sorprendió encontrarte en su casa. No esperaba ver a nadie allí, y menos a una mujer. Yo sabía, por habérmelo cruzado alguna vez —viviendo en la misma ciudad es difícil no saber algo de la vida de los otros—, que andaba con muchas chicas, pues siempre lo veía con una distinta. Sin embargo, conocía por él mismo que en aquel momento precisamente tenía problemas con las mujeres y había entendido que no mantenía relación con ninguna. No me malinterpretes, pero lo cierto es que me pareció inapropiado que hubiese una mujer allí, o sea, tú —eso me pareció al verte en aquella casa a la que recordaba haber ido a jugar siendo niño—, en la vida íntima de Xacobe. Volviendo a la casa, para mí era como si retrocediese a cuando los dos éramos niños. Aunque había muebles nuevos, en conjunto era el mismo piso que yo había conocido; naturalmente, yo recordaba todo más grande. El mundo, la vida, a los niños siempre les parece que es más grande de lo que después resulta ser.

En aquel momento no te pude contar mucho de lo que sabía y además, comprenderás, me pareciste un poco rara. Cuando empezaste a hablar de que si

Xacobe estaba en peligro, de que si alguien lo perseguía... francamente, en aquel momento pensé que Xacobe, como ocurre con frecuencia, había entrado en contacto con otras personas con problemas, y que eras una perturbada. Quién no pensaría lo mismo. Ahora no sé qué creer, tú misma prefieres no entrar en los detalles de lo que ha ocurrido, supongo que tendrás tus razones. Sin embargo, yo también tengo motivos para pensar que lo que le haya sucedido a Xacobe es como si estuviese escrito desde niño, desde antes de que yo lo conociese.

Xacobe había empezado los estudios en un pequeño colegio en la plaza de Cervantes e inmediatamente se vino para la Escolanía de la Catedral, en la que yo estudiaba, tendríamos por entonces unos siete años. Un poco menos, unos seis, pues precisamente aquel año nos estuvieron preparando para hacer la Primera Comuni3n y Xacobe ya se había ido, 3l ya no la hizo en la catedral. Estuvimos juntos casi todo el curso, hasta que su tío, que era can3nigo, no sé por qué motivo, lo expulsó allá por el mes de mayo.

Y ahora tendría que hablar de aquel niño que yo conocí, claro. No obstante, me resulta difícil. Cuando recordamos la infancia lo que hacemos realmente es traducir los recuerdos, explicárnoslos. Interpretamos lo que realmente conocimos y vivimos aplicando los esquemas de pensamiento que fuimos aprendiendo después. Cuando recordamos, lo que hacemos es traicionar al niño que fuimos, ésa es la verdad. Sentimos vergüenza de él. Normalmente, los sentimientos y las experiencias vividas en nuestra niñez nos desconciertan, incluso nos hacen sentir incómodos. Vemos a aquella persona que entonces éramos, a aquel niño, como a un ser extraño. Y lo cierto es que a nadie le gusta sentirse raro.

Yo seguramente era un niño un poco especial, me costaba hacer amigos. Probablemente me condicionó el accidente del ojo, perdí el ojo izquierdo, como habrás notado es de vidrio, y tanto la hospitalización como el hecho de tener que acostumbrarme a vivir con menos vista, con cuidados, la sobreprotección de mi madre..., todo eso me hizo más reservado. Curiosamente, el carecer de un ojo me hizo más observador. Y, por otra parte, Xacobe tampoco era de muchos amigos y llegó a la Escolanía cuando los demás «escolanos» ya llevábamos estudiando juntos uno o dos años, así que no conocía a nadie. Y fue así como nos fuimos acercando el uno al otro. O mejor, me fui yo arrimando a él, pues Xacobe actuaba como si le diese igual tener amigos que no tenerlos, como si aceptase con fatalidad andar solo por las esquinas durante los recreos que disfrutábamos en el claustro de la catedral.

Pienso que, objetivamente hablando, Xacobe no era un niño atractivo. No me refiero a que no fuese guapo, porque lo era, y mucho. Quiero decir que era más bien soso, no tenía la energía de los líderes del aula, ni ningún otro magnetismo. Realmente no sé cómo ocurrió pero me enamoré de él, esas cosas que les pasan a los niños, ya sabes. Creo que yo necesitaba un amigo, tenía hambre de amigos, y lo

conseguí. Él era un chiquillo un poco abúlico, prefería escuchar a hablar, era bastante pasivo. Y a mí me encantaba contarle historias que inventaba, yo era muy cuentista. Quién sabe cómo me habría ido si me hubiese dedicado a ser literato, a inventar historias como tú, en vez de estudiar medicina. A veces pienso que me hice médico porque perdí el ojo. A lo mejor, en el fondo las cosas son así de simples.

Sin embargo, en la vida nunca encuentras lo que buscas. A mí, ni la oftalmología ni la neurología me han resuelto ciertos enigmas, soy un caso clínico raro. Me refiero a unas sombras que veo en ocasiones en algunos lugares. Y, esto no lo he contado nunca, ni siquiera a mis colegas oftalmólogos, también las veo a veces en torno a algunas personas. A ti no te las veo, por si tienes curiosidad. Es cierto, veo manchas. Naturalmente que estarán relacionadas con alguna patología del cerebro, el caso es que, a pesar de mi especialidad y de los medios a mi alcance, nunca he podido aislarla. Y Xacobe tenía una mancha muy oscura a su alrededor. No estaba en él, pero iba con él. Esto no fue impedimento para que nos hiciésemos amigos. A lo mejor incluso fue la causa de que le cogiese más cariño, pues me parecía que él lo necesitaba. Es curioso que a veces el atractivo de una persona consista precisamente en su falta de atractivo, su indefensión, yo pienso que me hice su amigo porque vi que, aunque pareciese no importarle, era un chiquillo indefenso. Ése es también el atractivo de los recién nacidos, su desvalimiento que inspira nuestro instinto de protección.

No se notaba en su carácter, sin embargo las circunstancias de su vida eran tristes, pues, como sabrás, había perdido a sus padres y a un hermano gemelo en un accidente. No sé de qué modo le habrá afectado todo esto, de una manera u otra tiene que haber influido en él, digo yo. Ahora que lo pienso... recuerdo que él me contó alguna vez que hablaba con su hermanito muerto, que sentía como si él le contestase. Es inevitable que las pérdidas lo alteren a uno. A mí se me murió mi madre cuando era un niño, precisamente un año después de que Xacobe abandonase la Escolanía, y me dejó hundido. Seguramente su personalidad quedaría muy marcada por aquella desgracia.

Sí, Xacobe también era raro, mucho. Recuerdo una vez que nos llevaron de excursión hasta la Costa da Morte. Paramos en Fisterra, en la punta del cabo, y cuando nos asomamos a aquel abismo sobre el mar a todos nos asustó. En cambio, él parecía hipnotizado, no exactamente de terror, sino como si hubiese descubierto con sorpresa que ya conocía aquel lugar, como si ya tuviese la imagen del lugar dentro de él. Yo me reí de su ocurrencia, pero el resto del viaje estuvo callado, como dándole vueltas a aquello. Siempre recordaré su cara mirando el océano y el vacío, como si una idea hubiese surgido con fuerza dentro de él en aquel momento.

Quien lo crió fue una mujer, Aura. Yo la recuerdo como muy reservada, muy seria, aunque con él era muy atenta, muy cariñosa, como una madre. Él me había

contado también que tenía un tutor, aunque eso nunca lo entendí bien, no sé si se trataba de un pariente o quién era en realidad. También tenía al tío, el canónigo, que parece que no se debía llevar bien con los padres. Y, de hecho, fue él quien sacó a Xacobe de allí. Un día lo fue a buscar y ¡hala, a la calle!, delante de toda la clase. El pobre Xacobe no llegó a llorar, pero recogió como pudo las libretas y la cartera y se marchó para no volver. Fue muy duro con él. La verdad es que es de las cosas más crueles que soy capaz de recordar. Repentinamente fue arrancado de mi vida, sin avisar.

Ni siquiera pude devolverle una pluma estilográfica que me había prestado aquel día al comienzo de las clases. Luego aún quedamos un par de veces para jugar en su casa o en la mía y nos encontramos alguna vez por la calle, pero el hecho de estudiar en sitios distintos, con diferentes horarios, hizo que nos fuésemos distanciando. Y a pesar de que nos volvimos a ver, ya digo, sin embargo aquella pluma, por una razón o por otra —supongo que la debí olvidar, él tampoco me la pidió—, aquella pluma siguió en mi poder hasta hoy. El segundo día que vino a mi consulta la llevé conmigo e incluso la puse en la mesa delante de él para ver si la reconocía, la cogí en mis manos, jugué con ella..., y nada. No la identificó. Pensé que se daría cuenta, pero no. Ni reparó en ella. Yo toda la vida guardando aquella estilográfica como un recuerdo preciado y él ni la reconoció. Tenía la intención, de todos modos, de decírselo, de devolvérsela. Sin embargo no me dio ocasión, pues salió de allí a toda prisa. En todos estos años seguro que no se acordó de ella para nada. Como tampoco se habrá acordado de mí. Si hemos vuelto a coincidir se debe a mi especialidad médica, no a otra cosa. Quizás acudiese a mí y no a otro especialista porque nos conocemos de niños, es posible. Con todo, no es demasiado acordarse. Yo, por el contrario, siempre he conservado su recuerdo. Qué cosas tiene la vida.

Pobre Xacobe, pasó casi como un fantasma por mi vida y, visto lo visto, supongo que debió de seguir pasando así por la de otras personas. En el fondo ha sido una víctima. La vida exige siempre un tributo, alguien tiene que padecer para que a otros les vaya bien. Yo no sé si me ha ido bien o mal. Pobre Xacobe. Recuerdo que cantaba bastante mal, no era que tuviese mala voz, lo que pasaba era que no tenía buen oído. Cuando cantábamos los niños de la Escolanía todos a coro él casi enmudecía, pero era como si se ausentase y estuviese contemplando con asombro el canto desde fuera. No sé expresarlo bien, quiero decir que él se quedaba pasmado con aquellos cantos. Le gustaba mucho oírnos cantar a los demás. Sin embargo, él no tenía oído. ¡Hace tanto tiempo de eso! Durante todos estos años a veces me acordaba de él, ya te lo he dicho, sin embargo no había hecho todavía este esfuerzo de recordarlo, de rescatar esas cosas que tenía allá metidas en el fondo de mí. Es curioso que esos recuerdos permaneciesen tanto tiempo conmigo, tan enraizados, y no les haya hecho caso hasta ahora que me ha ocurrido todo esto. Aun así, son tan intensas las emociones que van

ligadas a ellos... Es curioso, siempre pensamos en la infancia como en una preparación para la vida posterior, y a mí en cambio todas las cosas importantes me han ocurrido en la infancia. Es curioso.

Como Jonás en el vientre de la ballena, como Daniel en la cueva de los leones, como san Juan Bautista en la mazmorra de Herodes, así estuve yo, encerrado como un delincuente. Que no estaba detenido, argüía el inspector, pues él no me había metido en ninguna celda ni me había despojado de mis pertenencias, a los presos se les quitaba todo lo que llevaban, hasta los cordones de los zapatos, para que no se ahorcasen con ellos. Que él solamente pretendía aclarar un aspecto de aquel asunto. Pero cuando yo le pedía que me dejase marchar, él me contestaba que no podía. El motivo, muy sencillo, la información que yo le había facilitado. Un nuevo ejemplo de cómo muchas veces por hacer el bien nos causamos a nosotros mismos un perjuicio. Confieso que en aquel momento me acordé del difunto Valentín, que me había puesto en aquella situación, pues era como si me hubiese enviado directamente a la comisaría a que me detuviesen.

Aparté aquellos pensamientos, inapropiados para con quien acababa de morir hacía tan poco tiempo, pero en adelante, en las restantes horas que viví allí, debo decir que las más oscuras ideas me asaltaron y, apoderándose de mí, anidaron en mi interior. En la comisaría me sentí verdaderamente en el vientre de la ballena, pues mi alma se vio envuelta en la más tenebrosa oscuridad. Allí vi las más impenetrables tinieblas y por unas horas me sentí abandonado de la Fe y al margen de ella.

Pues ¿no estaba yo preso por haber sido justo? ¿Cómo podía ser que mis intentos de proteger nuestra basílica, templo de la Fe, me condujesen a verme acusado de los crímenes cometidos por alguna fuerza demoníaca? Bien veo ahora hasta qué punto llevaba en mí la tentación. Fui sometido a dura prueba en aquella tesitura.

El inspector dijo que en el Pico Sacro, donde yo le había dicho que buscaran, habían hallado restos humanos, esqueletos de niños, en el fondo de una cueva. En aquel momento no me aclaró mucho más, en el transcurso del día me fue informando de que probablemente llevaban mucho tiempo allí y de que, aunque todavía no había un diagnóstico forense, parecía que algunos eran muy antiguos, otros podían tener entre treinta y cincuenta años.

Pasado algún tiempo tras estos acontecimientos que ahora relato, pude averiguar por mi cuenta, gracias al doctor Concheiro, conocido catedrático forense que en una ocasión me encargó insignias en plata y azabache para un congreso médico, gracias a

lo cual llegamos a tratarnos, que los restos más recientes podrían tener treinta o treinta y cinco años. Yo sé, ordenando los datos y llenando los huecos en el rompecabezas —ahora les llaman «puzzles»— de esta historia, que tenían treinta y tres en aquel momento, pues ésa era la edad del susodicho Xacobe. Los años que hacía que había muerto mi hermano intentando detener la campanada número trece, el sacrílego golpe contranatura, tratando de impedir que aquel viento diabólico alterase el espacio de las horas en mi ciudad. Deduje que aquellos huesos tenían que ser los restos de algún sacrificio, como el que Abraham estaba dispuesto a hacer con su hijo Isaac si Yavhé no le llega a detener la mano erguida, un sacrificio de alguna magia sacrílega y diabólica.

Yo insistí en lo que ya le había contado —aquella información había sido únicamente un recado que me había dado para él su difunto tío, quien me había encargado que le dijese aquello— y en que no sabía nada más. Sin embargo, él me presionaba para que lo pusiese al corriente del asunto que me traía con el «loco» de su tío, así le llamó. Aquella acumulación de restos en el mismo lugar, y de épocas distintas, le hacía pensar que no pertenecían a paseados en la Guerra Civil, sino que eran posteriores, y dejó caer que si podría haber algo de magia negra, sectas, esas cosas que están de moda. En fin, acusaciones ridículas y disparatadas, mucho más para un católico devoto que pertenece a esta Cofradía y que, por más que haya votaciones y acuerdos en sentido contrario, jamás dejará de ser cofrade en el fondo de su corazón, que sólo Dios alcanza a ver.

¿Qué podía hacer yo? No quería darle detallada cuenta de mis averiguaciones, pues pensaría que le tomaba el pelo, pero tenía que ofrecerle alguna explicación. Y fue entonces cuando no pude evitar citar a nuestra hermandad, pues ésa era la verdad, todo había comenzado allí. Le di a entender que mi contacto con su tío se había producido a causa de un asunto turbio y complicado que yo mismo desconocía, había ido descubriendo cosas raras desde que empezara a investigar a un aspirante a nuevo miembro de nuestra Cofradía del Sepulcro Apostólico. También mencioné al citado Xacobe. Pero en ningún momento pretendí causarle problemas a nuestra hermandad ni perjudicar su imagen, aquéllos de mis hermanos que tengan el corazón limpio saben que eso era lo último que yo podía desear.

Fue entonces cuando el inspector se ausentó y me dejó durante una hora encerrado en su despacho. Quise saber la hora y mi reloj, una vez más, no funcionaba; como si todo estuviese preparado para frenarme y derrotarme. Aquel condenado reloj se lo había comprado al relojero que había en la Rúa Nova, donde luego abrieron una panadería que ahora es ya una tienda de souvenirs, y desde entonces ya nunca volvió a andar bien. Y allí, sumido en el desconcierto, sin saber tan siquiera qué hora era, ni qué hacer, comprobé una vez más que la técnica lo mismo nos esclaviza, ahogando nuestra alma, que nos libera: recordé el teléfono con el que

me había obsequiado mi inesperada ayudante. Aquel par de teléfonos unidos íntimamente por una tarifa más económica simbolizaban nuestra unión para un mismo fin, aunque con distinto propósito, pues ella quería salvar a su enamorado y yo quería salvar a mi Cofradía y a mi Fe de una embestida del Mal. Quiero decir que llamé a aquella mujer, Celia, y hablamos, yo bajando algo la voz para que no me oyesen fuera del despacho; repito que no estaba detenido pero que me sentía como si lo estuviese.

Me informó de que su amigo Xacobe no estaba en casa, que lo habían visto salir con una caja de metal de grandes dimensiones en dirección desconocida y que ella había encontrado allí a un médico que lo trataba y a quien había llamado alguien de la empresa para que se ocupase de Xacobe. Ella creía que él estaba escapando de la gente que lo quería utilizar, eso le valió para remarcar ante mí que él era una víctima, insistía comprensiblemente en que no representaba ningún peligro para todo lo que yo quería proteger. Si eso fuera cierto, yo debería estar tranquilo, pues retiraría su candidatura y se perdería de nuevo en la vida puramente mundana a la cual pertenecía.

Estaba yo en esas cuentas cuando se abrió la puerta y me vi sorprendido por el inspector, que entró con el rostro muy tenso. También él se llevó una sorpresa al verme hablando por mi teléfono, como si no supiese que podía haber utilizado el de su despacho si hubiese querido. Como vi que miraba al teléfono acusadoramente me apuré a decirle a mi socia que hablase con el canónigo Pardiñas, que él la podría ayudar, pues tenía una sólida formación doctrinal para comprender la naturaleza de la amenaza. Y ya me callé y corté la comunicación, pues el inspector se acercaba a mí con intención de quitarme el teléfono.

Me lo arrancó de las manos y a continuación lo guardó en un cajón y lo cerró con llave, dijo que para no perturbar más la investigación. A continuación me interrogó acerca de con quién había estado hablando. No se lo quise decir y él repuso que eso se podía saber inmediatamente llamando a la compañía telefónica, yo le contesté que, entonces, si me investigaba a mí, quería decir que estaba detenido. Y de nuevo, recordándole la irregularidad de aquella «retención», como él la definió, retrocedió y volvió a tratarme con algo de respeto. Sin embargo, no dejó de afearme mi conducta por haberme atrevido a mezclar en un asunto tan turbio a la Cofradía. Yo le dije que ésa no había sido mi intención, pues yo mismo era miembro de ella y tenía un interés mucho más sincero en preservarla de cualquier mal.

Después mencionó al tal Xacobe y me hizo saber que había sentado muy mal «arriba» —señaló el techo pero se refería sin duda a alguna instancia de poder superior— que se relacionase a un ciudadano tan conspicuo con aquel caso, pues era un empresario prometedor llamado a desempeñar un papel relevante en el mundo de la «telecomunicación». Le contesté que a mí todo eso me daba igual, eran pompas

mundanas y había otras realidades destinadas a prevalecer sobre ellas. Y me reafirmé en que mis sospechas se apoyaban en claros indicios de un complot, y que la policía mejor haría investigando lo que yo le indicaba en vez de impedirme hacerlo a mí.

En aquella lucha de poderes, de caracteres, que estaba teniendo lugar entre ambos, pensé que yo vencería y que me acabaría soltando, pues vi en sus ojos la duda. Después de todo, aquel hombre, por norma general desconfiado debido a su profesión, también reconocía la verdad y la integridad cuando las tenía delante. Y si me estaba apretando era porque se lo exigían desde más altas instancias. Mas ¿habrá poder más alto que aquel al que yo sirvo? Y, así, yo me sabía fuerte pues confiaba en Dios y en su Providencia. Fue en ese momento cuando sonó mi teléfono dentro del cajón. Me miró severo y, cogiéndolo entre las manos, abrió el aparato y se lo puso en la oreja, cosa que a mí me pareció improcedente hasta tal punto que quise impedirlo, pero la mesa se interponía entre nosotros. Preguntó quién era y no le contestaron.

Comprobó así que yo estaba en contacto con alguien, que mi propósito era serio y que no era un loco por libre. Se puso más duro conmigo, me dijo que me estaba exponiendo a serios perjuicios, que no medía el alcance de mis actos y cosas por el estilo. Visto todo desde el presente, estoy seguro de que él mismo no sabía de lo que hablaba, únicamente que le había llegado desde arriba una indicación para que me tuviese apartado de la circulación y no estorbase a aquel perverso plan. Sí, yo me estaba enfrentando a fuerzas muy poderosas, una maquinación que había penetrado hondamente en la sociedad, llegando hasta las más altas esferas. Pero sobre esas esferas prevalece la esfera celestial, para eso estaba yo allí.

Cerró la puerta de la casa, bajaron juntos y se despidió en el portal de aquel hombre que se había presentado como médico y amigo personal de Xacobe. Se había mostrado muy reservado a la hora de ofrecerle a ella información sobre los trastornos que padecía su común amigo y aún mucho menos dispuesto a facilitarle un diagnóstico. Le pareció un hombre convencional, con sus ocupaciones, su profesión, lo veía distinto a aquellos seres con los que había conectado en las últimas veinticuatro horas. Había sido un día antes cuando estableciera aquella relación con Xacobe, también con aquel ser terrible, incluso con aquel hombre estafalario que la ayudaba. Todos ellos eran, de un modo u otro, extraños, como si procediesen de un mundo aparte, de un territorio de sombras antiguas. Y ella estaba ahora allí con ellas, estaba sumergida en una realidad distinta, también ella se había convertido en un ser extraño. Sin embargo, en aquel hombre había algo que lo hacía un poco distinto de la gente ordinaria, quizá fuese a causa de su vinculación con Xacobe. Nadie que hubiese entrado en contacto con lo extraordinario recuperaba enteramente la normalidad, también él ocultaba algún enigma; aunque quizá no lo supiese. Le arrancó la promesa de volverse a ver más adelante para hablar.

Serían las tres de la tarde cuando la llamó aquel hombre desde comisaría, el cofrade, ni siquiera sabía su nombre. Por el contrario, seguramente él supiese el de ella, pues parecía tenerla vigilada. Le contó que seguía en comisaría y que por el momento no podría salir de allí; hablaba bajando la voz, como en secreto. Y de súbito se oyeron voces detrás de él, allí donde quiera que estuviese, y bisbiseando contra el teléfono le indicó que visitase a un canónigo catedralicio llamado Pardiñas. Y se cortó la comunicación.

Sin duda aquel hombre se hallaba en dificultades. No podría ayudarla a encontrar a Xacobe. Y ella se sentía impotente, sólo conseguía atisbar, sin ver otra cosa que breves escenas de un drama, de una película de argumento confuso y desproporcionado, andaba aturdida de un lado para otro y sólo podía intuir que él se precipitaba a algún destino que ella desconocía. Aquella caja de hierro antiguo, la huida..., fuera lo que fuese, todo aquello se estaba aproximando velozmente a su final.

El único hilo por el que podía tirar no parecía ser de mucha utilidad. Hablar con

un canónigo. A no ser que aquel canónigo fuese precisamente el tío de Xacobe del que le había hablado Aura. ¿Y qué habría sido de ella? Estaba desconcertada, pensó en volver a casa de Xacobe, quizás hubiese regresado. Pero ella sabía que no volvería. Se estaba precipitando hacia algo, hacia su fin. Supo en su fuero interno que se trataba de eso. Si no lo encontraba, estaría perdido. Y no volvería a verlo nunca más. Pero no podía hacer nada por impedirlo. Caminaba desalentada por las calles, la lluvia había vuelto en forma de una llovizna que caía con una calma desesperante, incansable, y ella se acabaría mojando completamente. Fue bajo los soportales hacia su casa.

Allí estaba su piso revuelto, la vida revuelta, ya ni la casa ni nada volverían a ser lo mismo. De pronto veía sus pertenencias, su vida, con distancia. Ordenó algo aquel desbarajuste, las cosas caídas, mojadas. Recogió del suelo libros con las páginas abiertas y húmedas, *El paraíso perdido* completamente empapado, «Unigénito Hijo, ¿te das cuenta / De qué ira ha sido poseído / nuestro Adversario?, a quien ni los límites / Prescritos, ni las barras del Infierno, / Ni todas las cadenas que sobre él / allá se amontonaban, ni siquiera / El gran abismo con su ancha grieta / Consiguen detener, tan obstinado / Parece en su venganza temeraria». No podía seguir leyendo aquellas cosas, arrojó el libro de nuevo al suelo.

Sentía que se asfixiaba en aquella estancia que olía a humedad, a masilla, abrió la ventana para respirar, se asomó a aquel aire cargado de lluvia, bajo aquella bóveda de nubes bajas que casi tocaban las veletas y cruces de la catedral. Cerró la ventana y se refugió en su cuarto, se quitó la ropa, las botas, y se acurrucó en el lecho, buscando aquel calor que aún quedase entre las sábanas, ocupando el lugar en el que había estado el cuerpo de su amigo. Pero no era capaz de percibir tibieza ni confort de ninguna clase, mojó la almohada con sus lágrimas, aquella vieja sensación que la transportaba de vuelta a la infancia. También a los días posteriores al aborto. Fueron días de lágrimas. Nadie la había avisado de que aquella semilla inoportuna que había prendido en su vientre hacía apenas un par de meses hubiese lanzado raíces tan profundas y poderosas en lo más íntimo de ella misma. Lloraba por algo que ni siquiera había existido. Cuando se había quedado embarazada vivía con Carlos, se lo había dicho y él lo había tenido claro desde el primer momento. No quería tener hijos. Él ya era su propio hijo, no le apetecía cuidar otros niños. Ella se habría animado a tenerlo, inesperadamente empezó a experimentar entonces una curiosidad por cómo sería tener aquel niño. Podría haberlo mantenido ella sola; aunque sus ingresos eran irregulares, tenía casi tres millones de pesetas en una cuenta en el banco, lo que había obtenido de vender tierras en la aldea. Podía haberlo tenido. Sin embargo, no habría podido criarlo con la hostilidad de Carlos, un hijo debería ser querido.

Ella no se había atrevido a romper la relación, aún había aguantado unos meses más toda aquella mierda. Y había abortado. Y luego le había llorado durante meses a

una sombra sin forma que estaba dentro de ella. Y allí volvía a estar ovillada en la cama, encogida y mojando de lágrimas la almohada. No había llorado desde entonces. Esta vez quería apoderarse de la sombra que había estado durmiendo allí unas horas antes, restregarse contra aquellas sábanas hasta que algo de aquella presencia se le metiese dentro, para no perderla.

Se levantó disgustada, era inútil. Comió un sandwich, fruta y un yogur, y analizó la situación. Probaría a llamar a su extraño aliado. Llamó y le salió una voz masculina distinta, alguien que le preguntó imperioso quién era ella. Colgó. Algo pasaba con aquel hombre, había perdido el teléfono. O estaba detenido. Enseguida se veía ella implicada, mezclada en algo, en lo que fuese que andaba metido aquel individuo. Se veía repentinamente complicada en un asunto que seguía sin conocer. Buscó música, encontró el *Quatuor pour la Fin du Temps*, de Olivier Messiaen, y le pareció apropiado para su frágil estado de ánimo.

Se despertó, estaba en el sofá. Se había quedado dormida oyendo música. Eran las cuatro y media de la tarde. Qué habría pasado mientras ella descansaba, dónde habría ido Xacobe. Se levantó y fue al baño a componerse, iría a hablar con el dichoso canónigo, no tenía otra carta que jugar. Se disponía a cerrar la puerta cuando se acordó de la carta, la sacó de la papelera y la guardó con repelús en el bolso de mano. Cerró la casa con dos vueltas de llave.

Bajando las escaleras le salió al encuentro su vecina y la informó de que por la mañana había estado sonando un teléfono en su apartamento. Se veía que se lo había dejado en casa, dijo. Ella supuso que sería el de Xacobe, que había quedado enterrado entre la ropa en el armario. Se lo había olvidado allí. Debería subir, sacarlo de donde estaba y arrojarlo a una papelera. Estando allí era como si hubiese un hilo invisible entre su casa, ella y aquella voz siniestra, aquella presencia malvada. Pensó en hacerlo pero no tenía fuerzas en aquel momento. Prefirió continuar escaleras abajo e ir hasta la catedral, llamar a la puerta de aquel canónigo, que le parecía tan poco prometedora. Afuera lloviznaba.

Un hombre de paisano salía de la sacristía, le preguntó por el canónigo Pardiñas y le contestó que no estaba, no tardaría en llegar. Ella esperó en un banco cercano a la puerta, encogida dentro del gabán. Era una hora muy tranquila, en aquella época del año no había muchos turistas y con el mal tiempo la gente se metía en casa. Pasaba alguien en silencio por una nave lateral, una vieja sentada delante del altar, moviendo los labios y mirando algún punto en aquel retablo.

El púlpito, el retablo barroco del altar mayor todo en pan de oro, la figura del Apóstol en medio, hierática, en posición de poder. Como si allí ocupase el lugar de Cristo y reinase en aquel lugar. Aquellos fustes robustos, enormes, sosteniendo la cúpula allí arriba. Todo en aquel altar era poder, el poder de la basílica. Fue hasta la cripta de las cenizas, bajó las escaleras de mármol blanco, los bordes de los escalones

gastados de tantos pies. Extrañamente, la reja de la cripta estaba abierta.

Se asomó con sorpresa, nunca había pensado que aquel lugar, la cripta, pudiese estar abierto alguna vez. Y allí estaba una viejecita de cabello blanco, vuelta de espaldas, de rodillas encima de uno de aquellos cajones de madera que ya había dejado de ver hacía años. La vieja pasaba un paño por la base de mármol labrado, enjuagándolo luego en un cubo de plástico azul con agua jabonosa, pasando de nuevo el trapo por el arca de plata que guardaba aquellas cenizas tan veneradas y volviéndolo a enjuagar. Se quedó boquiabierta ante aquella escena. No se le había ocurrido imaginar algo tan doméstico, tan humano y cotidiano, en aquel lugar mítico, protegido por la liturgia, su propia fama, la vigilancia... Salió de allí casi avergonzada, como si acabase de ver lo que no debía, como si se hubiese entrometido en un momento de la vida privada de alguien, de un lugar.

Caminó pensativa por la girola. ¿Cómo era para aquella viejecita tocar y fregar aquello? ¿Significaría algo especial para ella, o sería como limpiar cualquier otra cosa? ¿Sabía ella algo que ignorase el resto de la gente? ¿Aquella señora habría notado algo alguna vez, percibido alguna señal? ¿Y si aquella vieja no creyese en nada? A lo mejor lo hacía para ganar unos duros y a continuación se iba a limpiar un portal de una casa cualquiera. Quién sabía... Imaginó a aquella mujer de cabello cano, a quien no le había podido ver el rostro, como alguien que sabría una verdad esencial. Si esas cenizas eran algo poderoso y mágico, como había creído la gente durante tantos siglos, esa mujer lo sabría. Si existían cosas a las que venerar, algo distinto de las cosas que nos rodean, esa mujer lo tendría que saber. La imaginó como una bruja buena, quizá tuviese algún poder para algo. Sonrió para sí volviendo a la realidad, ya estaba su imaginación transformando la vida en materia de un argumento para la televisión o para un cuento. Se acercó a la sacristía para ver si al fin había llegado el canónigo.

Apartó la gruesa cortina de terciopelo granate oscuro y asomó la cabeza adentro, una estancia de planta cuadrada con el techo muy alto, de arriba caía la luz mortecina de aquel día. Tres hombres vestidos con ropas púrpura de monaguillo comentaban algo de espaldas, inclinados sobre una mesa de madera antigua, hablaban de la quiniela que sostenía uno en las manos. Sobre ellos, en una pintura de gran tamaño, una estrella anunciaba la sepultura del Apóstol.

Ella notó instintivamente que aquél era un lugar muy masculino, al fin y al cabo ella nunca había entrado en una sacristía, curas y acólitos eran hombres. Aun así, emitió algún ruido con la garganta y los otros se dieron la vuelta. Por un momento se vio desde fuera como en una escena de película. Allí estaba ella, que no pisaba una iglesia, preguntándoles por un canónigo que no conocía a unos monaguillos, o mayordomos, o *tiraboleiros*, o lo que fuesen aquellos hombres vestidos con sayos.

—¿El canónigo Pardiñas?

Uno más joven, alto y de bigote rubio preguntó mirando para un compañero:

—¿Ha vuelto de la siesta?

—Sí, ha vuelto, ha vuelto... —contestó uno más bajo y calvo saliendo a buscarlo tras una puerta con ruido a madera vieja y herrajes.

Los otros dos se fueron cada uno para un lado a ordenar o mover cosas, el del bigote guardó la quiniela en un bolsillo del pantalón bajo el sayo.

El canónigo con su sotana, en la que campaba una violenta Cruz de Santiago roja en el pecho, representaba unos cincuenta años bien llevados. Despedía un olor a manos recién lavadas y a loción para después del afeitado, y la repasó brevísimamente, con discreción para no ser malinterpretado, pero lo suficiente como para hacerse una idea del tipo de persona que era. El resultado fue un gesto de interrogación en su rostro, como si aguardase a que ella hablase. Ella leyó en su actitud, «te conozco, tú no eres de mi mundo, más bien eres de un mundo hostil al mío. Sea lo que sea lo que andas buscando, desconfío de ti».

—Mire, podemos salir un momento y hablar ahí fuera...

—Naturalmente. —Y le ofreció salir a ella delante. Luego cogió un libro de un estante, como si lo necesitase para hablar con ella.

Los monaguillos apenas miraron de reojo para aquella escena que ella sabía bien que se prestaba a chistes de situación, «el cura y la feligresa».

Ella se sentó en un banco de madera y le dejó bastante sitio. Él se fue acercando y tomó asiento, apartado y rígido.

—Tú dirás... —Y la miraba con el rostro serio e impenetrable. El cabello gris y cortado a navaja brillaba en ese momento iluminado por una rayuela que acertaba a filtrarse a través de nubes y vidrios.

Ella se desanimó, aquella situación era disparatada, aquel hombre se reiría de ella, la echaría fuera.

—Verá... —Cayó en la cuenta de que él la había tuteado, ella también le hablaría de «tú». Le hablaría con sinceridad y con humildad, sin caer en el servilismo ni en la adulación—. Verá... No sé por dónde empezar... Tengo un problema que me gustaría consultar con usted...

—No me digas que te quieres confesar —dijo con ironía, pero también buscando que ella le confirmase si aquello era cierto. Por un momento fue más permeable, y ella lo aprovechó.

—No es una confesión exactamente, hace muchos años que no lo hago, más bien es una petición de ayuda.

—Y si no te confiesas, si no eres creyente, ¿qué clase de ayuda te va a poder dar la Iglesia? —Y señaló hacia arriba y alrededor, todo aquel espacio en penumbra—. ¿Eres creyente?

—La verdad es que no... Verá... Verás, no pretendía hablar de eso ahora. Yo

quería comentarle una circunstancia que está ocurriendo en mi vida..., me han dicho que tú eras la persona indicada.

—¿Y por qué dices que no eres creyente? —insistió él de un modo condescendiente.

—¿Y por qué debería serlo? ¿Lo normal, entonces, es creer en Dios y los que no lo hacemos somos anormales? —Ella se dio cuenta de que aquélla era una respuesta hostil y percibió que él se replegaba. No sabía si aquél era el camino. Aun así, decidió hablarle con sinceridad—. Mira, no se trata de si creo o no creo, lo que no puedo es respetar ni seguir a una Iglesia que metía en las catedrales, en esta misma, a Franco bajo palio. Ésa es la verdad. Y ni siquiera pidieron perdón después. Comprenderá que a muchos les resulte difícil ser católicos en España.

Él negó con la cabeza, bajó la vista y siguió negando con la boca apretada. Ella juzgó que la entrevista había acabado, había metido la pata. Ya no quedaban más puertas a las que llamar.

—Eres muy dura con la Iglesia, la Iglesia soportó momentos muy difíciles, ataques muy fuertes..., no es tan sencillo. Además, una cosa es la Iglesia de España y sus obispos, y otra es la Iglesia Católica, e, incluso, una cosa es la institución, la cátedra de Pedro, y otra la Palabra de Dios y el mensaje de Cristo. ¿Cómo puedes ser tan simple? ¿Cómo puedes renunciar a una parte tan importante de ti, de lo que has heredado de tus mayores?

—Mira, mejor no nos pongamos con lecciones de sociología y de historia. Por esa regla de tres, los árabes no deben renunciar al islamismo, pues es la fe de sus antepasados. Ni los de familia budista al budismo... De manera que no habría conversiones para la tuya, que desde luego que es la Fe verdadera...

—Bien... —dijo con desgana y sin mirarla; ya no estaba allí—. Como sabes, el Vaticano reconoció recientemente la posibilidad de salvarse viviendo según otras fes. Dime ahora, ¿qué quieres?

—Disculpa, he metido la pata. Yo no pretendía discutir con usted, contigo. Al contrario, respeto mucho sus creencias... —Él asentía, pero el suyo era un gesto de desinterés que le decía a ella que ya se encontraba en otra parte—. Y precisamente quería hablar con usted de un asunto que me tiene desbordada, que no comprendo, que me cuesta creer. Y en el que además necesito ayuda... —Él seguía con el mismo gesto rígido—. Me envía a hablar contigo un señor que supongo que conoces, uno que es de la Cofradía del Sepulcro Apostólico y que tiene un taller de platero ahí delante...

—Ramírez..., sí, señora. Platero y azabachero —concluyó él, como si fuese la respuesta a una adivinanza. Y su rostro se transformó, en un breve instante pasó de la seriedad a la sonrisa e inmediatamente a escudriñar con curiosidad a la mujer que tenía delante, calibrando su salud mental. De todas formas, ella notaba que se

desvanecía la tensión por parte de él, como si ella ya hubiese pasado de un terreno hostil a un terreno intermedio, o al menos inofensivo.

—¿Y qué tienes que ver tú, una oveja descarriada, con un bendito beato como Ramírez...? —preguntó divertido y con sorna—. ¿Sois familia?

—No, qué va, qué va... Si casi no nos conocemos... —Ella comprendía que no podría explicar todos los detalles y vueltas de aquel embrollo, y fue directamente a la fuente—. Él me dijo que tú me podías ayudar a entender lo que le pasa a un amigo mío. El asunto tiene que ver con una vieja leyenda de la ciudad, la de «Las trece campanadas», y con un códice que por lo visto guardáis en la catedral.

Él volvió a ponerse rígido y apretó aquel libro de pasta negra y bordes dorados contra el pecho, como cubriendo aquella cruz roja. La miraba con la cara inmóvil, calculando el sentido de la situación.

—Ya. Ya me preguntó él por la mañana por dicho códice... —Estaba ganando tiempo.

—Es que él no ha podido venir..., es una historia un poco larga de contar. Verá, es que hay un amigo mío que está metido en una situación extraña.

—Cuidadito, cuidadito..., que Ramírez es muy buena persona, no sé qué relación tendrás tú con él, aunque es un poco desordenado en sus ideas. Quiero decir que es un formidable cristiano y un hombre bueno e inteligente, y, a decir verdad, tiene una preparación religiosa bastante buena, ahora bien, es un espíritu muy torturado, tiene problemas de salud. —La observaba buscando en ella si tenía o no conocimiento de aquello y vio que no, una parte de su mente prosiguió calculando el tipo de relación que los podía unir, mientras otra parte continuaba con su razonamiento—. La enfermedad es una dura prueba para el espíritu, he hablado varias veces con él sobre las lecciones que proporciona la historia de santo Job. Créeme que un espíritu torturado por el dolor puede vagar por los caminos más inesperados buscando calmar su tortura. Además de eso, hay en su vida episodios oscuros, desgracias personales... En fin, créeme, no debes tomarte al pie de la letra lo que diga Ramírez.

—Ya, ya. Ya me lo ha parecido a mí también, si le digo la verdad. Yo misma estoy un poco desorientada... Ahora bien, y hablo completamente en serio, lo que más me desconcierta no son las explicaciones de Ramírez, que es cierto que me ha contado cosas bastante extrañas, sino los propios hechos. Verás, yo tengo un amigo al que le está ocurriendo algo grave y muy extraño, y tengo la sospecha, cada vez más fundada, de que tiene relación con la catedral...

—Un momentito, un momentito. Me parece que no me he explicado bien. Ramírez no sólo es un hombre que tiene perturbada su paz espiritual, sus hermanos de la Cofradía ya no saben qué hacer con él, además de eso tiene una mente muy calenturienta, y las mentes así son peligrosas, sobre todo para ellas mismas, pues pueden extraviarse del camino de la Fe. Las mentes creativas propenden a la

desviación, ya que rebuscan en todo agujero que encuentran, acechan en cualquier grieta. En general, la imaginación hace que el caminante se pierda en los espesos matorrales de la orilla del camino. La imaginación no se lleva bien con la Fe. Puede que esté más cerca de la salvación un inocente que alguien muy inteligente que busca las respuestas por todos los medios. Mira, ¿ves esa mujer? —y le indicó con la vista a alguien detrás de ella.

Se volvió y vio cómo pasaba renqueando la viejecita que había visto limpiando la cripta, acomodaba sobre los hombros un impermeable brillante y se anudaba un paño a la cabeza. Avanzaba despacio, arrastrando la puntera de un paraguas, hasta la salida. Mojó los dedos en la pila de agua bendita, se santiguó y empujó la puerta de madera bañada por la débil luz de aquel día ceniciento.

—Mi madre era como ella, creía sin más, tenía el don de la inocencia. Y cuando tienes ese don, te mueres siendo una criatura. —Suspiró—. Cuando murió, el espíritu es débil, yo quería despedirme de mi madre, quería tener a mi madre por última vez. Es humano. —El canónigo la miraba como si la conociese, ella se sintió incómoda, de repente se veía como una intrusa ante aquel hombre que abrazaba su libro religioso—. Sin embargo, aquella mujer ya no era mi madre, lo había ido dejando de ser conforme se había aproximado a la muerte, y volvía a ser una niña ilusa. Se le nubló el sentido. Murió feliz, como si estuviese contenta de dejar este mundo... —le explicaba a ella, remarcando las palabras.

—Fue su madre quien lo animó a hacerse cura... —dijo ella, y él la miró reconociendo en la mujer con la que hablaba nuevamente a una extraña.

—Sí —dijo con frialdad. Luego volvió a distenderse—. Ella vio que yo era un chico despierto y pensó que, ya que era más inteligente que ella, también podría ser mejor persona. Pensaba que la inteligencia le hace mejor servicio a Dios; puede ser. También pensaba que la inteligencia nos hace mejores...

—Y yo pienso que sí...

—En cierto sentido. En otro nos debilita, socava nuestra fe, la somete a pruebas constantes... —Él meneó un poco la cabeza y la miró fijamente, ella reconoció aquella mirada, la veía nuevamente como una adversaria. Aquél era un hombre desconcertante. Fugazmente le pasó por la cabeza la idea de que daría un buen personaje para una película, aunque a nadie le interesaría producir un film protagonizado por un canónigo catedralicio. Y él parecía demasiado voluble en sus reacciones.

—¿Y quién es esa mujer, la que salía? La vi antes limpiando la cripta del Apóstol...

—Ay, sí. Ella lo hace porque quiere. Tenemos contratado un servicio de limpieza desde hace años, pero ella ya lo hacía antes y quiso seguir limpiando la cripta, sólo la cripta. Viene una vez por semana, trae su bolsita de plástico con los útiles de

limpieza...

—Le pagarán algo de todas maneras...

—Ja, ja. Lo hace porque quiere, es su forma de devoción. En cierto modo, limpiar la urna que contiene las cenizas del Apóstol es un gran privilegio. Y viéndola, ¿a que no imaginas que tiene un hijo millonario? —Él disfrutaba con la cara de sorpresa de ella—. Pues es cierto. Es constructor, ha amasado mucho dinero, fue uno de los que construyeron todas esas calles estrechas del Ensanche.

—Un escándalo..., no será un ejemplo de buen católico, digo yo.

—Entras a matar —sonrió—. No, ése no es un buen hijo de la Iglesia, ni le importa. Ahora anda asociado con la constructora de un *conselleiro*, también la familia del alcalde de una ciudad está mezclada en ese tinglado, ya sabes cómo es todo, y se ha metido en la construcción de la Ciudad de la Cultura, que no se sabe muy bien para qué es. Para el turismo, claro. La ciudad de la cultura ya es Santiago. Y antes que nada, metrópoli religiosa. Una meta tan fuerte que atrae a gentes de distintas confesiones... Incluso hay personas agnósticas, como tú, que hacen el Camino. ¿Lo sabías?

—Las nuevas catedrales son las que levanta el turismo, no la fe.

—Hablando así pareces uno de los nuestros. Eso es lo que dice la Iglesia, la Iglesia lamenta la pérdida del papel central de la religión en la sociedad...

—Yo no lo lamento, lo constato nada más. Así que la vieja ésa es rica...

—Ca, ella no. Ella es rica en Fe. El millonario es el hijo. Ella sigue haciendo la misma vida de antes. Vive en una casita del barrio de Conxo, tiene allí sus gallinas... Yo me llevo bien con ella, me gusta hablar con espíritus inocentes como el suyo, y hace poco me trajo un paquetito con una docena de chorizos del cerdo que había matado. Y bien buenos que estaban, por cierto. Cuando mueran todos estos viejos, dentro de pocos años, los chorizos no sabrán como antes.

—El mundo no será el mismo... —sonrió ella. En ese momento el hombre había apoyado el libro en las piernas y hacía expresivos gestos con las manos libres. Manos finas, apartadas de trabajos que manchan, lastiman, desgastan, piel de niño sólo gastada por el trato con los papeles...

—Pues no. Y el hijo anda ahora metido con éstos en los negocios y en la política. Pero su tío, uno que vive en casa con la viejecita, su hermana, fue un rojo conspicuo, era del bando contrario. Tanto es así que fue fusilado... —se complacía de nuevo en la ignorancia de ella—, fue fusilado y... milagrosamente, sobrevivió. Quién sabe, a lo mejor era la voluntad de Dios que viviese, somos ciegos a los designios de la Providencia. Desde entonces le llaman el Resucitado y dicen que tiene poderes. Parece ser que acierta en muchas cosas, ¿sabías? —Tenía la mirada brillante y lejana, como un niño.

—Mire, yo necesito ayuda... Creo que mi amigo está poseído por algo..., por un

ser perverso o algo semejante. No piense que me he vuelto loca, he visto cosas muy raras. Y creo que a lo mejor usted me puede ayudar, tal vez ese código contiene la manera de salvarlo...

—Déjate de códigos y de historias. Además, ya verías en el periódico que precisamente ayer sufrimos una inundación en la sala en la que guardamos los códigos. Está todo revuelto.

—Hoy no he leído la prensa.

—Verdaderamente estamos sufriendo un invierno bíblico, no se recuerda otro igual. Mira, esta conversación no tiene sentido. Lo que tú buscas es un brujo, o un espiritista, o algo parecido. La Iglesia Católica no puede proporcionarte nada de eso. Hija mía, si fueses católica practicante te diría que necesitas ayuda espiritual. No entiendo bien qué sombras te afligen pero, en tu caso, tendrás que buscar ayuda en otra parte. Es curioso que las personas que no tenéis religión estéis más abiertas a creer en cosas extraordinarias.

Él estaba dispuesto ya a levantarse, ella echó mano al bolso y extrajo el sobre. Sacó de dentro la hoja.

—Espere. Mire este papel, tenga. Y lea. Y fíjese luego en el remite. A ver qué le parece...

Él leyó con atención, después cogió el sobre en la mano y consideró el dibujo del remite.

—Una serpiente que se dobla sobre sí misma sin cerrarse... —No le devolvió aquello con desprecio o indiferencia, como temía. Lo estudiaba como si no fuese un papel sino algo distinto. Pasaba el dedo una y otra vez por aquel signo trazado en el sobre, y su cara se contraía poco a poco en un gesto de extrañeza, quizás asco.

Le devolvió los papeles y se levantó alisando la sotana y pasándose la mano por el cabello, y al fin dijo:

—Aguarda un momento, te voy a enseñar una cosa. —Y entró en la sacristía.

Ella guardó el sobre en el bolso, no podía hacer otra cosa que esperar a aquel hombre. No sabía ni remotamente qué podía querer enseñarle, ni si le serviría para comprender lo que ocurría, ni mucho menos para ayudar a Xacobe. Una posibilidad tan remota de salvarlo.

El canónigo volvió a salir con un paraguas grande y algo que no fue capaz de identificar en la otra mano. Le hizo gestos para que lo siguiese y echó a andar por la nave hacia el pórtico, ella lo alcanzó. Él llevaba en la mano una llave grande de hierro y una linterna.

—Mira esa mujer... —le susurró al tiempo que le indicaba a una anciana peregrina. Llevaba puestas las mismas ropas con las que había hecho el Camino, un gabán salpicado por la espalda de gotas brillantes de lluvia. Rezaba de rodillas mirando aquel altar mayor resplandeciente—. Ay, los peregrinos del invierno..., ésos

son los mejores. O porque son más escogidos, o porque las penalidades que pasan hasta llegar aquí los purifican. Sacrificio... Mortificación... Ésa es la vía para llegar a Dios. —Ahora hablaba para ella con severidad, como con rabia.

—Ya... —Ella prefería no discutir eso.

—Renuncia, estudio, sacrificio... —seguía recitando—. Tú no crees en nada de eso. No crees en la religión.

Ella se encogió de hombros, no quería discutir con él en aquel momento.

—¿Por qué le tienen que pasar cosas... extrañas, a personas que no tienen Fe? — Se paró y ella se detuvo también, él la miró de arriba abajo. Volvió a caminar y ella lo siguió callada y desconcertada—. Quién sabe. Tomás de Aquino hablaba de un «sexto sentido». Quizá no todos lo tengamos... Las mujeres sois más propensas a recibir visitas, el ángel se le aparece a la Virgen. Y también a las mujeres que guardaban el sepulcro de Cristo en la Resurrección. Quizá las anunciaciones sean prerrogativa vuestra... Por el contrario, cuando el ángel visita a Jacob, luchan. Lo dejó cojo. El hombre sólo sabe rebelarse, luchamos, no sabemos abrazar. Llegaron al Pórtico de la Gloria; él, al pasar por el arco del medio, se volvió hacia el altar mayor e hizo una breve genuflexión con el rostro airado.

—Eres una mujer completamente común, disculpa la expresión. Una mujer como hay tantas, moderna, laica..., como todas hoy... No crees en nada. Y me vienes diciendo que a un amigo tuyo le pasan cosas extraordinarias. Y me traes ese sobre desagradable..., y repulsivo. —Abrió la puerta y la dejó salir a aquel lago de claridad grisácea que era en aquel momento la plaza del Obradoiro.

La niña gitana que pedía en aquella puerta estaba encogida en el portal aguardando a que clarease el día y viniese gente. Él abrió el gran paraguas y le indicó que se abrigase bajo él, ella tenía como vergüenza de ser su huésped. Descendieron por las escaleras de piedra y caminaron por la plaza hacia una puerta situada en los bajos de la catedral.

—Es como si a los que dedicamos nuestra vida al estudio de la Sagrada Palabra únicamente nos fuese dado traducir los significados de las Escrituras, hacer la exégesis, la interpretación. Como si fuésemos discípulos de un filósofo, Platón explicando a Sócrates. Parece como si a quienes menos lo merecen, a quienes no lo necesitan, ni lo buscan..., a éstos les fuese dado entrever misterios que a nosotros nos están vedados. Aunque sean misterios del lado oscuro, son cosas extraordinarias..., maravillosas, que confirman la existencia de lo sagrado. De un modo u otro manifestación de lo divino, epifanías. O aunque sea mera magia...

Ella, caminando bajo el paraguas castigado por toda aquella lluvia, atendía a su monólogo obcecado. Él hablaba mirando a la plaza asaeteada por la lluvia, como si fuese la obsesión de un loco.

Abrió con esfuerzo una puerta alta de gruesa madera. Entraron en un portal

reconstruido con losas nuevas de granito, había sido restaurado recientemente y aún olía a piedra nueva. Encendió una luz y cerró la puerta. En una estancia, atravesaron un desfile de figuras de piedra rígidas que eran réplica del antiguo coro del Maestro Mateo y subieron unas escaleras. Súbitamente quedaron atrás las paredes restauradas y las instalaciones eléctricas modernas, y se abrió ante ellos un espacio oscuro y con las viejas paredes de piedras gastadas y húmedas.

—Aquí no hay luz, estamos debajo de la catedral y con la humedad no hay instalación que resista. Además, tampoco se viene aquí a nada. Esto era la *buchería*, el almacén, la despensa, pero hace muchos años que no se usa y sólo sirve para guardar estas piedras viejas. —Encendió la linterna y paseó la luz por el lugar, que era hondo y ancho, numerosas lápidas, capiteles, piedras labradas, laudes de piedra, de mármol y de otros materiales... amontonados a los lados de un pasillo central que servía para llegar hasta un túnel al fondo, una oscuridad absoluta.

El canónigo se recogió la sotana con la mano para no mancharla al tropezar en las piedras cubiertas de polvillo y empezó a caminar cuidando de iluminar para que ella viese el camino. Olía a piedra húmeda, a tiempo antiguo, a sótano. El hombre empezó a buscar con su haz de luz por un rincón, entre laudes de granito. Al fin se detuvo en una.

—Acércate a ésa, ésa. Venga, anda.

No era necesario aproximarse, el foco alumbraba claramente la misma figura, un trazo gastado sobre el grano grueso de la losa de piedra. Se acercó e incluso adelantó los dedos para tocarlo. No era preciso hacerlo, era el mismo dibujo.

—Ya lo has encontrado. Por ahí hay otras parecidas. Vámonos de aquí, anda, que hay mucha humedad y aún vas a enfermar. Luego vas por ahí contando que te enfermó la catedral. Ya has visto lo que querías.

Salieron de aquella cámara oscura como si surgiesen de las tinieblas de otra época, de una época remota que se refugiase en el subterráneo, estratos de tiempo fosilizados por debajo del tiempo histórico de la catedral románica, barroca.

El canónigo abrió el portal y permanecieron allí asomados a la plaza del Obradoiro sin gente, como un lago de piedra cubierto de agua y barrido por ráfagas de viento. La luz no era luz diurna, era la luz de una hora que no correspondía ni al día ni a la noche, como si fuese de un tiempo húmedo nacido en el fondo del océano y que inundase el país y la ciudad.

—No sé si es la humedad o esa historia que me has venido a contar, parece que se me mete el frío en los huesos. —Y el canónigo Pardiñas se encogió en un escalofrío y se frotó los brazos mirando tanta lluvia ante sí.

—¿Qué significa ese dibujo?

—Pues tampoco pienses que es algo especial, viene siendo un signo de una cofradía de canteros que participó en la erección de la catedral. Cuando los

enterraban ponían únicamente un dibujo que aludía a su oficio, a su cofradía.

—¿Y por qué un pez?

—Eso te lo tendría que contar mejor un historiador... Tengo entendido que el obispado, que tenía el deber de mantener a los canteros, los alimentaba con una dieta a base fundamentalmente de salmones del río Tambre, los había hasta que hicieron el embalse en los años cincuenta, y también con truchas, lampreas del río Sar... Quizá sea una lamprea, ya que era lo que comían.

—¿Sin más...?

—Pues sí, sin más. No tiene por qué haber más explicación...

—En este caso la hay. No sé bien cuál, pero la hay, y si no, al tiempo. La lamprea es un pez vampiro..., como una cadena de animales, una forma de eterno retorno, o de eternidad. Y el círculo que se quiere cerrar..., lleva a la misma idea.

—Los canteros siempre han sido un gremio oscuro, de ahí acabó por salir la masonería. Ya en el Éxodo se deja caer la sospecha sobre ellos: «Si me haces un altar de piedra, no lo hagas de piedra labrada, pues al picar la piedra con el puntero la dañarías», algo así le dice Dios a Moisés en el Éxodo.

—Pues resulta gracioso, para mí Moisés es la estatua de Miguel Ángel Buonarrotti, con sus dos cuernos.

—Para ti la religión se reduce al arte. Sin embargo, el ser humano, y menos aún la divinidad, no cabe en una imagen. Las figuras inducen a creer que el ser humano redimido por Cristo puede ser abarcado con la vista. En parte, tenían razón los iconoclastas, tiene razón la Biblia, no deberían hacerse imágenes.

—Pues tampoco la Iglesia de Roma ha hecho mucho caso de esa advertencia contra las figuras y contra los canteros, viendo esta catedral que se levanta aquí.

—La Iglesia vive en el mundo y tiene que sortear sus peligros. En el mundo, el bien y el mal están cambiando de lado constantemente y la Iglesia debe adaptarse a eso... Los desafíos actuales a la Fe tienen un aspecto distinto que los de hace siglos. ¿Conoces lo que escribió Martín *el Dumiense*?

—He leído algo sobre él, no recuerdo. Me suena su nombre, nada más.

—Martín vino a la *Gallaecia* sueva, lo que él llamó *Gallisuev*, y encontró un país completamente pagano pese a que la Iglesia llevaba establecida aquí siglos. Y para combatir el paganismo escribió un tratado, *Tractatus pro castigatione rusticorum* o *pro correctione rusticorum*, que con los dos nombres aparece en dos breviarios distintos de Braga —hablaba despacio, ignorando el ansia de ella por llegar a alguna parte—. Es un sermón a la manera del *De catechizandis rudibus* de Agustín de Hipona, que pretendía combatir las prácticas paganas. Pues, una de aquellas creencias era el culto a las piedras, que aquí venía de muy lejos, en aquella época tenía la forma del culto al dios Wotan de los suevos. También en el Génesis se alude a doscientos ángeles lujuriosos que se abatieron sobre las hijas de los hombres; uno de ellos,

Azaz'el, fue sepultado en la piedra por el arcángel Rafael. Hay algo intrínseco a la piedra que la hace mala..., o peligrosa.

—Piedra, piedra, piedra... Cuánta piedra. «Y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...».

—Sí, no sonrías. Quiero decirte que esas creencias tuvieron una continuidad muy grande y que, muy probablemente, unos siglos después del sermón del Dumense una parte de los canteros que levantaron la catedral románica aún creían en la divinidad de la piedra, un poder que daba vida eterna y que tenía como uno de sus símbolos esa figura que acabamos de ver hace un momento...

—¿Y qué está ocurriendo entonces? ¿Anda por ahí un cantero de aquéllos molestando a este amigo mío...? No lo entiendo...

—Tampoco yo. Sin embargo, lo cierto es que me está perturbando tu visita... Disculpa, no es culpa tuya. Es como si en esta parte del mundo nunca hubiésemos conseguido salir de ese momento fundacional de la Iglesia, cuando los discípulos traen al Apóstol. El combate entre el *novum* de Cristo y los viejos dioses. ¿Sabes qué quiere decir el nombre de nuestro Apóstol? Jacob, «El que suplanta». Y eso hizo, suplantó aquí a los viejos dioses, a otro dios que adoraban en esta zona anteriormente, a los dragones, a la serpiente, a la divinidad de las piedras... Y, sobre todo, lo más perturbador es ese rostro del mundo, terrorífico. Como si la luz de Cristo no bastase para barrer las sombras del mundo. Has traído contigo un haz de tinieblas. ¿Sabes qué está escrito en otra lápida que hay ahí dentro? —indicó la cueva que almacenaba piedras tras ellos.

—No...

—«*Argina marinhou arria videme*», dice. Está escrito en la jerga de los canteros antiguos. «Cantero que dio vida a la piedra», el más execrable paganismo. ¿Qué clase de vida se puede sacar de la piedra que no sea muerte?

—Estoy confusa, no sé qué pensar... Escuche, supongamos que mi amigo es molestado por alguien que rinde culto a ese dios o a otra divinidad parecida. Supongamos que eso le da poder..., yo puedo atestiguar que esa gente tiene poderes de algún tipo que los demás no tenemos. ¿Qué puedo hacer yo?

—Hija mía, me preguntas cosas a las que no sé responder. La Iglesia hace mucho tiempo que renunció a la magia. Los tiempos del arzobispo Pedro Muñiz, que unió la religión a la magia y fue excomulgado, ya han pasado. Santiago no volvió a tener un arzobispo nigromante. Si el arzobispo se entera de esta conversación... La Iglesia hoy únicamente combate en el plano de la Fe. Si es cierto lo que dices de que existe un ámbito mágico y demoníaco, en ese plano yo no te puedo ayudar. Tienes que llamar a otra puerta en tu mundo secular... —De súbito recapacitó—: Aunque es mejor que no vayas a la policía. Ni se te ocurra. No vayas a relacionar la basílica con esas cosas de locos que me cuentas...

—¿Y entonces los exorcismos..., las bendiciones?

—Me parece increíble que digas eso, aunque ya estoy acostumbrado a escuchar cosas parecidas. Precisamente tú, que no crees en la Iglesia ni en su Fe, preguntas por su poder mágico... Qué contradicción. Eso de lo que me hablas, los exorcismos..., la Iglesia no excluye totalmente que puedan manifestarse formas del Mal en el mundo que aconsejen su estudio, pero eso, ahora mismo, son fantasías. Y la bendición es un rito que nos recuerda la protección divina sobre sus fieles. Su valor mágico..., digamos que es poco. Reside sobre todo en la devoción de quien la solicita.

—Ya. Ya veo. Sin embargo no entiendo tampoco su posición, si su fe es tan racional que ya no incluye lo irracional...

—Lo que tú llamas irracional cabe todo dentro del campo de la Fe.

—Si le digo que pienso que todo esto tiene relación con una conspiración contra la propia catedral, tampoco me hará caso. Supongo que, para usted, eso no cambia nada.

—La Iglesia lucha cada día abrazada al mundo, como Jacob con el ángel, para que su verdad prevalezca. No puedo comprender enteramente lo que estás viviendo, es inquietante. Pero también ese combate se libra desde la Fe.

—Por tanto, lo que yo traigo pertenece al campo de las tinieblas..., fuera de la fe. ¿A quién acudo entonces?

—Yo no te puedo ayudar, niña. Yo sólo puedo rezar por ti..., y ojalá tú pudieses hacer lo mismo, pues la oración ayuda tanto si los males están dentro como fuera de uno. Tienes que buscar auxilio en otra parte.

—¿Dónde?

—No lo sé, hablamos de un mundo que no es el mío. Acabarás en un brujo.

—Si me ayudase, iría allí inmediatamente.

—Yo, comprenderás, en esas cosas no creo. Y tú, que eres una persona con cultura, tampoco deberías. Mera superstición, paganismo para viejas...

El canónigo, con un gesto repentino, buscó en un bolsillo lateral de la sotana y extrajo un teléfono móvil, viendo la cara de extrañeza de ella, explicó:

—Son de esos que vibran sin hacer ruido. En la basílica tenemos prohibido que haya teléfonos encendidos. ¿Sí? —Y escuchó la comunicación. Su cara mostró sorpresa, la miró a ella fugazmente, como si lo que le estaban diciendo tuviese que ver con ella, su expresión pasó después a ser de abatimiento—. Estoy cerca, en otra parte de la casa, ahora paso por ahí.

Apagó y guardó el teléfono pensativo, después la miró.

—El *Codex Nigrum*, lo que tú estás buscando, se ha estropeado. Está completamente deshecho por el agua de la inundación. Tanta lluvia...

—¿Ve? Hay algo..., está pasando alguna cosa.

—Si es cierto que el Mal está al acecho y ronda el templo, nuestro Apóstol

mediará ante nuestro Señor para que nos proteja a todos. Y la Providencia seguirá sus caminos y usará sus instrumentos.

—Ya. Pero tengo la impresión de que no tengo tiempo para socorrer a mi amigo, el que está implicado en esto. Y también veo que usted no me va a ayudar en nada. No me importaría que me ayudase quien fuera... ¿Y si pruebo en un brujo?

Él se encogió de hombros y suspiró. Tenía las cejas arqueadas y en la boca un gesto de estupefacción.

—Haz lo que quieras, menos ir a la policía con esas invenciones.

Ella prefirió no informarlo de que en aquel momento el tal Ramírez ya estaba en comisaría.

—No tengo tiempo y necesito ayuda, cualquier ayuda para encontrarlo...

—A mí me han hablado del Resucitado..., aunque uno no quiera saber de esas cosas... Les he escuchado decir en confesión a algunas feligresas que es muy adivinador. Dicen que acierta muchas cosas que se le preguntan. Como comprenderás... yo, ni creo en esas prácticas, que me parecen para almas ingenuas, ni puedo estar de acuerdo con ellas. Ahora, allá cada uno, allá tú. Ya Martín de Dume prevenía contra ellos en su tiempo, denunciaba que eran engaños de los demonios... Y ahora, aquí estás tú. Quién sabe...

—¿Quién sabe qué?

—Nada, todo. Cuando nos despedamos olvidaré esta conversación, será mejor que no vuelvas a hablar conmigo. Apareces para que yo piense que hay una parte del mundo que no abarca la religión, como si el Evangelio, la Salvación, nunca hubiesen ocurrido... En el fondo, todo lo que me has estado diciendo es blasfemia. Como es blasfemia la magia, las hechicerías...

—¿Sabe dónde vive ese hombre?

—Pues ya te he dicho que precisamente es el hermano de esa viejecita. Viven en una casita en el barrio de Conxo, junto a la vía del tren, pegada al río Sar. Pregunta allí por ellos, son de allí de toda la vida y todo el mundo los conoce. El ya debe de estar muy viejecito, no sé si sigue consultando...

—Iré. No tengo nada que perder. Ya que usted no me ha sido de gran ayuda...

—No puedes pedirle tanto a la Iglesia, a fin de cuentas tampoco tú le das nada a ella.

—Aunque no sirva de mucho... —Ella sacó avergonzada el rosario que le había dado el cofrade—. No me pregunte qué hago yo con un rosario..., me lo regaló su amigo Ramírez. Lo que le pido es que le eche su bendición. Supongo que eso puede hacerlo, ¿no?

—Si tú no crees en esas cosas, mujer...

—Mal no le hará. Ande..., le aseguro que hay algo de maligno en todo esto.

—Está bien. —Y sus manos hicieron unos movimientos expertos sobre el rosario

que ella sostenía en la mano mientras bisbiseaba algo que ella no entendió—. Que tengas mucha suerte, yo he de rezar por ti. Mira, ya escampa.

Queridos hermanos cofrades, cuánta zozobra no había en mi alma conturbada por aquella prueba a la que me sometió Nuestro Señor. Y pensé, como santo Job, «quién me diese volver al tiempo de antaño, cuando Dios me guardaba», pues como Job, o como Cristo en la víspera de su Pasión, también yo quise, primero, escapar a aquel trance al que el sufrimiento sometía mi Fe. Es verdad que la Biblia nos ofrece ejemplos para todas las situaciones en las que nos podemos llegar a ver. Hay verdades terribles en la vida, como son los ejemplos de que Dios está lejos, a veces incluso parece que se aleja demasiado. ¿No es así, pues, cuando es él mismo quien desencadena las desgracias de Job apostando con Satán a que no es capaz de arrastrarlo a su condena? Como si Dios jugase con sus criaturas. Son ejemplos desconcertantes que cuesta explicar, quizá lo resuma esa expresión común de que Dios escribe con renglones torcidos, haciéndonos difícil la lectura.

¿Y no deberíamos frecuentar más la lectura de la Biblia en nuestra Cofradía? Pues parece que el católico común le tema a ese libro sagrado, conformándose con el Nuevo Testamento y dejando el resto para protestantes y judíos. Es verdad que su lectura a veces lo deja impresionado a uno, e incluso desconcertado, pues los rostros de Dios son varios en su libro y nos cuesta comprender que Yahvé le dé instrucciones a Moisés sobre la menstruación de las mujeres, pongo por caso. En concreto, que ordene que se mantenga aislada durante siete días a la que tenga el período.

Uno desconfía de la mujer, pero eso es un poco exagerado y supongo que habría que entenderlo en un sentido figurado, digo yo. Además, ese tipo de normativas hoy serían muy complicadas de llevar a cabo, pues habría que despedir a muchas mujeres de sus trabajos y los industriales no lo tolerarían, conduciría a una mayor separación de la Iglesia respecto de la sociedad, ya que ésta está tan secularizada; casi diría irremediablemente secularizada, si no fuese derrotismo. Además, una normativa como ésa crearía pequeños trastornos en cada casa, imaginemos que nuestras madres, esposas, hijas, no colaborasen durante siete días de cada mes en las labores de la casa. Cundiría el mal humor entre los católicos, no nos engañemos.

Y no digamos, por seguir con la Biblia, lo que nos cuesta entender a Yavhé, cuando él mismo mata a todos los primogénitos de los egipcios para que el faraón se ablande y les permita marcharse a los israelitas, cuando manda pasar a cuchillo a los

pueblos enemigos o hacer esclavos a las mujeres y a los hijos. O cuando le dice a Abraham que le ofrezca a su hijo Isaac en sacrificio. Estas cosas no serían comprendidas hoy por las organizaciones de los derechos humanos, ni toleradas por la ONU. Son cosas muy duras, aunque hay que verlas en el contexto de su tiempo, que también era muy duro. Sin embargo, aunque la Biblia tenga cosas desconcertantes, su lectura es muy iluminadora y a mí, en aquella ocasión, me brindó el ejemplo de Job.

Y, como Job, yo padecía en aquel despacho de la comisaría los padecimientos del alma y del cuerpo, pues mi cuerpo lastimado y débil se quejaba y yo me sentía mal. El inspector había vuelto a dejarme a solas en su despacho y yo me asomé a pedir un vaso de agua a algún guardia que estuviese en el pasillo, pues mi cuerpo demandaba beber. Sin embargo no había nadie por allí, y aproveché para ir hasta el servicio de caballeros y beber del grifo y deshacerme después de los líquidos que le sobraban a mis pobres riñones. Tardé un poco, pues tuve que completar la faena, y cuando salí ya me estaban buscando alarmados el inspector y un agente por los pasillos y despachos. Al verme, parecieron aliviados. Estuvo bien que vieses que yo estaba allí a disgusto, igual que había ido al servicio podía haberme escapado.

El inspector me recriminó que hubiese desaparecido. Yo le contesté que era una persona enferma, padecía insuficiencia renal crónica y necesitaba cuidados y, sobre todo, ser tratado con consideración. Aquello le impresionó. Y fue como si la reciente muerte de su tío, sumada a lo que acababa de decir, lo hiciese reaccionar y recapacitar como una persona civilizada, o como un cristiano cabal. Y se mostró preocupado, me preguntó si necesitaba algo que estuviese en su mano, alguna medicina. Le contesté que lo único que necesitaba era que me dejase ir en paz, como en paz había entrado en aquella comisaría por voluntad propia. Él me respondió que aquello no iba a poder ser, tenía que hacer aún alguna averiguación en torno a mi declaración. Yo comprendía que aquella orden de no dejarme salir era para que no estorbases en la reunión de la Cofradía que tendría lugar aquella tarde, así que le sonreí con escepticismo y le dije que, si quería, podía acompañarme en el rezo del rosario, pues era lo que yo pensaba hacer en aquel momento y me parecía que a él también le vendría bien. Él no aceptó mi invitación y se marchó.

Cerré los ojos y me dirigí a la Virgen María, que es madre y es pura, y vela por todos sus hijos y nunca me había fallado en un trance. Mis dedos acariciaban aquel modesto rosario.

Nunca había pensado mucho en el tema del precio en relación con los objetos sagrados, aunque en el fondo siempre había intuido que no podía tener el mismo valor una cosa que otra, no podía ser tan del agrado a los ojos del Apóstol o de Dios una figura trabajada con arte en plata blanca y negro azabache por mis manos devotas, que una réplica hecha de molde o de troquel en una industria anónima. Pues

la misma empresa que hace figuras religiosas de plástico, con la misma máquina o con otra parecida, hace también cualquier figura pagana; incluso, sin faltar a la verdad, puede hacer esas caretas burlonas y demoníacas que usaba la gente aquellos días. E incluso no exagero si digo que podrían, sacrilegio sobre sacrilegio, fabricar esos objetos pecaminosos y grotescos que venden en los sex-shops. Las máquinas no tienen alma. Así que cómo se podían comparar las obras de las máquinas con las obras de un espíritu devoto.

Aunque uno también ha comprendido siempre que hoy somos muchos millones de cristianos en el mundo y hay que proveerlos de objetos religiosos. Por otro lado, en ésta era de las máquinas, los oficios casi han desaparecido. Piensen los hermanos, como una cifra indicativa, que la antigua Cofradía de Azabacheros, que después fue fusionada con la de los Caballeros Cambiadores y otras en la Cofradía del Sepulcro Apostólico —a la que siempre me he honrado en pertenecer y a la que pienso seguir perteneciendo por encima de todo—, pues aquella Cofradía tenía más de mil miembros cuando se fundó hace seiscientos años. Retengan el dato, imagínense, figuras salidas de nuestros talleres que llegaban de vuelta a los lugares de toda Europa de donde habían partido los peregrinos. Comprenderán mi preocupación por el rumbo de un planeta en el que las máquinas le ganan el sitio a los humanos, que viven en un mundo deshumanizado. Pensando en eso uno se siente como un animal en vías de extinción. Cuanto más nos adentramos y encerramos en el mundo creado por los humanos y las máquinas, más nos alejamos del mundo de Dios, de la Creación. Aunque no sé cómo escapar de ese dilema pues, como he dicho antes, ese mundo moderno necesita más que nunca de la palabra divina y, precisamente, no se puede actuar en él si no es a través de las máquinas. Es una contradicción que nadie me ha sabido aclarar hasta el día de hoy, pues es como hacerse pecador para salvar a los pecadores, o algo semejante. Aunque ése es el ejemplo de san Agustín, que fue santo gracias a que antes fue pecador, y consiguió la santidad por la vía de la confesión con Dios.

Yo ya tenía esa idea de que las cosas corrientes no son como las buenas, ya se sabe aquello de «La buena vida cuesta dinero; la hay barata, pero no es vida». Pues este prejuicio mío se vio confirmado en aquella ocasión ya que aquel rosario diminuto no me ayudó en nada para la oración, por más que lo bañase en agua bendita, y la Virgen mediadora y consoladora me pareció lejana y ajena. Que Dios me perdone como perdonó a san Agustín.

Por mis ojos cerrados pasaban imágenes de mi infancia, marcada por la enfermedad, de mis padecimientos, de la muerte precoz de mi madre, de la desgracia de mi hermano..., tantas cosas tristes. Y mi espíritu se torturaba con la pregunta de por qué le tenían que pasar aquellas cosas a los justos, a los inocentes, mientras los más inicuos disfrutaban de fortuna y de buena salud. Y recordaba tantos malos

cristianos, entregados a todo tipo de vicios, pues cada vez hay más, y repasaba mis cuitas, las humillaciones sufridas, las heridas en mi cuerpo. Y eran tantos los padecimientos, que mi espíritu se asfixiaba falto de aire y sentí que descendía a las profundidades de la noche del alma. Como si me ahogase en un pozo hondo y oscuro que estuviese en el fondo de mí mismo. Visto ahora, bien entiendo que fue una prueba que me puso Dios y en la que sucumbí, pues hasta mí no llegaban los rayos de su claridad.

Repasando el contexto en el que ocurrió todo y reflexionando sobre la debilitación de los mecanismos religiosos de prevención, recuerdo que en el tiempo que pasé en aquella comisaría, probablemente una o dos horas, no oí nunca las campanadas de nuestra santa catedral. Seguramente que el viento, soplando de abajo, se llevaría el sonido para el lado contrario a aquel en el que estábamos nosotros. Aun así, antes, con la campana vieja, por muy resquebrajado que estuviese el bronce últimamente, las campanadas se oían en todas partes. Esta campana moderna suena como amortiguada y carece de resonancia. ¿Tuvieron que ir a encargarla tan lejos, a Holanda, para traer esta mala copia de la anterior? Hay artesanos más cerca que la hubieran hecho mejor. Aunque conozco de sobra que los oficios locales son los menos estimados, bien lo sé yo. Esto viene a cuento porque estoy seguro de que, si las campanadas fuesen como es debido, inundarían aquel despacho como una vibración santa, socorriéndome, y yo no me habría sentido tan débil. Si hubo campanadas, para mí estuvieron vacías.

No guardo memoria de lo que ocurrió después hasta que recuperé la conciencia mientras me llevaban en una camilla por un corredor de hospital, estaba en Urgencias. Recuerdo también estar enchufado a las máquinas y, en algún momento en el que estaba consciente, antes de volver a perder el sentido, una lucha tremenda dentro de mí entre la desesperación y la Fe. Y quizás en aquella ocasión el rosario, por pequeño que fuese, me fue de utilidad, pues seguía allí prendido en mi mano, se veía que lo tenía bien apretado, y recé una salve antes de desvanecerme. Y ese momento, ese agarrarme al clavo de la oración, de la esperanza, pienso que fue lo que salvó mi alma. Quizá si llego a entregarme a aquel sentimiento de desesperación..., en ese caso mi alma se hubiese condenado en aquel preciso momento. Y quizás al alma le siguiese simultáneamente el cuerpo, experimentando así, en un único tránsito, la muerte primera y la muerte segunda, la del cuerpo y la de los condenados. Aquel rosario y el hábito de la oración me salvaron seguramente de esa segunda muerte, sobre todo el hábito de la oración, bendita costumbre.

Cuando desperté de aquella especie de muerte o descenso a las tinieblas del alma entraba por la ventana un alegre rayo de sol que bañaba la pared del cuarto de hospital. Una vez que me pude levantar, vi en el pasillo a un niño también ingresado en la zona infantil. Estoy acostumbrado a ver de todo, los hospitales son como mi

casa, voy allí cada semana y frecuentemente paso días en ellos, siempre acabo por volver, pero aquel niño me conmovió. Seguramente porque venía yo de vuelta del otro lado, era una resurrección que no comprendía; hace un poco casi muero y ahora estoy aquí otra vez sin causa o explicación, pensaba yo. Pero aquel niño consumido por la enfermedad estaba en él, permítaseme la expresión, filo de la navaja, entre la vida y la muerte. Y a lo mejor por eso veía tanta vida en él, cómo le brillaban aquellos ojitos negros como azabache cuando una enfermera pasó, y cómo se rió cuando ella lo llamó por su nombre y le hizo una monada. Aquel niño lo sabía todo, sabía el sentido de la vida y de la muerte. A esos que tanto preguntan por eso y hacen cabalas les habría bastado con mirar al niño, y verlo con ojos limpios.

Dicen que es el amor lo que mueve el mundo, el amor de los esposos, o de las parejas que llaman «de hecho» que tanto abundan ahora como una forma nueva de matrimonio pagano, de ese amor nacen los niños. Aunque no siempre se le puede llamar amor a eso, pues ¿cómo separar el amor marital o sexual de la lujuria? Con razón la Iglesia y nuestro santo padre desconfían del sexo, pues cegados por la pasión y víctimas del ardor de la carne cómo saber dónde acaba el simple deber conyugal y dónde empieza el pecado. Sin aludir a los que ya de antemano están en pecado. El caso es que, amor o lujuria, todo eso crea la vida. Y todos en nuestra vida, en general, procuramos el amor o el placer de un modo u otro. Pero ¿y el dolor? ¿Qué papel juega el dolor en todo eso? El dolor es lo que excretamos estas máquinas que consumimos amor, placer. No hay vida, no hay amor ni placer sin dolor. Eso es lo que yo pienso al respecto. Aquel niño hospitalizado sabía el valor de la vida porque conocía el dolor, la muerte.

Aquel pequeño fue como una lección para mí y comprendí la importancia de que yo estuviese allí de regreso, vivo y resucitado. A veces, cosas insignificantes significan mucho para uno. Aquel chiquillo alimentó mi esperanza y mi Fe. Fui a mi cuarto y cogí de nuevo el rosario. Acababa de experimentar un milagro, había resucitado. Como Lázaro.

Había pasado muchas horas sin conocimiento según supe más tarde. Y también pude saber después algo de lo que ocurrió mientras estaba detenido y luego hospitalizado. Efectivamente, habían conseguido apartarme de la circulación, sin embargo mi inesperada ayudante de investigación, Celia, fue un instrumento providencial que vino en mi ayuda con eficacia y a la que siempre le estaré agradecido. Ella, posteriormente se mostró reservada sobre los hechos acaecidos, como si fuese algo personal y no una cosa más general en la que ella fue meramente un mecanismo incidental, pero el canónigo Pardiñas me dio la pista del Resucitado y fue este mismo individuo quien me refirió su entrevista con dicha mujer, la tal Celia.

Diré que, si no fuese porque sé que las ideas y prácticas del Resucitado están lo más lejos posible de lo que es ser cristiano, al verlo y escucharlo uno pensaría que

estaba ante un hombre santo. Tal es la serenidad que hay en él. Incluso su avanzada edad, acompañada de la buena salud que aparenta, parece un signo de su santidad. Y eso lo refuerza su aspecto, recio, de caminar tieso a pesar de los años. En fin, diré que cuando acudí a él, primero me contempló como si pudiese ver dentro de mí y después me mandó pasar a su humilde casa junto al río, pegada a la vía del tren. Casi donde está él se cruzan la vía y el río, como si fuesen dos caminos, y creo en este momento que a lo mejor es un sitio adecuado para su profesión de brujo, pues dicen que los cruces de caminos son lugares propicios para la magia.

Sobre el famoso tiro que le entró por una sien y le salió por otra diré que, si no lo sabes, no te fijes en la marca que le dejó, seguramente porque han pasado ya tantos años que la cicatriz se ha ido borrando. De todas formas, yo no puedo ni afirmar ni negar que aquel hombre tenga poderes mágicos de algún tipo, pues no solicité sus servicios.

Aunque a veces me viene al pensamiento la idea de acudir a su encuentro y que me dé su abrazo. El tiene ese modo de curar a la gente, de sacarles el mal que lleven dentro, e incluso de adivinar cosas que hay en uno. En fin, ya se sabe, son las cosas que se dicen de él. De todos modos reconozco, ya digo, que a veces me he sentido tentado de ir allí y que me saque la insatisfacción que me hace padecer tanto. Ya no hablo de los padecimientos de mi cuerpo. No obstante, como no ignoro que va contra nuestras creencias, seguramente no iré nunca. Con toda seguridad. Uno no debe servirse de esas supersticiones, pues en el caso de ser verdaderos esos poderes, ¿de dónde vienen, de Dios o del lado del Mal? Siempre hay ahí una ambigüedad que no es buena, pues por esa indefinición, que dicen que es tan típica de los gallegos, es por donde se cuela antes el demonio, o como queramos llamar al lado de las tinieblas.

Quien sí demandó sus oficios fue Celia. Aquel hombre me relató cómo ella había llegado allí empapada de pies a cabeza, pues aquél no era día para andar por aquellos parajes en los que no había más que fincas y alguna que otra casa, y en un día así la lluvia galopa en el aire. Él percibió que era alguien que acudía allí como si fuese la última carta de la baraja, así me lo dijo. Así que la acogió como un buen samaritano, la sentó junto a la cocina económica para que se secase, mientras su hermana, que viene siendo la ancianita que va a limpiar la cripta de nuestro santo Patrón desde hace años, le preparó un café con leche con unas gotas de aguardiente para que no cogiese un catarro. Esperaron a que entrase en calor para preguntarle qué buscaba allí.

Ella, por lo visto, le enseñó aquel sobre que ya me había mostrado a mí antes y parece ser que él, nada más verlo, advirtió que era alguna cosa maligna. Dijo que, sin tocarlo, sólo con verlo, había sentido en el pecho como un frío. Ella le preguntó si le podía decir de dónde había salido, o de quién. Si podía indicarle un lugar. Y entonces él no tuvo más remedio que cogerlo en sus manos, aunque no quería. Y después de tenerlo sujeto se levantó rápidamente y fue hasta la cocina y lo echó al fuego para que

ardiese, y el sobre se quemó sin hacer llama. Luego él recogió aquellas cenizas y salió fuera y las echó al río que discurre por allí y que fluye hacia el mar. Y cuando volvió a entrar en la casa, habló. Le dijo que había una cosa parecida a un hombre, que no era un hombre, y que era algo así como un vacío, como una piedra brillante, una piedra que tuviese hambre, que se tragase lo que había fuera. Y que estaba en aquel momento en la ciudad, en una iglesia vacía. Eso fue lo que me dijo que le había dicho. Y ella inmediatamente quiso ir a aquel lugar, fuera lo que fuese lo que allí había.

Dijo que él no le había sabido precisar más, aquello fue lo que había sentido, lo que había visto. Y que aún hoy conserva en los dedos la quemadura que le produjo el contacto con el sobre, eso me dijo y me enseñó unos dedos quemados. Bien sé que cualquiera se quema los dedos teniendo una cocina de hierro en casa, recuerdo cuando la había en la mía, antes de la cocina de butano. Aun así, por qué me iba a mentir a mí.

Él no sabía decirle nada más y ella se desesperaba, decía que estaba teniendo un mal presentimiento, que no quedaba tiempo y no sabía qué lugar podía ser aquél. Fue entonces cuando la hermana de aquel hombre, la vieja que limpia la cripta, recordó que la iglesia de San Fiz de Solovio, que es tan antigua, estaba en obras de restauración y que por lo tanto se hallaba sin culto y vacía. Y que ella se agarró a eso y ya quería pagar para marcharse y él no le quiso cobrar, pues había una tristeza muy grande en todo aquello y no le cogió su dinero para que no quedasen restos de aquel asunto en su casa.

Me contó que cuando vio aquel sobre delante le vino a la memoria inmediatamente una cosa que había visto siendo joven. Cuando los falangistas lo sacaran de la Falcona, la cárcel local, con idea de pasearlo, en el mismo grupo en que iba había también un hombre que él no conocía más que de vista. Al hombre no pareció importarle mucho que los llevaran camino del cementerio de Boisaca, en donde los pensaban fusilar. Y, en cuanto llegaron, los arrimaron a la pared y empezaron a dispararles. A él, al verle el tiro en la cabeza ya no lo remataron, pero estaba vivo y con los ojos abiertos, y así, inmóvil, vio cómo aquel hombre extraño se levantaba y se marchaba caminando como si tal cosa. Y un cura que había ido a dar la extremaunción lo vio y no se atrevió a darle el alto ni a abrir la boca. Él, aquella noche comprendió que había gentes extrañas, distintas, y, desde entonces, a veces le parece ver signos de esos seres. Eso dijo.

Cabe la posibilidad, naturalmente, de que todo sean imaginaciones supersticiosas de una mente que fue alcanzada hace tiempo por un disparo y que desde entonces está perturbada y conserva memoria de cosas mágicas y disparatadas. No obstante, ya digo, me pareció un hombre cabal y sincero. A mí, que soy un cristiano entregado, me gustaría parecerme a él —que sigue siendo ateo y enemigo de la religión— en esa

serenidad que irradiaba cuando me hablaba. Por otra parte, su relato confirma mi investigación.

Sin embargo, sé también que mi lugar está entre mis hermanos de la Cofradía y por eso estoy dando todas estas explicaciones pormenorizadas acerca de los sucesos ocurridos unos meses atrás en nuestra ciudad.

Ojalá que mis hermanos actúen con misericordia y justicia, y anulen mi expulsión. Prometo que, por mi parte, no le volveré a causar ningún tipo de trastorno a la Cofradía, ni a ninguno de sus miembros.

Libera me

Ella se había deshecho hacía ya un rato del paraguas, vuelto del revés e inservible por el viento furioso, y había avanzado, bajo el vendaval y la lluvia, primero por las calles del Ensanche de la ciudad, calles angustiosas que formaban un nuevo laberinto sin centro, un eco lejano de la ciudad antigua, y luego se había internado en las losas del laberinto de la zona vieja. Había ido cesando la lluvia y el viento, y el aire denso y húmedo se había quedado inmóvil, haciéndole sentir a ella su cuerpo mojado bajo las ropas empapadas, como si caminase desnuda, sin ropa. En su mente habían dado vueltas primero las imágenes del miedo, las preguntas sobre la naturaleza de lo que la esperaba, después, poco a poco, su mente enfebrecida había ido calmándose y había sido ocupada por una expectativa, una entrega al momento que la aguardaba. Como si fuese una celebrante en una ceremonia religiosa, en una misa final, y avanzase entonando «*Réquiem in aeternam dona eis, Domine.*»

Siguió caminando. Después de la estatua del rey asturiano que descubrió el sepulcro, dejando atrás la casa de Xacobe, allí estaba la iglesia vacía. Avanzaba hacia ella sintiendo que aquel lugar la estaba esperando y se le abría. Sobre el portal, el tímpano con las figuras románicas de la Epifanía, la puerta entornada. Empujó la pesada madera y penetró en la estancia vacía. Allí todo era silencio. Vacío como si el aire se quedase en la puerta, y no había eco ni cosa viva alguna, como si de allí hubiese sido expulsado el tiempo y la vida. Un bulto, una figura permanecía inmóvil, casi imperceptible contra el fondo de piedra del ábside, hasta que ella la distinguió y entonces se hizo de una visibilidad tan intensa que obligaba a mirarla y lastimaba la vista. La figura empezó a hablar y ella la escuchó desde donde estaba, como si las palabras que exhalaba estuviesen siendo pronunciadas a un metro de ella.

—Nada. Nada me espera, me espera la nada. Permanecí en el vacío y por delante sólo está la nada. Todo acabó. Se acabó mi juego, se acabó toda esperanza. ¿A qué vienes, mujer? Nada vienes a buscar, pues nada hay. También a ti te espera tu porción correspondiente de nada. Pasa y contempla la derrota.

»Lo que tú buscabas no está y lo que yo he buscado tampoco está. Tu amigo, mi siervo, ha muerto; y matándose le ha puesto fin a mi obsesión. Todo ha concluido hace poco en un lugar de la costa, en un precipicio a orillas del océano. Allí se diluyeron también las cansadas y remotas cenizas de mi hijo, esos restos de los que

fui centinela y vengador y que tu amigo me arrebató y se llevó con él. Y con esas cenizas esparcidas en medio de tanta agua se disuelven las raíces de mi propósito. Mi derrota y mi fin llegan con ese cuerpo ahogado de tu amigo, tu amigo ahogado en Fisterra, con los ojos abiertos. Su traición es mi final. Éste que tienes delante es un ser vencido. Este monstruo se deshace, siento ablandar mi dureza.

Ella supo que era cierto, Xacobe había muerto. Se dio cuenta de que, antes de entrar allí, ya lo sabía. Hubiese querido ser capaz de llorar, pero era como si en aquel lugar algo le estrangulase los sentimientos nada más nacer.

—Me venció mi propio mal, el mal de la piedra. El poder que me alimentó creció demasiado, el poder del mineral, de lo inanimado. Ese poder, que me ha mantenido fuera del tiempo, está ahora esparcido por el mundo.

—¿Qué es? ¿De qué..., de cuándo eres...? —se atrevió ella a interrogarlo con horror.

—... De tan atrás..., sea el tiempo que sea, estoy fuera del tiempo. Soy de otro mundo, un mundo desaparecido, asesinado. Lo hemos destruido entre todos, matado por tu mundo. El tiempo suplantó al tiempo. Hasta llegar a este presente sin futuro.

»Yo salí de un tiempo en el que esto era un lugar. Esta misma iglesia, yo la recuerdo cuando estaba viva, fue un templo sagrado entre un bosque basto y poderoso, el mundo era todo él un lugar terrible y misterioso, desde aquí puedo verlo bien, allá lejos. ¿Y qué es hoy? ¿Qué habéis hecho de él, suplantadores?

»Tú me temes, me miras con horror y repugnancia, pero sois vosotros quienes habéis alimentado el mundo con la energía de la piedra, el fluido mineral que recorre todo vuestro mundo muerto. El aire que respiran vuestros cuerpos está apestando de ondas confusas y mensajes inaudibles, y la tierra la habéis sustituido por imágenes en una pantalla muerta. La piedra, a la que me he entregado para pervivir fuera del tiempo, al fin ha extendido su frío imperio.

—No sé bien de qué hablas, pero seas lo que seas yo te abomino, en ti sólo veo maldad. —Y ella entreveía un rostro en la penumbra, pero su mirada estaba vacía y todo éste era como una máscara.

—Mírate a ti misma. También tú trabajas para el frío mineral, todos trabajamos para la luz oscura. La luz que hace palidecer, que te vacía, que te hace vivir fuera de ti mismo. También tú trabajas para alimentar el mundo de vuestras cámaras y pantallas.

»La maldad..., solamente los humanos mortales sois capaces de maldad. La maldad es vuestra condición. El mal sólo es posible entre humanos, entre vosotros que vivís juntos en el tiempo y apretados, y precisáis leyes y reglas para soportaros, allí existe vuestra moral, ese bien y mal vuestro tan miserable.

»Yo estoy solo, fuera de todo lo humano. No me aborrezcas, espántate más bien, pues no es la mera maldad lo que hay en mí, es el vacío. Un vacío absoluto. El vacío

está en mí y yo lo traslado conmigo. Este precio he pagado por escapar a la muerte, y por pretender seguir mi camino hasta el fin, sobrepasando el fin. Tú tienes miedo de la muerte, bien lo sé. Todos los humanos saben esa lección, aunque ignoren que la saben. Llega el niño al mundo y ya la trae aprendida, ya llora ante su intuición. El alma humana sabe lo esencial, llorar ante el conocimiento de la muerte. La angustia de ese conocimiento. Yo conocí la muerte, no en mi carne. Ay, si hubiese sido en mi carne... cuando aún estaba viva y podía morir. Fue en la carne de mi carne. Aquel niño era alegre, era como si hubiese olvidado ese conocimiento secreto y cierto, justo para que le llegase la hora de la muerte en el momento inesperado. Ay, yo he conocido la muerte sin haber muerto. Y no detuvo a la muerte ni la religión, ni el Apóstol, ni Dios.

—No sé quién eres, pero te abomino...

Fue como si la golpeasen en su espíritu, sintió un impacto de desánimo, de tristeza. Supo que era él quien la castigaba, quien la golpeaba por dentro, pero también comprendió que no había empeño en eso, que no tenía la misma intención que lo que le había hecho la noche anterior. Era más bien como si simplemente le hubiese contestado discrepando. Pero a ella le fallaron las piernas y cayó de rodillas, los brazos flojos y sin fuerza.

—No abomines tanto. Aún te nacen sentimientos en ese pecho blando de mujer, todavía sientes en mi presencia que enfría la carne y ahoga la esperanza. Tienes sentimientos..., eso es que albergas esperanza. ¿Esperanza de qué? ¿Qué conocéis las mujeres que desconocen los hombres? Mujer..., mujer tenías que ser. «Gracias, Dios mío, por no haber nacido mujer», dicen las Escrituras... Si tuviese sentimientos te odiaría, te llamaría churriana, puta, furcia..., tendría asco de ti, de tu carne. Pero únicamente contemplo en ti el espectáculo de la vida. Nuevamente el espectáculo de la vida. Repetido. Perenne.

»Mujer, sois verdaderamente la tentación de la carne. La carne lujuriosa para los hombres. La carne fecunda, que envuelve a la vida. No es extraño que los hombres os busquen, buscan eso. La carne del hombre es seca y lleva el veneno del instinto feroz dentro, es carne infectada de desesperación, de muerte. Los hombres se agarran a vosotros y os montan para buscar vida, vida que los aparte de la muerte segura.

»Yo tuve fe en las imágenes, creí que las imágenes tendrían encerrada la vida en su interior. Y la tenían, tenían esta forma de vida a la que me he entregado. Aposté por la distancia, confié en la piedra, en el frío, en su poder para sobrevivir a la muerte. Tú eres carne de tacto, yo me entregué a la vista. Mi tacto está muerto, cuanto más desaparecía mi tacto más alcanzaba mi vista. Y por eso modelé imágenes. Y, después de todo, los humanos, los vivos, no podéis competir con las imágenes. Sois sombras y sólo momentáneamente ocupáis espacio. En verdad que estáis siempre en peligro de desvaneceros como una sombra, justo es que le temáis a la

muerte. Desapareceréis de la tierra y permanecerán las imágenes, las sombras en las pantallas alimentadas por máquinas. La duración sólo es posible fuera de la vida. No me mires con esa cara de aborrecimiento...

—No te aborrezco por todo eso que dices..., ese discurso estúpido, esa apología de mierda... Te aborrezco simplemente porque me has quitado lo que la vida me entregó, justo en el momento en el que me lo daba... cuando ya no esperaba nada... Y me dejas con las manos vacías. Sin esperanza alguna...

—¿Por qué habías de tener tú esperanza si no la he tenido yo? Mujeres que sangráis, sois un manantial de sangre que brota cada mes... La sangre, ese fluido tan especial de los mortales.

»Ay, estás preñada, veo que estás preñada. Tú aún no lo sabes, pero estás fecundada... Y decías que no tenías esperanza alguna...

—¿Qué me estás diciendo? Presencia abominable, me das miedo, y asco. Es como si tu pensamiento se metiese en mí y me revolviere por dentro.

—Al fin has conseguido lo que pretendías, has roto el círculo en torno a mi siervo... Y ahora estás fecundada... Qué fuerte es tu debilidad, puta más que puta. Y ahí estás ahora, ya recorrida, sin saberlo, por los humores que alimentarán a un hijo, una hija. Yo podría, ahora mismo, acabar contigo y con lo que ya ha prendido en tu vientre. Esa criatura que te nacerá dentro y se alimentará de ti, que saldrá llevándose con ella una parte de ti. Te nacerá la criatura y habrás perdido un pedazo de ti misma. Y alegraos de eso..., de trocearos, de partiros y difundiros fuera de vosotros. Mujeres, cómo se os puede entender... No se puede, verdaderamente sois de una raza distinta a la de los hombres. Algún ángel lujurioso ha sembrado en carne humana. E infestáis el mundo de gentes.

»Pero no voy a hacerte daño, vivirás y tendrás a tu hijo. Será niña. El hombre que fui también tuvo un hijo... No morirán más niños por mi mano. Si mi corazón no estuviese seco, tendría lástima de tantas cosas... Hice cosas que tú llamarías terribles... No tengo pena de ti... Contemplo que mi afán está en ruinas.

Afuera sonó la campana de la catedral y fue como si el sonido se detuviese en la puerta. Pero él le prestó atención como si ésta tañese únicamente para él. Siguió sonando hasta dar las ocho.

—Me llama la campana. Ahora quedará libre. Ya nunca más se verá presa por el viento, nunca más dará la hora trece. Tocáis por mí. Voy. Es el momento de regresar, el momento de cesar. Cesará todo, la memoria, los recuerdos, los afanes. Quizá cesar sea el camino.

—Cabrón, cabrón, cabrón... Has matado mi ilusión... Y ahora me dejas aquí, confusa... —balbució ella de rodillas, sin fuerza para levantarse, para gritarle alguna cosa.

Poco a poco fue como si fuese entrando aire en la iglesia vacía, como si la luz

volviese de nuevo a proyectar sombras, como si de fuera empezasen a llegar los ruidos de la vida.

Más tarde se asomó a la puerta un hombre con un chubasquero de trabajo y un casco de operario, ella vio cómo se le acercaba y la ayudaba a levantarse.

—¡Eh! Venga, venga. Qué ha pasado, qué ha pasado...

—Nada, no ha sido nada. Debí de perder el conocimiento... No es nada. Me debió de dar un mareo... Vi la puerta abierta y entré a guarecerme de la lluvia... —explicó—. Ya me voy, ahora no llueve...

—Vaya al bar de enfrente y tómese algo...

Y allí estaba una vez más, de vuelta en casa. Sin el hijo en brazos, sin nada en brazos. Con las manos vacías y rendidas. De regreso en casa no para morar, sino para entregar los restos vencidos.

Apóstol, que estás a los pies de Cristo triunfante, escárneceme como me escarnecieron tus clérigos, tú que ahí arriba reinas y triunfas. Y yo yazgo aquí a vuestros pies, delante de las bestias de piedra que yo mismo he creado. Me marché lejos, al monte de piedra, y busqué la bestia fría, me entregué al poder que me ha mantenido, me ha sostenido hasta aquí mi rebelión. Yo entraría triunfante en esta catedral mía, traería los restos de mi cordero y los dos quedaríamos por siempre en posesión del lugar, de lo que nos fue arrebatado por tus obispos.

Expulsado de lugar sagrado para siempre, alejado de mi propio templo. Ahí arriba tallé en piedra la corona de espinas, la lanza, la jarra con el vinagre, las herramientas de la pasión. ¿No fue también mi hijo cordero de sacrificio? Sobre la planta de mi talento y su sangre se levantó esta catedral, ¿no anduvo él también por tanto el camino de la glorificación? ¿No había de ser enterrado con mis restos futuros al pie del Pórtico que él ungió con sangre inocente? Quién sino nosotros. Aquí, al pie de mi estatua reverente, humilde *Santo dos Croques* que distribuyes el poder de la voluntad a través de tu frente de piedra. Mi figura, en la que amorosamente labré la cara de mi niño.

Yo no fui reverente, no fui capaz de serlo. No pude tener la humildad de mi padre, Mateus Petri, constructor de puentes, hombre piadoso. Yo abandoné esa vereda y me marché al monte a alimentar mi rebelión contra vuestro poder. Si hay un Dios que lo prevé todo y que lo provee todo, él fue mi enemigo, y, si no lo hay, yo busqué a mi dios. Yo mismo me hice dios. Aposté por la perdurabilidad de la piedra, sólo lo que ya está muerto puede durar. Vinagre fue el alimento mío, el líquido que recorrió mi cuerpo petrificado.

Cuando tallé el sacrificio de Isaac no sabía que ésa era la prueba que me pedías, pues lo habría trasladado de su lugar en esa columna a esta otra columna central, ya que el sacrificio que me pediste es la forma de tu vínculo de sangre. No te lo ofrecí yo en sacrificio, no fui Abraham, fuiste tú quien me arrebató a mi prenda, robando mi gozo de ver al niño mejor tallado, que habría seguido mi linaje como yo seguí el de mi padre, Mateus Petri, hombre santo y honrado, y que habría vivido sirviéndote con el arte de la piedra. No te bastaba que levantase toda esta Gloria y Apocalipsis en tu honor para asombrar a peregrinos de lenguas distintas con la imagen de tu poder. Desde ahí arriba, triunfante, me exigiste más. Y me robaste, ladrón. Y me rebelé, montado en la fuerza de mi voluntad y aliándome al poder del frío mineral.

Y salí de la vida de los hombres, y salí de las crónicas, de su historia. Sólo volví a caer en el mundo del que escapé, en el tiempo de los hombres nacidos para morir, cuando quise darle un impulso a mis planes. Hice sacrificios a la luz oscura, estuve en toda revuelta que pudiese favorecer mi afán. Conspiré en toda ocasión, y siempre contra ese poder que promete Eternidad. Difundí el descontento contra los abusos recaudatorios para que prendiese la sublevación contra Gelmírez. Fui *irmandiño* y le planté fuego a mi propia catedral. Instigué aquel levantamiento de la ciudad contra Carolus Emperador cuando reunió aquí las Cortes para recaudar fondos con que sufragar los fastos de su coronación como emperador de Alemania. Yo le abrí las puertas de la ciudad a Drake cuando atacó el sepulcro. Fui insurrecto y derrotado con el comandante Solís y me ejecutaron con los demás en Carral. Fui republicano y me fusilaron en el cementerio de la ciudad. Y, sobre todo, me entregué y serví a los propósitos de mi amo, la deidad fría.

Y aquí estoy, derrengado y deshaciéndome como cisco de piedra, como ceniza fría que no guarda memoria del calor de fuego alguno. Ancianos que me contempláis desde lo alto, finos rostros que yo he tallado con ambas mis manos, dejad de murmurar de mí y tocad las cítaras, las arpas, los salterios y las zanfonas, entonad un canto de difuntos. El Canto de la Sibila, el fin de los tiempos para mí. He estado fuera del tiempo, desintegrándome vuelvo al tiempo de los vivos y de los muertos. Cantadme un funeral, que mi hijo también pasó ya al otro lado, llevados

lejos de mí sus restos, esparcidos y devorados por el océano. El océano que quita y restituye la vida, el que puede mandar vientos salvajes y rebeldes que alteran las horas y el curso de las cosas y el que lame la tierra y envía el agua que riega la vida de los campos y las gentes. Que da muerte y que da vida. Ésa fue la puerta por la cual mi hijo, muerto lejos de mí, entró en el mundo. Y al fin descansa, lejos de mi afán, de mi duro propósito.

Para mí no habrá descanso ni luz eterna. Las campanas ya han dado la hora nona, es el momento de apagar la vela. Pretendo lo que me he ganado, la nada. Lo negué todo y afirmé la nada. Mi nada desesperada. Nada más. La nada. No.

Fuera de aquella iglesia en obras, fuera de aquel espacio vacío, parecía que los ruidos de la vida se reanudaran, el fragor del tráfico, una voz por la calle, sus propios pasos sobre las losas. Caminó hacia la catedral, se sentía perfectamente, se había recuperado y su cuerpo respondía con vivacidad. Sus pasos eran cada vez más ligeros guiados por un ansia de conocer el final de aquella pesadilla que la había devorado aquellos días.

Ya estaba anocheciendo y brillaban las losas de la Quintana de Vivos, pulidas y húmedas. Se dirigió a la Puerta de Platerías, entró en el portal atenta a cualquier huella que la alertase del paso de algo extraordinario. Pero todo estaba igual, la basílica resplandecía alumbrada en las bóvedas por potentes focos, el brillo del altar, recovecos en penumbra, algunas mujeres sentadas en los bancos. Olor a cerrado, al sudor de los cientos de personas que habían pasado por allí aquel día, el aliento de la humedad. Caminó hacia el Pórtico de la Gloria, los confesonarios cerrados. Y el Pórtico estaba vacío, oscuridad, figuras en penumbra, nada. No había nadie. Todo estaba en orden.

Oyó unas voces, una mujer y un hombre que se aproximaban hablando en voz baja. Ella era del personal de limpieza, traía puesto un mandilón azul y llevaba una escoba y un recogedor en cada mano; el hombre que la acompañaba vestía traje oscuro con un dibujo semejante a un galón dorado en la manga. El hombre le indicaba algo que había al pie del pilar central del Pórtico, junto a la estatua del *Santo dos Croques*. Ella se acercó al lugar justo cuando llegaban ellos, en el suelo un montoncito de algo como cal, o cemento.

—Mira tú lo que vienen a echar aquí... —Y la mujer, con movimientos precisos, metió aquello con la escoba en el recogedor—. Pues acababa de barrer. Esto fue alguien que vino aquí a última hora a dejar la cagada, dispensando.

Ella se atrevió a dejar caer un comentario.

—¿Y entonces eso..., qué es? Parece cemento...

El hombre de traje oscuro la miró y no contestó nada, la mujer de la limpieza acabó de pasar la escoba.

—Pues es como harina. Aunque harina no es, parece como ceniza humedecida, o piedra molida... —dijo. Y se dio la vuelta cargando con el recogedor—. Esto lo tiro

por el váter, que es fino. Tiro de la cadena y, hala, se va por el Sar abajo. Al mar.

Ya se marchaban los dos.

—Pero ¿quién tiraría eso aquí...? —aventuró en voz alta hacia ellos.

El hombre del traje oscuro, dándose la vuelta, se animó a contestar.

—Antes vi pasar a alguien que venía hacia aquí, me pareció una figura extraña y vine detrás a ver qué hacía. Cuando llegué ya no lo vi, pero ahí estaba esa porquería. Debí de tirar eso ahí y salir por la Puerta del Obradoiro.

La estatua del *Santo dos Croques* arrodillado miraba al altar mayor, que brillaba en pan de oro. Ella se detuvo a su lado intentando ver lo que aquellos ojos vacíos estarían mirando, pero sólo contempló la altura de aquel espacio, el esplendor del altar, personas dispersas por los bancos en silencio. Algún hombre mayor, mujeres de distintas edades, el chubasquero brillante de un peregrino. Una hora común, un momento cotidiano en la catedral. Pensó que pronto serían las nueve y cerrarían la basílica, y salió de aquel lugar en el que se sentía una extraña. Ella no tenía un lugar así al que agarrarse, sólo tenía su vida, una vida que entonces le pareció insignificante. Sin ánimo, se dirigió a su casa.

Mis días en esta aldea son cada vez más tranquilos, ahora que todo ha pasado y los días son más soleados, siento como que mi ánimo está más manso y se abandona mejor a la voluntad divina. Sólo aguardo que, cuando llegue el momento, se me conceda el derecho a descansar para siempre en el cementerio de la Cofradía, en compañía de tantos hermanos muertos antes que nosotros, de mi padre y de mi hermano. Mi Fe, tan puesta a prueba siempre, parece que en este retiro se fortalece día a día, hora a hora. Mis horas son las del día y la noche, me deshice del reloj y sólo atiendo a la luz que me va guiando a través del día y me avisa, en el crepúsculo, de que es la hora del rosario.

Únicamente debo llevar cuenta del día en que tengo que ir al hospital a mi sesión de diálisis, y que aprovecho para, con la misma, cada quince días cortarme el pelo. Precisamente, como no tengo reloj, fui el otro día a casa de un vecino a preguntar la hora, para llegar al hospital con tiempo, y me fijé en que tenía un reloj digital, de esos que funcionan con pilas. Aquel vecino hizo primero un comentario acerca de que fuese a llamar a su puerta tan temprano, porque ahora la gente en esta aldea ya no madruga, ven la televisión hasta altas horas de la noche y después se levantan tarde. Estos aldeanos también han cambiado, ya no son como los de antes. Todo está trastocado. A continuación, como dije, el vecino me informó de que eran las 08.28, obsérvese qué diferencia con llevar la cuenta por las horas de la luz del día. Yo pienso que lo único verdaderamente cristiano, en el fondo, en el fondo, es contar las horas por el sol. El único reloj verdaderamente cristiano es el solar.

Me explicaré. Precisamente el relato que acabo de hacer de la demoníaca conspiración reafirma que el doce es el número sagrado, doce horas, doce meses, doce apóstoles..., ése es el orden del Señor. Y vivir dentro de las estaciones del año es lo natural al plan divino. Y por eso la numeración digital de las horas es contranatura, pues subvierte la voluntad divina, nos expulsa de las horas sagradas y naturales y nos mete en un mundo en el que el tiempo no tiene orden, ni cambio, ni tregua. Y por eso creo que los católicos no deberíamos usar relojes digitales sino analógicos, caso de no poder seguir la hora solar (esto, es justo reconocerlo, es a veces un poco difícil en este país nuestro en el que hay tantas nubes).

Y hay cosas que no caben en el mundo de la tecnología digital, de eso soy yo

testigo. Me refiero a que, después de ocurridos todos estos hechos, conseguí ser recibido, tras llamarlo antes varias veces inútilmente, por el inspector Francisco. Se mostró evasivo en sus respuestas, dijo que el que tenía que hacer las preguntas era él y no yo. Sin embargo, accedió a contestar a una de las que le hice, la de si las cámaras web instaladas en las proximidades de la catedral, cámaras que todo lo graban y retransmiten, habían captado la imagen de alguien extraño entrando en el templo en esas horas citadas. El inspector primero negó sin más, y contestó que no había buscado esas imágenes. Luego matizó y reconoció que las había visto, y que se apreciaba algo semejante a una sombra que entrase en el templo y, junto al Pórtico, una mancha confusa. Como verán, algo hay, por mucho que las máquinas no lo capten. El mundo de la tecnología deja cosas fuera, misteriosas y peligrosas.

No obstante, a uno siempre le queda alguna esperanza en el futuro del mundo, pues para eso vino Cristo a la Tierra, también a esta aldea tan dejada de la mano de Dios. Y del Ayuntamiento. Aunque a veces nos llegan signos de esperanza en cosas insignificantes, como, por ejemplo, este día pasado en que vino la furgoneta del pescado (vivir en la aldea tiene sus ventajas, pasan furgonetas por la puerta trayendo panes y peces), y ese día traía a vender santiaguños, esos crustáceos que no son tan sabrosos como las cigalas —aunque también éstas son más caras—, y que en compensación llevan grabada en el caparazón sobre su lomo nuestra Cruz de Santiago. Y mientras los chupaba, después de cocerlos, cavilaba yo en la fortaleza del milagro apostólico, que no sólo trajo al señor Santiago por el océano en una barca de piedra, sino que dejó restos de su paso en la espalda de estos modestos animalitos de las profundidades. Se ve que también en las profundidades, escondrijo del Mal por excelencia, queda algún resto de esperanza. Y dicen que, en puridad, en un principio salimos del fondo del océano. Eso dicen las teorías darwinistas. Y quién sabe, a lo mejor cuando Yahvé modeló la figura humana amasó la tierra con agua del océano.

Y por cierto, contra las reticencias de los iconoclastas Yahvé fue el primer artista, el primer escultor, y su ejemplo ilumina el trabajo de humildes artesanos como yo, aunque ahora esté retirado y mis manos extrañen el trato con ese carbón divino llamado azabache.

Todo lo que aquí he relatado pasó no hace tanto. Y sin embargo qué rápido se sucede la vida, sepultándose y olvidándose de sí misma. Hacer memoria parece que sea luchar vanamente contra la propia vida. Entonces, hace unos meses, aún había pesetas, hoy hay euros. Y un milenio se le ofrece por delante a los que lo vayan a vivir. Veo que éste es un tiempo definitivamente nuevo, y me temo que en mi ciudad, y en el mundo entero, ya nadie escucha las campanas, ni para bien ni para mal. Quizá porque estén vacías. Dios no lo quiera.

Y ya se despide este hermano vuestro, apartado de la ciudad por iniciativa propia y alejado de vosotros por vuestra voluntad. Vuestro hermano que, haciendo confesión

de sus dudas ante Dios y da su versión de los hechos ante vosotros, suplica y aguarda vuestra clemencia.

El cuerpo de Xacobe nunca apareció. Ella, a veces, sentada junto a la ventana mirando distraída el cielo, cree escucharlo, le parece que le habla desde lejos y le dice palabras tiernas. Quisiera de algún modo velar su sueño. A ella se le figura que él está ahora con su hermanito y que ambos descansan juntos. Xacobe había sido todos aquellos años como un fantasma exiliado en el mundo de la gente y al fin había llegado al lugar al que pertenecía.

Ella no volvió a ver tampoco a aquel otro ser, aquel espíritu poseído por el vacío. Su presencia había pasado, se había ido, igual que aquella estación de temporales.

Y aún hoy se le pone la piel de gallina cuando piensa en él, siempre; cuando recuerda aquel frío muerto delante de ella. Y no puede evitar, al pensar en él, que su mano acuda a su vientre para amparar lo que lleva en su interior y que ya da pataditas. No puede rezar porque no tiene a quién dirigirse, pero pide, sin tener a quién; que su hija, va a ser niña, nazca bien y limpia, sin heredar culpas o restos del destino de sus padres. Y consulta el calendario porque por sus cuentas sabe que le toca nacer a comienzos de noviembre y no quisiera que repitiera la fecha de nacimiento del padre. Y ella piensa en el padre como en una sombra fugaz que se desvaneció, un ángel leve que se posó en su vida y le dejó esa semilla de luz que le nace en el vientre.

Y ahora que ya abre el día en la ciudad, después de una noche extenuante escribiendo y echando fuera todo aquello, es cuando ella redacta estas últimas líneas de la historia que armó con aquellos restos escasos, con pedazos de horas extrañas, sucesos confusos y fantasmales, y se sorprende de que toda aquella confusión pueda tener un sentido, incluso una forma. Y vuelve a experimentar cómo la literatura, las mañas de la palabra, no alcanza a levantar de nuevo el teatro de carne y sombras que representaron aquellos hechos de los que su imaginación quedó prendida para siempre. La palabra no alcanza, hay cosas y vida más allá de las palabras; la vida más esplendorosa está en el lado contrario a las palabras, piensa ella.

Observa con serenidad el paso de las nubes por el cielo muy azul ese día que, como acostumbra en esta ciudad, está variable; se cubre de nubes oscuras, desapacible, se abre luego amoroso. Y siente que tiene derecho a un trocito de aquel cielo azul entre nubes. Se levanta y pone en el reproductor de CDs una grabación de

Maria Bethania y se acerca a la ventana, ella allí, asomada al cristal que un día reventó, mirando el cielo sobre los tejados de aquella ciudad laberíntica, opresiva y generadora de neurosis.

«*É de manhã, é de madrugada, é de manhã, flor da madrugada, vou ver meu amor.*» Ay, la dichosa música, música que la hace llorar, llorar dulcemente. La música que hace concebir la salvación. No una redención trágica, pobre Xacobe. No una redención, sino un ascenso. La música era como una frágil escalera al cielo. Y las palabras deberían ser puras, ay, las palabras, sólo deberían ser una ayuda a la música, los primeros escalones para subir la escalera, pisar las palabras y abandonarlas luego para entrar en aquel éxtasis.

Las formas de las nubes, todas distintas, todas semejantes. Toda ella se siente abierta a aquel cielo vivo, aquel espacio que se extiende por detrás de los montes hasta el océano y más allá. Ella piensa que el mundo tiene forma, y que esa forma es el sentido de la vida. Le pasa por la cabeza la idea de agradecer, y quiere hacerlo, dar gracias, ¿a quién? Tampoco tiene palabras para eso. Aparta la idea y deja que un rayo de sol le caliente el rostro delicadamente, no necesita las palabras. En ese momento supo que creía en lo maravilloso y en los milagros, y acarició, admirada una vez más, su vientre redondo.

De súbito cayó en la cuenta de que el cielo estaba de nuevo nublado y llovía. La lluvia no caía, todas aquellas gotas descendían lentamente. Quizás aquella agua fuese una bendición, un poco de lluvia también lava el mundo y lo renueva. No le importa aquella lluvia, el cielo no tardará en despejarse de nuevo. Ella inspira aire y sonrío contenta, ha acabado de escribir su parte de la historia. Buscará otros materiales que la completen, terminará de componer el libro. Y luego tendrá la vida por delante. Sí.

«Y un hombre que llevaba enfermo mucho tiempo del mal de la piedra, que no cesaba de gritar con aquel dolor, y llegó al monumento donde yacía el cuerpo de este hombre santo, expulsó fuera una piedra grande y se curó».

(Milagros de Santiago)

Anexos

HEMEROTECA

(2/11/1968)

FALLECE EL CAMPANERO AL PRECIPITARSE DESDE LA TORRE DE
LA BERENGUELA

A las 12 de la noche de ayer martes tuvo lugar un grave suceso que conmovió a la ciudad y que puso un final trágico a la entrañable fiesta de difuntos. El campanero y relojero de la catedral, Rafael Ramírez Meyer, perteneciente a una de las familias locales de más tradición en el mundo de la artesanía, falleció al precipitarse desde lo alto de la Torre del Reloj, la *Berenguela*. El Cabildo ignora el motivo por el cual se encontraba allí a una hora tan avanzada, pero se supone que acudiría para comprobar el estado de las instalaciones en el momento en que un fortísimo temporal, que barrió tejas y causó destrozos, se abatió sobre la ciudad. El juez municipal procedió al levantamiento del cadáver de forma inmediata. El sepelio tendrá lugar mañana a las 5 de la tarde en el área del cementerio destinada a los miembros de la Cofradía del Sepulcro Apostólico.

MUCHA ANIMACIÓN EN LA VISITA A LOS CEMENTERIOS EN LA
FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS

La festividad de Todos los Santos fue celebrada con la solemnidad acostumbrada. Se ofició una misa de Dignidad, a la que asistió gran número de fieles. El Cabildo realizará el sábado el tradicional Oficio de Difuntos, ofreciendo una misa de réquiem por todos los fallecidos. El próximo lunes comenzarán los funerales de fundación que desde tiempo antiguo se celebran en la Catedral.

VISITA A LOS CEMENTERIOS

Desde primera hora de la mañana de ayer se registró una extraordinaria afluencia de gente a los cementerios, especialmente a los de Santo Domingo y de Boisaca, en los que se hallan la mayoría de los enterramientos. En todas las necrópolis están presentes las habituales muestras de recuerdo de los muertos con ofrendas de flores y coronas. Con motivo de esta celebración tan entrañable, a la que va unida el recuerdo eterno de los seres queridos, se registró una gran animación en el mercado de flores ubicado, como todos los años, en la plaza de Abastos. La jornada transcurrió con el ajetreo propio de un día como el de ayer, en el cual ni siquiera las condiciones meteorológicas tan extremas y desfavorables constituyeron un impedimento para que se realizase la tradicional visita a los cementerios.

LA LLUVIA IMPIDIÓ LA AFLUENCIA DE GANADO VACUNO Y

Numerosas terneras enviadas a doce localidades españolas, entre ellas Córdoba y Lérica.

La peor feria del año se celebró ayer en el castro de Santa Susana, en la Alameda de la ciudad. Y no debemos culpar de eso ni a la oferta ni a la demanda. La lluvia, el barro, la tristeza y la desbandada de los feriantes fueron las notas más sobresalientes del pasado jueves en Compostela. A pesar de la afluencia de tratantes desde diversos puntos de la península, el balance exacto de las transacciones asciende a setecientos setenta, muy bajo y menor que el de cualquier feria del presente o pasado año. El fuerte temporal de lluvia y viento que se abatió estos días sobre la ciudad fue el causante de este revés agropecuario.

(22/4/1969)

FUNCIONARIO DE SANTIAGO, SU ESPOSA Y UN HIJO MUERTOS AL
CAER DESDE UN PUENTE EL AUTOMÓVIL QUE OCUPABAN

Sobre las 12.30 de ayer, viernes, en la salida de Santiago en dirección Padrón, a la altura del Puente de la Rocha, se produjo un mortal accidente de circulación, al salirse de la calzada el vehículo C-35412 y precipitarse desde el puente. Las víctimas son Xacobe Casavella Romero, funcionario municipal, de cuarenta años de edad y casado, su esposa, María Herminia Mateo García, de treinta y dos años, y un hijo de ambos, Xaime Casavella Mateo, de pocos meses de vida. Se da la circunstancia de que otro hijo del matrimonio, Xacobe Casavella Mateo, hermano gemelo del fallecido, sobrevivió al trágico accidente. La Guardia Civil de Tráfico practicó las oportunas diligencias que luego fueron remitidas al Juzgado de Instrucción correspondiente. La trágica noticia causó conmoción y consternación en la ciudad, donde el matrimonio era muy apreciado.

(16/2/2001)

FALLECE DON MAXIMINO CASAVELLA ROMERO, CANÓNIGO
ARCHIVERO RETIRADO

En la madrugada del pasado día 15 fallecía, a los 89 años de edad, el canónigo archivero de la catedral retirado, Maximino Casavella Romero. El canónigo era muy recordado en la catedral entre sus compañeros y también por los estudiosos que acudían a él para que les sirviese de guía por ese mar de viejos papeles que almacena nuestra basílica. Hoy, jueves, se celebrará en la Catedral un funeral en su memoria a las 5.30 de la tarde y, acto seguido, el sepelio en el Claustro de la Catedral.

Antes de que la Catedral cubriese su fachada occidental, la que mira el ocaso del sol tras el monte Pedroso, con la fachada barroca que los compostelanos bautizaron como «del Obradoiro», en ella brillaba desafiante la fábrica luminosa de un artista que pecó de soberbia. Este artista labró su imagen arrodillada al pie de su obra, una figura con rostro tan juvenil que extrañamente parece el de un niño. Como si pretendiese detener el paso del tiempo, salvar la inocencia.

Los santiagueses rinden culto a esta imagen desde tiempo inmemorial y elaboraron un rito propiciatorio consistente en golpear con suavidad la cabeza de sus hijos contra la frente de la figura para que ésta les contagie parte de su sabiduría y memoria. El vulgo cree que en virtud de este rito, sus niños son los más preclaros del orbe.

Lo que no saben o no quieren recordar los habitantes de la metrópoli apostólica es que el arquitecto anduvo por un camino oscuro y se adentró en zonas de sombra y perdición.

Mateo se sabía poseído por el genio del arte, sobre su oficio de cantero y alarife erguía su orgullo de artista, su inteligencia esclarecida que lo llevó a pensar que, sin saber griego ni latín, sin interpretar las Escrituras, él habría de servir al Sepulcro mejor que nadie; que él crearía un nuevo milagro brillante en el portal de la cueva divina.

Y ya estaba casi acabada toda aquella obra, bestias temibles y grotescas de bocas voraces que representaban los vicios y los pecados capitales sostenían en sus lomos la esfera celestial. Una columna de fino ónice, conocida como el Árbol de David, sostenía la imagen serena y dominante del Apóstol Santiago. Enfrente de él, las imágenes de los profetas y patriarcas. Sobre ella, Nuestro Señor Todopoderoso, juez y dueño de los destinos humanos, rodeado de los veinticuatro ancianos que entonan salmos y tañen instrumentos de música celestial. Y a los lados de tan armonioso conjunto, el sacrificio de Isaac, las escenas dramáticas del Juicio Final, pecadores devorados por los demonios a los que se habían entregado en vida. Una obra hermosa y terrible que ponía remate a la arquitectura de la basílica.

Y allí estaba Mateo, al filo de la madrugada, dando vueltas mientras transmitía las últimas órdenes, faltaba un día y otra noche para que el arzobispo, don Pedro Suárez de Deza, descubriese los lienzos que ocultaban la obra a las gentes de la ciudad. Alumbrados con la luz de las antorchas, los canteros pintaban siguiendo sus instrucciones los paños, los rostros de las figuras que a cada paso semejaban cobrar vida y querer alentar como si estuviese naciendo vida de dentro de la piedra. Su hijo querido, su prenda, el pequeño Mateo, ayudaba con las pinturas, subido a un andamio. El maestro había permitido que fuese él quien le diera color y vida al rostro del Apóstol, y el niño de hermosos rizos rubios, con la sonrisa de la juventud en el

rostro, repasaba con el pincel el borde de los labios insuflándoles vida. Y entonces quiso la mala fortuna que, queriendo el joven aprendiz apartarse para ver mejor el efecto pictórico, perdiese el equilibrio y, como un Ícaro sin alas, cayese al pie de la columna. Una piedra que arrastró en su caída aplastó aquella frágil cabecita y aún rodó hasta golpear una pierna de su padre.

Las altas voces, los movimientos precipitados de los canteros, el grito del padre en la madrugada, todo resultó frágil como aire quebrado ante aquel cuerpo, aún no desarrollado del todo, caído sobre las losas. De su cabecita de delicados huesos nace una fontanela de líquido oscuro y por aquel orificio se escapó rauda la vida ante los ojos de los hombres que lo rodean asustados, como devotos ante un milagro. Cuando el padre por fin llega a arrodillarse y abrazarlo, ya la máquina del frágil pecho y el aliento se detuvieron, y los masajes y caricias del padre furioso no logran devolver la vida a aquella carne que pierde el divino calor, ya para siempre fría. El padre abraza al hijo, golpea el aire, se ensaña con las herramientas en las piedras causándoles heridas indoloras, jura a grandes voces y clama al cielo, a las figuras sagradas, ofreciendo su muerte por la vida del hijo. Su condenación eterna por la vida efímera del infante. Mas el cielo permanece en silencio y las figuras callan. También lo hacen los canteros fantasmales que envuelven piadosamente aquel cuadro del padre con el hijo en brazos, callan contemplando cómo aquella sangre fluida se escurre entre las juntas de las piedras como queriendo bautizar la obra acabada y alimentar aquellas piedras mágicas.

En las primeras horas de la mañana, el padre le ordenó al retén de canteros que llegaba que abriesen una fosa al pie de la columna central; allí donde había encontrado la muerte, descansaría su hijo. Y apartó una pieza de fina piedra para sí. Se levantó el sol a su alto con los calores y el maestro picó en la piedra, poco a poco fue naciendo una figura arrodillada que sostenía un cartel. En todo el día no apareció por allí el arzobispo don Pedro Suárez, que se encontraba de visita por los conventos de la diócesis, ni el abad de San Martín Pinario; solamente los familiares del cabildo. El hijo de un simple alarife no merecía la visita de los amos del templo. Aquella muerte insignificante no era digna del homenaje de la basílica. Y Mateo siguió picando y únicamente se detuvo, agotado, cuando ya sólo le faltaba el rostro a la figura. Así que hubo dormido unas pocas horas de sueño duro como piedra retomó el trabajo, escogió el puntero más fino y, después de acariciar el cuerpo amortajado del hijo, le esculpió a la figura un rostro, que era el suyo propio y el de su hijo, un rostro para siempre juvenil. Entonces, cayó derrotado por la fatiga.

Cuando se despertó recibió la visita del deán, que lo convocó al palacio arzobispal. Allí acudió un Mateo envejecido por el cansancio y el dolor, le pediría al arzobispo que oficiase el entierro de su hijo en la tumba que ya le había preparado. El arzobispo no le negaría aquel privilegio a quien estaba acabando aquella obra que

tanto le satisfacía.

Pero cuando llegó al gran salón que don Pedro presidía, sentado en su sitial poderoso, el maestro se encontró con las caras adustas de un juicio. Y antes que de él saliesen las palabras humilladas para pedir, ya el arzobispo lo señaló con mano dura diciendo:

—Vos, Mateo, cantero impío, ¿cómo habéis osado abrir una tumba para vuestro hijo en el lugar que está reservado a los restos de los arzobispos de la basílica? ¿Y vos, arquitecto ensoberbecido, cómo habéis puesto al pie del Pórtico esa imagen que os representa como si fueseis los dueños del lugar?

—Me humillo ante vos, pero escuchad mi dolor, ha muerto mi prenda y la luz de mis ojos. ¿Qué va a ser ahora de mí? ¿Para quién voy a trabajar?

—Trabajaréis para vuestro amo, la basílica y la gloria de nuestro Patrón Santiago, el Hijo del Trueno y Dios Todopoderoso. Para esos amos trabajaréis, pues no sois dueño más que de vuestras manos pecadoras y orgullosas.

—Escuchad mi pena. Mi hijo ha muerto sirviendo a la basílica y al Apóstol, dejad que tenga allí su descanso eterno...

—Tu hijo será enterrado en donde todos los fieles de esta parroquia y vos quitaréis de allí esa sacrilega estatua que quiere perpetuar vuestra memoria junto a la de los santos. Saca hoy mismo el cuerpo de tu hijo de las obras de la basílica y dale sepultura donde le corresponde. Ésa es mi voluntad. Y ahora besa mi anillo y vete.

Y entonces Mateo permaneció allí en silencio, como si él mismo se hubiese convertido en estatua, y finalmente de su boca salieron estas palabras:

—Pues si el arzobispo y la catedral reniegan de mi hijo y de mí, yo reniego de ellos. Si nos expulsáis de esa obra que hemos construido para albergar esas cenizas, y no hay lugar en ella para las cenizas de mi hijo, yo rompo el trato con ese culto. Si la luz de Dios no alumbraba a mi hijo y a mí, me quedaré fuera de ella.

La cara de don Pedro se retorció sin conseguir expulsar fuera las palabras tremendas que le nacían dentro. Por fin exclamó:

—¡Alarife sacrilego, cantero impío! Tu nombre ya está tallado en la bóveda del pórtico y tu figura allí enclavada. Mañana, la cristiandad verá tu obra, pero tu nombre será proscrito en nuestro templo y en todos los templos consagrados de mi diócesis. Tu presencia herética será expulsada de cualquier iglesia que pises, el poder de la Iglesia te perseguirá para destruirte allí donde quieras ejecutar tu oficio. Saca el cuerpo de tu hijo y tu propio cuerpo de estas estancias apostólicas, pues no eres sino un enemigo del sepulcro. ¡Fuera, arquitecto demoníaco!

Y Mateo, sin decir nada y sin bajar la cabeza altiva, se giró dándole la espalda al arzobispo y abandonó el palacio arzobispal con pasos erráticos.

Ésa fue la última vez que lo vieron. Se cuenta que, después, abandonó las obras cojeante con el cuerpo de su hijo en brazos. Un grupo de leprosos que merodeaban

por la robleda que cubre el castro en el cual Gelmírez había levantado años antes la iglesia bajo la advocación de Santa Susana, contó luego que le habían ayudado a cavar allí la tumba para su hijo, una caja de hierro envuelta en tierra blanda y húmeda.

Una vieja refirió que lo vio de noche en un cruce de caminos, al pie del Pico Sacro, y que lo advirtió de que no tomase el sendero que llevaba a la cima, pues era un lugar temible en el que aún alentaba el culto a una divinidad antigua, y que él avanzó por él ascendiendo hacia la montaña apartada. Cuentan también que, aquella noche, la campana, sin concurso de la mano humana, tañó trece veces.

Desde entonces no se volvió a saber de él ni apareció su tumba jamás, todo son leyendas confusas que se han ido desvaneciendo. Únicamente sabemos que la catedral guarda un vetusto *codex* en el cual la curia alerta sobre la amenaza de un enemigo del santuario. Las leyendas, los códices, son parte de esa memoria remota y temblorosa de nuestra ciudad, una memoria sobre la que aquí hemos querido arrojar un rayo breve de luz para deleite de los contemporáneos, aunque seguramente sin conseguirlo.

(Estampa anónima extraída de *La Ilustración Compostelana*, 1847)

El editor de esta novela, natural de Santiago de Compostela y vecino de la ciudad, le recuerda a quien lee que todo lo que contiene este libro debe ser interpretado como ficción. La nuestra es hoy una ciudad perfectamente común, cada día más, y el visitante puede estar tranquilo, no se va a tropezar por sus calles con estas luces y sombras antiguas. Y, naturalmente, los personajes de la historia aquí relatada no tienen correspondencia directa con la realidad.

Las autoridades municipales y autonómicas y el sector hostelero no me perdonarían que perjudicase su potencial turístico. Tampoco yo me perdonaría dañar la imagen o la naturaleza de una ciudad a la que he querido tanto. Esta historia pertenece a ese lado de sueño y fantasmagoría que tiene Compostela a pesar de todos nosotros.

Santiago de Compostela
(24 de noviembre de 1998-8 de febrero de 2002)



SUSO DE TORO. Escritor, guionista y colaborador habitual en diversos medios de comunicación, nació en Santiago de Compostela en 1956 y se licenció en Arte Moderno y Contemporáneo en la universidad de su ciudad natal. A los veinte años empezó a escribir y dirigir obras de teatro para la joven compañía Pepa Loba. Escritor en lengua gallega y castellana, en 1983 publicó el volumen de relatos *Caixón desastre*, con el que obtuvo el premio Galicia de Literatura y en 1986 *Polaroid*, premio de la Crítica de Galicia. Autor de una fecunda obra narrativa, su producción novelística ha sido traducida a diversos idiomas y es materia de estudio en diversas universidades europeas. Así, cabe destacar *Land Rover* (1988); *Tic-tac* (1993), premio de la Crítica española; *Calzados Lola* (1997), premio Blanco Amor, y *No vuelvas* (2000), premio de la Crítica española. Suso de Toro también ha publicado diversos ensayos y libros periodísticos como *Eterno retorno* (1996) y *El pueblo de la niebla* (2000). Su última incursión en la novela, *Trece campanadas* (2002), ha sido adaptada al cine en la película homónima protagonizada por Juan Diego Botto.

Notas

[1] Hombre lobo. (*N. de las T.*) <<

[2] «Cuando viene el temporal, cuando el diablo sopla fuerte..., tocan doce, tocan trece, las campanas de la catedral». «*Berenguela, Berenguela*, campanita timbradora... si le fallas al Patrón, te cortaré la cuerda». <<